

# Harold Robbins

## EL DESCENSO DE XANADÚ



Lectulandia

El protagonista de *El descenso de Xanadú* ansía vivir para siempre, vivir eternamente. Como un nuevo Dorian Grey, Judd Crane, el hombre más rico del mundo, busca por todos los medios, prolongar su vida. No ya unos meses ni unos años, sino eternamente... Y a la vez desea prolongar su ansia de placer, drogas y sexo en una sucesión de aventuras capaces de turbar a cualquiera y que hacen que este no sea un libro para poner en las manos de todos los lectores.

Judd Crane se entrevista, en un país del Este, con una doctora especialista en geriatría, conocida en todo el mundo por haber atendido a los grandes jefes de estado y prolongado sus vidas y su poder. La doctora Zabiski es una experta en ingeniería genética y en clonación celular. Pero alguien manipula, desde, lo más alto, sus experimentos...

En *El descenso de Xanadú* Robbins tiene la osadía de relatarnos la aventura en que todos los hombres, en un momento u otro de sus vidas, desearían participar. Una aventura que casi hace perder a Judd Crane su más preciada posesión: su propia condición de ser humano.

**Lectulandia**

Harold Robbins

# **El descenso de Xanadú**

ePub r1.0

Titivillus 17.07.17

Título original: *Descent from Xanadu*  
Harold Robbins, 1984  
Traducción: Helena Valentí Petit

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

En Xanadu Kubla Khan  
decretó la construcción de una majestuosa mansión de placer  
donde Alfeus el río sagrado, corría  
a través de cavernas inmensurables para el hombre  
hacia abajo, hacia un mar sin sol.  
Así dos veces cinco millas de tierra fértil  
fueron rodeadas por murallas y torres.

¡Ese domo lleno de sol! ¡Esas cuevas de hielo!  
Y todos los que oyeran las verían allí,  
y todos gritarían, ¡Cuidado, Cuidado!  
¡Sus ojos centelleantes, su pelo flotando!  
Tejed un círculo alrededor de él tres veces,  
y cerrad los ojos con santo temor,  
porque él se ha alimentado de ambrosía,  
y ha bebido de la leche del Paraíso<sup>[1]</sup>.

*Kubla Khan*  
SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

**Libro Primero**  
**LA BÚSQUEDA**  
**(1976-1980)**

La menuda doctora, apenas visible tras sus gafas oscuras, se levantó de la silla y fue hacia las ventanas. Le llamó con un gesto.

Él se acercó, siguió con los ojos el movimiento de la mano, hasta la fuente gigantesca que había en el vasto prado azul verdoso.

—¿Conoce esta fuente, señor Crane? —preguntó ella con su acento de centroeuropea.

Él asintió.

—Por supuesto que sí, doctora Zabiski. Es la fuente de Ponce de León.

Ella le miró.

—Se trata de una leyenda, señor Crane. De una alegoría. No es real. En la realidad estas cosas no existen.

Él guardó silencio unos segundos.

—Ya lo sabía, doctora Zabiski —dijo.

La doctora volvió a su sitio junto al escritorio y aguardó a que él se sentara de nuevo frente a ella. Se quitó las gafas, las sostuvo brevemente con la mano derecha y luego las puso sobre la mesa.

—Veo que tiene los ojos de color azul oscuro, como el cobalto —observó.

Por los labios de él cruzó una tenue sonrisa.

—Y usted los tiene castaños y amarillentos, leonados, como los de un gato.

Ella le miró fijamente al rostro.

—Si usted ha venido, señor Crane, por la inmortalidad —advirtió en voz baja—, está perdiendo el tiempo.

Los ojos de él no se inmutaron.

—A mí no me dijeron eso.

—Lo habrá oído mal —replicó ella.

La cara del hombre continuó impertérrita.

—¿Lo de los veinte millones de dólares?

Los ojos de ella se ocultaron de nuevo tras las gafas oscuras.

—Supongo que es cierto lo que me han dicho —continuó—. Que es usted uno de los hombres más ricos del mundo.

—Eso sí lo oyó mal —contestó él, bajito—. Yo soy el hombre más rico del mundo.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Más rico que el rey saudí, que Getty, que Ludwig o que Hughes?

—Esos son chiquillos que se entretienen jugando —dijo él—. Yo podría arrebatarles las canicas en un santiamén.

—¡Ahora comprendo por qué le queda solo un juego! —exclamó la mujer—. El

de la inmortalidad.

—Es el juego final, doctora. El del espacio ya lo jugamos y ganamos. El de las profundidades del mar... también lo ganamos. Los de la velocidad, altura, profundidad, los hemos ganados todos. Y yo por mi cuenta he jugado los otros. Los del dinero, del poder y del sexo. Me encanta y juego a ellos todo el rato, pero son chiquilladas. Quiero uno de verdad. El de la inmortalidad. Quiero ser el primer hombre que viva eternamente. ¡Total, nada! Solamente lo que nadie jamás ha podido conseguir.

La mujer le escudriñó los ojos, que continuaban sin cambiar de foco ni de expresión.

—¿Me cree cuando le digo que yo tampoco lo he conseguido? —le preguntó.

—Sí, le creo —contestó él.

Ella titubeó.

—Entonces no lo entiendo —dijo—. ¿Qué espera de mí?

—Nada —contestó él en voz baja—. Todo. Usted es quien más se ha acercado a lo que yo busco.

—He conseguido buenos resultados en algunos intentos de retardo del proceso geriátrico. Pero eso no es la inmortalidad.

—Usted ha ayudado a muchas personas importantes —repuso él.

Ella se permitió esbozar una sonrisa de modestia.

—Es cierto. Y me gusta creer que los he ayudado. *Der Alte* se trasladó a aquí desde Alemania, el papa vino de Roma y Stalin de Moscú. Pero en su día... murieron todos.

—Vinieron a verla a usted. Todos. Y no se fueron con las manos vacías.

Ella asintió lentamente con la cabeza:

—Les mejoré la calidad de la vida respecto a la edad.

—¿Mental y físicamente? —Palabras que sonaron más a afirmación que a pregunta.

—Sí —asintió ella—. Pero acabaron muriendo.

Él la miró.

—¿Qué promedio de tiempo calcula que les consiguió?

Ella alzó las manos.

—No lo sé. Hubo factores muy distintos. No solo los de la edad, ni del momento en que vinieron. Es imposible dar garantías.

—Suponiendo que yo reaccionara adecuadamente al tratamiento, ¿qué sería razonable esperar?

—¿Qué promedio? —Reflexionó un momento—. Tiene cuarenta y dos años, ¿verdad?

Él asintió.

—Dentro de ocho años, en mil novecientos ochenta y cuatro, cuando cumpla los cincuenta, tendrá cuarenta y cinco desde el punto de vista geriátrico; a los sesenta,

tendrá cincuenta y dos, geriátricamente; a los setenta, tal vez tenga sesenta, y a los ochenta lo más seguro es que tenga de sesenta y cuatro a sesenta y seis. —Calló un momento y luego continuó—: Y eso asumiendo que usted siga el tratamiento hasta el final.

—¿Hasta el final de mi vida, quiere decir?

—El programa dura necesariamente toda la vida, señor Crane —afirmó la mujer—. Para empezar, tendrá que pasar dos meses aquí para que nosotros podamos ver si reacciona adecuadamente al tratamiento. En caso de que los resultados sean esperanzadores, tendrá que volver cada tres meses e internarse una semana para continuar con él.

El hombre sonrió, no del todo desagradablemente.

—Dígame una cosa, doctora Zabiski; suponiendo que me aviniera a someterme totalmente a su tratamiento, ¿qué será de usted?

Ella le devolvió la sonrisa:

—Yo moriré mucho antes, naturalmente. Pero no importa. El tratamiento continuará.

Él guardó silencio durante unos minutos.

—Además del tiempo que supondrá el tratamiento, habré de dedicar un par de semanas más para los viajes de traslado. En total serán casi dos meses al año en que no podré estar al tanto de mis negocios.

—La decisión depende enteramente de usted, señor Crane.

—¿No habría manera de hacer que el tratamiento se trasladara a donde me encontrara yo?

La doctora meneó la cabeza.

—Lo siento mucho, señor Crane. He trabajado durante treinta años para poner en funcionamiento estas instalaciones. Y no hay otras en el mundo.

—Los doctores Aslam, Filatov y Niehans exportan sus métodos de tratamiento —replicó él—. Y usted ha adoptado algunos de ellos.

—Es cierto —afirmó ella.

—¿Cuál es el secreto, entonces, que usted guarda tan celosamente y que no deja que salga de aquí?

La mujer esbozó una sonrisa.

—El secreto, señor Crane, como usted dice, no es más que el de su persona.

—No comprendo.

—Lo comprende de sobra, señor Crane —dijo ella.

—Conozco todas las teorías —confesó él—. Sé que usted aplica los métodos de la procaína, el magnesio y los minerales utilizados por Aslam, los de injerto de placenta viva de Filatov y las inyecciones de células de oveja nonata de Niehans. He llegado a sospechar que usted se limita a combinarlos en una fórmula. Aunque reconozco que eso sería simplificar excesivamente las cosas. Por eso sospecho que usted tiene un ingrediente secreto.

—No me ha escuchado bien, señor Crane —prosiguió ella pacientemente—. Ya le he dicho que el único secreto es usted.

Él le clavó los ojos en el rostro.

Ella guardó silencio.

Él bajó la voz.

—¿Clonación celular?

Ella continuó en silencio.

—Injerto de células clónicas vivas sacadas de las propias reservas del cuerpo. — Sus ojos azul cobalto dieron la impresión de tomar el color del cielo nocturno—. Cosa que jamás ha dado resultado con los seres humanos.

Por primera vez en su vida, ella sintió miedo, una corriente de aire helado le traspasó el cuerpo. Habló con voz casi temblorosa.

—He de atender a otros pacientes, señor Crane.

Él no dijo nada.

—Si quiere, quedamos en encontrarnos de nuevo mañana —añadió ella.

La voz de él sonó incierta.

—Mañana estaré en Pekín.

—Otro día, entonces —dijo ella.

Él se levantó de la silla.

—¿Conque no tienen suficiente con veinte millones! —refunfuñó—. ¿Cincuenta millones de dólares les bastaría?

Ella le miró.

—No me ha comprendido, señor Crane. Lo importante no es el dinero. Estamos en un país socialista. Aquí todo es propiedad del Estado.

—En tal caso olvídense de la palabra «dinero» y sustitúyala por la de «prioridades» —dijo él—. Cada país tiene unas prioridades y un orden propio.

—Ahora soy yo quien no le entiende, señor Crane.

Él sonrió.

—Usted es médico y persona dedicada a la ciencia, doctora Zabiski. Los asuntos de su profesión los comprende perfectamente. Mi profesión, en cambio, es el comercio de prioridades, si me permite decirlo así. Gracias por el tiempo que me ha concedido, doctora Zabiski —añadió alargando la mano.

La de ella fue firme y cálida.

—Quedo a su servicio, señor Crane —afirmó ella con una sonrisa que él no se había esperado. Le acompañó hasta la puerta—. Adiós, señor Crane.

Él se detuvo un momento.

—Es una gran mujer, doctora Zabiski. *Auf wiedersehen*.



La puerta privada del despacho se abrió en cuanto Judd se hubo marchado. El ruso, alto, de rostro enérgico y autoritario, la alcanzó sin darle tiempo a sentarse. Detrás de

él entró una joven muy atractiva que llevaba bata de laboratorio y que se encargó de cerrar la puerta.

Zabiski se escurrió hasta la silla del escritorio.

—¿Qué le ha parecido? —preguntó.

—¡Un cabrón egocéntrico! —soltó bruscamente el ruso—. Se cree que con dinero lo puede conseguir todo.

La joven, en cambio, contestó:

—A mí me ha parecido un hombre sumamente atractivo. Y además inteligente.

Zabiski miró al hombre.

—Cuidado con subestimarle, camarada Nicolai —le advirtió la menuda doctora—. Es un individuo listo. La prueba está en la rapidez con que ha captado nuestros métodos.

—Eso es lo de menos, camarada doctor —dijo Nicolai—. Usted procure que no se nos escape.

—¿Por qué es tan importante para nosotros? —preguntó Zabiski—. En mi opinión es uno de los muchos que desea alargar su vida. Ni más ni menos que los otros que vienen a la clínica.

Nicolai le clavó los ojos en la cara. Y al hablar lo hizo como a un niño.

—Las industrias Crane no solo son el complejo industrial más grande del planeta, sino que además son la fuente de abastecimiento de mayor variedad de productos del gobierno norteamericano. Desde artículos para oficinas, hospitales, hasta equipamiento aeroespacial y armamento pesado.

»Hace años que estamos intentando infiltrarnos en el cuerpo ejecutivo de la compañía. Sin resultado. Debido a que Judd es el propietario y único director. Él lo decide todo y sus ayudantes se limitan a cumplir órdenes. La persona que consigue trabajar con él acaba necesariamente sabiendo más acerca de las directrices políticas y planes de Estados Unidos que el propio presidente.

La doctora Zabiski le miró fijamente antes de contestar.

—No cometa el error de suponer que yo voy a ser esta persona. Aunque él me pidiera que fuera a trabajar con él, yo no podría hacerlo. Soy demasiado vieja y no podría físicamente con él.

—El trabajo físico no lo haría usted. Solo queremos que le haga creer que está dispuesta a cooperar con él. Entonces nombrará a Sofía como su ayudante. Ella tiene los títulos requeridos, como médico y como profesor adjunto en gerontología y geriatría. Es perfectamente capaz de llevar a cabo las pruebas y de prepararlo para el tratamiento a que usted personalmente le someterá.

Calló unos segundos.

—He escuchado la conversación que acaba de sostener con él a través de los micrófonos —reanudó luego—. Su afán de creer es lo suficientemente intenso para avenirse a cualquier sugerencia de su parte.

Entonces Sofia dijo:

—Nicolai, puede que me encuentre excesivamente joven.

A lo que Nicolai sonrió:

—No seas boba, Sofia. A los treinta años ya no se es joven. Eres guapa y sabes sacar partido de tu belleza. Tienes experiencia. ¡Agárralo por los huevos!

—Es demasiado listo para eso —replicó Sofia con irritación.

—Sus habitaciones del hotel están infestadas de micrófonos —dijo él—. En el cuarto del secretario le esperan tres prostitutas. Empleadas nuestras, por supuesto, aunque él no lo sabe.

—¿Tal es la opinión que tienes de mí? —preguntó fríamente Sofia—. ¿Soy, según tú, una puta profesional?

Nicolai se giró violentamente de espaldas.

—Sugiero que se entreviste con él cuanto antes —dijo a la doctora Zabiski.

—Lo haré, camarada Nicolai —contestó Zabiski.

—La chifladura esa de la clonación celular —continuó él con mirada seria— ¿será factible algún día?

La menuda doctora extendió las manos con las palmas vueltas hacia arriba, con gesto interrogante:

—¿Quién sabe? De una cosa estoy segura, sin embargo, y es que en su poder está enseñarnos mucho. Colegas nuestros que han estado en América me han dicho que la Corporación de Ingeniería de ADN, propiedad de Crane, está mucho más avanzada que nosotros en el campo de la clonación y copia de ADN.

Nicolai se dirigió a Sofia.

—¿Has oído? —dijo—. Razón de más para aproximarse a él.

Sofia le miró con expresión desdeñosa y salió silenciosamente del despacho de la doctora.



Sofia cruzó el pasillo y subió a su habitación. Se colocó junto a la ventana y encendió un cigarrillo. Contemplaba abstraídamente la fuente del césped cuando alguien abrió la puerta. La joven no se dio la vuelta para mirar quién era.

Sintió las manos de él sobre los hombros. Continuó sin mirar.

—¿Qué mosca te ha picado? —le preguntó él con voz enojada.

—Ocho años —contestó Sofia amargamente—. Y continúas casado con Ekaterina.

—Te he explicado la razón varias veces, Sofia —contestó él, tratando de calmarla—. Su padre sigue en el Politburó. Si nos divorciáramos, mi carrera quedaría truncada irremediabilmente. Tenemos que esperar a que Andropov se decida a dar el golpe, y entonces podré decidir y podremos vivir juntos.

Ella continuó fumando en silencio.

Las manos de él se movieron deprisa detrás de ella. Le pasó un brazo en torno de la cintura y la apretó contra él, mientras que con la otra mano le levantaba la falda.

Los muslos y las nalgas aparecieron desnudos por encima de las medias. Él le cubrió el pubis con la mano.

—Estás chorreando —dijo con voz entrecortada.

Ella continuó sin moverse.

—Es mi estado natural —replicó.

Se oyó el ruido de los botones de la bragueta al desabrocharse; luego, presionando con una mano en medio de la espalda, la hizo doblarse sobre el alféizar de la ventana. Un instante después ella lo sintió abultado y duro en su interior. Jadeó, el pitillo cayó al césped; ella se apoyó con las manos en el repecho de la ventana. Jadeó de nuevo. Gimió. Las manos de él atornillaban con fuerza las caderas de la mujer a la vez que con el cuerpo le martilleaba el trasero, por el que entraba y salía rítmicamente el pene.

—¡Te sigue gustando!

Ella no contestó, continuó jadeando y gimiendo.

Él le clavó las uñas en las nalgas.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Confiesa que te gusta!

—¡Sí! ¡Sí! —gritó ella con placer y dolor—. ¡Me gusta muchísimo!

*dos*

Salió del ascensor, se encaminó hacia las dobles puertas del ático y tocó el timbre. El eco del carillón se oyó desde el exterior. Poco después Eddie, llamado *el Rápido*, abrió la puerta, blandiendo un magnífico Colt azul oscuro, de calibre 45, en la mano. Judd entró en el apartamento detrás del negro bajito, de quien no apartó los ojos con fascinación.

—No, si tú el día menos pensado vas a tener una hernia, cargado de esta manera. Eddie *el Rápido* puso el seguro y se colgó el revólver en el cinturón.

—Yugoslavia es el culo del mundo —afirmó—. Hay escarabajos incluso debajo de la taza del wáter.

Judd asintió.

—Ya se sabe —dijo—. Los hay que no tienen clase.

Se dirigió al salón y se detuvo delante del portadocumentos que había en el escritorio. Dio vueltas al tambor numerado de la cerradura y lo abrió. La placa de bronce del interior apareció recubierta de diodos rojos y verdes.

—Parece un árbol de Navidad.

Eddie *el Rápido* asintió.

Judd dio a un interruptor de la placa, luego apretó tres botones. De pronto los diodos se pusieron de color amarillo. Judd sonrió.

—¿No tendrán los escarabajos los oídos reventados?

Eddie *el Rápido* rio.

—No son de mi incumbencia, patrón. Yo soy un simple criado, recuerde.

—En tal caso prepárame una copa —dijo Judd.

—¿Lo de siempre?

—Coca-cola de Atlanta con mucho hielo —indicó Judd.

Observó cómo el hombrecito se colocaba detrás del mostrador del bar.

—¿Por qué estás tan nervioso? —le preguntó sin comprender todavía la razón de la pistola.

—Demasiado personal de servicio. —El hombrecito llenó el vaso de cubitos de hielo—. Tres camareras, el tipo del aspirador, dos para limpiar los cristales, un electricista, dos operarios de teléfonos. Ni que estuviéramos en el aeropuerto de O'Hara.

Abrió una botella de Coca-cola y la vertió en el vaso, que luego pasó con sumo cuidado a su patrón.

—¿Ya? —inquirió.

—Todavía no —contestó Judd. Sorbió la bebida con aire meditabundo.

Miró a Eddie *el Rápido*.

—¿Cuántas habitaciones tiene el apartamento?

—Cinco.

—¿Las has visto todas?

—Sí.

—¿Los armarios también?

—No.

Judd puso el vaso sobre la mesa y sacó la cajita que tenía forma de transistor del interior del portadocumentos. Apretó un botón y se la encajó en la palma de la mano.

—Prepara tu herramienta —ordenó.

Eddie *el Rápido* se descolgó el revólver. Siguió a Judd por todas las piezas. Judd arrimó la cajita a todas las puertas de los armarios.

—Eso es nuevo —comentó Eddie.

—Último modelo —afirmó Judd—. Es un detector de calor ajustado para el calor de los cuerpos. De encontrarse uno dentro, lo sabremos sin necesidad de abrir la puerta.

—Juguetes —dijo Eddie—. Se queda encandilado con ellos. Como un niño.

Fue en la habitación más alejada de la puerta de entrada. Judd se fijó en el temblor de la aguja.

—Aquí dentro —indicó.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Eddie *el Rápido*.

—Aguarda un segundo —dijo Judd. Observó la aguja un momento—. No vale la pena. El tipo está ya a treinta y seis coma siete. Es una estupidez meter un espía dentro de un armario, y para colmo a uno que sufre del corazón, susceptible de morir bajo el más mínimo impacto de sonar.

Regresó al salón y metió el detector de calor en el portadocumentos, luego volvió a apretar los botones y giró el interruptor para desconectar la corriente. Los diodos amarillos se pusieron verdes y rojos de nuevo, como un árbol de Navidad. Cerró la maletita y dio la vuelta al tambor de la cerradura. Miró a Eddie.

—Ahora.

Eddie *el Rápido* tiró de una cadenita de oro que llevaba en el cuello, debajo de la camisa. Abrió el frasco dorado con la cucharilla de oro y lo acercó a Judd. Judd aspiró vigorosamente un par de veces.

Eddie le miró.

—No me vendría mal uno a mí —dijo—. Todavía tiemblo.

—Estás invitado.

Eddie *el Rápido* hizo honor a su apodo. No tardó ni un segundo en mejorar de aspecto. Frasco y cadenita desaparecieron en el acto.

—Gracias.

Miró a su patrón.

—¿Otra Coca-cola?

—Sí —dijo Judd—. Esta ya está sosa.

El teléfono arrancó a sonar mientras el hombrecito se dirigía al mostrador del bar.

—Contesto yo —repuso Judd cogiendo el aparato—. Crane al habla.

—Señor Crane, soy la doctora Zabiski. —Por teléfono el acento todavía era más fuerte—. He reflexionado sobre nuestra conversación de hace un rato.

—Diga, doctora.

—Podría ir a su hotel a las veintiuna horas, si usted no tiene inconveniente.

La voz de la mujer resonaba en el aparato.

Él miró el reloj de pulsera. Eran las seis.

—De acuerdo, doctora. ¿Cenará conmigo?

—Iré acompañada de mi ayudante.

—A mí eso no me molesta.

—Estupendo, señor Crane. Hasta luego. Gracias.

—Gracias a usted, doctora. —Colgó el aparato y miró a Eddie—. ¿En qué habitación está Merlin?

—En la diez cero nueve. En el piso de abajo.

Judd marcó el número de la habitación. Su ayudante contestó:

—Dígame, señor Crane.

—Suba inmediatamente con el teléfono portátil —le indicó Judd.

—Me quedan aún tres secretarias por entrevistar.

—No hay tiempo —señaló Judd—. Págueles y que se vayan.

—Sí, señor Crane. Lo haré enseguida.

Eddie trajo la bebida recién preparada. Meneó la cabeza.

—Es una pena, señor Crane. Los coños yugoslavos parecen de primera calidad.

Judd sorbió la bebida y se echó a reír.

—No se puede con todo.

El teléfono portátil iba en una maleta muy similar a la que Judd tenía en la mesa escritorio. Merlin lo llevaba en la mano cuando Eddie abrió la puerta. El negro volvió a cerrarla, a la vez que hizo un gesto antes de hablar. Se puso un dedo sobre los labios, luego señaló hacia las luces del techo y hacia los teléfonos. Merlin asintió silenciosamente, como comprendiendo, y se encaminó hacia donde estaba Judd.

—Tengo los mensajes, señor Crane.

—Gracias, Merlin. —Judd puso el teléfono portátil en la mesa y devolvió la otra maleta a Merlin. El ayudante le entregó los documentos.

—Comunique al capitán que se prepare para salir pasada la medianoche.

—Sí, señor Crane. —Merlin abrió la maletita y sacó el teléfono mientras Judd leía los documentos. Merlin escuchó al capitán y luego se dirigió a Judd.

—El capitán dice que tendremos que pararnos en ruta para reponer combustible.

—Pregunte si no puede hacerlo durante el vuelo —dijo Judd—. Si paramos, perdemos dos o tres horas.

Merlin comunicó el mensaje y dejó el teléfono portátil.

—El capitán dice que procurará arreglarlo.

—Estupendo —exclamó Judd. Devolvió los papeles a Merlin—. Hablaremos

durante el vuelo. A las nueve tengo que cenar con la doctora Zabiski. Vaya a reservar una mesa. Mientras, procuraré echar una siesta y luego me ducharé.

—A las siete tiene una cita con el secretario de turismo —recordó Merlin.

Judd sonrió amargamente.

—Adiós siesta. Bueno, tendré que contentarme con tomar la ducha.

—¿Algo más, señor? —preguntó Merlin.

—Me parece que ya está todo. Vaya al avión con Eddie cuando yo baje a cenar.

—¿Arreglo la cuenta del hotel, señor?

—Buena idea —asintió Judd—. Así podremos partir en cuanto acabe la cena.

—¿Camisa blanca, corbata negra y traje completo, señor? —inquirió entonces Eddie *el Rápido*.

—¿Disponemos de otro conjunto? —preguntó Judd, sonriendo.

—No, señor. Pero soñar no daña a nadie.

Incluso Merlin sonrió. Judd consideraba este estilo de vestir como su uniforme de guerra. Había órdenes de que en los armarios colgaran siempre un centenar de trajes idénticos, de color negro, en todas partes del mundo donde se encontrara.



A las nueve menos diez esperaban en recepción a la doctora Zabiski. Merlin y Eddie vigilaban al mozo encargado de transportar las maletas hasta el automóvil.

—El teléfono portátil me lo quedo yo —indicó Judd. Merlin asintió. De su mano colgaba el otro portadocumentos.

Eddie *el Rápido* miró al patrón y dijo:

—Me preocupa el apartamento que acabamos de abandonar. Sería mejor que viniera con nosotros al avión.

—Los doce millones me aseguran que no habrá problemas —señaló Judd—. El departamento de turismo está muy satisfecho con los cuatro clubs del Adriático y los dos hoteles nuevos.

—Quizá no dependa de ellos —dijo Eddie—. Debe de ser de la incumbencia de otro ministerio.

—Ministerio solo hay uno —advirtió Judd—. El del gobierno. Ponen en funcionamiento todo el arsenal. ¿Por qué crees que la doctora Zabiski ha tardado tan poco en llamarme? Tiene órdenes de negociar conmigo. Yo, tranquilo. —Miró la puerta giratoria de la entrada—. Ya viene —dijo—. Nos veremos en el avión.

Dejó a los dos hombres y avanzó a saludar a la doctora.

Una joven alta, de cabellera castaña clara, con una pésima imitación de traje de chaqueta de Chanel, entró detrás de la doctora. Pero ni el desafortunado corte del traje lograba ocultar el magnífico cuerpo que revestía. Por el cerebro de Crane cruzaron las palabras que había oído en boca de Eddie *el Rápido*: de primera calidad.

La menuda doctora fue al grano en cuanto el *maître d'hôtel* hubo tomado el encargo de la cena.

—La doctora Ivancich ha sido mi ayudante durante dos años —dijo—. Antes había enseñado como profesora adjunta de gerontología en la Academia de Ciencias de Georgia, y los dos años anteriores los ocupó doctorándose en la especialidad, de geriatría de la Academia de Ciencias Soviética de Moscú, después de dos años de seguir un curso sobre envejecimiento en Baltimore, en el Instituto Nacional. Es licenciada de la Universidad de Columbia, de la Escuela Médica de Nueva York.

Judd miró a la joven.

—Estoy impresionado —manifestó con voz sincera—. La doctora Ivancich ha hecho muchas cosas para ser tan joven.

Ella contestó en inglés con acento norteamericano.

—No soy joven, señor Crane. Tengo treinta años.

—Todavía es joven —replicó Judd.

El camarero sirvió el consomé. Judd aguardó a que les dejara solos para reanudar el diálogo. Se dirigió a la doctora Zabiski:

—Ha dicho que había reflexionado sobre nuestra conversación.

La doctora Zabiski asintió.

—De interesarle nuestro tratamiento, podríamos acortar los dos meses iniciales a dos semanas.

—¿Cómo?

—Permitiendo que la doctora Ivancich parta con usted. Ella le sometería a las pruebas y a los exámenes iniciales, necesarios para saber si usted reacciona adecuadamente.

Mientras hablaba, le pasó una diminuta nota que Judd leyó disimuladamente. Estaba escrita a mano y con lápiz. «Rómpalo una vez leído. La doctora es de toda confianza. Me interesa mucho su propuesta.»

Judd la observó sin hablar. Arrugó el papel y se lo metió en la boca. Lo masticó despacio y luego tomó un par de cucharadas de consomé. Sonrió.

—Me encantan los tropezones.

La doctora Zabiski sonrió por primera vez. Asintió con expresión satisfecha.

—Me marcho esta misma noche —explicó Judd—. Díganme cuándo la doctora Ivancich estará lista para partir, y yo lo dispondré todo para que nos encontremos donde yo esté.

—Esta noche, señor Crane, si usted quiere —manifestó la menuda doctora—. Las maletas están en mi coche. Lo he arreglado todo.

Judd sonrió.

—Enseguida que la vi supe que usted era el médico que yo necesitaba. —Se giró a mirar a la doctora Ivancich.

—Confío que le guste viajar, doctora Ivancich.

—Me encanta, señor Crane.

—Estupendo —exclamó—. Vamos a viajar muchísimo. —Guardó silencio unos minutos y luego dijo—: Su apellido impone. ¿Cuál es su nombre de pila?

—Sofía —contestó ella.

—El mío es Judd —repuso él—. En América acostumbramos llamarnos por los nombres de pila. No le molesta, ¿verdad, doctora?

—En absoluto, Judd —dijo ella con una media sonrisa—. Mi madre era americana y yo pasé muchos años estudiando en Estados Unidos.

El *maître* se acercó a la mesa.

—Le llaman al teléfono, doctora Zabiski —indicó con una reverencia.

La menuda doctora se volvió hacia Judd.

—¿Me perdonará unos minutos?

Judd asintió a la vez que se alzaba de la silla al abandonar ella la mesa, y luego volvió a dirigirse a la doctora Ivancich.

—Curiosa mezcla, Sofía —dijo—. América y Rusia.

—No se extrañe —contestó ella—. Son los dos únicos países con dinero para costear este tipo de investigación y para dar facilidades a estudiantes de mi tipo. De no ser que mi padre pasó casi veinticinco años en Nueva York, ciudad donde yo nací, como funcionario de las Naciones Unidas, nada de eso hubiera tenido lugar, seguramente. Yo no viví en Rusia hasta que regresamos a Yugoslavia. Y solo hasta que el gobierno reconoció el trabajo de la doctora Zabiski. Entonces me vine para aquí, a trabajar con ella.

—De eso hará dos años, ¿no? —preguntó él—. Desde luego que en cualquier otra parte hubiera ganado más dinero que en Yugoslavia.

—Seguramente —dijo ella—. Pero no habría tenido la oportunidad de trabajar con la doctora Zabiski, quien, en mi opinión, es un genio en su especialidad.

—¡Vaya cumplido! —observó Judd.

—Estoy convencida de ello —replicó Sofía.

Por el rabillo del ojo, Judd vio que la doctora volvía a la mesa. Se apresuró a levantarse. La mujer parecía algo más pálida.

—¿Todo va bien? —preguntó él al ayudarla a sentarse de nuevo.

Ella pasó los ojos por sobre la mesa mientras él volvía a su sitio.

—No es nada importante —dijo. Acto seguido miró fijamente a los ojos azules del hombre y volvió a sentir el mismo escalofrío que la había estremecido unas horas antes, en su despacho. Como si él le hubiera invadido la mente.

Bajó los ojos al mantel y se puso la servilleta en la falda antes de mirarle de nuevo.

—¿No sería extraño si descubriéramos que la muerte y inmortalidad son lo mismo?



Fue en 1956. Dos días después de la reelección del presidente Eisenhower. Judd había llegado en el tren de las 8.02 procedente de Boston. En Nueva York hacía un día seco y soleado y él había ascendido por la escalera trasera de la Grand Central y había tomado por la Park Avenue. Nueva York parecía lleno de vida, estimulante, los transeúntes iban con aire de tener prisa y de estar muy ocupados. Era muy distinto del ambiente casi soñoliento del campus universitario de Harvard, en Cambridge. Miró el reloj. Todavía no eran las once. Le sobraba tiempo. Su padre le había citado a las doce en su despacho.

Llegó veinte minutos demasiado temprano a la fachada principal del nuevo edificio de oficinas y contempló las bruñidas letras de metal inoxidable que rezaban sobre la entrada: «INDUSTRIAS CRANE.» Subió por la escalinata que había entre las dos fuentes y cruzó las puertas de cristal. Le sobraba tiempo y se apoyó contra las paredes de mármol, dispuesto a observar a las personas que entraban y salían del edificio.

A los pocos minutos se le acercó un guardia uniformado. Un tipo fornido, con aire de darse mucha importancia, exhibiendo un cinturón de cuero militar y una pistola enfundada.

—Circula, muchacho —le dijo con voz de pocos amigos.

—Estoy esperando —contestó Judd en tono cortés—. He llegado temprano a una cita.

—Lo siento, chico —repuso el otro—. Si has llegado temprano, vuelve luego.

Judd se encogió de hombros.

—En tal caso no esperaré más —contestó y comenzó a encaminarse hacia las puertas de los ascensores que indicaban subir a la planta cuadragésima.

El guardia le detuvo.

—Va a las plantas particulares de los ejecutivos.

—Ya lo sé —contestó Judd.

—¿Con quién tienes la cita?

—Con el señor Crane —contestó Judd.

El guardia le miró con cara de escepticismo. Hizo una señal a otro guardia que estaba de pie frente a los ascensores, y que se apresuró a acudir en su ayuda.

—Ese chico pretende hacerme creer que tiene una cita con el señor Crane.

El otro guardia le miró.

—¿Tiene documento de identidad? —preguntó cortésmente.

Judd se desabrochó la chaqueta, el jersey marrón en que lucía la letra «H» de su equipo pareció casi negro a la luz de los ascensores y sobre la camisa blanca. Se sacó una cartera de piel del bolsillo del forro.

—¿Tendrá suficiente con el permiso de conducir?

—Sí —afirmó el segundo guardia. Abrió el documento, lo leyó, luego miró a Judd. Lo dobló de nuevo y se lo devolvió.

—Disculpe, señor Crane —manifestó con voz compungida—. Tenemos que ser muy estrictos. Estas últimas semanas han surgido problemas con personas que habían entrado sin justificación.

—Lo comprendo —dijo Judd volviéndose a meter la cartera en el bolsillo.

El segundo guardia metió una llave en el tablero de interruptores que había junto a los ascensores. Una de las puertas se abrió.

—Al piso cuarenta y cinco, señor Crane —indicó retrocediendo unos pasos.

Judd entró en el ascensor y apretó un botón. Las puertas comenzaron a cerrarse y oyó que el segundo guardia decía:

—¡Estúpido! Es el hijo del amo, serás...

Judd se sonrió a la vez que la voz se perdía en el remolino de aire causado por la rápida subida del ascensor. Se tiró con el cuerpo hacia atrás y procuró seguir las señales luminosas que trepaban hacia el techo. Salió del ascensor a las doce menos cinco.

La recepcionista esperaba junto a la puerta.

—Buenos días, señor Crane —saludó—. Su padre le espera.

Le abrió la puerta del ascensor privado que llevaba a su despacho, el único que había en el ático.

Al salir del pequeño ascensor fue recibido por la secretaria de su padre.

—Judd —exclamó, sonriendo.

—Señorita Barrett —dijo él, inclinándose para besarla en la mejilla—. Está más joven y bonita que nunca.

Ella se echó a reír.

—¡Qué simpático! —replicó cariñosamente—. Pero te conozco desde que ibas en pañales. No tienes por qué dedicarme los cumpleaños que estiláis en Harvard.

—Es verdad —exclamó él, riendo—. Lo he dicho en serio. No tiene nada que ver con Harvard —añadió, siguiéndola a través del cuarto de las secretarías de recepción, hasta el que ocupaba ella junto al despacho de su padre.

—¿Cómo está él? —preguntó Judd—. Hace seis meses que no nos vemos.

—Ya le conoces —contestó ella con cierto misterio en la voz—. Siempre parece el mismo.

El chico se detuvo y la miró.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Hay malas noticias?

Ella no contestó. Abrió la puerta que daba entrada al despacho del amo. Judd, al pasar por delante de ella, tuvo la impresión que le veía los ojos arrasados de lágrimas. Ella cerró la puerta inmediatamente.

Su padre estaba de pie junto a las ventanas y miraba a la calle, de espaldas a él.

—¿Judd?

—Sí, padre —contestó Judd desde la puerta.

—Acércate —le ordenó sin darse la vuelta.

Judd fue hacia la ventana y se colocó al lado de su padre. Continuaban sin haberse mirado al rostro.

—Hace un día muy claro. Se ve hasta el barrio de Battery, hasta más allá de la isla de Staten, la parte nordeste que va a Long Island Sound y a Connecticut.

—Sí —asintió Judd en voz baja—. Hace un día muy claro.

Su padre guardó silencio unos minutos, luego se volvió a mirarle. Le alargó una mano.

—Tienes muy buen aspecto, Judd —manifestó.

Judd estrechó la mano y la retuvo, a la vez que trató de hablar con voz de despreocupación.

—¿Soy demasiado mayor para besar a mi padre?

Su padre lo abrazó impulsivamente y le dio un beso en la mejilla.

—Para eso nunca se es demasiado mayor, espero —contestó.

Judd le devolvió el beso.

—Eso está mejor —puntualizó—. Comenzaba a sospechar que ya no te era simpático.

—Tonterías —replicó su padre—. Yo te quiero, hijo.

—Yo te quiero, padre.

Su padre retrocedió unos pasos.

—Primero he pensado que almorzaríamos en el 21, pero luego he decidido que será mejor comer en el despacho. Hace mucho tiempo que no hablamos y aquí estaremos más tranquilos.

—Me parece muy buena idea.

—¿Hambriento?

Judd sonrió.

—Siempre tengo hambre.

Su padre pulsó un botón de la mesa. Abrióse una gran puerta de corredera, tras de la cual apareció un pequeño comedor con una mesa redonda, con cabida para ocho personas, pero que estaba puesta solo para dos. Se dirigió al botón del interfono.

—Listos para almorzar —dijo.

Se volvió hacia Judd.

—Me apetece tomar un whisky con agua. ¿Y a ti?

—A mí también —convino Judd, siguiendo a su padre al comedor.

Por otra puerta apareció un negro de baja estatura, uniformado con corbata negra.

—Dígame, señor Crane.

—Dos de los habituales, Eddie *el Rápido* —ordenó el padre de Judd.

El flaco negro hizo honor a su apodo. Las dos bebidas aparecieron casi antes de haber sido encargadas.

—Eddie, permíteme que te presente a mi hijo, Judd —refirió su padre al coger la

copa.

Eddie *el Rápido* dio la otra copa a Judd.

—Mucho gusto, señor Crane.

—Gracias —contestó Judd. Esperó a que Eddie *el Rápido* desapareciera por la puerta del comedor—. Salud.

—Salud —repitió su padre.

Bebieron de sus respectivos vasos.

—¿Cuánto tiempo hace que Eddie está contigo, padre? —preguntó Judd.

—Unos tres meses. Es el nieto del viejo Roscoe. Roscoe le ha estado preparando durante dos años. El chico es muy bueno. Parece mentira que solo tenga dieciocho años.

—Tiene el aire simpático.

—Se parece al abuelo —dijo su padre—. Siempre a punto.

Se sentó a la mesa y miró a Judd, en la silla de enfrente.

—¿Te sorprendió que te llamara?

Judd asintió.

—Tenemos que hablar de muchas cosas. —Quedó un instante indeciso y luego—: Bueno: vamos a ver. ¿De qué hablamos primero, de lo bueno o de lo malo?

—Como a ti té parezca, padre.

—Comencemos por lo bueno, entonces. Como tú sabes, he vivido solo desde que murió tu madre, hace quince años. He conocido a mujeres, claro, pero lo de ahora es distinto. Me voy a casar. Y creo que ella te va a ser simpática.

Judd le miró.

—Si te gusta a ti, padre, es lo que importa. Yo seré feliz si lo eres tú.

Su padre sonrió.

—No me has preguntado cómo se llama. —Calló unos segundos y luego añadió —: Barbara.

Judd exclamó con voz atónita:

—¿La señorita Barrett?

Su padre se echó a reír.

—¿Tanto te sorprende?

—Sí —confesó Judd—. Pero es una sorpresa agradable. Y, bien pensado, no comprendo por qué no te has casado con ella antes. Tengo la impresión de que siempre ha sido de la familia. ¿Me permites que vaya a felicitarla y a decirle lo feliz que me ha hecho la noticia?

—No hace falta. Comerá con nosotros —contestó su padre.

—¿Cuándo es la boda?

—Esta tarde a las seis —respondió su padre—. Nos casará el juez Gitlin en nuestro apartamento.

—Conozco muy bien al tío Paul —dijo riendo Judd—. Voy corriendo a por una corbata negra.

—Eso es lo de menos. Asistirán solo los amigos más íntimos. —Y de pronto se puso serio—. Ahora, lo malo.

Judd no dijo nada.

—Tengo la enfermedad de Hodgkin —manifestó entonces su padre.

—No sé qué es —observó Judd.

—Es una suerte de cáncer de la sangre. —Un momento de silencio y luego aclaró —: Pero podría ser algo peor. Los médicos me aseguran que me quedan cinco o seis años de bastante tranquilidad. Quién sabe lo que se descubrirá durante estos años. Puede que pronto se encuentre el remedio.

Judd guardaba silencio. Respiró con fuerza, conteniéndose las ganas de llorar.

—Esperemos que sea así. No, estoy convencido de que lo encontrarán.

—Y si no —añadió su padre—, no me quejaré. Habré disfrutado bastante de la vida.

Judd no dijo nada, miró a los ojos de su padre.

—La muerte no me asusta —aseguró en voz baja—. La muerte y la inmortalidad siempre me han parecido bastante semejantes.

## cuatro

El *jeep* de los aduaneros guio el automóvil por la puerta de carga hasta la pista de despegue. Recorrieron la carretera a lo largo de una serie de hangares, pasaron por delante del sector reservado para los aviones comerciales y se detuvieron en el de los aviones militares. Junto al puñado de diminutos cazas yugoslavos, aquel B-747 de color azul oscuro se asemejaba a la gigantesca abeja, reina de la colmena.

Judd se apeó del coche y alargó la mano a Sofia. Ella alzó los ojos hacia el avión. A la luz que llegaba de las ventanas del aeropuerto se veía perfectamente el anagrama blanco de la grulla —sus alas extendidas a punto de remontarse al aire, seguidas por las palabras «Crane Industries»—. Debajo de la ventana del piloto había pintada una bandera norteamericana y debajo del enorme timón había otra todavía mayor.

La joven miró a Judd y dijo:

—Los jumbos los conocía solo de las películas. Normalmente llevan una escalera.

Judd sonrió:

—Sí, y la despliegan contra el aparato si están en un aeropuerto sin rampas transportables. Pero este es especial. Ha sido construido según un diseño particular mío.

En aquel momento se les acercó un aduanero.

—Los pasaportes, por favor; los hemos de marcar con un sello —explicó.

Judd se sacó el suyo del bolsillo de la americana y Sofia rebuscó en su bolso. El aduanero los tomó y caminó hasta el *jeep*, donde examinó los documentos a la luz de una lámpara portátil.

Mientras tanto el chófer les trajo tres maletas del coche. Una era de aluminio. Las dejó junto a la joven. En aquel momento, del recinto de las ruedas descendió un ascensor, sostenido por unas barras de acero inoxidable, con dos individuos uniformados en el interior, que se encaminaron hacia la pareja.

Judd los presentó.

—Sofia, el capitán Peters y el camarero principal, Raoul. Señores, la doctora Ivancich.

El capitán Peters le estrechó la mano.

—Bienvenida, doctora.

Raoul se tocó la gorra con ademán militar.

—Bienvenida de mi parte también, señora.

—Gracias, caballeros —replicó Sofia.

El aduanero regresó.

—Los pasaportes en orden. Pero tenemos que examinar el equipaje de la doctora Ivancich, a no ser que nos entreguen una licencia especial de exportación de material médico.

Con voz ligeramente irritada, ella dijo unas palabras en servio. La del gendarme sonó compungida, sus manos se movieron llenas de expresión. La joven se volvió a Judd.

—He de acompañarles a la oficina —explicó—. Son como todos los funcionarios. La licencia de exportación no ha llegado a tiempo. Pero, como es habitual...

El capitán Peters la atajó:

—Permítame que yo la acompañe, doctora. Yo también tengo que presentarles la ruta de vuelo.

—Tomen el coche —les sugirió Judd—. Los espero a bordo del avión.

—Lo siento mucho —respondió ella.

—No se preocupe —adujo Judd—. Ya se sabe.

Los aduaneros cargaron las maletas de la joven en el *jeep* y ellos dos los siguieron en coche. Judd se dirigió al ascensor acompañado de Raoul, el cual pulsó un botón. Ascendieron por el recinto de las ruedas, cruzaron el de la cocina y se bajaron en la cabina principal.

—Instalen a la doctora en la habitación del invitado principal —ordenó Judd dirigiéndose al camarero.

—Sí, señor Crane.

Judd fue hacia la escalera que subía a la cubierta del piloto, detrás de cuya cabina se encontraba la suya particular. Se volvió para dirigirse de nuevo al camarero.

—Que venga Merlin.

—Enseguida, señor.

Judd subió los peldaños y entró por la puerta que separaba su cabina de la de los mandos del vuelo. Eddie *el Rápido* le aguardaba con una Coca-cola helada. Judd se quitó la americana y tomó el vaso. Merlin llamó a la puerta cuando Judd tomaba unos sorbos del refresco. Eddie la abrió.

—Usted dirá, señor Crane —repuso Merlin.

—Doctora Ivancich, Sofía —dijo Judd. Merlin tomó nota—. Necesito su ficha, de seguridad y por ordenador. Con todos los datos obtenibles.

Con voz rápida repitió todo lo que Zabiski le había informado sobre la joven, y luego añadió:

—Evitemos las sorpresas.

—¿Eso es todo, señor? —preguntó Merlin.

—Sí —contestó Judd—. Infórmese en el Departamento de Investigación Médica si se ha trabajado en clonación de células del propio paciente y en su autoimplantación. Pregúnteselo al doctor Sawyer.

—Lo haré en cuanto despegue el avión, señor —aseguró Merlin.

Judd esperó a que Merlin saliera de la cabina para echar una significativa mirada hacia Eddie *el Rápido*.

—Enfría una botella de Cristale —dijo cogiendo el teléfono portátil y apretando el botón del servicio. Luego añadió hablando al aparato—: Cuando suba la doctora,

invítela a tomar una copa conmigo en el momento de despegue.

Eddie *el Rápido* ya tenía la botella de champaña en el cubo, además de dos copas heladas sobre la mesilla adjunta a su asiento. Judd se encaminó hacia el fondo de la cabina, donde se encontraba su dormitorio, y se desabrochó la camisa.

—Alcánzame el mono de toalla —indicó a Eddie.

Eddie abrió uno de los armarios, sacó la prenda y la extendió sobre la cama. Junto a ella colocó además un par de zapatillas de la misma tela y un bikini de seda francés. Judd se metió en la ducha del baño, pulsó el botón que hizo salir agua jabonosa, aclarándose luego cuando el agua salió sin jabón. Del piso de la ducha salió automáticamente una nube de vapor caliente y él se secó con una toalla que le venía grande. Se vistió aprisa y se peinó. Se miró en el espejo. «Bien —se dijo—, pero solo bien.» Estaba cansado. La sensación de cansancio le desagradaba. Le quedaban todavía unas cuantas cosas por hacer.

Tiró de un cajón y tomó un frasco de oro, que se apresuró a destapar, quedando una especie de tornillo de muelle de plástico. Lo desenroscó y apareció un diminuto agujero. Se lo puso en una de las ventanas de la nariz, estrujó el fondo del frasco y aspiró la cocaína. Repitió la operación en la otra ventana. Enseguida surtió efecto. Tiró el frasco dentro del cajón, que no cerró. Se volvió a mirar en el espejo. Ya no parecía tan cansado. Sonrió. «Menos mal que soy propietario de una empresa de productos químicos —se dijo—. Me ahorro tener que buscar la mierda por las calles.»

Eddie *el Rápido* le esperaba en su cabina. Sonrió.

—No hay nada como una ducha caliente seguida de una tormenta de nieve —dijo—. Pone ya mejor cara.

—No te pases de listo —replicó Judd, sonriendo—. ¿Todavía no han subido a bordo?

—Lo están haciendo en ese momento —contestó Eddie.

Judd cogió el teléfono y llamó al camarero.

—Sugíerale de mi parte a la doctora que se sentirá mejor con uno de mis monos de toalla. De la talla ocho.

—Ya he pensado en ello, señor —contestó Raoul con calma—. Pero le he dado uno de la talla siete. Le sentará mejor.



La voz del capitán resonó por los altavoces.

—Medidas de seguridad para todo el personal. Despegue dentro de un minuto.

Judd miró el asiento donde estaba Sofía. La joven miraba por el hueco de la ventana. Él sintió el acostumbrado estremecimiento de cuando el avión comenzaba a moverse. Se fijó en las manos de ella. Que se agarraban a los brazos de la butaca. Él prefirió no decir nada mientras avanzaban corriendo velozmente por la pista y se alzaban, de pronto, suavemente, al aire.

La voz de ella susurró:

—Es como una casa con alas.

Él se echó a reír.

—Pues sí, podría serlo.

Ella miró hacia la tierra, a las luces de Dubrovnik.

—¿A qué altura estamos?

Él apretó un botón y una luz se encendió sobre la puerta de la cabina de enfrente.

—Unos dos kilómetros —contestó—. Subimos a doce kilómetros, es nuestra altura de vuelo. Y para entonces volaremos a ochocientos cincuenta kilómetros por hora.

Se apagaron las luces indicadoras de la prohibición de fumar y de la orden de sujetarse los cinturones. Él hizo saltar el cierre del que llevaba puesto sobre el pecho y se inclinó para ayudarla a ella. La joven vaciló. Él sonrió.

—No pasa nada.

Ella asintió y le dejó que se lo desatara.

Entonces se acercó Eddie *el Rápido* con una bandeja en la que había una fuente de caviar y pan tostado. La dejó enfrente de la mujer, luego llenó las copas de champaña y desapareció como por ensalmo de la cabina.

Él alzó su copa.

—Bienvenida a los hospitalarios cielos de América.

—Abajo todavía es suelo yugoslavo —objetó ella.

—Pero no estamos abajo, que yo sepa —replicó él, riendo.

—Tiene razón —sonrió ella. Tomó un sorbo de champaña—. Delicioso. —  
Escrutó la bandeja—. ¿Es caviar ruso?

Él asintió.

—En Yugoslavia no hay.

Él puso una cucharada de caviar sobre una tostada y se la dio.

—La distensión tiene sus ventajas —dijo.

—Me gusta —exclamó ella.

—A mí también.

—¿Tienen vodka ruso a bordo? —preguntó ella.

—Naturalmente.

—¿Puedo tomar una copita? —preguntó ella casi con timidez de colegiala—. En tierra solo puedo conseguir *slivovitz* y me revuelve el estómago.

—Enseguida —repuso él.

Eddie *el Rápido* les trajo una botella escarchada directamente del congelador. Llenó dos vasos, los dejó en la bandeja, al lado de la botella, y desapareció.

La joven cogió la bebida, la miró detenidamente unos segundos y echó un trago. Él percibió un leve enrojecimiento en sus mejillas.

—¿Está bueno?

—¡Cuánto tiempo hacía que no lo probaba! —Lo observó y dijo—. Pero usted no

bebe.

—Nunca bebo excesivamente —aclaró él—. Vino, cerveza, un whisky diluido con agua antes de comer, y nada más. El alcohol me postra. No soy partidario de los calmantes.

—¿Prefiere la droga? —preguntó ella.

—Depende.

—¿La marihuana, la cocaína, las anfetaminas, los alucinógenos? —recitó ella, mirándolo.

Él sonrió.

—Según.

—Muy americano —observó ella—. Me recuerda mis tiempos de estudiante. —Tomó el vaso de vodka, lo apuró y el aliento voló de su boca como un suave suspiro—. Eso, en cambio, es muy europeo.

—A pueblos distintos, tónicos diferentes —dijo él, sonriendo.

Ella se echó hacia atrás.

—¡Qué calorcito! —dijo—. Me está subiendo a la cabeza.

—Duerma, si quiere.

—No, no, me gusta —protestó ella con una sonrisa—. Hacía tiempo que no me divertía tanto. Abajo todo el mundo es muy serio. —Cerró los ojos y luego los volvió a abrir para mirarle—. ¿Tiene cocaína?

Él asintió.

—¿Me da un poquito? —Ella notó que él vacilaba—. No se preocupe. Es solo para despejarme. No quiero echarme a dormir tan pronto.

Él fue a su dormitorio y volvió con el frasco de oro. Le dio vueltas con los dedos y lo golpeó ligeramente por los lados; el tapón de plástico se llenó de polvo blanco.

—Es como una jeringa —le dijo él—. Métaselo en un orificio de la nariz, apriete el fondo y aspire.

—¡Qué complicado! —exclamó ella—. ¿Me lo puede hacer usted?

Le puso el frasco contra la nariz.

—Aspire —le recomendó, apretando el émbolo. Ella inhaló y él se apresuró a poner el frasco en el otro orificio de la nariz.

—¡Vuelva a hacerlo!

La joven quedó inmovilizada unos segundos, luego se volvió a él con los ojos muy abiertos y brillantes.

—He sentido cómo me subía al cerebro —explicó.

Él se rio.

—Sí, a veces pasa.

—Ahora he entrado realmente en calor —añadió ella—. Tengo los pezones endurecidos y ardiendo.

Él la observó en silencio.

—No me cree —insistió ella.

—La creo —replicó él, sonriendo.

—Se burla de mí —repuso ella. Se bajó la cremallera del mono hasta los senos—. ¿Me cree ahora? —le preguntó.

Tenía los pechos duros e hinchados, con los pezones morados y erizados, como pinchos. Él la miró a la cara.

—Muy hermosos.

—Tóqueme —sugirió ella con voz seca—. Tóqueme, se lo ruego, o me da un orgasmo solitario como me ha estado sucediendo durante los pasados cinco años.

Él la atrajo contra sí, apretándole la cabeza contra él, y acariciándole los pechos con la otra mano. Sintió el chasquido de su cuerpo al estremecerse. Le acarició con suavidad el pelo. Ella se calmó. Él no se movió.

Se oyó su voz apagada contra el pecho de él.

—¿Se ha acostado con las tres chicas que le han mandado al hotel?

—No. Las mandé despedir —contestó él.

Ella guardó silencio unos minutos.

—Me alegro. En su cama habían instalado cámaras secretas para fotografrarle.

—¡Vaya estupidez! ¿Qué iban a ganar con eso? —adujo él.

—No lo sé. Tenía todo el apartamento intervenido.

—Lo hacen siempre. No me esperaba otra cosa —dijo él—. Chiquilladas —añadió riendo.

—No se crea que fueran chiquilladas —advirtió ella—. Un individuo ha muerto y tres han ingresado en estado grave en el hospital debido a un fallo de la corriente.

—Mala suerte. Yo no sabía nada —contestó él.

Ella estornudó de pronto. Él le alzó la cabeza y le dio un Kleenex.

—Es la cocaína. Aclárese la nariz —le dijo. La acompañó al cuarto de baño y luego volvió a su asiento.

Al regresar ella, él bebía champaña. La miró. Se había lavado la cara y peinado.

—¿Piensa mal de mí? —preguntó ella.

—No. Es un ser humano. Será muy sabia, pero no deja de ser mujer, y muy bella. La doctora y la hembra tienen sus respectivas necesidades que satisfacer.

Ella pareció titubear.

—Vuelvo a mi cabina —indicó.

Él se levantó del asiento.

—Como usted quiera, debe de estar cansada.

Ella le miró a los ojos.

—¿Usted qué desea ahora? —le preguntó.

Él sonrió despacio:

—Lo sabe de sobra.

Le despertó algo que se había interferido con el rumor de los motores del *jet*. Cogió el teléfono que había junto a la cama.

—¿Qué tal vamos? —preguntó.

—Perfectamente según el programa, señor Crane —contestó el capitán Peters desde su cabina de vuelo—. Hace diez horas y media que volamos. Nos encontramos sobre Delhi, India, y reponemos combustible. Esperamos poder aterrizar en Pekín dentro de ocho horas y veinte minutos. Los aparatos funcionan todos como es debido.

—Gracias. —Y colgó. Se dio una vuelta en la cama. Ella estaba echada a su lado, la cabeza sobre la almohada, y los ojos abiertos mirándole a él.

—Buenos días —dijo él.

—Buenos días.

—¿Has dormido bien?

—No lo sé —contestó ella—. Me parece que he soñado todo el rato.

Él rio.

—Has dormido, de eso estoy seguro.

—Mala pata —respondió ella—. Hubiera preferido soñar.

Él se inclinó sobre su cara.

—Yo opino lo mismo —repuso, besándola. Se incorporó—. ¿Te apetece un café?

—¿Puedo lavarme primero? Huelo tanto a sexo que me da vergüenza que me sientan los otros.

Él se echó a reír.

—Lo digo en serio —continuó ella gravemente—. La excitación sexual me produce reacciones multiorgásmicas.

Él trató de hacer honor a su seriedad:

—Es la primera vez que me lo explican en estos términos, doctora.

—Pues sí. Por ejemplo, ahora cuando hablabas por teléfono, he visto tu pene semierecto de sueño y ya me rezuman los jugos.

—Es un problema, desde luego —reconoció él con voz seria—. Comprendo.

—Es de tipo psicológico, ya lo sé —observó ella—. Lo tengo que resolver por mi cuenta.

Él la miró.

—¿Lo tiene que resolver ahora inmediatamente, doctora?

—No te entiendo —repuso ella con expresión desconcertada—. ¿Por qué me llamas «doctora»? Habíamos quedado en que me llamarías Sofía.

Él le empujó la cara contra el falo.

—Sofía, Sofía —murmuró con una risita—. ¿No sabías que con una semierección no basta?

Ella alzó la cara para mirarle.

—¿Te burlas de mí?

—¡Boba! ¡Chúpalo si quieres follar! —exclamó, agarrándola del pelo. Con la otra mano se lo metió en la boca.

Ella se apartó furiosa.

—¡Me tratas como a una furcia! —protestó con los ojos arrasados de lágrimas...

Él la miró en silencio, luego acercó su cara suavemente a la suya.



Ella bajó detrás de él por la escalera de caracol que llevaba a la planta principal. Él se volvió al detenerse ella a sus espaldas.

—Ahí delante está la oficina —indicó apartando la cortina. Merlin estaba sentado trabajando y dos individuos estaban ocupados frente a sendas mesas con dos pantallas de procesadores de datos y de palabras. Merlin se dio la vuelta hacia Judd.

—Vuelvo enseguida —le dijo Judd, dejando caer la cortina y conduciendo a la chica al otro lado de la escalera.

—Primero está el salón de los invitados; luego, sus habitaciones particulares. Más allá están las habitaciones del personal y al final el salón del personal.

Ella habló con voz baja, pero en la que se detectaba cierta admiración.

—¿De cuántas personas consiste el personal del avión?

—Diez personas más el capitán como personal de vuelo; de personal de cabinas hay nueve, incluyendo el cocinero y el camarero jefe, cinco dedicados a los negocios más mi ayudante, mi criado, usted y yo; en total, veintinueve personas a bordo. Pero hay sitio para dormir cincuenta personas, si es necesario.

Ella meneó la cabeza:

—¿Como una casa! ¿Tanto necesita, verdaderamente? ¿Para usted solo?

Él sonrió.

—Pues sí. Paso casi el treinta y cinco por ciento de mi vida en este avión, viajando por cuestión de negocios. Gracias al tipo de instrumental que tengo instalado en el avión puedo estar en contacto con todas las oficinas y hacer transacciones con todo el mundo.

—¿Todos los hombres de negocios norteamericanos poseen aviones de este tipo?

—No lo sé —contestó con una sonrisa—. Muchos tienen aviones, algunos tienen más de dos y de tres.

—Es excesivo —dijo ella.

—Típicamente norteamericano.

—Es lo que observamos cuando estudié en la Universidad de Estados Unidos. —Sonrió—. Excesivo.

—El almuerzo será dentro de media hora. ¿También lo encuentra excesivo? —preguntó él.

—No. Me está entrando mucha hambre —respondió ella.

Él esperó a que ella atravesara el salón y se metiera en su cuarto. Entonces volvió a entrar en la oficina. Merlin se levantó al verle. Judd le miró.

—¿Es mañana o tarde? —preguntó.

—En la India son las cuatro de la tarde: unas doce horas de vuelo. Pero ya ha pasado todo un día.

—Nunca conseguiré entenderlo.

—Ha llegado el informe —anunció Merlin.

—Vamos a verlo —indicó Judd, sentándose a una pequeña mesa redonda. Merlin puso un pliego de documentos sin atar sobre ella. Judd lo hojeó un instante y lo dejó muy pronto.

—¿Algo especial? —preguntó—. Estoy cansadísimo.

—No, casi nada; es el fin de semana, ¿sabe? —dijo Merlin—. Solo una cosa. Malasia nos ha concedido la construcción del puente sobre el río Pahang por los cincuenta y cinco millones pedidos por nosotros.

—¡Mierda! —exclamó Judd—. ¿Cómo nos ha podido tocar? ¡Si éramos los que más pedíamos!

—Es cierto —asintió Merlin—. Pero es el precio a cambio de la buena fama. Dicen que, a pesar de la alta suma, se sienten más seguros con la empresa constructora Crane.

—¡Carajo! Nos embolsamos de doce a catorce millones. —Fijó la vista en Merlin—. Compruebe lo de la fábrica de acero japonesa. Nos llevan ventaja y expedir desde allí es más económico que desde Estados Unidos o desde Europa. A ver si conseguimos ahorrarnos cuatro o cinco millones.

—Ya lo miraré. Se lo encargaré a Judson desde San Francisco.

—¿Más noticias buenas? —preguntó Judd, secamente.

—El doctor Sawyer —contestó Merlin—. Dice que no tiene ni idea de qué le habla. Él solo sabe sobre los experimentos de ingeniería genética y sobre el proyecto con la ADN que lleva a cabo el Departamento de Defensa. Pide más detalles.

—Hablaré personalmente con él en Miami este próximo fin de semana —dijo Judd—. ¿No ha llegado nada sobre la doctora del departamento de seguridad?

—Todavía no —respondió Merlin—. Llegará dentro de unas horas, supongo.

Judd se levantó.

—Bueno. Volveremos después del almuerzo. —Calló unos segundos y luego miró a Merlin—. Si no le importa, coma con nosotros. Me interesa saber qué opina de la doctora.

El almuerzo fue sencillo. Una taza de consomé muy claro, costillas de cordero a la parrilla, cocidas al punto, acompañadas de judías verdes y zanahorias, con ensalada verde y queso. Como bebida, solo una botella de Château Margaux 71, y una vez despejada de nuevo la mesa, se sirvió café.

—Veo que come muy razonablemente —comentó Sofia.

—Como poco —reconoció él—. Con tantos viajes, el desajuste de las horas me

descalabra. Y si como demasiado me sienta mal.

—¿A usted también, Merlin?

—Todos comemos por el estilo, doctora —contestó—. Los dietéticos del instituto nos programaron los menús a cada uno, con miras a un máximo rendimiento energético. A diario nos dan un lote personal de vitaminas y minerales, prescrito individualmente.

—¿Es decir que el señor Crane no toma necesariamente las mismas vitaminas y minerales que usted?

—Cada individuo del personal tiene su fórmula propia.

—¿Según qué criterios se decidió?

—Cada año nos hacen una revisión médica en el centro médico de Crane, que se encuentra en Boca Ratón, Florida. Revisión muy completa que normalmente dura tres días.

—¿También el señor Crane?

—Sí, él también.

—¿Puedo ver los resultados de tu revisión? —preguntó a Judd.

Judd asintió con una sonrisa.

—Naturalmente. Están por ordenador. Mañana los tendremos a bordo.

—Gracias. Me serán muy útiles —repuso ella.

—Tú eres el médico. Pide lo que quieras —indicó Judd.

—Será una buena manera de comenzar el trabajo —adujo ella—. ¿Te importa que eche una siestecita, Judd? —preguntó dejando la taza de café vacía sobre la mesa.

—En absoluto. Es una buena idea. Yo también la haré—. A medianoche he de asistir a un banquete en Pekín —refirió Judd.



—¿Qué? —preguntó a Merlin al desaparecer ella.

—No sé qué decir —contestó Merlin—. Parece honesta. En cuanto a sus aptitudes como médico, no puedo opinar.

—Veremos qué dice el informe —dijo Judd—. Despiérteme en cuanto llegue.

—Descuide, lo haré —contestó Merlin, siguiéndole hasta el pie de la escalera.

Dos horas más tarde el timbre del teléfono despertó a Judd.

—¿Puedo subir? —Era la voz de Merlin.

—Estoy despierto —contestó Judd, saltando de la cama. Al entrar Merlin ya estaba en el salón privado. Judd le arrebató la copia de la mano.

—El aspecto médico ha quedado claro. Lo único intrigante es lo que dicen las últimas líneas —señaló Merlin.

Judd leyó rápidamente:

«Fuentes no comprobadas de la CIA, repito, rumores no comprobados dicen que el sujeto ha sido reclutado por la KGB bajo órdenes de Andropov. Se continuará buscando fuentes de información.»

—Suponiendo que sea verdad —quiso saber Merlin, mirando a su amo—, ¿qué querrá de nosotros?

—De nosotros no quiere nada —explicó Judd, sacudiendo la cabeza—. Quien les interesa es Zabiski.

—No comprendo —repuso Merlin.

—Zabiski es la más lista de toda la pandilla. Esa no suelta prenda sobre lo que hace o cómo lo hace. Ni los rusos están al corriente. Por eso me ha enviado a Sofía. Para despistar durante una temporada.

—No veo qué tiene todo eso que ver con nosotros.

Judd sonrió:

—Nosotros de momento le seguiremos el juego. Intuyo que en cuanto pueda, Zabiski nos va a pasar la pelota a nosotros.

—¿En serio lo cree? —preguntó Merlin.

—Sí —contesto Judd—. La miré a los ojos y le toqué la mano. Entré en contacto con la señora. Algo nos une.

—Quaaludes<sup>[2]</sup> e interferón —observó Judd—. No comprendo. Es una mezcla explosiva.

—Ya verá cómo lo entiende —manifestó Li Chuan, repantigándose en el muelle asiento del automóvil—. En el fondo hay dinero contante y sonante.

Li Chuan era un chino, nacido en Estados Unidos, que ocupaba el puesto de director de ventas en Asia de la industria farmacéutica de Crane ubicada en Hong Kong.

—En mil novecientos ochenta la producción de quaaludes habrá sido casi totalmente prohibida en el hemisferio occidental. En Europa y Sudamérica ya no se fabrica. Su fabricación en Estados Unidos comienza a estar en un serio aprieto y Lemon está secretamente preparándose para abandonarlo. Muchos de los ludes están falsificados y son de baja calidad, y vendidos por traficantes callejeros.

—Razón de más por la que no entiendo por qué los chinos están tan interesados en ellos.

—Los chinos reaccionan mejor con los antidepresivos que los norteamericanos y que la mayoría de los caucasianos. La droga les hace mayor efecto debido a su metabolismo más lento, que les impide excitarse excesivamente. Para ellos es un medicamento según todas las de la ley. —Calló unos segundos—. El gobierno chino opina que si el pueblo toma pastillas de quaaludes en vez de fumar opio, saldrá ganando. El opio no se combina bien con el trabajo.

—Están al corriente de la opinión mundial —observó Judd.

Li Chuan asintió.

—De modo que en el fondo lo que quieren es que Industrias Farmacéuticas Crane se encarguen de hacer su promoción por el mundo.

—Exactamente —afirmó Li Chuan—. Pero les darán un dineral a cambio. Seguramente el doscientos por ciento del total de la producción mundial de interferón. Y la exclusiva de su distribución.

—¡Mierda! —soltó Judd, mirando a la calle—. Es jodido si aceptamos y si no lo aceptamos.

—Si no me equivoco acerca de sus compinches —reanudó Li Chuan—, van a expedir los quaaludes pase lo que pase. Huelen la pasta.

—Al diablo con ellos. Paso. —Dirigió la mirada hacia donde estaba el avión esperando—. Me pregunto si Sofía estará despierta.

Merlin contestó sonriendo:

—Seguro que sí a no ser que le haya dado un filtro.

—Soy incapaz de semejante cosa —dijo Judd, devolviéndole la sonrisa—. Sofía es la doctora yugoslava de quien le he hablado —añadió dirigiéndose a Li Chuan.

Li Chuan asintió cortésmente, aunque se había puesto rígido al oír la decisión que Judd tomaba acerca de los quaaludes.



Se despertó poco a poco en la habitación oscura. Tardó unos minutos en darse cuenta de que el avión estaba en tierra y que la cama ya no vibraba movida por los motores del *jet*. Miró el despertador digital de la mesita de noche. A la suave luz azulada se leía 0310.

Se incorporó en el lecho, sorprendida de no haberse despertado en el momento del aterrizaje. Alzó una de las persianas y las luces eléctricas del aeropuerto penetraron en su cuarto. Se apresuró a volver a bajar la persiana y fue al pequeño cuarto de baño. En una esquina había una ducha. Cerró la puerta de plexiglás y descolgó el pulverizador. El agua salía caliente y con fuerza y ella sostuvo el chorro sobre los hombros y el pecho. Un botón del muro tenía escrita la palabra «jabón». Lo tocó; el jabón salió haciendo espuma mezclado con el agua. Enseguida se aclaró y luego apuntó el chorro de agua contra el bajo vientre. En el acto le vino el orgasmo. Se aguantó la respiración por miedo de que algún ruido se le escapara de la boca. Cortó el agua y se envolvió con una toalla. Regresó al cuarto.

Una camarera estaba haciendo la cama de espaldas a ella. Al ruido de la puerta del cuarto de baño, se dio la vuelta y la vio.

—Buenos días, doctora —la saludó la muchacha—. Me llamo Ginny. Le he traído zumo de naranja y café.

Sofía fijóse entonces en la bandeja de la mesita.

—Gracias —dijo. Al cabo de unos segundos de vacilación añadió—: ¿Estamos en Pekín?

—Sí, señora.

—¿Está el señor Crane en el avión?

—No, señora —contestó Ginny—. Volverá a las cuatro.

—¿Tendré tiempo de dar una vuelta por la ciudad? Es la primera vez que estoy en Pekín —explicó Sofía.

La azafata se echó a reír.

—Es uno de los problemas de este trabajo. He estado en muchos sitios sin estar de verdad. Hemos de despegar para Hong Kong en cuanto regrese el señor Crane.

—El señor Crane no me tiene al corriente de nada —murmuró Sofía.

—Me ha encargado que le dé el recado. Y que salga conmigo a comprar y me dé su talla y su número de calzado para telegrafiar a tiempo a Hong Kong. Quiere que renueve su vestuario antes de llegar a San Francisco.

Sofía puso cara de irritación.

—Tengo bastante ropa.

—El señor Crane tiene ideas propias al respecto —sonrió Ginny—. Dice que su cuerpo es muy parisino y que, por tanto, requiere trajes cortados al estilo parisino.

—¿Se comporta lo mismo con todas?

—Solo con las que le caen bien —contestó Ginny.

Sofía guardó un breve silencio.

—No sé qué talla tengo según el patrón occidental —dijo por fin.

Ginny le alargó la mano.

—Pásame la toalla. Yo tengo muy buen ojo para esas cosas.

—A ver.

Sofía dejó caer la toalla sin decir nada. Ginny la miró con expresión escrutadora.

—Tiene un cuerpo espléndido —le dijo en tono de experta—. Metro sesenta de altura, senos noventa, cintura sesenta y caderas ochenta y cinco. De zapatos debe calzar un treinta y siete.

—Tiene mucho ojo —comentó Sofia.

—Me gusta vestir —dijo Ginny—. Y me gustan los cuerpos esculturales.

Sofía la miró fijamente, pero no vio nada peculiar en su expresión. Volvió a coger la toalla con aire ligeramente azorado.

—Gracias.

Ginny se dirigió a la puerta de la habitación.

—Estoy en el salón. Si necesita algo pulse el botón de la mesita de noche.

Sofía dijo al cabo de una brevísima pausa:

—Llámemme en cuanto llegue el señor Crane.

—Lo haré, señora.



—Ha llegado el señor Crane —anunció la voz de la camarera por teléfono.

—¿Puedo verle? —preguntó Sofia.

—Marque el número once en el teléfono —le indicó Ginny—. Ha ido a su salón particular.

Sofía lo hizo. Judd contestó.

—Quiero hablar contigo —repuso Sofia—. ¿Estás solo?

—Sí. Sube —contestó él.

Eddie *el Rápido* le abrió la puerta del salón. Judd bebía una Coca-cola.

—¿Has dormido bien? —le preguntó.

—Muy bien —contestó ella con voz ligeramente molesta—. ¿Por qué te empeñas en tratarme como a una furcia?

—No sé a qué te refieres.

—No necesito ropa para nada. Vaya estupidez. Tengo vestidos de sobra.

—Sí, serán adecuados para la sociedad de la Europa Oriental, pero no para donde vamos ahora —dijo él—. Y me acompañas a mí. Tienes que ponerte lo mejor de lo mejor.

Ella le clavó los ojos a la cara.

—Soy médico. No una modelo de esas.

—Regresa a Yugoslavia, si no te gusta —dijo él—. Si te niegas a estar todo lo guapa que puedes estar, no te necesito para nada. Estoy seguro de que Zabiski tiene médicos de sobra para sus planes.

Ella guardó silencio.

Él tomó un frasco de oro y una cucharita.

—Toma un poco. Te sentirás mejor.

Ella se echó a reír de súbito.

—¿Y ahora quién juega a ser el médico?

—El médico lo eres tú —contestó él con la cucharita contra la nariz de la joven—. Perdonas si solo te considero como una mujer bella.

La cocaína le levantó el ánimo.

—Me he olvidado de tantas cosas.

—Ahora podemos volver a trabajar. Tengo la ficha que me pediste.

Se giró y cogió una carpeta de la mesa.

Ella la miró. Vio el nombre de él escrito sobre la tapa: «Judd Marion Crane. Ficha médica. Historial clínico.» Dentro había siete hojas impresas por un ordenador.

Nacido: 25 de junio de 1934 N.Y.N.Y. Hosp. Médico. 17.01.

Genealogía:

Padre: Samuel Taylor Crane

Nacido:

Fallecido: 18 de febrero de 1962.

## siete

Barbara miró la blanca alfombra de nieve que cubría Central Park.

—Tu padre decía que era el paisaje más bonito de Nueva York. Central Park nevado y al fondo el gris y el cristal de los edificios contra el cielo.

Judd miraba de pie a su lado.

—Mi padre era un hombre extraño.

—Te lo parecía a ti porque era tu padre —dijo ella—. A todos los hijos les parece que los padres son gente extraña.

—Tú le querías —afirmó más que preguntó Judd.

—Sí —contestó ella con sencillez.

—¿Por qué tardasteis tanto en casaros?

La respuesta de la mujer fue igualmente sencilla:

—Porque no me lo pidió antes.

—Pero estabais juntos, ¿verdad?

—¿Te refieres a que dormíamos juntos? —preguntó la mujer y ella misma contestó sin más—: No.

Judd la observó.

—¡Qué extraño! Creí que sí.

—Todos lo creían —dijo ella—. Pero tu padre tenía sus propias ideas sobre el asunto. Se negaba a mezclar los sentimientos con los negocios.

—¡Qué bobo!

—Puede que tengas razón —repuso ella—. Pero ahora todo ha terminado. Y ya no importa.

Él guardó silencio unos minutos.

—¿Cómo te sientes?

—Bien —contestó ella—. Pero ahora que ha pasado todo, me siento vacía.

—El circo que nos espera —dijo él—. Estarán todos. Excepto Kennedy. El presidente nunca le tuvo mucha simpatía. Quizá porque no le gustaba saber que mi padre tenía más dinero que el suyo. Pero, bueno, envía como delegado al vicepresidente Johnson. A Johnson mi padre le caía muy bien. A él le gusta la gente con dinero y con poder.

Barbara sonrió melancólicamente:

—A tu padre esas cosas no le importaron en vida, y no creo que le importen ahora.

Judd asintió.

—En cierta manera a eso he venido, para hablarte de algo relacionado. Creo que pensáis enviar el cuerpo al crematorio en cuanto termine el funeral en Saint Thomas.

—Como lo pidió él —repuso Barbara—. No quería que le enterrasen en un

cementerio.

—Yo he pensado otra cosa —indicó Judd—. No quiero que incineren el cuerpo. Me gustaría enviarlo al hospital de Boca Ratón para que lo estudien.

—¿Y para qué? —preguntó ella—. Ya deben de haber preparado el cadáver en la funeraria.

—No —atajó él—. A los cinco minutos de su muerte yo dispuse que lo congelaran criogénicamente.

—¿Crees en esas bobadas? —exclamó ella—. ¿En que puede ser revivido cuando se haya descubierto el remedio de la enfermedad?

—No, eso no es lo que trato de conseguir —afirmó él. Respiró con fuerza—. Ahora poseemos la técnica para examinar genéticamente las células de su cuerpo y descubrir con los métodos de la ADN la causa de la enfermedad.

—Me parece una monstruosidad —reconoció ella.

—No lo es —respondió él tajantemente.

—No sé qué decir. Tu padre dispuso algo muy distinto.

—Su voluntad ya no cuenta. Una vez fallecido, no dispone de su cuerpo. Este es ahora propiedad tuya y tú puedes hacer con él lo que te plazca. Lo dice la ley.

—¿Por eso has venido a verme? —preguntó Barbara mirándole fijamente. Él asintió.

—Como esposa tienes derecho legal a hacerlo. Yo, no.

—¿Tú no tienes derechos?

—No. A no ser que tú hubieras fallecido antes que él y, en tal caso, yo hubiera sido el sucesor natural por vínculo de sangre.

Ella guardó silencio. Luego dijo:

—Necesito tomar una copa.

Él fue a llenar dos vasos de hielo y whisky. Bebieron en silencio.

Al poco rato ella le miró.

—¿Crees que puede servir de algo?

—No lo sé con seguridad —contestó él—. Nosotros intentamos descubrir cómo alargar la vida, eso es todo. Por esa razón fundamos el centro de investigación de Boca Ratón. Tal vez, de haber comenzado antes, él no hubiera muerto.

—Y tú, Judd, ¿qué deseas tú? —preguntó ella con ternura.

—Yo quiero vivir para siempre.

Ella le miró fijamente, luego apuró la bebida.

—De acuerdo, entonces.

Él se sacó un documento plegado del bolsillo.

—Firma eso.

Ella miró el papel.

—Sabías que te diría que sí, ¿verdad?

—Es cierto.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque nos queremos —dijo él besándola en la mejilla.

Ella levantó los ojos para observarlo.

—Te pareces a tu padre, y eres muy distinto a él. Tú no tienes su avidez adquisitiva. Él tenía la necesidad de apoderarse de todos los negocios con que se topara por el camino. En cambio tú te contentas con mantener las cosas como las has encontrado.

—Es la obra de mi padre. Él la ha hecho y es inútil tratar de mejorarla. Ha construido una máquina que funciona por sí sola. Aunque todos desapareciéramos, el negocio continuaría existiendo. En cierta manera es una suerte de máquina de perpetuo movimiento.

—¿Por eso hiciste lo que hiciste hace tres años? —preguntó ella—. ¿Cómo un experimento?

Él asintió.

—Tu padre tuvo un disgusto al principio. Luego comenzó a comprender.

—Así lo espero —dijo él—. Me acuerdo muy bien del día que decidió poner el negocio en mis manos. Fue la misma semana que me licencié en el Instituto Tecnológico de Massachusetts y la primera vez que le hablé de mi proyecto de fundar un instituto de investigación en Boca Ratón.

—Cosa que le pareció totalmente absurda. No veía cómo le ibas a sacar beneficios —comentó ella.

—Y con razón —dijo Judd—. Pero me dejó hacerlo.



Era el mes de junio. Él había acudido a su despacho. Su padre ya estaba en su sillón acostumbrado. De momento él tuvo dificultad de encajar el cambio físico sufrido por el hombre mayor. Estaba delgadísimo, aunque en sus ojos brillaba la misma luz de siempre. Le besó, luego fue a besar a Barbara, estrechó las manos del juez Gitlin y de los tres abogados y contables sentados en torno de la mesa grande, llena de papeles.

Del muro del fondo colgaba una pantalla. En ella había proyectado un plan de la red de empresas Crane, sus ramificaciones e interconexiones. Y debajo de cada una había escrito el nombre del actual gerente y de su ayudante principal.

A la cabeza de la mesa había dos sillas. Su padre se levantó y, apoyándose en un bastón, caminó hasta una de ellas. Llamó con un gesto a Judd y le indicó que se sentara en la otra. Barbara se sentó a la izquierda del viejo; el juez Gitlin se puso a la derecha de Judd.

Nadie habló. Todos miraban con expresión solemne al amo. Su padre respiró con fuerza.

—El rey no ha muerto —sentenció—. Ha abdicado.

La sala continuó en silencio.

—Ya conocéis mi plan —reanudó el viejo—. Seguramente os figurasteis que no iba a cumplirlo. No sé. En todo caso ahora ya no dudaréis.

Todos continuaron callados.

—Judd tampoco ha faltado a su palabra. Ha terminado los estudios en Harvard, los estudios posteriores en el Instituto Técnico y durante las vacaciones se ha dedicado a viajar y a visitar las empresas y fábricas que poseemos en el mundo.

Hizo una pausa que aprovechó para beber un poco de agua de un vaso que tenía delante.

—El traspaso de poder nunca ha sido fácil. Tanto en empresas como en gobiernos.

»La ambición de mi padre fue erigir la compañía más eficaz y diversificada del mundo. Una compañía que abarcara todos los estratos de la economía norteamericana. Esa fue la ambición de mi padre.

»La mía fue otra. Mi ambición fue expandir el negocio hasta crear una corporación multinacional que abarcara el mundo entero. Con la riqueza y el poderío suficientes para ejercer influencia en los gobiernos del mundo, en una palabra, la compañía número uno en la fortuna número quinientos.

»Mi visión no tiene que ser necesariamente la misma de mi hijo, sin embargo. Él tendrá la suya propia. Y que toda la sabiduría que soy capaz de transmitir quede resumida en las siguientes palabras.

Volvió a beber un poco de agua.

—El poder es a la vez bueno y malo. Nunca lo he olvidado. Me gustaría creer que he conseguido vencer la balanza del lado bueno. No obstante, me veo obligado a reconocer que de vez en cuando ha dominado el mal. Espero que al final haya vencido el bien.

Bebió agua de nuevo.

—No voy a aburrirles con detalles técnicos del traspaso de poderes. Las fundaciones, las medidas requeridas por las leyes que velan por la salvaguarda de los principios básicos de la herencia, han sido tomadas en cuenta, aunque al final, va a ser lo mismo. Mi hijo acabará teniendo el poder y la responsabilidad y la riqueza que tuve yo un día, y que mi padre tuvo antes que yo. Ahora te toca a ti, Gitlin —acabó diciendo, dándose la vuelta para mirar al juez.

Gitlin se levantó.

—He tratado de simplificar al máximo los trámites del acuerdo, pero quedan veinte documentos que firmar, cada uno sextuplicado. Barbara y Judd tendrán que firmar todas las copias ante notario. Trabajo que tomará varias horas. ¿Te quedan ánimos, Samuel?

—Haré lo que pueda —dijo Samuel—. Comencemos.

Judd los atajó.

—Padre, antes quiero comunicarte mi plan.

Su padre le miró.

—No quiero saber nada. He dicho que de ahora en adelante la criatura va a ser tuya. Tú eres el responsable.

—De acuerdo, padre —dijo Judd—. Estoy preparado —añadió mirando al juez.

El abogado extendió los documentos delante de ellos. Firmarlos tomó tres horas. El viejo acabó gris de cansancio.

Miró a Judd al firmar la última hoja. Judd guardaba silencio. Su padre se inclinó hacia él y le besó en la mejilla.

—¡Que Dios te proteja, hijo!

Barbara se acercó a él y le besó en la otra mejilla. Y el juez Gitlin entonó, coreado por el resto de los presentes, una letanía de felicitaciones.

Judd no abrió la boca hasta que hubieron terminado. Entonces se levantó.

—A muchos no les gustará lo que he decidido. Pero me atengo a lo que ha dicho mi padre, ahora yo soy el propietario y soy libre de hacer lo que me plazca.

»Mi plan es despedir a los gerentes de todas las empresas y sustituirlos por otros. La razón es que quiero poder actuar seguro de la lealtad de todo el personal hacia mí, sin resquemores de ninguna clase.

El juez Gitlin asintió.

—Me parece una idea estupenda, Judd.

—Me alegro de que lo digas porque tú eres el primero a quien quiero despedir, tío Paul —señaló Judd.

—Un millón de dólares al año —dijo Judd.

—¿Para qué? —preguntó Barbara—. No necesito dinero. Tu padre me dejó de sobra con el arreglo del fideicomiso. Soy rica. Y para postre poseo un piso aquí, una casa en Connecticut y otra en Palm Beach.

—Eso es calderilla —repuso Judd—. Tu vida cambiará al quedarte viuda. Tu vida social giraba en torno de mi padre. La gente es muy cabrona. En cuanto descubran que ya no puedes servirles de nada, te abandonarán.

—No necesito a nadie —indicó ella—. Estoy acostumbrada a vivir sola.

Él la miró fijamente.

—Tenías veinte años cuando entraste a trabajar en las Industrias Crane, y veintitrés cuando te nombró su secretaria privada. Con el puesto te introdujiste en otro mundo. En el suyo. Mucho antes de que os casarais.

—Seguí metiéndome en casita acabado el trabajo.

—No me refiero a eso —dijo Judd—. Te movías cerca del centro de poder del mundo. Ahora, en cambio..., nada.

Ella guardó silencio unos segundos.

—¿Qué me propones?

—Que te organices tu propia vida.

Ella miró sus ojos azules.

—No sabría cómo hacerlo —confesó, mirándose las manos—. Desde muy pronto organicé mi vida según sus necesidades. Al casarnos, pensé que las cosas cambiarían. Pero no fue así. El único cambio consistió en trasladarme a su casa y en el nombramiento. Me llamaron su esposa en vez de su secretaria. Los deberes continuaron siendo los mismos.

—¿Le amabas, sin embargo?

—Sí —contestó ella—. Y creo que él me amaba a mí. Pero ya no podía ocurrir nada. Él estaba enfermo y era demasiado tarde. No hubo vida sexual, no tuvimos niños, no fue posible divertirnos. La única posibilidad fue forjar planes para un futuro en que nosotros como pareja no contábamos, porque él iba a morir pronto.

Judd se sentó frente a ella, en el sofá.

—Todavía eres joven —le dijo—. Aún puedes ser muy feliz.

—Tengo cuarenta y ocho años —contestó ella, secamente—. Mírame bien. Mi único atractivo es el dinero. Perdería lamentablemente si me empeñara en competir con mujeres jóvenes y con muchachas.

—Te equivocas —respondió él—. Físicamente tu cara y tu cuerpo todavía valen. En dos meses podemos retroceder quince años y convertirte en una mujer de treinta.

Ella se echó a reír.

—¿Cirugía estética?

—No te burles —dijo él—. Hoy día sus técnicas son algo increíble.

—Suponiendo que lo hiciera, ¿de qué me serviría? —preguntó ella—. No sé nada de la vida. A mis años solo he tenido una experiencia sexual. De muy joven dentro de un coche, y lo pasé muy mal.

—Eso también tiene remedio —repuso él.

Ella sacudió la cabeza.

—Judd, Judd. ¿No quieres entenderme?

—La que no quiere entender eres tú.

—Hablas como tu padre —le reprochó ella—. Es el tipo de cosa que solía decirme.

Él sonrió.

—¿Te acuerdas de aquella vez que me caí del sauce, a los doce años? ¿Del sauce que teníamos en el jardín de la casa de Connecticut?

—Sí —asintió ella—. También recuerdo el enfado de tu padre porque te negaste a explicar por qué te subiste a un sauce sabiendo lo frágiles que son sus ramas.

—Me era imposible confesarle el motivo —dijo Judd.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Me encaramaba al árbol para verte caminar desnuda por tu cuarto. En cuanto aparecías comenzaba a masturbarme.

—No me lo creo —indicó ella.

—Es cierto —dijo él—. Y un día tuve un orgasmo y las manos se me soltaron de la rama. Entonces me caí.

Ella se rio.

—Chiquilladas.

—Nunca me olvidaré —siguió él—. Y lo tengo muy presente. Todavía a veces, en estado de duermevela, me descubro acariciándome.

—Jamás se me ocurrió que pudiera pasar una cosa así, no te vi nunca.

—Una pena —dijo él—. Si me hubieras visto y me hubieras mirado, hubiera sido mucho más excitante.

Ella no dijo nada.

Él le clavó los ojos en la cara.

—Ahora mismo, solo al pensarlo, se me pone tieso.

Ella se alzó del sillón.

—Ha sido un día largo y difícil —manifestó—. Necesito acostarme pronto. El avión sale por la mañana temprano.

Él la agarró del brazo y la forzó a volver a sentarse.

—Freud —prorrumpió.

—¿A qué viene Freud? —preguntó ella.

—Dijo que las frustraciones son las causas de la locura.

—Te lo acabas de inventar —rebató ella—. Nunca oí nada parecido.

—Quiero que te quedes ahí sentada, mirándome.

—No —dijo ella—. Eso sí sería locura. Tú ya no eres un niño y yo ya no soy la muchacha que solías mirar.

Él meneó la cabeza.

—No comprendes. Todo sigue igual. Tú y yo somos los mismos.

—En tu cabeza —señaló ella.

—¿Qué existe fuera de la mente? —preguntó él—. Nada. Tú todavía eres una mujer hermosa.

Se bajó la cremallera de la bragueta y sacó el pene.

—No tienes que hacer nada. Solo mirar —murmuró con voz ronca.

Ella sintió que le clavaba los dedos en los brazos; fijó los ojos en el falo que le crecía en la mano. Tuvo la sensación de que se atragantaba y de que no podía respirar. Vio el glande de color violeta que asomaba por el prepucio y cómo su mano se transformaba en un objeto borroso, en un mero soporte. Oyó un gemido y entonces vio el chorro de semen desparramándose por sus manos y sobre los pantalones.

Le miró a la cara. Sus ojos nublados habían ya comenzado a tomar el nítido azul cobalto de siempre. Él la miró un momento, luego sonrió despacio.

—Quince años —dijo.

Ella no contestó.

—Ve a buscar un pañuelo —añadió—. Para limpiarme.

Ella fue lentamente al bar y regresó con una caja de pañuelos. Él volvió a mirarla.

—Límpiate tú —le dijo.

Sin abrir la boca, ella sacó varios pañuelos a la vez y se los pasó por encima. Él continuó mirándola.

—Eres muy hermosa —le susurró.

—Me siento como una tonta —respondió ella.

—No. Ahora eres libre —replicó él—. Y yo también.

Ella volvió al bar para dejar la caja de pañuelos y regresó con dos vasos de whisky con hielo. Le dio uno a él y comenzó a beber el suyo a pequeños sorbos.

—Eso de la cirugía plástica... —prorrumpió—, ¿funciona de veras?

—Sí. Mejor de lo que te imaginas —contestó él.

Ella respiró profundamente.

—Bueno. ¿Qué tengo que hacer?



La voz del piloto resonó por todo el avión.

—Les habla el capitán. En primer lugar quiero expresarles en nombre de Pan American nuestro más sincero agradecimiento por haber depositado su confianza en la pericia de nuestro equipo. Confiamos en que hayan tenido un viaje agradable desde Londres a San Francisco. Dentro de doce minutos aterrizaremos, y en este momento pueden contemplar el famoso puente de la Puerta Dorada, a su izquierda, y el de la

bahía de Oakland a su derecha. De nuevo, muchas gracias por haber volado con Pan-Am.

Barbara miró por la ventanilla unos minutos, y luego se sacó una polvera del bolso. Todavía no conseguía mirarse al espejo sin sorprenderse. Y eso que hacía ya dos años que Judd la había llevado a operarse a Boca Ratón. El rostro reflejado en el espejo parecía el de una mujer de treinta años. Judd también había acertado aconsejándole que se fuera a vivir a Europa. Por primera vez en su vida se había sentido como una auténtica mujer. Se retocó aprisa el maquillaje y pensó en Judd. ¿Cuánto habría cambiado durante aquellos dos años?

En los periódicos y revistas había leído a menudo artículos sobre el complejo industrial de Crane, pero nunca había visto una foto de Judd. Habían salido fotografías de su padre y de muchos de los ejecutivos de las diversas empresas, todos de personas que ella no conocía, pero de Judd solo se mencionaba el nombre. El telegrama la había sorprendido en Londres, en el hotel Dorchester.

*Me gustaría que vinieras a cortar cinta en ceremonia de inauguración de sede central de Industrias Crane, en Crane City, cerca de San Francisco, el 14 de setiembre, 64. Un abrazo y espero verte.*

*Judd*

La primera persona a quien vio al bajar del aparato, y avanzar por la pasarela cubierta, fue Eddie *el Rápido*. A su lado iba un hombre joven, delgado, vestido con traje oscuro, y un aduanero uniformado. Eddie avanzó a saludarla con un ramo de rosas en la mano.

—Me alegro mucho de verla, señora Crane.

La tarjeta estaba escrita por la mano de Judd. «Bienvenida a casa, Barbara. Un abrazo de Judd.»

Ella cogió el ramo. Eddie le presentó al joven.

—Marcus Merlin, el ayudante personal de Judd —dijo.

—Es un honor conocerla, señora Crane.

Barbara le estrechó la mano.

—El gusto es mío, señor Merlin.

—Hemos organizado una recepción oficial en el aeropuerto, señora Crane —dijo Merlin—. Yo me ocuparé de su pasaporte y equipaje. Serán llevados directamente al helicóptero.

Barbara asintió y Merlin la condujo a una puerta lateral de la que descendía una escalera que a su vez conducía a una pista donde aguardaba un automóvil. El aduanero cogió su pasaporte y resguardo de las maletas y desapareció. Un chófer mantenía la puerta del coche abierta, por lo que ella se apresuró a subir a él. Eddie descorchó una botella de champaña y llenó una copa.

—Su marca favorita —indicó—. Cristale.

—Gracias por haberse acordado.

—Ha sido el señor Crane —precisó Eddie, sonriendo—. Tiene un aspecto maravilloso, señora Crane.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Me siento estupendamente. ¿Cómo se encuentra Judd? —preguntó después de tomar un sorbo de champaña.

—También estupendamente, señora —contestó Eddie—. Pero siempre muy ocupado, igual que su padre.

En aquel instante Merlin se acercó a la puerta abierta.

—¿Son seis maletas Louis Vuitton, señora?

—Exactamente.

Hizo una señal al aduanero. El chófer y Eddie colocaron las maletas en el coche. Eddie se acomodó en el asiento de delante, junto al chófer. Merlin metió la cabeza en el interior, por la parte de detrás.

—¿Me permite que la acompañe, señora Crane?

—No faltaría más —repuso ella.

El automóvil arrancó lentamente.

—El helicóptero se encuentra en el extremo opuesto de la pista —le explicó Merlin—. Le gustará, espero. Es el nuevo modelo para pasajeros. Tiene cabida para veinticuatro personas. El último modelo de Hughes solo tiene cabida para catorce.

Barbara asintió.

—El vuelo tomará solo veinticinco minutos —añadió Merlin—. Es mucho menos de lo que se tarda para ir al centro de San Francisco en coche.

—Creo que Judd ha construido toda una ciudad ¿no es eso? —preguntó ella.

—Exactamente, señora Crane —respondió Merlin—. Seiscientos apartamentos, cien casas particulares y doce edificios para oficinas. Además, como es natural, hay escuelas, paseos, centros comerciales y un hospital, por supuesto.

Barbara le miró:

—Dígame: ¿por qué aquí precisamente? La sede central siempre había estado en Nueva York.

—Es cierto —contestó Merlin—. Pero recuerde que hace diez años el sesenta por ciento de la producción estaba en el este y en el sur del país. En cambio, actualmente, el cuarenta y cinco por ciento de los artículos se manufacturan en el oeste, y solo el quince por ciento en el este y en el sur. En Silicon Valley los microfilms y los ordenadores brotan como la hierba. La producción de vino en el norte de California supera la de toda Italia y toda Francia. Las fábricas de aparatos aeroespaciales están ubicadas en los estados de Washington, California, Nevada y Colorado. Según nuestros cálculos, dentro de diez años alcanzaremos un crecimiento del quinientos por ciento.

—Pero ¿era necesario construir una ciudad? —preguntó ella.

—El señor Crane ha tomado la idea de los japoneses. Se dio cuenta de que todas las grandes compañías japonesas, Mitsubishi, Nissan, Asahi, Panasonic y Sony, aglutinan producción y fuerza del trabajo garantizando unos medios de vida desde el momento del nacimiento hasta la muerte.

—No sé si los americanos se avendrán a este estilo —comentó ella.

—Ya lo veremos —dijo Merlin—. Como dice el señor Crane, es solo un experimento.

El coche se detuvo. Merlin se apeó y alargó la mano a Barbara. Con la otra mano señaló hacia el helicóptero.

—Allí está. El señor Crane ha dispuesto que el primero fuera bautizado con su nombre —le explicó.

Barbara se paró un instante y miró. Los ojos se le llenaron de lágrimas al ver el aparato plateado que brillaba al sol. Las letras inscritas en él rezaban, grandes y claras, «Barbara One».

## nueve

—Parece un *campus* universitario —dijo Barbara—. Todos son muy jóvenes. Aquí nadie tiene más de treinta años.

—Excepto yo —puntualizó Judd, sonriendo.

—Perdona —dijo ella, echándose a reír. Tomó la tarjeta de plástico que hacía las veces de llave de la puerta y abrió—. Entra a tomar una copa.

Él asintió.

Entraron a la habitación y la puerta se cerró automáticamente. Ella se dirigió al bar del salón.

—¿Un whisky con hielo? —le preguntó.

—No, gracias. Prefiero una Coca-cola.

Ella le miró:

—Eso es nuevo.

—Sí. El alcohol no me prueba.

—¿Y la Coca-cola sí? —preguntó ella—. ¿Cafeína y azúcar?

—Y algo más.

Ella le miró con expresión de curiosidad.

—Y cocaína —añadió él.

—¿No es excesivamente peligroso?

—La vida es peligrosa para la salud, ya se sabe —dijo él—. Pero la mezcla me ayuda a sobrevivir.

—No tengo ni idea —reconoció ella—. Nunca lo he probado.

—No te lo recomiendo —dijo él—. Conmigo funciona. Lo he discutido con el médico y él me ha asegurado que no es más dañino que el abuso de alcohol. El secreto está en tomarlo con prudencia.

—¿Y cómo sabes cuál es el límite? —le preguntó ella.

Él se echó a reír:

—El límite es cuando se te cae la nariz.

Ella hizo una mueca.

—¡Qué horror!

Él se rio de nuevo.

—Bueno: ponme un whisky.

Ella llenó los vasos de hielo y derramó un chorro de whisky por encima.

Él cogió el vaso que le ofreció.

—Salud —dijo ella.

—Salud. —Ella le miró de nuevo.

—¿Has tomado otras drogas?

—Naturalmente —contestó él—. Compréndelo. Estamos en la edad de las drogas

y de la química. Igual que en época de mi padre era la del alcohol y la cerveza.

—¿Hace mucho tiempo que tomas?

—Desde que estudiaba en la universidad.

—¡Qué raro! —dijo ella—. Nunca supimos nada de ello.

—Paraba muy poco en casa, ¿recuerdas?

Se acercó a un sillón y se hundió en él.

—Háblame de ti —le dijo—. Hace dos años que no nos vemos.

—Todo ha cambiado —comenzó ella—. Yo he cambiado.

—Ya me doy cuenta.

—¿Te gusto?

Él asintió con la cabeza.

—Sí. Tengo la impresión de que ahora eres tú. Antes eras un satélite que daba vueltas en torno de mi padre.

—No me importaba —indicó ella en voz baja—. Yo le amaba.

—Ya lo sé —contestó él. Tomó un sorbo de whisky. Sus ojos azules miraron en los de ella—. ¿No te intriga saber por qué te he llamado?

Ella asintió en silencio.

—Ya es hora de que vuelvas a trabajar. Te necesito —se sinceró él.

—¿Me necesitas? ¿No soy demasiado vieja para ti?

Él se rio.

—A ver —dijo ella—. ¿Qué quieres?

—La guerra de Vietnam está poniendo a Johnson en un aprieto. El tipo se ha metido en un callejón sin salida y no tiene más remedio que escalar la guerra hasta que el desastre le estalle en la cara. Pero hasta que ocurra eso hay un montón de dinero que ganar.

—No veo qué tiene todo eso que ver conmigo.

—El general Connally —señaló él.

Ella guardó silencio medio minuto.

—¿Willie? —preguntó por fin.

—El mismo. Me han dicho que lo han hecho llamar de la OTAN y que le van a nombrar jefe del departamento de compra de armamentos para el Ministerio de Defensa.

—Todavía no comprendo qué tiene eso que ver conmigo.

De repente la mirada de él tomó una expresión de frialdad.

—Os acostáis juntos. En la cama se pueden vender más armamentos que con todo otro tipo de sobornos.

—Quiere divorciarse de su mujer para casarse conmigo —explicó ella.

—No se lo permitas —apresuróse a decir él—. Sería el fin de su carrera.

—Y nosotros no ganaríamos nada —añadió ella.

—Muy inteligente —observó él.

Ella volvió al bar y llenó de nuevo los vasos.

—No tenía ninguna intención de casarme con él —dijo, devolviéndole el suyo.

Judd no dijo nada.

—¿En qué tipo de material estás interesado? —preguntó ella.

—Helicópteros de transporte armados —contestó él—. Hughes y Bell ya preparan las ofertas. Transporte de personal armado por tierra. Chrysler y General Motors ya trabajan en ello. Transporte fluvial de poca profundidad a propulsión en vez de con hélice. Jacuzzi y Piaggio ya han enviado unos modelos de prueba.

—¿Y todo eso representa muchísimo dinero? —preguntó ella.

—Varios millardos<sup>[3]</sup> de dólares.

Ella calló y casi apuró el vaso.

—¡Varios millardos de dólares! Espléndido sueldo de puta.

Él no contestó.

—¿Qué ha sucedido con los ideales que tenías? —preguntó ella—. ¿No soñabas con la inmortalidad?

—Todavía sueño con ella —dijo él—. Pero todavía tengo el negocio que heredé de mi padre y me toca alimentarlo.

Ella respiró profundamente:

—De haber sido tu padre el que me lo hubiera pedido, no hubiera vacilado ni un segundo, porque yo le amaba. Y no me sentiría como una prostituta.

—Todos nos prostituimos por diversas razones personales —indicó él—. Por el poder, dinero, sexo, ideales. Para vivir bien.

—¿Estás convencido de ello? —le preguntó Barbara.

Él asintió.

—Te equivocas —replicó ella en voz baja—. Te olvidas de lo más importante.

—¿De qué?

Sofía levantó los ojos de la hoja impresa con los datos del ordenador.

—No menciona si has estado alguna vez casado o no.

—Nunca he estado casado —contestó. Judd.

Ella ladeó la cabeza.

—Me parece un poco raro. Lo normal es que un hombre a tu edad, cuarenta y dos...

—Tú tienes treinta y tampoco te has casado —la atajó él—. ¿No te parece poco normal?

—Sí —reconoció ella—. Pero yo tengo mis motivos. Mi profesión.

—Yo tengo la mía, ¿no crees? —dijo él—. Y yo no me siento frustrado. En cambio tú...

Ella reflexionó unos instantes en silencio.

—A veces, es verdad —adujo con franqueza—. A veces pienso que de buena gana me casaría y tendría hijos, pero las cosas han ido de otra manera.

—Debieras haberte casado —refirió él—. Y no solo porque te encanta follar. Hubieras sido muy buena madre.

Ella volvió a mirar la hoja de los datos.

—Según esta hoja gozas de perfecta salud.

—Gracias a la vida disipada que llevo y a las pocas horas que duermo —dijo él, sonriendo.

—A pesar de ello, querrás decir —prosiguió ella—. Tenemos que encontrar el tiempo para internarte tres días en un hospital.

—El próximo fin de semana en Boca Ratón —sugirió él—. Tenemos que ir de todas maneras.

—Antes tengo que hacerte unas pruebas. No tomarán mucho tiempo.

—Tú eres el médico —dijo él. Sonó el teléfono que había al lado de su sillón. Él lo tomó y escuchó en silencio—. Que suba —indicó por fin.

Se volvió a Sofía.

—Es Li Chuan, el gerente del departamento de ventas asiáticas de la industria farmacéutica de Crane.

Ella se levantó.

—No me importa regresar a mi cuarto si prefieres verle a solas —manifestó.

—Te quiero presentar —dijo él—. Le he dado a Ginny una lista de tiendas para cuando lleguemos a Hong Kong.

Li Chuan entró en la cabina y Judd los presentó.

—Mucho gusto en conocerle —dijo Sofía, sonriendo.

—El gusto es mío —contestó él con una ligera reverencia.

Ella miró a Judd.

—¿Nos veremos en tierra?

—Lo dudo. Tengo mucho trabajo —contestó él con voz compungida.

—Comprendo —dijo ella y, después de saludar a Li Chuan con una inclinación de la cabeza, salió de la cabina. Al entrar en la suya vio que se habían encendido las señales de «No fumar» y «Atarse los cinturones», y se apresuró a ocupar su sitio.

Ginny entró y miró los asientos vacíos.

—¿Te importa que me siente contigo? —preguntó.

—En absoluto.

Ginny se sentó frente a ella y se ajustó el cinturón.

—Li Chuan me ha dado una lista de tiendas muy buenas —dijo.

—No me interesan —contestó Sofía.

Ginny sonrió.

—Tú, compra —dijo—. Es el tipo de hombre que quiere las cosas a su manera.

—¿Es así con todo?

Ginny asintió.

Sofía miró por la ventanilla. Las ruedas del aparato se aproximaban al suelo. Luego se deslizaron a toda velocidad por la pista.

—No entiendo cómo el piloto lo consigue —comentó ella—. No se nota nada cuando el avión toca el suelo.

—Es una de las exigencias impuestas por el señor Crane. En cuanto siente el impacto de las ruedas contra la tierra, si el piloto no aduce una buena razón, puede considerarse despedido. —Ginny se levantó—. ¿Estarás lista dentro de quince minutos?

—De acuerdo —contestó Sofía.

Al cerrarse la puerta y desaparecida Sofía de la cabina, Li Chuan preguntó:

—¿La doctora Ivancich es yugoslava?

—Así es —contestó Judd—. ¿Ya lo sabía?

—Me suena su nombre. Estuvo una temporada con Mao Zedong antes de que muriera. Entre su mujer y otros miembros de la Banda de los Cuatro corrió el rumor de que ella le había matado.

Judd no dijo nada. Luego miró por la ventana.

—En la investigación hecha por el ordenador no salió este dato. —Se dio la vuelta para mirar a Li Chuan—. ¿Me haría el favor de informarse por mí?

—No sé si podré —contestó el chino—. Pero por si acaso no se deje recetar pastillas —añadió con una carcajada.

Judd también se echó a reír.

—No, eso no será problema.

Judd volvió a mirar por la ventana. Sofía y Ginny subían al coche. Sonó de nuevo el teléfono.

Era Merlin.

—Le llama Judson de San Francisco.

—De acuerdo —dijo Judd. Se oyó un clic—. ¿Qué tal, Judson?

—Muy bien, señor Crane. Tengo nuevas acerca del acero para el puente de Malasia.

—Dígame.

—Industrias Pesadas Mitsubishi está dispuesta a vendérselo por seis millones menos, pero hay una pega. Exigen que utilice su compañía naviera. Lo cual le va a costar unos dieciocho mil talegos.

—O sea que de un bolsillo pasará al otro —observó Judd—. ¿Se te ocurre una solución mejor?

—Aproveche su estancia en Hong Kong para entrevistarse con S. Yuan Ling —le sugirió Judson—. Es propietario de la compañía naviera más importante del mundo. Y la mayor parte de los buques han sido construidos por Mitsubishi. Con él nos podríamos ahorrar bastante pasta.

—Creí que estaba en México —dijo Judd—. Negociando el asunto del petrolero con Pemex.

—Ya está de vuelta a Hong Kong —indicó Judson.

—Hablaré con él —manifestó Judd. Se giró hacia Li Chuan—. Póngase en contacto con S. Yuan Ling y dígame que quiero verle esta tarde.

—Solo trabaja por las mañanas —señaló Li Chuan—. Almuerza siempre en su yate, nada una hora y luego se va a dormir hasta la hora de la cena.

—Por mí aunque se pasara una hora sentado en el cagadero —respondió Judd—. Quiero verle.

—Sí, señor —contestó Li Chuan—. En tal caso he de marcharme a la ciudad inmediatamente.

—De acuerdo —dijo Judd.

—¿En qué quedamos acerca del negocio de los quaaludes? —inquirió Li Chuan antes de salir. A pesar de la impasibilidad de su rostro asiático, se le entreveía cierta ansiedad.

—Ya se lo he dicho. Con los quaaludes no quiero saber nada.

—En ellos está la pasta.

—Puede que a ellos les aproveche —repuso Judd—. Pero a nosotros, no. Dícales, en cambio, que triplico la oferta para el interferón.

—De acuerdo —dijo Li Chuan—. Le llamaré en cuanto sepa algo de S. Yuan

Ling.

—Gracias —cortó Judd. Esperó a que el chino se marchara y luego llamó a Merlin. Antes que él entró Eddie *el Rápido*.

—¿Le preparo un toque, señor?

Judd asintió.

—Buena idea —dijo.

—¿Coca-cola con lo demás?

—Exactamente.

Al entrar Merlin, el vaso de Coca-cola ya estaba sobre la mesa. Aguardó a que Judd tirara una cucharadita de cocaína en el líquido. Judd apuró el vaso de un trago.

—Exactamente como el producto original que se fabricó en Atlanta.

Merlin asintió. Había oído la historia una infinidad de veces. En 1903 —o tal vez en 1912— la Comisión de Alimentos y Drogas obligó a sustituir la cocaína por la cafeína.

Judd le miró y dijo:

—Mande un telex al departamento de seguridad para que nos informen mejor sobre la doctora Ivancich. Pregúnteles cómo no nos han dicho nada del año que pasó con Mao Zedong antes de su muerte. Además quiero que le sigan la pista a Li Chuan. Sospecho que va a hacer el negocio de los quaaludes por su cuenta.

—Sí, señor. ¿Nada más? —preguntó levantando la vista.

Judd movió la cabeza negativamente.



La dependienta era francesa y las miró con expresión de arrogancia. Al hablar lo hizo con un acento de lo más esnob.

—Pueden mirar los últimos números de *Vogue*, en edición francesa, de *Officiel* y otras. Podemos confeccionarles en doce horas lo que ustedes seleccionen.

Sofía contestó en francés. La vendedora asintió y luego les indicó dos sillones en que sentarse, y salió.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Ginny.

—Que no nos interesaban los artículos de *Haute couture*. Que queremos cosas de *prêt à porter* porque solo estamos tres horas en Hong Kong.

La dependienta regresó acompañada de una mujer que tenía aire de ser la gerente.

—¿Qué desea exactamente la señora? —preguntó.

Sofía contestó en inglés:

—Dos trajes de chaqueta sencillos, uno de lana y otro más ligero. Tres vestidos de tarde, uno de cóctel, negro, y uno largo de noche, también negro. Los accesorios que hagan falta para cada conjunto y zapatos. Tres faldas, una blanca, otra beige y otra negra. Seis blusas de seda, de colores. Dos pares de pantalones cómodos, un par azul marino, otro negro. Tres pares de tejanos.

—Sí, señora —dijo la *madame* con voz respetuosa—. ¿Tendrá la amabilidad de

pasar al probador?

Sofía entró en el probador. Ginny la siguió y se acomodó en una silla a observar cómo Sofía se desnudaba. La gerente hizo una mueca al ver que llevaba la ropa interior de algodón.

—¿No quiere la señora ver nuestros artículos de lencería? —preguntó—. Tenemos los últimos modelos franceses y americanos. En seda y en nilón.

Sofía sonrió:

—Gracias, *madame*. Enséñeme en ambos materiales.

La gerente reapareció con una cinta para tomar medidas y Sofía se desabrochó el sostén y se quitó las bragas. La vendedora le tomó las medidas con gestos altamente profesionales. Al poco rato dejó solas a las dos mujeres.

Ginny miró a Sofía.

—Ya te he dicho que por culpa de tu manera de vestir, nadie diría que tienes un cuerpo tan espléndido.

—Gracias —repuso Sofía.

—Comprendo por qué el señor Crane se ha empeñado en que te compres ropa.

Sofía sonrió:

—Creí que lo hacía con todas sus amigas.

Ginny se rio:

—Con todas no. Y es la primera vez que lo hace con el médico.

Sofía se miró en la luna del espejo. Vio a Ginny que se había puesto de pie a su lado.

—¿Te hiciste reformar los senos? —preguntó Ginny.

—No, nunca —contestó Sofía, topando con su mirada.

—Es increíble —dijo Ginny—. Son perfectos.

Sofía continuó observándola a través del espejo.

—Tócalos si no me crees.

Ginny vaciló un instante y luego pasó los brazos en torno del talle de Sofía y le cogió los senos con las manos. Sofía la miró a los ojos a través del espejo. Las manos de la azafata estaban casi ardiendo. Sofía sintió que se le endurecían los pezones.

—¿Me crees ahora? —preguntó.

De mala gana, y poco a poco, Ginny apartó las manos. Continuaron mirándose a los ojos a través del espejo. Ginny susurró roncamente:

—Sí.



En el extremo opuesto de la isla el sol calentaba y el aire era húmedo sobre el agua. Li Chuan y Judd se habían colocado al lado del marinero que conducía el Riva de madera de caoba. Li Chuan señaló un yate que se encontraba a menos de un kilómetro de distancia.

—Es su barco. Siempre lo atraca en la bahía de Repulse.

—¿Le encontraremos a bordo?

—No, de acuerdo con el programa habitual, ahora debiera de estar nadando. A mí me dijo que no podía entrevistarse con usted hasta dentro de tres días —contestó Li Chuan.

Judd no pareció inmutarse.

—Me entrevistaré con él ahora mismo. Rebaje la velocidad a dos nudos y vire bien.

Los motores de la lancha frenaron hasta soltar un suave murmullo. Lentamente comenzaron a virar. A los diez minutos vieron una pelota de goma amarilla que brincaba sobre la superficie del agua, y tres cabezas negras delante.

Judd comenzó a desnudarse.

—Acérquese a ellos lo más que pueda sin que suponga ninguna clase de peligro.

Se quitó los zapatos y los calcetines al aproximarse la lancha a veinte metros de las tres cabezas. Saltó por encima del parabrisas y se puso en la proa de la embarcación. Hizo señales al aire con los brazos. Las cabezas se transformaron de repente en rostros grises que se giraron hacia él.

—Pare los motores —ordenó Judd.

Judd solo llevaba bañador. Se fijó en que uno de los individuos que chapoteaban en el agua alzaba un fusil subacuático, marca Uzi, envuelto en plástico, envoltorio que arrancó con suma destreza.

Judd se zambulló y se acercó nadando por debajo del agua hasta el hombre.

—Cuidado con ese juguete —advirtió—. Si lo usa, nos despedazará a todos en el agua.

Contestó otro hombre que estaba al lado del que sostenía el arma. Sin miedo en la voz:

—¿Qué busca?

—Me llamo Judd Crane —contestó él, chapoteando en el agua.

El hombre le miró.

—¿No le han dicho que no puedo verle hasta dentro de tres días?

—Sí —respondió Judd—. Pero pensé que era mejor que habláramos inmediatamente.

—¿Aquí? ¿En el río?

—¿Por qué no?

—Un poco raro, diría yo. —El rostro del individuo se arrugó con una sonrisa—. ¿Acostumbra celebrar sus entrevistas así?

—No, normalmente no —reconoció Judd—. Pero son pocas las oportunidades de encontrarse con una persona como S. Yuan Ling.

El señor Ling se echó a reír.

—Es usted más joven de lo que me imaginaba, señor Crane.

—Gracias —contestó Judd—. ¿Cuento con su oído?

—Se refiere usted a un famoso proverbio chino —refirió el señor Ling—. Un

oído sordo no para atención a ninguna clase de oportunidad.

Judd se acercó más a él y se quedó chapoteando cara a él.

—Tengo datos que me informan de que usted ha depositado un capital de veinte millones de dólares en seis navíos que le construye Mitsubishi en este momento. Y que los tres primeros van a ser probados la próxima primavera.

—Correcto —asintió el señor Ling.

—Me han informado además que Mitsubishi ha decidido transportar el acero del puente que nosotros construiremos en Malasia en estos tres navíos. Y que después los tres buques pasarán a manos de usted a cambio del resto del costo acordado.

El chino guardó un breve silencio.

—¿Cuánto le piden por el transporte del acero?

—Ochocientos mil dólares.

S. Yuan Ling asintió:

—Muy listos esos japoneses.

Judd manifestó su conformidad con una inclinación de la cabeza.

—Muy listos, sí.

—¿Qué le parece cuatrocientos mil dólares?

—De acuerdo —contestó Judd.

—Trato hecho —dijo el chino, alargando la mano—. ¿Me permite invitarlo a almorzar en mi yate?

—Lo siento mucho —contestó Judd—. Voy a llegar tarde a otras entrevistas concertadas para esta tarde. ¿Me permite reservarme el honor para otro día?

—No faltaba más —contestó el chino—. Cuando usted quiera.

Judd volvió nadando a la lancha. El marinero le alargó una mano y le ayudó a subir a bordo. Judd se dio la vuelta para mirar al chino que aún nadaba en el agua, y se despidió de él con un gesto del brazo. Luego se dirigió al marinero:

—Vamos.

La lancha hizo marcha atrás despacio y, cuando se hubo alejado suficientemente de los nadadores, viró en un ancho círculo. El marinero dio todo el gas y la lancha se dirigió a gran velocidad hacia la costa.

*once*

El automóvil frenó cerca del avión. Sofia y Ginny se apearon.

—Haré que te lo lleven todo a la cabina —indicó Ginny.

—Gracias —dijo con una sonrisa Sofia. Se llevó la mano nerviosamente a la cabeza—. ¿Te parece que le voy a gustar?

Ginny se echó a reír.

—Si no le gustas es que está chiflado.

—Hacía cinco años que no iba a un salón de belleza —explicó Sofia—. Me costó reconocerme en el espejo.

—Has quedado muy bien. No pienses más en ello —dijo Ginny.

—Ha costado un dineral.

—Para él eso no es nada —continuó Ginny—. Ve, yo me encargo de que te lleven las cosas a la cabina a tiempo para estrenar algo. Quedará impresionado, ya verás.

Li Chuan se encontraba en la sala al entrar Sofia. Hizo una leve reverencia.

—¿Ha ido bien la compra, doctora?

—Estupendamente, gracias —contestó ella—. ¿Ha llegado el señor Crane?

—Se encuentra en su cabina, donde le están dando un masaje —indicó. Alargó una mano hacia Sofia—. Ha sido un placer encontrarla, doctora.

—¿Se marcha? —preguntó ella.

—Sí. Tengo que volver a la oficina y el avión sale a las ocho para Estados Unidos.

Ella miró su reloj de pulsera.

—Falta una hora —dijo, sorprendida.

—El señor Crane ordenó al piloto que aguardara a que regresara usted para arrancar el vuelo. —Calló un momento y, al volver a hablar, lo hizo en chino—. No he mencionado que ya nos habíamos visto.

Ella le miró. En los ojos del chino no podía leerse nada.

—Gracias, camarada —contestó ella también en chino.

Él se puso a hablar deprisa:

—Le aconsejo que le diga lo de su trabajo con Mao; él confiará más en usted. Si lo descubre por su cuenta, será peor.

Ella asintió en silencio.

—Y si le menciona algo sobre el negocio de los fármacos, le agradecería muchísimo que me lo comunicara.

—Sí, camarada.

Volvió a hablar en inglés:

—Espero que nos volveremos a ver, doctora.

—Yo también lo espero, señor Li Chuan —dijo ella también en inglés—. Y de nuevo, gracias por su ayuda.



El teléfono de la mesita de noche sonó suavemente. Sofía apretó el regulador de la luz para bajarla un poco.

—Sí —contestó a media voz.

—Perdona —dijo la voz de Judd—. No quería despertarte.

—No importa —contestó ella—. No sabía que salir de compras era tan agotador.

—¿Te has divertido?

—Pues sí, con gran sorpresa de mi parte —reconoció ella—. Y gracias por estas cosas tan bonitas.

—Quería que te las compraras.

—¿Te han dado un buen masaje? —preguntó entonces ella.

Él dio la impresión de titubear antes de responder.

—Sí. ¿Quieres tú también uno?

Ella oyó los motores del aparato y miró por la ventana. Las estrellas brillaban en el cielo.

—¿Llevas también un masajista a bordo?

Él dio un respingo.

—Un masajista, no. Dos y son mujeres. Muy buenas. Se bajan en Honolulu y luego regresan a Hong Kong.

Ella no dijo nada.

—Ya dirás si quieres uno más tarde —le sugirió él—. Te llamo para saber si quieres cenar conmigo.

Ella echó una rápida mirada a la luz azulada del reloj digital.

—Son las diez y media.

—No tengo prisa. Te espero.

Ella oyó cómo colgaba el aparato antes de que pudiera contestar. Se incorporó despacio en la cama, volvió a descolgar el teléfono y pulsó el botón del servicio.

—Sí, doctora —contestó la voz de Ginny.

—Que me traigan un café solo y cargado.

—De acuerdo, doctora —contestó Ginny—. Se lo traigo dentro de unos minutos.

Sofía saltó de la cama y se metió en la ducha. A los pocos minutos estaba de nuevo en su cuarto, envuelta en una toalla. La azafata la esperaba.

El café estaba caliente, era muy negro y fuerte.

—Estupendo —dijo Sofía.

Ginny no se movió.

Sofía la miró.

—¿Qué te pasa?

La chica habló con la voz tensa:

—Vas a pasar la noche con él, ¿verdad?

Ella asintió.

—Naturalmente.

Ginny se puso a llorar.

—No vayas esta noche, te lo ruego. Después del maravilloso día que hemos pasado juntas —dijo sollozando.

—Ginny, no seas niña —manifestó Sofía con voz comprensiva y tierna.

—Te lo ruego —le suplicó Ginny—. No quiero que te utilice como hace con todas. Yo te quiero.

—¿Tú también has...?

—¡Qué remedio! —le atajó ella—. Nos compra y todas somos de su propiedad.

Sofía la miró y luego la atrajo suavemente hacia sí. Ginny habló con la voz apagada contra su hombro:

—Tú no tienes por qué bailar a su son. No le perteneces.

—¡Qué niña eres! —susurró Sofía—. ¿No lo comprendes? Todo el mundo, sí, todos sin excepción, pertenecemos a alguien o a algo.

Ginny levantó la mirada para verle la cara.

—No le amas, ¿verdad?

—No —contestó Sofía—. No estoy enamorada de él.

—¿Y sin embargo te vas con él?

—Sí —asintió Sofía.

—¡Le odio! —exclamó Ginny con furia.

Sofía no contestó.

—¿Me amas? —preguntó Ginny.

Sofía la miró.

—Tal vez un día...



El sol entraba por la ventana y le quemaba los ojos. Entornó los párpados y consiguió de esta manera hacerse una pantalla protectora. Hizo rodar el cuerpo sobre la cama. Tenía un tremendo dolor de cabeza. Abrió de nuevo los ojos. Se incorporó. Vio que estaba en su cabina. Respiró profundamente. ¡Qué raro! No se acordaba de haber bajado la escalera.

Saltó como pudo al suelo y se dirigió al cuarto de baño. Apresuradamente se metió en la boca dos aspirinas y cinco miligramos de Valium. Aspiró con fuerza y se metió bajo la ducha. Abrió el grifo del agua. Primero muy fría, casi helada, luego caliente y después de nuevo helada. La cabeza se le despejó un poco.

Salió de la ducha y cogió una toalla grande. Sobresaltóse al ver su cuerpo en la luna del espejo. Lo tenía casi enteramente recubierto de pequeñas manchas azuladas, que le comenzaban en los senos, le bajaban por el vientre y le llegaban hasta las caderas. Se miró aturdida. Le habían afeitado el pubis, el monte de Venus lo tenía

hinchado como el Vesubio y el clítoris estaba rojo y le escocía, como lava en la boca del volcán.

Volvió a respirar con fuerza y se giró para mirarse la espalda. La tenía cruzada por diminutos trazos de látigo que le llegaban hasta las piernas. Se tocó con cuidado los moratones. No dolían. Se pasó los dedos por las nalgas, se cogió los senos. No dolía.

Se envolvió con la toalla y entró en su cabina. Se sentó sobre la cama y trató de recordar qué había pasado. No recordó absolutamente nada.

Descolgó el teléfono y pulsó el botón del servicio. Contestó Raoul, el primer camarero:

—Diga, doctora.

—¿A qué hora llegamos a Honolulu?

—Salimos de Honolulu hace tres horas —contestó la voz inexpresiva de Raoul.

Ella titubeó unos segundos:

—Dígale a Ginny que me traiga un café.

—Lo siento, doctora —dijo el camarero inexpresivamente—. Ginny se bajó en Honolulu. Ordenaré que le traigan un café.

Entonces se acordó de todo. Al colgar el teléfono. Había sido como una pesadilla. Las dos chinitas, como dos guisantes en la misma vaina. Dos mellizas. Desnudas y haciendo rodar la bolita de opio entre sus dedos, encendiendo luego la pipa y metiéndosela delicadamente en la boca. En la boca de Sofía.

Después las hermosas nubes y la neblina de plata. Flotando en el interior de su cuerpo y luego sintiéndola por la superficie al ponerse las dos chicas a tocarla, a pasarle la mano y haciéndola sentir amor hasta en los poros. Hasta que el orgasmo llegó como una explosión que la hizo añicos, en la noche.

La oscuridad fue traspasada por una explosión de dolor. Ella luchó con la noche para volver a la conciencia. Luego de nuevo el dolor. Abrió los ojos y vio el rostro de Ginny, contorsionado de furia y de odio, que la mordía y luego la azotaba con un látigo finísimo. Ella gritó hasta no poder más.

Entonces se abrió la puerta. De repente desapareció Ginny. Ahora la miraba Judd. Sofía intentó hablar, pero no oyó nada.

Por fin escuchó la voz de él.

Hielo, procaína y ungüento de ACTH. Mucho ungüento. Dos jeringas de Demerol.

—Duele —dijo ella—. ¡Duele!

—Dejará de dolerte enseguida —repuso él. Después ella volvió a sumirse en la noche.

Llamaron a la puerta.

—Pase —contestó ella.

Asomó la cabeza de Judd.

—¿Me permites?

Ella asintió.

Él aguardó a un lado de la habitación a que la camarera dejara la bandeja con el café en la mesita de noche. Y a que la camarera se marchara.

—¿Cómo te sientes?

—Me duele todo —contestó Sofia. Sorbió un poco de café—. Tal vez seas tú mejor médico que yo. No tengo ni idea de lo que me pasa.

—El opio te hizo perder la conciencia —explicó Judd—. Dormías cuando te bajamos aquí.

—Gracias —dijo ella—. Me hubiera podido matar.

—La chica estaba enloquecida —explicó él—. Nunca nos hubiéramos podido imaginar cosa parecida en ella. El susto que nos llevamos cuando por fin forzamos la puerta y vimos el espectáculo.

Ella le miró con rostro compungido.

—Perdona. No era mi intención causar este tipo de problemas.

—Tú no tienes la culpa —indicó él—. Lo importante es que estés bien.

Ella no dijo nada durante unos minutos.

—Gracias —volvió a decir.

—Llegaremos a San Francisco dentro de cuatro horas. Duerme hasta entonces. Conozco un médico en la ciudad que te hará desaparecer los morados en menos de un día.

El helicóptero que los transportó desde el aeropuerto de San Francisco hasta Crane City aterrizó a las once en punto de la mañana. Dos coches los aguardaban.

Al descender del aparato vieron a varios individuos esperándolos. Uno de ellos era un hombre de aspecto distinguido, con el pelo canoso, que avanzó alargando la mano a Judd.

Judd se la estrechó:

—Jim. Gracias por venir a recibirnos.

Se giró hacia Sofia.

—Sofia, te presento al doctor Marlowe. El general Marlowe, actualmente retirado, ocupó el puesto de director en el centro de quemaduras y lesiones cutáneas del hospital de la NASA, en Houston. Jim, te presento a la doctora Ivancich, Sofía.

Los dos médicos se saludaron estrechándose las manos.

—¿Cómo se siente, doctora? —preguntó Jim.

—Siento mucho escozor —contestó Sofía—. Pero creo que la mayor parte de los cardenales son superficiales.

Jim sonrió.

—Pronto lo averiguaremos. La acompañaré a la clínica.

Sofía miró a Judd con expresión interrogativa.

Judd le tranquilizó con una sonrisa.

—Te esperaré en mi oficina. Cuando termine de curarte, Jim te llevará allí.

Esperó a que desapareciera el coche del doctor Marlowe. Eddie y Merlin le siguieron hasta el otro coche. Él subió el cristal que separaba el compartimiento de los pasajeros del chófer y se giró hacia Merlin.

—¿Cómo se explica que en el informe psicomédico de Ginny no se mencionara su latente psicosis?

—Nadie se lo explica —contestó Merlin—. Están reevaluando las pruebas.

—Exijo que hagan una reevaluación completa de las pruebas y que revisen los métodos con todo detalle. Una loca así podría mandarnos todos al cuerno en un santiamén.

Merlin tuvo la prudencia de no contestar. Las iras de Judd no afloraban nunca a la superficie, pero no por ello eran menos mortíferas. No toleraba los errores.

Judd cambió de tema:

—¿Ha informado a Judson sobre el acuerdo con S. Yuan Ling?

—Sí. Se ha puesto muy contento. Me dijo que le comunicara y le pidiera su opinión sobre un intento de remodelación del plan de construcción del puente que podría significar un ahorro de otro millón de dólares.

—Me parece muy bien —dijo Judd—. ¿Me espera Barbara en la oficina?

—Sí, señor.

Judd respiró aliviado y se repantigó en su asiento después de bajar el cristal. Hizo chasquear los dedos. Eddie *el Rápido* se dio la vuelta. Enseguida supo de qué se trataba.



Besó a Barbara en la mejilla.

—Estás muy guapa.

—Muy amable. No me olvido de que tengo sesenta años —dijo ella, sonriendo.

—Ya lo sé y no te he mentado —contestó él—. Cualquiera creería que no tienes más de cuarenta años.

—Gracias. Pareces cansado —repuso ella.

—Lo estoy. Pero me recuperaré. Este fin de semana me voy a Boca Ratón a reposar.

—Quiero que me des un cargo en la corporación —manifestó ella.

—El que tú me digas —contestó él.

—Quiero que me nombres madrina —dijo ella riendo. De pronto se puso seria—.

Estoy preocupada por ti.

—No hay motivo —indicó él.

—Espero que el médico que te has traído de Yugoslavia te ayude a reponerte. Y que no se meta en más líos con peligrosos marimachos.

Él la miró sorprendido:

—¿Y tú qué sabes?

—Ya te he dicho que yo era la madrina de la casa. Vi el telex que enviaste a la clínica.

Él sacudió la cabeza.

—¡Mierda! —profirió.

—No te enfades —siguió ella—. No te olvides de que perteneces a una familia muy unida.

—Ya veo, ya —dijo él—. ¿Con mi padre fue igual?

—Mucho más —contestó ella—. Tú viajas más que él.

Él se dio la vuelta hacia las ventanas. Era casi la hora del almuerzo, por lo que la gente comenzaba a salir de los despachos. Se giró de nuevo hacia Barbara:

—Jack Malone me ha dicho que la NASA no nos da ningún tipo de facilidades. Hughes no suelta prenda de sus seis satélites.

—Es cierto —afirmó ella—. He hablado con el general Stryker, que trabaja con Hughes. Es un viejo amigo, ¿sabes? Me lo ha confirmado.

—Yo me contento con dos de los seis.

—No quieren ni oír hablar de ello.

Él se quedó pensando un momento.

—Nosotros les fabricamos los semiconductores de la dirección, ¿verdad?

—Eso es —asintió ella.

—¿Han sido ya expedidos?

—No lo sé. ¿Qué se te ha ocurrido? —preguntó ella.

—Si Hughes no tiene los semiconductores, los satélites no pueden ser lanzados. ¿Sí o no?

—No sé nada de ingeniería —contestó ella.

Llamó a Merlin.

—Llame a la oficina de suministros de Hughes y comuníqueles que no podemos expedirles los semiconductores. Dígales que no están hechos y que no sabemos cuánto tiempo van a tardar.

—Eso le va a costar un pleito de cuarenta millones de dólares —advirtió Merlin.

—¡Que se jodan! —exclamó Judd.

—Usted manda —dijo Merlin y salió.

Judd se volvió hacia Barbara.

—Ahora haz de madrina. Llama a tu amigo el general Stryker y dile que, debido al parentesco que tienes conmigo, puedes conseguir que expidamos los semiconductores a tiempo a cambio de los dos satélites.

—Eso es chantaje —protestó ella.

—Sí, señora —reconoció él.

—¡Me encanta! —replicó ella con una carcajada. Se encaminó a la puerta y de pronto se dio de nuevo la vuelta—: Conozco la organización de Hughes. La cosa tomará tiempo, me imagino. Todo sigue su cauce.

—No tengo prisa —indicó él—. Ellos tienen más prisa que yo.

—¿Cuándo conoceré a la doctora? —preguntó ella.

—Durante la cena.



—No sabía que tu madrastra era la mujer del doctor Marlowe —dijo Sofia en cuanto Eddie *el Rápido* abrió la puerta del ático que Judd poseía en Mark Hopkins.

—Desde hace ya seis años —le aclaró Judd, siguiéndola al salón.

—Es una mujer joven —dijo ella.

Judd asintió.

—Y el doctor Marlowe es un genio. No conocía esta técnica. En algunos aspectos la medicina norteamericana está a cien años luz más adelantada que la nuestra.

—¿Qué ha hecho?

—Me ha puesto inyecciones subcutáneas y del tipo de dispersión, con una mezcla de ACTH, procaína y colágeno no alérgico. Y con tanta suavidad que he tenido la sensación de que casi no me tocaba.

—Es muy bueno —dijo Judd—. La NASA no quería perderle de ninguna manera. Pero ya tiene setenta años y ha decidido que es hora de retirarse.

—Tienen una casa muy bonita en Nob Hill. ¿Hace tiempo que la tienen?

—Ha sido de su familia desde hace muchos años. Es su sitio natal.

—Tu madre debe de ser muy feliz.

—Lo es —dijo él. La condujo al dormitorio. En el extremo más alejado el techo se curvaba y bajaba hasta las ventanas. Allí había instalada una bañera ovalada con surtidor giratorio, modelo Jacuzzi.

—¿Puedes meterte en el agua? —preguntó él.

—Si no está demasiado caliente.

—Tomemos un baño —sugirió él.

Se metió el primero en la bañera. Al aparecer ella desnuda, él se dio la vuelta para mirarla detenidamente.

—Es muy bueno —dijo—. Casi no se nota nada.

—Dice que mañana habrá desaparecido todo.

Ella metió un pie con cuidado en el agua.

—No quema.

Él le dio la mano para que no se cayera. Ella se fijó que sonreía y le preguntó:

—¿De qué te ríes?

—De tu coñito, pareces una niña pequeña —contestó él.

—Te parece ridículo, ¿verdad?

—Al contrario. Es muy excitante. Sobre todo cómo se te ve el clítoris.

Ella le miró a los ojos:

—¿Te gustaría lamerlo antes de que me lo lave con agua y jabón?

—¡Qué pregunta! —contestó él.

Ella le puso las manos sobre la cabeza, luego separó las piernas para poder montar sobre su cara.

El doctor Lee Sawyer, director del Centro Crane de Investigación Médica de Boca Ratón, Florida, era un hombre de mediana estatura, rayano en la cuarentena, calvo, de ojos de color azul diluido y con una lúgubre expresión de perro faldero. Estaba sentado junto a la cama de Judd, en el hospital.

—Al principio no pude creer que fuera a someterse a eso —dijo—. ¿Cuándo fue la última vez que permaneció tres días seguidos en el mismo sitio?

Judd le miró y dijo:

—No lo sé. ¿Dónde está Sofía?

—Se empeña en supervisar todas las pruebas. He dispuesto que le preparen una *suite* en la misma planta de usted.

—¿Qué opina de ella?

El doctor Sawyer se encogió de hombros.

—Pide una infinidad de datos. Y confieso que no entiendo de qué le van a servir. —Echó una mirada a la hoja de papel que tenía en la falda—. Según esta lista, el primer día hemos de realizar seis contabilizaciones y estudios de su esperma, la mitad de la cual será guardada aquí y la otra mitad se congelará y enviará por avión a Yugoslavia. Además cada muestra ha de ser obtenida con intervalos de cuatro horas.

—¿He de eyacular cada vez?

—Que yo sepa no hay otra manera de obtenerla —dijo el doctor Sawyer—. Encima nos exige que le exprimamos la próstata para vaciar completamente los testículos.

Judd se lo quedó mirando.

—No sé qué le habrá hecho creer a la buena señora —dijo Sawyer—. Por lo visto está convencida de que usted es Tarzán.

—¿Qué más? —preguntó Judd.

—Un análisis catabólico completo, una lectura con sonar y con rayos X de todos los órganos vitales, raspado quirúrgico de partes de estos, veinticuatro análisis de sangre, retención del oxígeno, niveles de monóxido de carbono y nitrógeno, muestras de piel, pelo, uñas de los pies y de las manos. Todavía no he terminado. ¿Continúo?

—Ya estoy agotado —protestó Judd—. ¿Y no le dijo por qué quiere tantas pruebas?

—Me dijo que eran órdenes de la doctora Zabiski.

—¿Ha investigado lo de la autoclación humana? —preguntó Judd.

—Todavía no —contestó el doctor Sawyer.

Entró Sofía. Vestida con la bata blanca de médico parecía otra persona.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien. Pero dime: ¿has hecho estas pruebas a alguien antes? —inquirió Judd.

—Una vez, normalmente es la doctora Zabiski quien se encarga de supervisarlas en la clínica. Tú eres la segunda persona a que se le ha permitido hacer las pruebas fuera de su zona de influencia. La primera fue Mao Zedong.

Judd la miró con atención:

—¿Trabajaste también con él?

—Sí. Y luego me quedé con él durante todo un año, hasta que murió. Se empeñó en que le hicieran el tratamiento completo, a pesar de que la doctora Zabiski le recomendó lo contrario porque no reaccionaba adecuadamente a las pruebas.

—¿Y qué tratamiento seguiste, entonces? —preguntó Judd.

—Zabiski enviaba por avión la dosis semanal de un suero que se le inyectaba dentro de la vena dos veces diarias, una vez por la mañana y otra por la noche.

—¿Qué tipo de suero?

—No lo sé —contestó ella—. Solo lo sabía la doctora Zabiski. Se llegó a hacer análisis de laboratorios para descubrirlo, pero fue inútil. Los chinos no obtuvieron ningún resultado satisfactorio.

—Cuesta creerlo —observó el doctor Sawyer.

—Se intentaron todos los análisis imaginables. Por espectro, electricidad, radiológico, químico. Ninguno funcionó. Créame: solo lo sabe la doctora Zabiski. Es posible que ella tenga un sistema secreto que impide que nadie analice el suero.

—Me parece sospechoso —arguyó el doctor Sawyer. Se volvió a mirar a Judd—. ¿Cómo demonios estar seguros de que no le inyecta nada nocivo? A ver si le mata.

Sofía le miró:

—Yo conozco personalmente a la doctora Zabiski, señor. Y le aseguro que a ella solo le interesa prolongar la vida. Es su sueño.

Judd miró también al doctor Sawyer.

—De momento no hago otra cosa que someterme a una serie de pruebas. No pueden hacerme daño.

El doctor Sawyer estuvo de acuerdo.

—Adelante, pues —indicó Judd—. Más tarde ya veremos qué decido.

Sofía le dijo:

—Lo primero que has de hacer es dormir toda una noche. Comenzaremos a las seis de la madrugada.

—Pero ahora son solo las siete —objetó Judd—. Todavía no he cenado.

—He encargado que te preparen una cena ligera —le explicó Sofía—. A las nueve tienes ya que dormir.

Sonó el teléfono de la mesita de noche. Judd contestó.

Era Barbara.

—Acabo de hablar con el general Stryker. Me ha dicho que hace tres días que está intentando ponerse en contacto por teléfono con ellos, pero no ha conseguido que le den una respuesta a tu oferta acerca de los satélites. Dice que se nos está acabando el plazo. El primer lanzamiento está programado para el cinco de abril. Los del

departamento legal ya han comenzado a poner en marcha la demanda judicial contra ti si no les entregas los semiconductores a tiempo.

—¿Por qué no consigues respuesta?

—Solo hay dos personas autorizadas para hacerlo. Bill Gay y Howard Hughes en persona. Es imposible localizarlos. Gay está en el extranjero, en paradero desconocido. Hughes está en Acapulco, pero no contesta al teléfono.

—Me cuesta creerlo —repuso Judd.

—Es verdad —dijo ella—. Stryker afirma que hace años que nadie consigue hablar personalmente con él. Sus decisiones son transmitidas a través de Gay o de los hombres al servicio de Gay, que no se separan nunca de Hughes.

—Tendremos que hablar personalmente con Hughes, en este caso —dijo Judd—. Gracias por llamarme. Ya te diré qué he conseguido.

—Buena suerte. Un abrazo —dijo Barbara.

—Un abrazo a ti —dijo Judd y colgó. Se incorporó en el acto y añadió—: Que me traigan la ropa. Lo siento: hemos de aplazar las pruebas unos días.

—¡Pero todo está listo! —exclamó Sofía.

—Perdona —prorrumpió él, saltando de la cama. Se volvió a mirar al doctor Sawyer—. Haga el favor de llamar a Merlin inmediatamente.

Merlin apareció en el cuarto antes de que Judd acabara de abrocharse la camisa.

—Diga, señor.

—Avisa a los del avión y dígales que salimos para Acapulco en cuanto yo llegue al aeropuerto desde aquí. Llame luego al general Martés, de México, y comuníquele que necesito diez agentes de la policía secreta federal y que me esperen en el aeropuerto de Acapulco. Ofrézcale cien mil dólares a él y mil dólares a cada agente. Dígale que necesito saber en qué sitio de Acapulco reside Hughes y un plano del edificio para entrar en él secretamente y poner fuera de combate a su guardia personal.

Calló un instante para ponerse los calcetines y calzarse.

—Dentro de diez minutos estaré en el coche. Espéreme allí —añadió después.

Merlin salió de la habitación.

—Instálate cómodamente —se dirigió a Sofía—. Volveré dentro de un par de días.

—Nunca he estado en Acapulco —manifestó ella, mirándolo.

—Ven conmigo —le sugirió él.

—¿Qué me pongo? —preguntó ella.

—En Acapulco solo necesitas bikini —contestó él, riendo.

## *catorce*

Cuando aterrizaron en Acapulco, un hombre uniformado de alta estatura subió a bordo del avión y saludó a Judd militarmente.

—Soy el teniente coronel Ayala —dijo en inglés.

—Yo, Judd Crane —contestó Judd, estrechando la mano del militar.

—Soy ayudante del general Martés. Tengo la información que necesita. —El coronel Ayala sacó un grueso pliego—. Si me permite se lo explicaré yo personalmente porque está escrita en castellano.

—Muy amable, coronel —asintió Judd. Hizo pasar al militar al salón principal y le acompañó a la pequeña mesa de trabajo que había en ella.

El militar extendió los papeles.

—El señor Hughes ocupa todo el ático del hotel Princesa. Este es el plano. Como usted mismo verá, la habitación más grande es la de la esquina, que da al mar y pertenece personalmente al señor Hughes. Adjunta a esta hay una pieza un poco más pequeña en la que siempre hay apostado un hombre. La puerta entre ambas habitaciones está permanentemente abierta. Hay cuatro habitaciones más ocupadas por el personal del señor Hughes, que normalmente consiste de quince individuos, aunque en este momento no sabemos si están todos. Sabemos a ciencia cierta que cuatro de ellos no están en México, como tampoco está el médico de cabecera del señor Hughes. De hecho, hace unos días, se llamó al médico del hotel para que visitara al señor Hughes y nos hemos enterado de que el señor Hughes está gravemente enfermo y requiere ser hospitalizado con urgencia. Sabemos también que no se dispondrá nada hasta que no regrese su médico de cabecera. El cual se espera que vuelva mañana.

—¿Qué opinó el médico del hotel sobre la salud del señor Hughes? —preguntó Judd.

—Solo sabemos que ordenó que se hicieran análisis de sangre, pero no sabemos si la orden ha sido cumplida. No sabemos nada de lo que opina su médico de cabecera.

—¿Van los hombres de Hughes armados?

—Algunos sí —contestó el militar—. No son guardaespaldas profesionales, sin embargo, sino más bien secretarios y ayudantes. Frente a los ascensores hay apostado un guardia profesional, es uno de los guardas jurados del hotel y sabemos que no es persona excesivamente eficaz.

Judd estudió detenidamente el plano del ático.

—¿Se oyen los ruidos de una habitación a otra? —preguntó.

—Depende del ruido.

—Nada de disparos, al hablar se hará en voz baja.

—En tal caso no debería oírse nada —dijo el militar—. Si subimos por el montacargas, evitamos pasar por recepción, nos será fácil tomar el piso porque el guarda apostado no vigila más que los ascensores de los visitantes. Y luego no nos costará demasiado amordazar a los otros si aprovechamos debidamente el elemento sorpresa.

Judd fijó la mirada en el plano.

—No quiero que nadie sea herido —ordenó—. Solo deseo hablar con Hughes.

—Entendido, señor —repuso el militar—. ¿Vendrá usted solo?

Judd reflexionó unos segundos. Se volvió a Sofia.

—¿Me acompañas tú? Está enfermo: puede que necesite ser asistido.

—Sí, no faltaría más.

Judd se dirigió al militar:

—La señora es mi médico. Nos acompañará —indicó.

El militar le miró con expresión de escepticismo, pero su voz continuó tan respetuosa como antes:



Del aeropuerto hasta el hotel tuvieron que recorrer ocho kilómetros, y después uno más por la carretera particular del hotel hasta la entrada al otro extremo del campo de golf. Sofía miraba la ventanilla de detrás y exclamó:

—¡Qué bonito! Me gustaría pasar una temporada aquí.

Judd sonrió:

—Tengo un amigo que posee una finca por aquí cerca. Quizá podamos pasar un fin de semana.

—Esta vez no —dijo ella—. Tienes que hacerte las pruebas.

El coronel Ayala, que iba delante, se giró para decirles:

—Entraremos por la puerta de servicio.

Judd asintió. Miró por la ventanilla de detrás. Los soldados los seguían en una camioneta camuflada de negro. La comitiva fue hasta el ala del edificio destinada a los servicios. Aparcaron en el *parking* y se apearon todos.

El coronel habló brevemente con el portero, el cual les indicó en silencio que podían entrar. Cruzaron el corredor del sótano hasta la puerta de un montacargas. En aquel momento una de las mujeres de la limpieza entraba en él empujando un carrito lleno de ropa blanca. El militar le habló autoritariamente y la mujer se echó atrás con el carrito. Entraron en el montacargas y el militar apretó el botón de la planta correspondiente. La puerta se cerró.

El coronel se dirigió a Judd y a Sofía:

—Ustedes esperen a salir hasta que yo se lo diga.

Judd asintió. Levantó los ojos para ver la lenta subida de las luces que se encendían marcando las plantas. Pasaron años hasta que se encendió la del ático.

En cuanto se abrieron las puertas, varios soldados salieron corriendo. A los pocos

segundos los siguió otro grupito. El coronel Ayala dio luego orden de que saliera el resto. Apretó un botón para que no se cerraran las puertas del montacargas.

El guarda estaba tendido de cara al suelo, con las manos atadas a la espalda, delante del ascensor que se suponía tenía que vigilar. El coronel Ayala le habló en voz baja. El guarda señaló con la cabeza hacia una de las puertas, haciendo rodar nerviosamente los ojos.

El coronel Ayala avanzó despacio y con mucho cuidado, con la espalda pegada a la pared, hasta el pomo de la puerta. La puerta se abrió sin dificultad. No estaba cerrada con llave. En silencio, entró, seguido de Judd. Vieron a un hombre que dormía con los brazos cruzados sobre la mesa y la cabeza apoyada en ellos.

Uno de los soldados se le acercó con cautela y le tocó un hombro. El hombre se despertó asustado. Abrió los ojos desmesuradamente al ver el morro del Colt 45. Abrió la boca como con intención de hablar.

Judd se le adelantó.

—Cállese. No le haremos daño.

El hombre se giró a mirarle.

Judd volvió a hablar con voz tranquilizadora:

—No hemos venido a hacer daño a nadie. —Hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Dónde están los otros?

El hombre respiró con fuerza y contestó:

—Tres se han ido a dormir a su habitación. Los otros han salido. Hoy echan un film en inglés.

Judd señaló con los ojos el cuarto de Hughes.

—¿Él está ahí dentro?

El hombre asintió.

—Quiero hablar con él —ordenó Judd.

—Es imposible. Está enfermo y duerme —repuso el hombre.

—Despiértelo —le conminó Judd.

—No puedo. Está inconsciente. Me parece que ha tomado unas pastillas —indicó el hombre.

—Déjenos pasar. La señora que me acompaña es médico —ordenó Judd.

El hombre miró a Sofía y luego a su maletita de médico. Se levantó de la silla. Ellos le siguieron al cuarto.

La habitación estaba casi a oscuras, pesados cortinajes negros recubrían las ventanas. La única luz provenía de una lamparita de la mesita de noche. El suelo estaba totalmente alfombrado y sobre la alfombra había una infinidad de pañuelos de papel extendidos cuidadosamente uno al lado de otro. En la atmósfera flotaba un desagradable olor que ni el aire acondicionado era capaz de eliminar.

—Abra las cortinas y las ventanas —ordenó Judd—. Que se vaya el mal olor y quite esos malditos pañuelos. ¡Qué lío!

—¡No puedo! —exclamó el hombre—. La orden es de que todo permanezca

herméticamente cerrado. Y no se nos permite recoger los pañuelos del suelo. Cree que es el único medio de mantener las bacterias alejadas de su cama. Son órdenes personales del señor Hughes.

—Encienda las luces, por lo menos —dijo Judd.

El hombre encendió una lámpara que había al lado de la puerta. Judd observó el cuerpo que estaba tendido en la cama. De lado, con la cara escondida en la almohada. Tenía los ojos cerrados, respiraba con dificultad, por la boca abierta. No estaba afeitado; el pelo le colgaba en largas mechas grises, desordenadamente, y casi le llegaba a los hombros.

Judd quedó aturdido y con expresión de no comprender.

—Señor Hughes —principió suavemente.

Hughes no se movió.

Judd volvió a llamarle, esta vez con voz más fuerte.

—No le contestará —refirió el hombre—. Ya se lo he dicho: está enfermo. Ha estado así durante toda la semana. No hemos podido darle nada de comer.

Judd hizo un gesto a Sofía:

—Examínalo.

Sofía se acercó a la cama. Abrió la maleta y sacó un estetoscopio. Le auscultó un momento y luego le tomó el pulso.

—Está muy débil —reconoció.

Judd la observaba en silencio.

Ella levantó la sábana y examinó el cuerpo entero de Hughes con una larga mirada; después la dejó caer de nuevo. Se inclinó para mirar más de cerca la cara y le levantó los párpados. Por fin se enderezó y dijo:

—Este hombre tiene que ingresar en el hospital enseguida.

—¿Qué le pasa? —preguntó Judd.

—No estoy segura —contestó Sofía—. Creo que comienza a tener graves síntomas de uremia.

—¿Cómo es posible una cosa así? —inquirió Judd.

—Mira —dijo ella.

Judd se puso a su lado. Ella volvió a levantar la sábana.

—Mira esas marcas de aguja por todo el cuerpo. Y su estado prácticamente extenuado. Este hombre se ha deshidratado. Se le ven los huesos por debajo de la piel, tiene una herida sin cicatrizar en la cabeza como si se hubiera arrancado un tumor accidentalmente.

—¿No puedes asistirle de alguna manera ahora mismo?

—No puedo hacer nada sin los utensilios del hospital.

—¿Una inyección para aliviarle el dolor? —preguntó Judd.

—Me da la impresión que va acribillado de inyecciones de calmantes —dijo ella—. Además, por los ojos yo diría que está casi en coma.

Judd asintió y se giró a mirar al hombre que estaba al servicio de Hughes. Con un

gesto le indicó que quería pasar a la otra habitación. Salieron todos detrás de él.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó por fin Judd.

—Yo me limito a obedecer órdenes —contestó el hombre—. Y las órdenes son no tocarle bajo ningún pretexto hasta que regrese su médico de cabecera. Regresa mañana de Estados Unidos.

—¿Quién dio las órdenes?

—El amo en persona. La semana pasada cuando comenzó a sentirse mal. Y nadie, absolutamente nadie, osa desobedecerle.

—¿Y ninguno de ustedes es capaz de comprender que este hombre no está en sus cabales? ¿Que ya no sabe lo que se hace? ¿Quién le va a ordenar someterse al necesario tratamiento?

—Su médico de cabecera —contestó el otro.

—Tiene télex, ¿no es así? —inquirió con voz crispada Judd—. Póngase en contacto con la oficina de Hughes. Alguien habrá responsable.

—El télex no ha sido conectado.

—Llame por teléfono.

—Ya lo hemos hecho. Gracias a ello viene mañana el médico.

Judd miró al hombre en silencio, luego se volvió al militar.

—Vámonos —dijo.

Sofia le detuvo.

—Si no hacemos nada inmediatamente, morirá.

Judd la miró con frialdad.

—A mí eso no me incumbe.

—Es un ser humano —objetó ella.

—¡Que se joda! Lo ha querido él —le espetó Judd secamente—. Yo no puedo ayudarle como él no puede ayudarme a mí.

—¿Son esas tus normas de comportamiento? —le preguntó ella.

—¿Conoces tu otra mejor? —preguntó él con sarcasmo—. De no haber soltado la pasta para vuestros malditos hoteles yugoslavos, no te hubieran permitido salir del país, ¿lo sabías?

Ella le miró fijamente unos segundos y luego salió de la habitación. Judd se dio la vuelta hacia el hombre de Hughes y le dio un billete de mil dólares.

—Para que olvide nuestra visita.

El hombre se embolsó el dinero.



Hacía dos horas que volaban de regreso hacia Florida, cuando Sofia subió a la sala particular de Judd.

—¿Me permites que hable contigo un momento?

—Naturalmente —contestó él. Le enseñó un télex—. Hemos perdido el tiempo inútilmente. Acaba de llegamos la noticia de que han aceptado nuestra propuesta.

Ella le devolvió el télex sin leerlo.

—Siento volver a la carga —le dijo—. Ya sé que tampoco es asunto mío, pero este hombre está en peligro de morir.

—No necesito que me lo digas. Ya me he dado cuenta.

—¿Cómo se explica que un hombre que lo ha conseguido todo, absolutamente todo en la vida, haya decidido vivir de esta manera? Solo. Encerrado herméticamente en una burbuja de vacío, aislado de la realidad.

—Tal vez creyó que así podría vivir eternamente —contestó Judd. Luego guardó silencio unos segundos—. O tal vez le entraran auténticas ganas de morir... y no tuvo el valor de hacerlo...

EL edificio era de cristal de espejo verde y reflejaba el intenso sol de Florida. Constaba de un solo piso, el techo era plano y estaba totalmente disimulado por los gigantescos cipreses del Centro Médico de Crane, a una manzana de distancia. Al lado de las dos puertas de color esmeralda rezaban unas letras grabadas de una pequeña placa de bronce:

---

CENTRO DE INVESTIGACIÓN CRANE  
*Medicina Nuclear*  
Privado

---

Delante de las puertas cerradas había apostados dos guardias armados y con uniforme que llevaban gafas del mismo cristal que el edificio.

El doctor Sawyer aparcó su pequeño descapotable en el sendero de la entrada y subió corriendo las escaleras que conducían a la puerta. Saludó con una inclinación de la cabeza a los dos guardias, a la vez que presionaba la palma de la mano sobre la placa del control de identidad. Su nombre se encendió en la placa y las puertas se abrieron silenciosamente.

La planta principal estaba vacía, había solamente otro guardia, sentado entre los dos ascensores. El guardia alzó los ojos.

—La doctora Zabiski le espera en la cuarta planta, señor.

—Gracias.

El doctor se apresuró a meterse en el ascensor. Las puertas se cerraron automáticamente y él apretó el botón que correspondía a la cuarta planta. El ascensor arrancó despacio el descenso. Miró las luces que indicaban las plantas. Esta vez los números no indicaban ascenso. Iban de la letra *P*, por planta principal y primera a nueve por planta del fondo, en el subterráneo. El edificio estaba totalmente construido bajo tierra.

Salió del ascensor. Saludó a otro guardia y recorrió a toda prisa el pasillo que llevaba al despacho de la doctora Zabiski. Abrió la puerta sin llamar. La doctora le esperaba sentada detrás de su escritorio.

—He venido en cuanto supe que me había llamado —dijo jadeando—. ¿Ha ocurrido algo grave?

—No, nada grave —contestó la menuda mujer, con voz tranquilizadora—. Le hemos trasladado a una sala de cuidados intensivos. He pensado que era mejor que usted estuviera presente en el momento de despertarse.

Él respiró con obvio alivio y se hundió en el sillón que había delante de la mesa.

—¡Dios mío! —exclamó sacándose un paquete de cigarrillos del bolsillo. Las manos le temblaron al encender el pitillo—. ¡Qué locura! Cada día estoy más convencido de que durante estos tres últimos años hemos estado actuando como un par de Frankensteins.

—Todos los médicos somos en el fondo un poco Frankenstein —dijo la doctora, con una lenta sonrisa—. ¿Quién de entre nosotros no juega a ser Dios?

—Supongo que tiene razón —dijo el doctor Sawyer—. Pero ya sabemos quién es Dios, ¿verdad?

Ella se echó a reír. Sin embargo, sus ojos pardos, de gato, permanecieron absolutamente serios.

—¿Judd Crane?

Él también se rio, divertido.

—Tiene que ser Dios, a la fuerza. Es el único que puede pagárselo.

Ella calló unos segundos y luego asintió.

—Tiene usted razón, me imagino —dijo—. Al principio, cuando me habló de veinte, y luego de cincuenta millones de dólares, no le creí. ¡Cómo iba a saber que había tanto dinero en el mundo! Pero luego le miré a los ojos. Y le creí. No en el dinero, sino en el hombre. Está decidido a invertir todo el dinero que sea necesario en la realización de su sueño: la inmortalidad.

Él aplastó el pitillo.

—Y el suyo también, ¿verdad? —preguntó mirando cómo se consumía la brasa en el cenicero.

—Me gustaría participar en el sueño —dijo ella. Pero a él no se le escapó una nota de tristeza en la voz—. Pero no sé nada. De verdad que no sé nada. No sé si es posible realizar este tipo de sueño. —Sus ojos toparon con los de él—. No tenemos que olvidar que también somos humanos, como él, que tampoco somos Dios.

Él asintió silenciosamente:

—Comienzo a tenerle simpatía, doctora Zabiski.

Ella sonrió:

—Gracias, doctor Sawyer. —Y con un cambio deliberado de tono añadió—: Vamos a verlo.

Él se levantó del sillón y esperó a su lado a que ella manipulara las clavijas del tablero del ordenador que había instalado en la mesa. Se encendieron unos números, de color amarillo, rojo, azul, verde, morado y blanco.

—Explíqueme el código. Lo desconozco por completo —dijo el doctor Sawyer.

—Perdone. Creí que le habían informado —contestó ella—. Se lo explicaré. Es un código de colores, simplemente; el blanco es el nivel óptimo, o el que corresponde a nuestro objetivo. El resto indica normalidad; cada color corresponde a diversos porcentajes de normalidad. Todos los signos de vida y todos los síntomas patológicos salen en el monitor. En este momento lo que más nos interesa es la temperatura del cuerpo. Nuestro objetivo de momento es que el cuerpo se estabilice normalmente a

treinta y cinco grados. Recuerde que es la tercera vez en tres años que le sometemos a este tipo de procedimiento para rebajarle la temperatura del cuerpo. Las dos primeras veces conseguimos bajarle la temperatura: primero de treinta y siete a treinta y seis coma tres, y la segunda vez hasta treinta y cinco coma seis. En ambos casos pudimos mantener estable la temperatura durante un año sin ulterior manipulación.

Sawyer la miró con expresión cautelosa.

—Si no recuerdo mal, en las tablas de supervivencia que usted me mostró, el mantenimiento de la temperatura del cuerpo a noventa y cinco grados significaría prolongar la vida hasta los ciento cincuenta años.

—Correcto —dijo ella—. Pero la temperatura no es el único factor. La implantación de células y de placenta, conjuntamente con el tratamiento a base de procainum ayuda a fortalecer la vitalidad del cuerpo en general. Con ello se consigue decelerar otro factor importante de envejecimiento. Comprenda que el cuerpo tiene que contrarrestar de alguna manera el factor tiempo que le ataca.

Él guardó silencio unos segundos.

—Ciento cincuenta años —dijo por fin en voz baja—. Bastaría a cualquiera.

—Pero a él no —indicó ella—. Él quiere la inmortalidad. Tenemos proyectados cuatro rebajamientos más de temperatura para los siguientes cinco años. Con ello debiéramos conseguir mantener el cuerpo a treinta y un grados, según lo cual podría vivir hasta doscientos ochenta años. Pero ya le he dicho que no estoy segura de nada. De momento son juegos de acertijo con el ordenador.

—¡Mierda! —exclamó él—. Tengo miedo.

La doctora apagó el ordenador.

—Yo también.

Llenó un vaso con agua de un termo que había en la mesa. Sorbió del vaso.

—Con el hipotálamo no hay nunca garantía de ninguna clase, aunque lo manipulemos con un láser nuclear para conseguir rebajar la temperatura del cuerpo. Un microsegundo puede matarle.

Él volvió a hundirse en el sillón.

—Lo mejor sería persuadirle que desistiera.

—Ya lo he intentado —dijo ella—. Y lo volveré a intentar, se lo prometo. Aunque ya sé qué me contestará.

Él la miró a los ojos.

—¿Qué le dirá?

—¡Que puede morir en cualquier instante de un accidente! «Prefiero morir por algo que valga la pena», me dirá.

Volvió a manipular las clavijas del ordenador y entonces dijo:

—Ahora podemos bajar a verle. Le despertaremos dentro de quince minutos.

El ascensor los descendió a la planta octava. Otro guardia los saludó al verlos cruzar las puertas de cristal que se abrían a otro pasillo. Este pasillo hacía un recodo que los ocultó de la mirada del guardia. Las puertas de cristal que aparecieron ante

ellos tenían las siguientes letras inscritas: «Sala de mandos.»

La doctora Zabiski puso la palma de la mano sobre la placa de control de identidad. Se abrieron las puertas y entraron a la sala. Aunque no era la primera vez que estaba en ella, al doctor Sawyer le pareció que se encontraba en una versión en miniatura de la sala de mandos de la NASA, durante un lanzamiento espacial. Pasaron a una pequeña plataforma; tres peldaños bajaban al piso principal, cuyas paredes estaban recubiertas de todo tipo de ordenadores, de cintas magnéticas en vertiginoso movimiento, que almacenaban la información recibida en las pantallas plateadas. La pared del fondo era de cristal; detrás de la pared se encontraba la sala de intensivos donde yacía Judd. Delante de él había tres técnicos sentados, cada uno con su correspondiente hoja impresa por el ordenador y su correspondiente pantalla, para poder seguir los movimientos vitales del interior y exterior del cuerpo del paciente.

El doctor Sawyer siguió a la menuda mujer hasta la pared de cristal y miró en el otro cuarto. Judd dormía, tenía el cuerpo completamente desnudo y cubierto por electrodos sin cables que transmitían la información a los ordenadores. Los únicos tubos conectados con él eran los que le suministraban oxígeno por los orificios de la nariz.

La doctora Zabiski se dirigió a los televisores de control mientras Sawyer continuaba mirando. Le había parecido detectar un ligero movimiento del cuerpo del paciente. El movimiento incrementó. Judd tenía inconscientemente una erección.

Sawyer se dio la vuelta para hablar con la doctora.

—Debe de estar soñando cosas agradables —dijo sonriendo—. El pene se le está poniendo tieso.

Zabiski enderezó el cuerpo y miró a Judd. Una expresión preocupada le ensombreció el rostro.

—Eso no me gusta. Es demasiado pronto —dijo. Se inclinó sobre el técnico que tenía más cerca—. Deme una lectura del electroencefalograma y llame en el acto al neurólogo. Haga venir también al doctor Ablon, el cardiólogo.

El otro técnico la llamó:

—Doctora Zabiski, le está subiendo la temperatura. Acaba de subir medio punto, hasta noventa y cinco coma uno. No, ya llega a noventa y cinco coma seis.

—Quiero enseguida una lectura de la composición química de la sangre y una inspección general de los síntomas vitales —ordenó la doctora Zabiski con voz apresurada. Su mirada se dirigió a las líneas que se retorcían constantemente en la pantalla del ordenador. Luego miró a Sawyer y dijo—: Está soñando, no cabe duda. Se detecta cierta hiperactividad en la zona alfa.

—¿Qué ocurre, según usted? —preguntó Sawyer.

—No lo sé todavía —contestó Zabiski—. Aunque me lo supongo —añadió sin más detalles.

Sawyer los esperó, sin embargo, mirándola fijamente.

—Me figuro que el hipotálamo está rechazando el tratamiento y regresa a su

funcionamiento habitual —explicó finalmente la doctora.

—¿Es peligroso? —inquirió Sawyer.

—No lo creo —contestó ella, volviendo a mirar la pantalla—. Los síntomas vitales indican que todo va bien. El análisis de la sangre no indica nada anormal, ni ninguna infección. —Descolgó el teléfono y llamó al anestesista del cuarto vecino—. Mantenga dormido al paciente. Hemos de someterle a unas cuantas pruebas más antes de despertarlo.

—¿Dónde está Sofía? —preguntó Sawyer—. ¿Por qué no está?

—Le he concedido unas breves vacaciones —explicó la doctora Zabiski—. Como ha estado trabajando casi tres años sin parar, he pensado que le vendría bien marcharse una breve temporada. Sobre todo cuando oí que se había ofrecido voluntariamente para el puesto de control. Después de la última tanda de experimentos me pareció extremadamente fatigada.

—¿Tuvieron buen resultado los experimentos? —preguntó él.

—¿Se refiere a si se quedó embarazada? —Y ella misma contestó—: Sí.

—¿Adónde ha ido?

—A México. Desde que estuvo en Acapulco ha estado soñando con hacer un viaje por el país.

Sawyer no dijo nada, reflexionó. México le pareció una opción insólita para una persona como Sofía. Si lo que quería era tomar el sol, en Boca Ratón lo había de sobra. Quizá tenía otro motivo. Por si acaso decidió llamar a Merlin y pedirle que pusiera sobre aviso al departamento de seguridad.

## *dieciséis*

Judd pulsó el botón del lado de la cama, la cabecera se alzó y él descolgó el teléfono. Merlin contestó en el acto:

—¿Qué nuevas hay?

—Nos han llamado urgentemente del comité de inauguración. Reagan se empeña en invitarnos a su fiesta privada.

—Es la semana próxima, ¿verdad?

—Sí.

—Díales que será un honor. Que yo me encargo del transporte y del alojamiento. —Echó una mirada al reloj de la pared—. ¿Qué más?

—El ministro de Finanzas de Brasil pide una entrevista para discutir si participamos o no en su proyecto de Ludwig. Corren rumores de que D. K. quiere retirarse.

Judd reflexionó unos segundos:

—Primero tenemos que tener más información. Conteste que concertaremos una entrevista en cuanto yo esté en condiciones de viajar a Brasil. Pero que quede bien claro que no nos comprometemos a nada. Todavía no sabemos si nos interesa el proyecto.

—Sí, señor —dijo Merlin—. El gobierno ha aprobado nuestro plan de fusión de los bancos de Ahorro del Sur y del Oeste, y de la Asociación de Préstamos con los Servicios Financieros Crane. Eso nos reportará ciento quince sucursales bancarias y un millardo<sup>[3]</sup> en activo convertible inmediatamente en beneficios netos. O sea, ochocientos millones que pueden ser dinero contante y sonante en treinta días, si queremos.

—Estupendo —dijo Judd—. ¿Ha contestado a nuestra propuesta el gobierno mexicano? El peso no vale absolutamente nada, y si no nos garantizan la construcción de un laboratorio y de una fábrica, a cambio de treinta millones de dólares para Fármacos Crane, no estamos dispuestos a producir nada en el país.

—Todavía no ha contestado, señor.

—Azúcelos un poco. Díales que Brasil está interesadísimo en cooperar con nosotros.

—Lo haremos, señor —dijo Merlin. Cambió de tema—: ¿Cómo está de salud, señor?

—Me siento fatal —contestó Judd—. Pero no es nada preocupante. Me darán de alta dentro de unos días.

—Me alegro, señor —dijo Merlin.

—Gracias —repuso Judd colgando. Llamó a una enfermera. Apareció una chica nueva, una chica que él no había visto todavía, de pelo muy rojo y ojos suavemente

azules—. ¿Cómo se llama?

—Bridget O'Malley —contestó la chica, con cierto acento campesino.

—¿Irlandesa? ¿Recién desembarcada? —preguntó él.

—Vine en avión, señor Crane. Me reclutaron especialmente para hacer este trabajo —contestó la chica.

—Debe cumplir unos requisitos muy especiales para que mi gente la haya empleado para trabajar aquí. ¿Me los puede describir?

La chica se sonrojó ligeramente.

—Prefiero no hablar de ellos —dijo exagerando su acento del campo.

—Tengo sed —espetó él bruscamente—. Quiero beber Coca cola.

—No hay, señor Crane. Tiene que ser zumo de naranja o agua.

—Zumo de naranja —indicó él, observando cómo le permanecía el sonrojo de unos segundos antes. Al comenzar ella a encaminarse hacia la puerta, él la llamó—: Bridget.

La chica regresó junto a la cama.

—Diga, señor Crane.

El la miró a los ojos.

—¿Le informaron que tenía un pasajero problema de priapismo?

Ella bajó los ojos y los clavó en el trozo de sábana que le tapaba las piernas.

—Sí, señor Crane.

—Uno de los requisitos que usted cumple es experiencia en el cuidado de enfermos de priapismo, ¿no es así?

La chica asintió en silencio.

—¿Dónde lo aprendió?

—He trabajado cuatro años en el hospital de veteranos de Devon.

—¿Qué tratamiento se prescribe en ese hospital, Bridget?

Ella contestó mirándole a la cara:

—Ciertas medicinas, acupuntura, grabación por electromiógrafo del relajamiento del músculo de biorreacción.

—Interesantísimo —la atajó él—. Gracias, Bridget, por la información. Tráigame el zumo de naranja, por favor.

Aguardó a que ella reapareciera con el zumo. La erección le dolía. Sorbió del vaso.

—He oído hablar de una operación —manifestó.

—Sí, señor Crane —dijo ella con voz impersonal—, pero no se la recomiendo porque es una operación de efectos irreversibles. Jamás volvería a tener una erección. Solo se opera en casos de erección priapística perpetua.

—Ahora me duele mucho, se lo aseguro —prosiguió él mirándola fijamente—. ¿Qué puedo hacer, Bridget? ¿Masturbarme de nuevo? Tengo el pene irritado, me escuece. Y hasta que me llega el orgasmo, me lo paso muy mal. —Continuó con los ojos fijos en la cara de la chica.

Ella cogió el gráfico de la cabecera y anotó algo.

—Lo consultaré con la doctora —susurró.

—¿Tenemos que esperar a que aparezca ella? —inquirió él—. Creí que le pagaban por su experiencia, por su pericia y por sus métodos especiales.

—Yo soy la enfermera simplemente, señor Crane. No puedo hacer nada sin orden explícita de la doctora.

—¡Al diablo la doctora! —gritó él con furia—. Yo soy el propietario del hospital, de todo, incluido la doctora. Si no me asiste inmediatamente, no me sirve de nada.

—Me despedirán, señor —dijo ella.

—No se enterarán —respondió él.

Ella señaló la pantalla del televisor de control que había en la pared de detrás de la cama.

—Es grabado en esta pantalla y en el video durante todo el día.

Él arrojó una toalla sobre la pantalla. La toalla quedó colgando sobre la lente de la cámara.

—Ahora no nos ve nadie —espetó él con dureza. Tiró la sábana a un lado. Su pene asomó de un salto como una bestia liberada repentinamente de la jaula, colorado y palpitante.

—¡Haga algo, joder!

Ella vaciló unos instantes, luego se colocó a un lado de la cama. Puso una rodilla sobre la cama vecina y le agarró el pene con la mano izquierda. Con los dedos de la derecha comenzó a presionar los nervios del escroto, sobre los testículos. La chica le miró a los ojos y le dijo con voz suave:

—Le dolerá un poco.

Los ojos azules de Judd estaban impasibles. Asintió en silencio.

Ella continuó apretando lentamente los nervios, a la vez que abría y cerraba rítmicamente los dedos en torno del pene, haciendo así que la sangre volviera a la base, hacia el escroto. Al poco rato el ritmo de sus dedos se hizo constante. Sin embargo, continuó apretando con la mano hacia abajo, hundiéndole los dedos en los nervios.

Ella le miraba por si él hacía señal de que el dolor era insoportable. Judd apretaba los dientes decidido a aguantar.

—Lo siento. Ya falta poco —dijo la chica.

Él asintió con expresión comprensiva. Una fina capa de sudor se le había formado en la frente. De pronto tuvo la sensación de que le clavaban la hoja de un cuchillo en la ingle. Un gemido se le escapó involuntariamente de los labios.

Ella aceleró a la vez que decía:

—Ya está, señor Crane.

Él soltó un respingo y luego miró. Tenía el pene encogido al tamaño normal, relajado.

—Lo ha conseguido —le dijo, mirándola con incredulidad.

—Sí, señor Crane —susurró ella.

—Se lo agradezco de veras —murmuró él, respirando con expresión contenta y de alivio—. De todos modos prefiero follar y que me la chupen.



Él se incorporó en la cama y miró a la doctora Zabiski.

—¿Qué es lo que no funcionó? —preguntó Judd.

—Nada especial —contestó ella secamente—. Solo que los millones y millones de años de nuestro proceso evolutivo no se amoldan a los designios de nuestros ordenadores. —Echó una rápida ojeada a las hojas con datos de los ordenadores que tenía en la mano—. Hemos conseguido una cosa, sin embargo. Su temperatura ha sido fijada en treinta y seis coma ocho grados. Es dos décimas partes de un punto inferior a la normal.

—¿Qué sacaré de eso?

—Diez o quince años más de supervivencia. Y según los exámenes con PerScan y SonarScan, el programa de implantaciones ha sido bien asimilado por su cuerpo. De continuar con el programa, conseguirá unos veinticinco años más de vida. Lo cual, sobre la edad a que normalmente llega un individuo de su clase social, ochenta años, representa un progreso notable. Vivirá seguramente hasta los ciento veinticinco años de edad.

—Eso no es la inmortalidad —observó él con voz muy seca.

Ella no contestó.

—¿Vale la pena volver a intentarlo con el método del láser nuclear?

—No —precisó ella—. Hasta ahora hemos tenido suerte. Pero corremos el riesgo de destruir el hipotálamo, en cuyo caso se le enfriaría el cuerpo irremediablemente.

Los ojos de Judd se pusieron azules como la noche.

—Ingeniería genética, pues. ¡Qué remedio!

—Tardaremos mucho tiempo hasta saber lo suficiente sobre el código genético para poder utilizarlo —repuso ella, suspirando.

—Esperaré. Al fin y al cabo ya sobreviviré hasta los ciento veinticinco años, ¿no? —preguntó, sonriendo—. Bueno: ¿y cuándo salgo a la calle?

—Mañana por la mañana —contestó ella—. Físicamente goza de perfecta salud. Mejor todavía de cuando nos conocimos. En términos de años recuperados ha pasado de cuarenta y dos a cuarenta, en vez de cuarenta y dos a cuarenta y seis.

—Es mucho más de lo que esperamos, ¿no?

—Así es —dijo ella—. Pero ahora cuídese. Cuidado con la comida, el alcohol, las drogas, y descanse. Intente cambiar de estilo de vida.

—¿No menciona el sexo?

—El priapismo será pasajero, espero —indicó ella—. Cuando le haya pasado, vaya con más cuidado.

—No sé —dudó él con una sonrisa irónica—. Tal vez debería conservarlo para

siempre. Me excita la idea de tenerlo siempre a punto.

Ella no sonrió.

—Si lo hiciera, se le escaparía la vida por el pene.

—¿Qué sugiere para controlarlo? —preguntó él.

—Depende enteramente de usted —puntualizó ella—. De su capacidad de dominio. Yoga y electromiogramas. ¿Qué le parece?

—Pura brujería —observó él.

—Más vale eso que salitre, ¿no cree? —dijo levantándose—. Mire: comienza a caerme simpático y quiero conservarle en forma. Yo sueño lo mismo que usted, y no quiero perjudicar al hombre en cuyas manos está la custodia de nuestro sueño.

## *diecisiete*

El teléfono «zumbador» de la mesa de Merlin sonó dos veces. Él lo cogió y dijo:

—Habla Merlin.

—John D., de Seguridad —contestó la voz.

—Hable —dijo Merlin.

—Nuestro agente la ha seguido hasta la ciudad de México —continuó la voz de John D.—. Cogió otro vuelo con Aeroméxico hacia La Habana. En Cuba le hemos perdido la pista porque nuestro hombre carecía de visado.

—¿No tenemos ningún agente en La Habana?

—Sí, señor. Tenemos seis.

—Quiero que tres la esperen en el aeropuerto. Que la sigan todo el tiempo. Que pongan micrófonos por todas partes donde esté, dentro y fuera. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Manténgame al corriente cada tres horas —ordenó Merlin.

—Descuide —contestó John D.—. Tenemos noticias de que Li Chuan llegará a La Habana vía Air Canada. Lo más probable es que se entrevisten los dos.

—Sígale a él también —repuso Merlin.

—De acuerdo —dijo John D.—. ¿Ha recibido el informe sobre los ludes de Hong Kong?

—Sí. Tres millones de ludes al año. Es mucho quaalude.

—Quince millones de dólares —precisó John D.—. Transferidos de la cuenta de Fármacos Crane a bancos de las Bahamas y de Suiza. Estamos investigando sobre quién es el titular de las cuentas bancarias.

—Sospecho que una debe de pertenecer al propio Li Chuan la otra es probablemente del gobierno rojo de China —sugirió Merlin—. Nosotros tenemos transacciones con ellos por valor de un millón de dólares, a raíz del interferón.

—Nos enteraremos de todo, descuide —afirmó John D.— ¿Algo más, señor?

—De momento nada más —dijo Merlin—. Gracias.

Miró la hoja de datos del ordenador que tenía extendida sobre la mesa. Todos los datos eran correctos. Respiró con fuerza. Tanta corrección se le antojó como sospechosa. Normalmente encontraba este tipo de hojas llena de errores. Era la primera vez en su vida que el computador no cometía faltas.

Descolgó el teléfono y llamó al Centro de Ordenadores de California. A los pocos segundos estaba al habla con el director de los Servicios de Ordenador.

—Quiero una revisión de todas las transacciones efectuadas estos pasados tres años. Quiero también que se revise el ordenador con vistas a una posible interferencia y que se investigue si es verosímil que se haya fisgado en el almacenamiento de nuestros datos bancarios.

—Este tipo de comprobación la efectuamos a diario —explicó el director.

—Ya lo sé —espetó Merlin—. Ahora quiero que lo hagan con un programa diferente del diario. Comuníquenlo al «zumbador» cuando lo tengan a punto.

—Madre se pondrá furiosa —objetó el director—. Ya sabe la poca gracia que le hace que la fuercen a cambiar de rutina.

Merlin se amoldó a la jerga del director, acostumbrado a referirse a los ordenadores como si fuesen personas.

—Dígale a la buena señora que deje de refunfuñar, porque de lo contrario le meteré una de sus fichas preferidas en el cuerpo. Colgó el teléfono y encendió un pitillo.



En La Habana hacía calor y humedad, a pesar de que el sol ya había comenzado a ponerse. Al llegar al hotel, desde el aeropuerto, sintió que tenía la ropa pegada a la piel. Tenía una habitación reservada y los trámites de registro ya habían sido efectuados, por lo que un mozo la condujo en el acto a su habitación.

—El aire acondicionado todavía no funciona —le indicó el mozo, dejando las maletas en el suelo. Se dirigió a las puertas correderas del balcón—. En cuanto oscurezca hará más fresco —añadió abriendo el balcón al calor de horno del exterior.

Ella le dio un billete de cinco dólares; el chico se lo agradeció excesivamente y salió del cuarto. Ella aguardó a que volviera a cerrar la puerta para salir al balcón.

El paseo entre el hotel y la playa era espacioso y tranquilo. No se veían coches. El aire comenzaba ya a refrescar con la ligera brisa que soplaba del mar. Muy pronto vio que el paseo empezaba a animarse de gente que salía a dar un paseo y a disfrutar del fresco de la noche.

Volvió a meterse en la habitación y abrió la maleta. Apresuróse a colgar el traje de chaqueta de lino y dos vestidos más, y metió la ropa interior en un cajón. Cerró la maleta de golpe y tiró el batín sobre la cama. Se fue al cuarto de baño con el estuche de tocador en la mano y lo dejó al lado del lavabo. Abrió el grifo de la bañera y estrujó un tubo de champú perfumado contra el chorro. Esperó a que el perfume le subiera a la nariz, luego volvió a la habitación y se desnudó. Colgó con cuidado el vestido junto a los otros y metió la ropa interior usada en otro cajón. Desnuda, fue a donde estaba el batín y cuando iba a ponérselo oyó un clic en la puerta. La puerta se abrió antes de que ella pudiera cubrirse.

Vio a Nicolai, alto, fornido, con canas entremezcladas en su pelo negro. El hombre la miró en silencio mientras cerraba la puerta.

Ella, con el batín todavía en la mano, no hizo nada para taparse.

—Llegas temprano —dijo en ruso.

—Son cuatro años, Sofía —indicó el hombre—. Te he visto en recepción y no he podido esperar más.

—No quería que nos encontráramos oliendo a sudor —le explicó ella—. Voy a

tomar un baño de agua perfumada.

Él la abrazó y la besó en la boca.

—No me importa a qué huelas. Cualquier olor vale con que sea el tuyo —susurró él. Ella no dijo nada, no reaccionó—. ¿Qué pasa, Sofía? —le preguntó él, mirándola a los ojos.

—Cuatro años es mucho tiempo, Nicolai —se lamentó ella—. No desaparecen así como así.

Él dejó caer los brazos.

—¿Ya no me amas? ¿Quieres a otro?

—Necesito tiempo. Vengo de otro mundo. —Se puso el batín para no tener que contestar directamente a su pregunta—. La cartera de los documentos está abierta en la mesa. Estúdialos mientras yo tomo un baño.

—He encargado que suban una botella de champaña —refirió él.

—Muy bien. No tardaré.

La puerta del cuarto de baño se cerró en el momento en que llamaban del exterior. Entró el mozo y dejó un cubo lleno de hielo con una botella de champaña en la mesita de noche. Luego salió. Nicolai miró la puerta cerrada del cuarto de baño y la botella de champaña. Se apresuró a quitarle la rejilla de metal y a descorcharla.

Sofía se metió en el agua sedosa, llena de champú burbujeante; se tendió con actitud voluptuosa en la bañera. Aspiró el vapor del perfume y cerró los ojos. El agua se deslizó suavemente por encima de su cuerpo. De pronto una corriente de aire frío rompió el encanto; abrió los ojos y miró hacia la puerta.

Nicolai estaba de pie, desnudo, con la botella de champaña en una mano y el pene erecto en la otra, tieso y protuberante de entre la mata de vello negro de su abdomen. Se acercó a la bañera y apretó el pene contra la cara de Sofía, a la vez que vertía champaña encima. Habló con voz ronca y llena de ira:

—Te encantaba el champaña y te gustaba mi pene. ¿No te acuerdas?

—¡Déjame! —gritó ella, tratando de apartar el falo de la cara. Él le cogió la cabeza y la apretó contra sí hasta que le subió el orgasmo casi enseguida.

—¡Furcia! ¡Zorra! —rugió.

Ella tosió, tenía las mejillas cubiertas de semen. Él sacó el falo de su boca y se metió en la bañera, se arrodilló entre sus piernas, la acercó a él, haciendo que las piernas de la mujer le abrazaran por el talle, y la penetró. Con violencia.

Ella trató de alejarlo empujando con las manos su cuerpo.

—¡Déjame! ¡Te lo ruego! —susurró.

—¡Si te encanta follar, zorra! —murmuró él—. ¿No habrás cambiado?

—Te lo ruego —dijo ella llorando—. ¿No notas que estoy embarazada?

Él la miró fijamente.

—¿Embarazada?

—Sí. Diez semanas. —Le miró a los ojos. Sintió como se encogía en su interior.

Él guardó silencio unos segundos, luego se apartó de ella. Salió de la bañera sin

dejar de mirarla.

—No solamente eres una zorra —masculló con desprecio—, sino que además resulta que eres tonta. ¿Quién es el padre, si lo sabes?

—Claro que lo sé —murmuró ella en voz baja—. Es Judd Crane.

La miró en silencio, tomó una toalla y se envolvió con ella.

—Voy a vestirme —indicó—. Me llevo los documentos a la oficina para fotocopiarlos. Te los devolveré cuando cenemos.

—Como tú quieras —contestó ella con voz inexpresiva.

—Li Chuan cenará con nosotros.

—De acuerdo.

Cerró la puerta del cuarto de baño a sus espaldas. Ella se sintió repentinamente muy cansada. Se puso despacio de pie en la bañera, esperó a que se vaciara y abrió la ducha para lavarse la cara con el chorro caliente y penetrante que le cayó encima.

Sintió como si las piernas se le convirtieran de goma y tuvo que aguantarse con una mano en la pared para no caerse. Cerró la ducha y salió de la bañera. Se envolvió con una toalla y pasó a su habitación.

Nicolai ya se había marchado. Miró la mesa escritorio. La maleta de los documentos había desaparecido. Se sentó sobre la cama, descansó un momento y luego cogió el bolso. Sacó el frasco de cocaína que le había dado Judd. Aspiró dos veces.

Sin resultado. Estaba demasiado extenuada, demasiado deprimida para que tuviera el efecto deseado. Volvió a meter el frasco en el bolso y se tendió sobre la cama. Cerró los ojos y se durmió enseguida.

## dieciocho

Fue despertada por una corriente de aire más frío. Se incorporó en la cama, con el cuerpo pegajoso de sudor. Escuchó el chirrido de los motores de la ventilación. Se levantó, se envolvió con una toalla y fue a cerrar la puerta del balcón. Era de noche y las luces brillaban alegremente a lo largo de la carretera que festoneaba la playa de la bahía.

Miró su reloj de pulsera. Las ocho treinta. Hora de vestirse. Se metió apresuradamente en el cuarto de baño y se duchó de nuevo. Luego se puso el traje de lino. El teléfono sonó justo en el instante en que acababa de maquillarse.

Era Nicolai.

—¿Despierta? —preguntó.

—Y vestida —contestó ella.

—Estupendo. Llego dentro de quince minutos.

—¿Te espero en la habitación o en recepción?

—En la habitación —contestó él—. Cenaremos en un restaurante. Tenemos tiempo de sobra. Li Chuan vendrá a las diez en punto.

—Bien —asintió ella y colgó.

Se miró en el espejo. El maquillaje era el auténtico milagro. Las arrugas que habían denotado cansancio ya no se veían. Aunque el efecto era solamente superficial, porque moralmente ella se sentía todavía muy desalentada. Irritada consigo misma a pesar de su buen aspecto, cogió el bolso.

Descorrió la cremallera interior y sacó la cajita de plata de las pastillas, además del frasco de cocaína. Se metió una cápsula blanca y verde en la boca, que tragó sin necesidad de beber agua, y luego aspiró dos tomas de cocaína por cada orificio de la nariz con la cucharita de oro que Judd le había regalado con sus iniciales grabadas en el mango.



Nicolai esperó a que el mozo hubiera descorchado la botella de champaña y llenado dos copas. Cuando el chico hubo salido y cerrado la puerta, tomó una copa y se la dio a Sofía. Alzó la suya y la miró.

—Perdona por lo de antes —dijo.

—No necesitas excusarte —repuso ella.

—Cometí una estupidez y me porté como un bruto. Debiera haberme imaginado todo lo que has tenido que sufrir durante estos años —continuó él.

—No importa —adujo ella—. Cada uno a su trabajo. Eso es lo único que cuenta.

Él hizo entrechocar las dos copas.

—Por ti, Sofía. Nunca ha existido una mujer como tú en mi vida.

Ella tomó un sorbo de su copa, mirándole por encima del borde.

—No me mires así, y no me hables de esta manera —le dijo ella.

—¡Diablos! —exclamó él—. Sé de sobra que soy un egoísta y que no tengo razón. No puedo remediarlo. Estoy celoso. He estado celoso durante todo el tiempo que has pasado con él en vez de conmigo.

—Nicky —murmuró ella—, cálmate. Cumplimos con la labor que nos encomiendan y nada más.

—¿No ha sido más que eso para ti? —preguntó—. ¿No sientes nada por él?

—Yo no he dicho eso —contestó ella—. Pero tú me conoces mejor que nadie en el mundo. Antes creí que necesitaba follar siempre y con quien fuera, sin sentimientos. Llegué a pensar que mi cuerpo lo necesitaba más que comer, o que incluso respirar. Los años que tuve que pasar encerrada en el instituto, acostumbraba usar el vibrador hasta tres y cuatro veces al día. Y cuando lo usaba, pensaba siempre en ti.

Él tomó unos sorbos de champaña y se echó a reír.

—¿Te acuerdas del primer día? Creí que eras una ninfomaniaca. Parecías incapaz de parar.

Ella no rio.

—De joven, yo también sospeché que lo era. No soportaba la idea hasta que los médicos me explicaron que mis nervios sexuales eran tremendamente sensibles. Las auténticas ninfomaniacas nunca consiguen sentirse satisfechas y rara vez llegan al orgasmo. Por tanto, Nicky, yo no me merezco el calificativo. Pero ahora, solo al hablar de ello contigo, siento un temblor en el clítoris y cómo me rezuman los jugos.

—Quiero tocarte —murmuró él.

—No, Nicky. Ahora soy distinta. Ya no soy la chica que tú conociste. Soy una mujer.

—No —dijo él contundentemente—. Yo te quiero. Más ahora que antes. Y tú me quieres, estoy seguro. Ese hombre te ha encandilado con sus cifras, con su dinero, su poder, sus drogas y su estilo de vida. ¿Te ha dicho una vez, una sola vez, que te amaba?

Ella no contestó.

—¿Ha pedido que te casaras con él?

Ella sacudió despacio la cabeza, negativamente.

—Te utiliza —indicó él—. Te utiliza a ti, como lo utiliza todo, para sacar beneficios y llegar al poder eterno. Te tirará como un juguete roto en cuanto dejes de divertirlo. O dejes de serle útil.

—No —dijo ella, defendiéndole—. Es una persona honesta y considerada con los demás. Aunque reconozco que a veces su honestidad raya con la brutalidad.

—¡No te engañes! —le advirtió con voz seria Nicolai—. Estoy seguro de que no sentirías todo eso si no estuvieras embarazada de él.

—Es posible —reconoció ella con expresión meditabunda—. ¿Aunque total qué?

Un experimento solamente. No soy la primera mujer de ciencia que presta su cuerpo a experimentos de esta clase. La vieja estaba preocupada por la posibilidad de que el tratamiento le hubiera hecho estéril.

—¿Decidiste follar con él para comprobarlo?

—No, no fue así. Ella tomó esperma de él y lo inyectó en los ovarios de una docena de mujeres distintas.

—¿Todas han quedado preñadas?

—No, todas no. Diez.

—Tú has sido una de las afortunadas —observó él con amargura.

Ella no contestó.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

—La semana próxima será la que hace diez. Abortaremos a todas.

—¿Tal fue el acuerdo inicial?

—Sí —dijo ella.

Él la miró detenidamente:

—¿Por qué te prestaste? Al fin y al cabo tú pertenecías al equipo de médicos. Estoy seguro de que tenían mujeres de sobra. ¿Por qué decidiste meterte en eso?

—Por curiosidad hacia mi propio cuerpo, Nicky —contestó Sofia—. Claro que tenían mujeres de sobra a su disposición, pero yo jamás había quedado embarazada, a pesar de que nunca había usado contraceptivos. Hay algo muy dinámico en él. Y me dije...

—Ahora eres sincera —la atajó él furiosamente—. ¡Quieres un niño suyo!

—Es cierto —reconoció ella sin expresión en la voz—. Pero ¿qué importa eso? La semana que viene ya no lo tendré.

—Eres igual de boba que las demás —indicó sarcásticamente—. Hemos estado juntos muchos años. ¿Por qué no has querido tener un niño conmigo?

Ella le miró a los ojos y le contestó con franqueza:

—Porque tú nunca me lo pediste.

Tenía la cartera de los documentos abierta delante. Al volver ella a la habitación, le vio girando las hojas.

—La vieja es muy lista —dijo él—. Ocho años y todavía no sabemos si hemos descubierto el método que usa para la impregnación de clonación celular.

—Conocemos el método de impregnación. Lo que nos falta es la fórmula de la clonación. Lo hace ella sola en su laboratorio y nadie ha podido figurarse la fórmula.

—¿No la has visto nunca trabajando? —le preguntó él, fingiendo la mayor despreocupación de que fue capaz.

—No. Y no sé de nadie que lo haya visto —contestó ella—. Comienzo a sospechar que no hace clonación ninguna. Que espera a que Crane, con todos sus ordenadores y su dinero, consiga descubrirla.

Nicolai dejó los papeles y cambió de tema bruscamente.

—¿Te ha dicho que debes regresar a Rusia?

—No. ¿Por qué? —preguntó ella, sorprendida.

—Porque tienes que asistir a Brezhnev.

—No me ha dicho nada.

Él guardó silencio unos segundos.

—Quizá baya preferido esperar a que hayas abortado —continuó por fin.

—Es posible —dijo ella—. ¿Qué le ocurre al presidente? —Yo solo he oído rumores —refirió Nicolai—. Que si cáncer, que si aneurisma, dicen otros; o hemorragias cerebrales..., rumores. Pero sé a ciencia cierta que tiene dificultad en moverse y en hablar. La doctora lo ha visitado cuatro veces durante el pasado año. Y ahora ha llegado la noticia de que van a destinarte a ti para que lo cuides.

—¿Y qué pasará con el trabajo que estoy haciendo aquí?

—Es cuestión de prioridades —indicó él—. Para nosotros, Brezhnev es más importante que Judd Crane.

—Desde luego —asintió ella—. Pero la vieja es muy lista, Nicky. Yo sé de por lo menos cuatro mujeres que podrían asistir a Brezhnev. Si me destina a mí es porque quiere alejarme por miedo a que le descubra el tratamiento.

—¿Qué te hace sospechar que llegues un día a descubrirlo?

—Todo lo que concierne a Crane y a su negocio se almacena en la Central de Ordenadores de California. Aunque no me imagino que hayan almacenado su fórmula de clonación, sin embargo estoy segura de que están todos los procedimientos, materiales, utensilios que ella ha encargado comprar. Todo eso queda registrado automáticamente en el ordenador. De poder sacar esta información, conseguiríamos acercarnos mucho a la fórmula secreta. —Sacudió la cabeza con gesto de tristeza—. La dificultad está en que para echar mano de estos datos es necesario saber qué código utiliza el ordenador. Y eso solo lo saben el propio Crane, su ayudante personal, un tal Merlin y el director de la Central.

Nicolai la miró.

—Me parece que yo sé de otra persona —dijo.

Ella le miró con expresión intrigada.

—No te entiendo.

—Li Chuan —manifestó él—. Por eso nos vemos con él esta noche. El tipo nos asegura que tiene acceso al código y que nos lo puede pasar.

—No lo entiendo —repuso ella—. Suponiendo que sea verdad, no me imagino que sea tan generoso y altruista como para informarnos a nosotros.

—Nada de altruismo, nena —concretó Nicolai—. Se trata de veinte millones de dólares.

## *diecinueve*

Por encima de las voces del televisor sonó el dulce carillón de su teléfono personal. Cogió el auricular y dijo:

—Crane.

—¿Está despierto? —preguntó la voz de Merlin.

—Estoy mirando la tele —contestó Judd.

—Necesito verle —urgió Merlin.

—¿Mañana a las ocho de la mañana? —sugirió Judd.

—No, ahora mismo.

Judd reflexionó un momento. No necesitaba preguntar a Merlin si se trataba de un asunto importante. Las prisas demostradas eran prueba suficiente.

—¿Cuánto tardará en llegar al hospital? —preguntó.

—Estoy en la oficina de Boca Ratón —indicó Merlin—. Unos treinta o cuarenta minutos. A esta hora apenas hay tráfico.

—Diga a Eddie que conduzca el coche y que me traiga un traje completo de calle —ordenó Judd.

—Entendido —dijo Merlin y colgó.

Judd apretó el botón de la cama para llamar a la enfermera y apagó el televisor. Enseguida apareció Bridget.

—¿Señor Crane?

—Quítame las agujas del brazo y ayúdame a llegar a la ducha.

—No puedo hacerlo sin el permiso de la doctora Zabiski —advirtió la chica.

—Lámala, entonces.

Ella le miró con expresión vacilante.

—Ahora mismo —repitió él contundentemente.

La chica se marchó. A los pocos minutos sonó de nuevo el teléfono.

—La enfermera me ha transmitido su ruego, señor Crane —comenzó a decir la voz de la menuda mujer—. ¿Urge de verdad?

—Sí —respondió con voz cortante.

—Muy bien, entonces —dijo ella—. Exijo estar presente en su cuarto mientras le quitan todo el instrumental. Quiero asegurarme de que todo marcha como es debido. Me visto inmediatamente y estaré en su habitación dentro de diez minutos. Mientras tanto que le vaya preparando la enfermera.

Poco después entró de nuevo Bridget. Apareció con una bandejita en la que había una jeringa y aguja hipodérmica cubiertas con una toalla.

—Tiéndase de lado. He de ponerle eso en la nalga —observó la muchacha.

—¿Qué es? —preguntó él.

—Yo soy una simple enfermera —recitó ella con voz mecánica—. No tengo por

qué hablar del tratamiento que ordena el médico.

Él se puso de lado y ella apartó la sábana. Él sintió el frío húmedo del algodón empapado de alcohol, luego la punzada de la aguja.

—No se mueva. Es una de las largas.

—¡Mierda! —masculló él.

Ella se echó a reír.

—Sádica —le espetó. Al poco rato añadió—: Siento que se me pone tieso. ¿Me lo chupas un poquito?

Ella volvió a reírse, sacó la aguja y le pegó un círculo de esparadrapo del tamaño de un botón en la nalga.

—Ni pensarlo —contestó al fin—. Es por culpa suya. Por ir con prisas. Creo que la inyección es precisamente para contrarrestar este efecto.

Él rodó hasta ponerse de boca arriba y la miró.

—Bridget —dijo sonriendo—. Por qué será que siempre hay algo que te priva de la alegría del momento.

—Descanse un poco —le recomendó ella—. Ahora le hago un zumo de naranja.

—Prefiero una Coca-cola fría.



Se sentó en el borde de la cama con las piernas colgando hacia afuera. La doctora Zabiski le tomaba la presión.

—Bien. Veintiuno sobre ochenta y cinco.

Llamó con un gesto a la enfermera del laboratorio, la cual le ató un tubo alrededor del brazo. La enfermera le extrajo con suma pericia cuatro tubos de ensayo de sangre y los dejó dentro de un espirómetro portátil.

Le acercó un tubo de plástico y dijo:

—Aspire profundamente y luego sople hacia afuera.

Él lo hizo.

—Ahora otra vez, pero con mayor fuerza.

La enfermera esperó a que se hubiera llenado los pulmones de aire.

—Sople con la mayor fuerza posible —le recomendó.

Con el rabillo del ojo él espió cómo ella escrutaba el gráfico de la pantalla del televisor que había al pie de la cama. Aspiró hasta estar seguro que los pulmones se habían deshinchado completamente.

—Échese en la cama —dijo la doctora—. Será muy rápido. Es electrónico.

Le ataron las acostumbradas ventosas a piernas y pecho. Al pulsar el acostumbrado botón, doctora y enfermeras escrutaron la banda magnética, que como de costumbre salía de la máquina. Terminada la cinta, quitadas las ventosas, desaparecidas las enfermeras, la doctora Zabiski miró un aparato que llevaba en la mano. Manipuló unas clavijas; dos de las pantallas de televisor que colgaban del muro se encendieron como por ensalmo.

Signos, líneas verticales y horizontales se pusieron a danzar y saltar formando elegantes movimientos sobre las pantallas, verdes y amarillos, como un ballet abstracto. Judd la miró y le preguntó:

—¿Qué es todo esto?

—Análisis de sangre —explicó ella—. Completo, gota a gota miramos cómo se comporta en el cuerpo. Todo marcha bien —añadió con un suspiro.

—¿Puedo ducharme aprisa y corriendo? —preguntó él.

—No —contestó tajantemente—. Tiene que hacerlo todo lentamente, con mucha calma. Bridget le lavará con una esponja, y le ayudaremos a levantarse. Quiero que de momento se mueva en una silla de ruedas hasta acostumbrarse a permanecer fuera de la cama. Recuerde que ha pasado tres semanas acostado y que debe acostumbrarse nuevamente a cosas tan simples como a la gravedad y a mantenerse de pie. No quiero que se caiga al suelo por una tontería.

—Lo que usted diga, doctora.

—Por eso exijo que me permita estar presente durante la entrevista que va a celebrar ahora. No quiero correr el riesgo de no estar presente durante un momento de emoción fuerte o de dificultad psicológica, que le pueda afectar el cuerpo.

—¿Qué me puede ocurrir?

—No lo sabemos. Nos encontramos en terreno completamente desconocido, señor Crane. No lo olvide.

Él la miró en silencio. Él sabía que ella comprendía su reticencia en concederle el permiso.

—Créame —añadió ella, muy seriamente—. No me interesan para nada sus negocios.

—Estoy seguro de ello, doctora. Pero de ser cierto lo que usted dice, que los resultados de las pruebas son correctos ¿qué puede sucederme de malo o de imprevisto?

—Esperemos que nada —contestó ella—. Pero como doctora tengo la responsabilidad absoluta. Es posible que me exceda en las precauciones, pero prefiero pecar por exceso de prudencia que no de lo contrario.

Él reflexionó unos segundos más.

—De acuerdo —accedió por fin—. Aunque comienzo a sentirme como un niño de pañales, al que no se puede dejar solo ni un minuto.



—Tiene muy buen aspecto —dijo Merlin.

—Me siento muy bien —asintió Judd. Hizo rodar la silla de ruedas para aproximarse a la mesa de trabajo que había en la sala de estar, pieza vecina de su habitación personal.

Eddie *el Rápido* sonrió.

—Esa enfermera irlandesa es de primera —observó.

Judd se rio.

—Lo de siempre en mi vida. Cuando las tengo a mano, me prohíben tocarlas.

Merlin miró hacia el rincón donde estaba sentada la doctora Zabiski. Judd la señaló con el dedo.

—No se preocupe por ella. Podemos hablar con libertad.

Merlin abrió la cartera y sacó un fajo de impresos de ordenador. Los extendió sobre la mesa, delante de Judd.

—No tengo toda la información requerida por el caso; sin embargo, estoy seguro de que han interferido el código del ordenador.

Judd le miró con expresión sorprendida.

—¿Por qué lo cree?

—Por detalles aparentemente poco importantes —señaló Merlin—. Los impresos me llegan ahora siempre perfectos, sin errores. Esto no es normal.

—¿Mera sospecha? —inquirió Judd.

—En gran parte, sí.

—De acuerdo. Cambie el código —ordenó Judd.

—Me alegro de que esté conforme —dijo Merlin—. Ya le he pedido al de la Central que lo hiciera, pero necesito que ponga sus iniciales para que la orden surta efecto y sea oficial.

—No tengo inconveniente —repuso Judd.

Merlin le pasó una hoja de papel y una pluma. Judd escribió sus iniciales. Había dos copias. Se quedó una, y la otra se la entregó a Merlin, quien la metió dentro de la cartera, mientras que el original fue puesto dentro de un sobre dirigido al director de la Central.

—¿Qué más?

Merlin señaló la hoja impresa que estaba delante de Judd.

—Es el primer impreso que nos llega de las sucursales de Ahorros del Sur y Oeste y de la Asociación de Préstamos; son los saldos de las cuentas a partir del día en que el tribunal comunicó su conformidad.

—¿Y?

—Fíjese en la página número dos. Cantidades ingresadas a mano en cuentas sin interés, en las que también se incluyen talones extendidos a nombres de personas individuales. Doscientos millones de dólares. Mire el segundo suplemento, página dos, los nombres y las cantidades de cada cuenta. Once nombres, con cantidades diversas, para ciento quince sucursales. He pedido a Seguridad que me informara acerca de estos nombres. Cuatro cubanos, cinco colombianos, dos peruanos, todos gente muy importante en el tráfico de narcóticos.

Judd estudió el impreso en silencio. Al cabo de un rato, alzó los ojos y miró a Merlin:

—Sugiero que cambiemos el nombre del banco y lo llamemos Asociación de Lavanderías del Sur y del Oeste.

Merlin no se dignó ni a sonreír.

—¿Qué proporción de esta cantidad ha sido asegurada federalmente? —inquirió Judd.

—Cien mil de cada cuenta en todas las sucursales, un total de ciento quince millones.

—No sé quién será, pero esta gente no tiene nada de tonta —comentó Judd.

—Totalmente de acuerdo —dijo Merlin—. Estamos haciendo las pertinentes averiguaciones para cada cuenta en particular. Los ingresos subieron aproximadamente a nueve mil dólares cada uno. Es decir, que el banco no tuvo la obligación de comunicarlos al Tesoro.

Judd asintió.

—Muy listos. ¿Y todo conforme en cuanto a la manera de efectuar las transacciones?

—Procedimientos absolutamente normales. ¿Qué hacemos? —inquirió Merlin.

—Comuníquelo al Tesoro —decidió Judd sin vacilar—. Que ellos actúen a partir de aquí.

—Si la cosa se hace pública, el banco se irá al agua —dijo Merlin—. Podemos perder unos cuatrocientos millones de dólares.

—¿Qué sugiere entonces? —preguntó Judd con una sonrisa amarga.

—Cerrar confidencialmente las cuentas y devolver el dinero a sus propietarios.

—Eso significaría ser cómplices del delito —repuso Judd—. Una cosa aprendí de mi padre y de mi tío Paul: no tratar jamás de enderezar lo que está irremediablemente tuerto, porque tarde o temprano emerge la mierda. Encajas los efectos irremediables del desastre y continuas lo mejor que puedes.

Merlin no dijo nada.

—¿Quién ha estado al frente de todo eso? —preguntó Judd.

—McLaren, el presidente de los Servicios Financieros Crane.

—¿Y no ha mencionado nada?

—Que yo sepa, no.

—¿No hay nada en los archivos?

—No.

—Despídalo —ordenó Judd con fría mirada. Guardó silencio un largo rato antes de volver a hablar—. ¿Qué más he de saber?

—Li Chuan —dijo Merlin, y al ver el gesto de Judd añadió—: Se ha metido en el negocio de los ludes por su cuenta y utilizando nuestras cuentas.

—Segunda bomba —masculló Judd—. Vamos por la tercera. Merlin dio la impresión de estar en un apuro. Miró hacia la doctora Zabiski, que continuaba sentada en el rincón. Vaciló, pero por fin hizo una señal con la cabeza.

La menuda doctora se levantó de la silla.

—No parece que vaya a pasar nada serio —dijo a Judd—. No me importa si quiere que desaparezca ahora.

—No. Quédese y ayúdeme a sobrevivir este lío.

Merlin los miró a los dos.

—Sofía —dijo—. Está en La Habana. Con Li Chuan. Y con Nicolai Borovnik, el hombre número tres de la KGB. Les seguimos la pista, pero todavía no nos ha llegado ningún informe.

Judd miró a la doctora.

—¿Sabía usted algo de este asunto entre su ayudante y el agente de la KGB? —preguntó con calma.

La mujercita le miró cara a cara.

—No. Es nuevo para mí. Aunque sabía que ella y Borovnik habían sido amantes y que incluso él había intentado divorciarse de su mujer para casarse con Sofía, pero el divorcio no fue permitido. Entonces fue cuando ella se ofreció trabajar conmigo.

Judd la miró con expresión intrigada.

—¿Por qué se toman la molestia de verse en La Habana? —preguntó.

—Me imagino que él ha ido a comunicarle lo de Brezhnev —indicó la doctora.

—¿Habla de Leonid en persona? ¿El jefe de los jefes? —Judd no hizo nada para disimular su sorpresa.

—Sí. Es el paciente que tendrá que cuidar próximamente.

—¿Significa eso que no volverá? —preguntó con voz seca Judd.

—Volverá —dijo escuetamente la doctora.

—¿A pesar del presidente?

—Sí, señor.

—¿Contra los deseos del Politburó?

—Sí, señor.

—¿Y de la KGB?

—Sí, señor.

—¿Y cómo se las va a apañar para conseguirlo?

—Será difícil, pero lo conseguirá.

—¿Cómo se lo explica, doctora?

—Queda una prueba muy importante que hacer.

—¿No puede asignarse a otra persona?

—No, tiene que ser ella personalmente.

—¿Y qué prueba es esa, doctora?

—Un aborto —contestó la doctora Zabiski con calma. Y añadió—: Tiene que abortar.

Él la miró detenidamente:

—Quiere decir que ella es una de las que...

—Exactamente —contestó la doctora.

—¿Y por qué no me lo dijo?

—¿Y por qué tenía que decírselo? —Judd vio un diminuto relámpago encendiéndose en una esquina del ojo de la doctora.

—Sabe de sobra por qué.

—Desde luego.

—Hable, doctora.

—No puedo, señor Crane.

—Se lo pido por favor, doctora.

—Aunque me lo pida por favor, señor Crane, no puedo.

—¿Secreto médico?

—Exactamente. Le agradezco que se muestre tan comprensivo.

—Me avengo a ello, pero no lo entiendo.

—Solo le puedo decir una cosa, que ella se empeñó en hacerlo. Se empeñó en ser una de las mujeres que se prestaban al experimento.

Judd respiró con fuerza, a la vez que una ligera sonrisa asomaba en las comisuras de su boca. Sin embargo, acabó por decir:

—¡Mierda!

El restaurante estaba en una hacienda ubicada en una antigua zona residencial a las afueras de La Habana. Su cocina estaba a la altura de la mejor francesa o neoyorquina, pero era desconocida del 99,9% de la población cubana. Era un restaurante destinado solamente a la élite castrista y para sus invitados. Mesas grandes a la usanza antigua, con manteles de damasco blanco, puestos con cubiertos de oro y de plata, cristal de Baccarat, vajilla de porcelana inglesa ribeteada de oro, en torno todo ello de flores en jarros bajos. Cada mesa estaba individualmente iluminada por la suave luz de un candelabro, pero lo más importante era que estaban lo más apartadas posible las unas de las otras. En casos de necesidad, para lograr una intimidad absoluta, había una alcoba susceptible de ser separada del resto por un espeso cortinaje de terciopelo rojo.

Sofía era la única mujer en aquella mesa de seis comensales. Estaba sentada entre Nicky y Li Chuan. Al lado de Nicky se había sentado un hombre fornido llamado Karpov, uno de los hombres de la KGB apostados en la embajada rusa. Frente a ella se había sentado el anfitrión, Santos Gómez, un hombre delgado y alto, de nacionalidad cubana y que no tenía mucho más de treinta años de edad, vestido de uniforme de campaña con dos estrellas que denotaban su rango de general. Entre él y Li Chuan había otro chino, un hombre pequeñito vestido con traje gris, Doy Sing, el cual era el representante oficioso de la República Popular de China, país que carecía de embajada en Cuba.

La cena había comenzado a medianoche y ahora eran ya casi la una de la madrugada. Los camareros comenzaban a servir el café, coñac Napoleón y los consabidos puros. Después corrieron las cortinas de terciopelo para hablar de los asuntos confidenciales que les habían llevado allí.

Li Chuan no bebió más que café. Al ponerse de pie, no necesitó esperar para conseguir el silencio y la atención del resto.

—Es posible que mi discurso vaya a causarles un sobresalto, camaradas —comenzó diciendo—, pero lo cierto es que estamos aquí para hablar de poder, no de poder teórico, sino de poder real, concreto. Permítanme que para comenzar haga la siguiente aclaración: a saber, que actualmente el poder no se halla en la política, sino en el dinero. Conceptos como comunismo y capitalismo no significan nada en este contexto. El poder es dinero, simplemente, y la mayor fuente de dinero en este momento es el combustible. Petróleo y gas. Tales son las fuentes de la gran fuerza de los países del Cercano Oriente y del bloque de la OPEP. Y tal es también el poder que detenta Estados Unidos, por la simple razón de que este país supo preverlo y adquirió a tiempo el control de los países productores de combustible.

»Actualmente, cuando otros países descubren otras fuentes de energía, la gran

sorpresa ha sido comprobar que Estados Unidos no pierde poder, sino al contrario, ha ganado aún más influencia. Y les diré por qué. Porque los otros países se han enzarzado en rivalidades y estratagemas destinadas a controlar no solo las fuentes de energía, sino su distribución mundial. Desgraciadamente en este juego nosotros somos los que solo ganamos la calderilla, porque quienes tienen los ases en la mano son los yanquis, señores, ellos son lo que verdaderamente dominan el juego. Sin embargo, hay otro juego. Otro juego en que todavía estamos a tiempo de participar con ventaja y salir vencedores. Solo necesitamos el valor necesario para jugarlo.

Miró en torno de la mesa con silenciosa y contenida expresión de reto. Nadie pareció dispuesto a reaccionar al desafío. Entonces él reanudó el discurso con una leve sonrisa que no tardó en desvanecerse:

—No me refiero a confrontaciones, a zonas de conflicto, ni a las alianzas entre los países del Tercer Mundo. Todo eso no es más que una suerte de ajedrez político que muy poco o nada tiene que ver con el dinero y el poder de que yo les estoy hablando. A lo que yo me refiero es a la debilidad congénita, cancerosa, diría yo, de que adolecen los países más ricos de Occidente. A la búsqueda crónica de la falsa felicidad y satisfacción que producen los narcóticos y las drogas químicas. A eso quiero llamarles su atención, señores. Comenzó en la década de los años sesenta, primero en Estados Unidos, y actualmente se ha extendido al resto de Occidente (es decir, a Europa y tal vez a países de alta producción industrial de otros continentes). Nos guste o no, debemos encararnos y reconocer este hecho nuevo, esta nueva forma de poderío económico mundial que, como veremos, no que, dará por mucho tiempo confinado a la zona del planeta donde lo está actualmente.

Hizo una pausa larga.

Los otros comensales conocían tan bien como él la situación que les estaba describiendo, y mantenían un tenso silencio, a la expectativa de lo que iba a seguir.

—Para decirlo de la forma más breve y concisa —reanudó después de observar sus caras—, basta hace poco el mundo de los estupefacientes ha estado totalmente bajo el control de un puñado de gánsters mafiosos. Por medio de toda suerte de chantajes, corrupción y actos violentos, la que había sido la única fuente de abastecimiento, fuente que partía de Sicilia y que se extendía al resto del mundo a través de Francia, se convirtió en el blanco de otros traficantes de igual o mayor avidez, avaricia y osadía, gente de diversas nacionalidades. Los beneficios que todos codician son verdaderamente espeluznantes. El dinero que comenzó a correr tomó tales proporciones que irremediablemente despertó el interés ya no solo de aquellos traficantes y contrabandistas del mundo de la prostitución y del juego ilegal, sino que fabricantes de productos químicos, fármacos, especuladores del mercado financiero, e incluso líderes políticos impotentes y desalentados ante la imposibilidad de poner fin a los problemas de sus países..., todo tipo de codiciosos y poco profesionales amasadores de capital se dieron cuenta de la oportunidad y no quisieron dejársela escapar.

De nuevo calló y miró los silenciosos rostros que estaban alrededor de la mesa. Al cabo de un rato reanudó:

—Y ahora ustedes se preguntarán qué pintamos nosotros en eso.

Miró otra vez los silenciosos rostros como esperando una reacción. Al ver que no había ninguna, reanudó.



El general Santos Gómez subió el tabique de cristal que le separaba de los asientos del chófer y su ayudante, puso en marcha el aire acondicionado y entabló conversación con sus invitados, Nicky y Sofía, que iban en el mismo coche.

—Li Chuan es un necio —dijo—. Habla demasiado.

Sofía le miró. No dijo nada. Nicky movió la cabeza; Sofía captó la señal.

—He pasado el suficiente tiempo a solas con él, general, para atenerme a la situación —observó Nicky.

—¿Cree usted que de verdad nos interesa poseer el código que nos ofrece? —preguntó el general.

—No —contestó Nicky—. Lo más probable es que lo cambien en cuanto llegue a nuestras manos.

—Es exactamente lo que he pensado yo —indicó el general—. Este tipo se preocupa demasiado por problemas de largo alcance, seguramente porque además de necio es muy ambicioso. —Calló un momento—. Pero me preocupa Doy Sing. El chino la va a armar.

Nicky miró por la ventanilla.

—De momento no podemos hacer gran cosa —aseguró—. Cuando se enteren que Li Chuan se ha apoderado del código, no tardarán mucho en llegar a la conclusión de que nosotros estamos metidos en el plan.

—Me sentiría mucho más tranquilo si Fidel estuviera al corriente de todo —precisó el general.

—Yo también —dijo Nicky—. Pero si esperamos, puede que sea demasiado tarde. No me cabe ninguna duda de que Doy Sing se pondrá inmediatamente en contacto con su gente. Los primeros en meterse en el mercado serán los más fuertes. En estas cosas no valen amigos.

—Tiene razón —asintió el general. Cogió el teléfono que tenía al lado del asiento y apretó un botón. Una voz ininteligible chirrió junto a su oído. Una sola palabra fue suficiente: «Ahora.»

Colgó el aparato y los miró sonriendo.

—Antes de la revolución, en La Habana había un cabaret que hacía las delicias de los ricos norteamericanos. Incluso Hemingway habló de él. Al llegar la revolución se cerró, por supuesto. Pero permanece abierto para determinadas personas de importancia. Tal vez les gustaría ir. Está abierto toda la noche.

Cogió la caja de puros y sacó uno. Miró a Sofía.

—Ni que decir tiene que es escandalosamente pornográfico, no hay nada comparable en el mundo. Pero tiene su interés. ¿Qué le parece, camarada doctora? ¿No le pica la curiosidad?

Sofía miró a Nicky, luego al general, y no contestó.

—Como comprenderán —reanudó el general encendiendo el puro—, sentimos la necesidad de refrescarnos la memoria, la nuestra y la de nuestros amigos, sobre lo que sea la decadencia capitalista. Sobre todo la peor.

Sofía se giró hacia el general. Tuvo la sensación de que esperaba su consentimiento.

—En tal caso, general —dijo—, nos beneficiará a todos verlo, aunque solo sea para mantener nuestro estado de alerta respecto a la corrupción burguesa.



El cabaret se encontraba en un anónimo edificio del puerto. El coche se detuvo en una callejuela y ellos se apearon delante de una pequeña puerta de madera, sin nombre, que guardaban dos fornidos individuos, los cuales saludaron con un silencioso gesto de la cabeza al general y se hicieron a un lado para dejarlos pasar.

Entraron en un saloncito iluminado por una pequeña araña de cristal. Un *maître* vestido de esmoquin saludó al general y sin decir palabra los condujo por otra puerta a un largo pasillo. Caminaron por delante de una hilera de puertas cerradas hasta el fondo. Allí había otra puerta que el *maître* les abrió con una reverencia.

El pequeño cuarto en que se encontraron parecía el palco de un teatro. En medio había una mesita baja y a su alrededor una serie de cómodos sofás. Más lejos se divisaba un pequeño escenario a media luz, iluminado meramente de lamparitas rosas. Era la única iluminación del cabaret. Se veían más palcos a oscuras, y en ellos se adivinaban sombras, indicio de que estaban ocupados, o meros efectos ópticos.

Sofía miró lo que había en la mesita baja. Champaña, coñac, whisky escocés, vodka y ron. Vasos y un cubo lleno de hielo. En la atmósfera flotaba un leve perfume de hachís o marihuana y a nadie pareció sorprender que hubiera una caja de plata llena de cigarrillos y un plato de blanca cocaína, con cucharitas de oro y pajas para servirse.

—¿Champaña? —preguntó el general.

—Sí, gracias —contestó Sofía.

El general hizo una señal al *maître*. Este reuló unos pasos y dos muchachos, acompañados de dos muchachas, aparecieron en el palco. Iban completamente desnudos, salvo los genitales, que llevaban cubiertos por un taparrabos. Los chicos abrieron silenciosamente las botellas de champaña y llenaron las copas. Las chicas se ocuparon de ofrecerles cigarrillos y de pasar el plato de la cocaína.

—¿Cucharita o paja? —preguntó el general—. Yo prefiero la paja.

—Yo no quiero, gracias —rehusó Nicky.

Sofía le miró y luego miró al general.

—Yo haré como usted.

Sin decir nada, una de las chicas hizo cuatro líneas sobre un pequeño cristal. Dio una paja a Sofía. Sofía aspiró con destreza por ambos orificios de la nariz. La cocaína le produjo una explosión en el cerebro.

El general se echó a reír ante su cara de sorpresa.

—Es pura —le dijo—. Solo se consigue aquí.

Él aspiró dos líneas por cada orificio de la nariz. Se giró hacia Nicky.

—No sabe lo que se deja perder.

—No me interesa, general —dijo—. La verdad es que no he logrado aficionarme a ella. Me basta el vodka.

Santos Gómez alzó la copa de champaña.

—Una mezcla maravillosa. *Santé*. El espectáculo comenzará enseguida —dijo el general—. Mientras tanto, si quieren, estos jóvenes nos entretendrán.

—No me hace falta —observó Sofía.

—Como usted quiera —sonrió el general. Llamó con un gesto a uno de los chicos. Él se le acercó y el general le levantó el taparrabos.

—Fantástico, ¿verdad? —dijo—. Estos chicos tienen un falo de por lo menos diecisiete centímetros de largo; de lo contrario no se los contrata. ¿Cuánto sería en pulgadas?

Sofía sentía el pulso de la cocaína en el cerebro. Se esforzó por hablar con voz inexpresiva:

—Soy un desastre calculando, general.

—¿Y usted, camarada, cuánto calcula? —preguntó el general a Nicky.

—Yo solo me intereso por el aspecto cultural, no por el matemático, camarada general, y he de reconocer que me impresiona tanta decadencia.

El general se echó a reír.

—Pero no caemos en dogmatismos. Reconozca que resulta divertido.

Hundió de nuevo la paja en la cocaína y aspiró unas cuantas líneas más. Luego señaló con el dedo a una de las chicas:

—Anima al muchacho para que apreciemos el tamaño.

La chica se arrodilló delante del joven y cogió el pene con la mano. Sacó la lengua y lo lamió rápidamente. El joven permaneció impasible, pero el pene le comenzó a crecer y a ponerse tieso. En aquel momento llamaron a la puerta.

El *maitre* entró apresuradamente en el palco y habló al oído del general. Este se puso en pie.

—Salgo un momento —dijo—. Me llaman al teléfono. Continúen, continúen.

Se cerró la puerta a sus espaldas. La chica y el joven continuaban como si no hubiera pasado nada. Nicky había tocado el brazo de Sofía para atraer su atención.

—¡Qué asco! —exclamó en ruso—. Parecen animales.

—No sé —dijo ella con franqueza—. Me fascina el sexo cuando se hace sin ningún tipo de sentimiento o de emoción.

—Eres una auténtica zorra —estalló él furioso.

—No, soy franca —replicó ella—. Yo te digo lo que verdaderamente siento. No me dirás que no lo encuentras ni fascinante ni excitante.

—No soy de hierro.

—Todavía no, pero pronto lo serás —indicó ella en broma—. Se te está poniendo duro.

—Zorra —susurró él.

—¿Por qué? Yo acepto mi cuerpo tal como es, cosa que tú eres incapaz de hacer. Quizá todos los hombres en el fondo sois unos hipócritas —murmuró en voz baja y dándose la vuelta rápidamente al oír que se abría la puerta de golpe. A pesar de la escasa luz, se notaba a la legua que el rostro del general era presa de pánico.

—¡Lo han matado! —exclamó.

—¿A quién? —preguntó Sofía.

—A Li Chuan. Y a los otros también.

Nicky se puso al lado de Sofía con actitud tranquilizadora.

—Sus hombres son de una eficacia admirable, general —manifestó fríamente.

—No los hemos matado nosotros —protestó el general—. Nuestros hombres no tienen nada que ver con eso. Fueron asesinados al salir del restaurante.

—¿Alguien vio a los asesinos? —preguntó Nicky.

—No, ni se oyeron los disparos. Las armas debieron de llevar silenciadores. Los cadáveres fueron descubiertos por el chófer del coche que fue a recogerlos después de la cena.

—La CIA —dijo Nicky—. He oído rumores de que Li Chuan trabajaba en ambos lados. —Se encogió de hombros—. De ser cierto, o al descubrir ellos que también trabajaba con nosotros... En fin, no importa. El asesino, sea quien sea, nos ha hecho un favor. Por lo menos, no tenemos que justificarnos.

—Pero eso significa que los asesinos saben que nosotros hemos estado con Li Chuan. Ahora igual vendrán por nosotros —dijo el general, con voz preocupada.

Nicky sonrió tranquilizadamente:

—A nosotros no nos querrán para nada. Saben de qué lado estamos —dijo.

Sofía los miró.

—¿Y dónde encajo yo?

Nicky sacudió la cabeza.

—No creo que haya motivo para que te preocupes. La CIA no está interesada en ti.

—No comprendes nada —repuso Sofía—. No me refiero a la CIA. Me refiero a Judd Crane.

Nicky se encogió de hombros desdeñosamente.

—Es un individuo solo. Un egoísta. ¿Qué quieres que haga el infeliz?

—Nicky, no seas estúpido —exclamó Sofía poniéndose en pie—. Cuando Li Chuan hablaba de poder se refería a Judd Crane. Porque Judd Crane tiene poder.

Mucho poder, más de lo que tú puedes imaginarte. Si es cierto que la CIA ha matado a Li Chuan, puedes estar seguro de que ha sido por orden de Judd Crane.

Nicky la miró en silencio.

—Lo mejor será que llamemos a unos guardaespaldas de refuerzo para volver al hotel —añadió Sofía—. Quiero estar viva mañana para poder regresar a México.

## veintiuno

Judd se echó atrás contra la almohada, con cuidado de no tumbar la bandeja del desayuno que tenía sobre las piernas. Sorbió un vaso de zumo de naranja. Miró a Bridget que estaba escribiendo una nota en el gráfico que había al pie de la cama.

—Se me ha puesto duro —dijo él.

Ella contestó sin inmutarse:

—Es normal. Se le pasará en cuanto haya meado.

—Zorra —dijo él sin rencor en la voz—. Por qué no recuerdas que eres mujer y no una enfermera, una vez por lo menos. Trátame bien, en lugar de medicarme.

—Señor Crane —contestó ella, riendo—. No sé cómo tratarle. Si como a un adolescente cachondo o como a un viejo verde.

—¿Por qué no de las dos maneras? —preguntó él con una sonrisa.

—Falta de profesionalidad —replicó ella serenamente—. Hay que saber qué terreno se pisa con los pacientes.

Llamó el teléfono; lo cogió él.

—¿Diga?

—Merlin. —El auricular crepitó ruidosamente contra su oído—. ¿Cómo se encuentra usted esta mañana, señor?

—Listo para escapar —contestó Judd—. La doctora me dejará libre dentro de un par de horas.

—Estupendo —dijo Merlin—. Han llegado noticias de Seguridad.

—¿Y qué hay?

—Li Chuan ha muerto. Seguridad inspeccionó su habitación mientras él cenaba. Descubrieron una serie de cosas. Entre otras, el código de acceso a nuestra Central de ordenadores. Y que trataba de venderlo por veinte millones de dólares.

—¡Qué estupidez! —exclamó Judd—. Nadie en su buen juicio iba a pagar esta suma por un código que cualquier infeliz sabe que está ahí para ser cambiado.

—No era muy ducho en detalles prácticos —comentó Merlin—. Seguridad inspeccionó además concienzudamente el interior de su maleta. Por lo visto poseía un impreso completo con los datos concernientes a Ahorros y Préstamos del Sur y del Oeste. Por lo menos ya sabemos por qué metió las narices en el ordenador. Ahora solo nos falta por descubrir cómo trasladó el dinero de nuestras cuentas a la suya.

—¿Quién le ha matado? —preguntó Judd.

—He discutido de ello con Seguridad. Viven en un mundo muy particular. Pero han logrado enterarse de que el antiguo amigo de Sofía ha sido el cerebro gris de la operación de los asesinos.

Él guardó silencio unos segundos.

—¿Y de Sofía? —preguntó por fin.

—La chica se ha movido mucho —contestó Merlin—. Tengo las cintas más recientes del satélite «zumbador». Se las pondré cuando pase por el despacho.

Judd se echó a reír.

—Bueno: que es más viejo verde de lo que yo me figuraba. ¿Y qué hay de su destino junto al enfermo camarada Brezhnev?

—Confirmado —dijo Merlin.

—¿Significa eso que se marcha directamente a Rusia?

—No. Ha reservado plaza de avión en Aeroméxico con destino a México. Llegará esta noche.

—Bueno. ¿Qué más? —preguntó Judd.

—Nada que no pueda esperar a que aparezca usted por la oficina —contestó Merlin.

Judd colgó el teléfono y miró a la enfermera, que continuaba al pie de la cama.

—Lo continuo teniendo duro, señora —dijo él bromeando.

Ella cogió una pastilla y la metió en un vaso de plástico.

—Tómese eso con el resto del zumo, luego vaya a mear y dúchese. Verá cómo se le pasa.

Él se tragó la pastilla y le clavó los ojos.



—La globalidad del medio ambiente —dijo la doctora Zabiski.

Judd se puso el suéter.

—¿Y qué quiere decir con eso?

—Pues eso —indicó ella—. Que si no conseguimos controlar la globalidad del medio ambiente, tampoco podremos controlar su longevidad. Todo lo que hemos hecho hasta ahora, médicamente y tecnológicamente, ha sido contrarrestado negativamente por su estilo de vida.

Judd le dio la espalda y observó:

—No voy a pasarme la vida en el hospital. Me volvería loco.

—Ya lo sé —repuso ella.

—Ni tampoco me apetece vivir metido en una base espacial con el medio ambiente globalmente controlado.

Ella asintió:

—De acuerdo.

—Entonces ¿qué me sugiere?

—Constrúyase su medio ambiente propio. Tiene dinero para eso. —Le miró a los ojos—. En cierto modo ya lo hace, en el avión. Pero es móvil. Tengo entendido que tiene que recorrer el mundo en pos de sus negocios; lo cual significa que sus objetivos de salud quedan relegados a un segundo puesto frente a otros asuntos.

»Reflexione. ¿Existe algo en el mundo que usted no pueda hacer venir hacia usted, en vez de usted ir hacia él? Si construyera su propio medio ambiente, de un

modo global, lo podría tener todo a su alcance. Comunicaciones, instrumental, comida. Incluso los contactos personales que tanta importancia tienen en su vida. Todo podría acercarse a usted, si usted lo exigiera.

Él la miró fijamente sin decir nada.

—Eso implicaría construir una pequeña ciudad solo para mí —dijo al fin.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y qué? Está preparándose para vivir eternamente, ¿no? —preguntó—. ¿Por qué no crearse el sitio en que va a vivir según sus deseos y necesidades?

—Es una locura —objetó él.

—No tanto —dijo ella—. Usted posee los medios y tiene la oportunidad de conseguir lo que ambiciona mucho más de lo que cualquier otra persona se atrevería a soñar, o podría jamás pagarse. Usted solo requiere voluntad.

Él no dijo nada.

—Piénselo —insistió ella—. La isla de su propiedad frente a la costa de Georgia sirve solo de balneario. Sería el sitio perfecto para usted.

Él la miró.

—Tengo que reflexionar —repuso.

—Claro, desde luego —dijo ella.

Él respiró hondamente.

—No quiero convertirme en otro Howard Hughes.



Nicky hablaba por teléfono cuando salió ella del cuarto de baño. Iba envuelta en una gran toalla y se dirigió al tocador para coger el sostén y las bragas. Él colgó el teléfono y la miró para decirle:

—No hay prisa. Han cambiado los planes.

Ella le miró con expresión interrogativa.

—El vuelo para México sale a las diez. Y el siguiente no es hasta las seis.

—No regresas a México —dijo él—. Saldrás con el Aeroflot para Moscú a las doce. Te queremos en casa.

—¿Y el aborto? Será mañana —indicó ella.

—No habrá aborto —dijo él—. Quieren que tengas el niño.

—Es una locura —protestó ella—. No sabemos cómo saldrá el niño. Han manipulado su sistema biológico y químico hasta tal punto que es posible que la criatura salga un monstruo.

—Hay que arriesgarse a ello —dijo él—. Nuestro punto de vista es que la criatura puede convertirse en su único heredero. De tener en nuestras manos a ese niño, dominaríamos todo lo que él posee: las compañías, el dinero. Nos convertiríamos en los mandamases del complejo industrial más importante de Occidente.

—Fue solo un experimento.

—Ya no —replicó él—. Es un hecho vital. El del poder. Recuerda lo que dijo el

chino difunto.

—Ni hablar —cortó Sofía—. Yo regreso a México.

—Imposible, Sofía —dijo Nicky—. Es una orden.

—¿Y si decido desobedecerla?

—Sería traición —precisó él—. Y ya sabes el castigo.

Sofía se abrochó el sostén y se subió las bragas de encaje.

—¿Y quién me va a matar? —preguntó con voz despreocupada—. ¿Tú, Nicky?

—Yo también tengo órdenes.

—Pero tú me amas —sugirió ella dulcemente—. Siempre lo has dicho.

—Sigue siendo verdad —dijo él—. Lo será siempre.

—Pero ¿amas más las órdenes que a mí? —Sofía no hizo esfuerzo ninguno por disimular el sarcasmo.

Él no contestó.

—En tal caso no me amas, Nicky —continuó ella—. Lo único que te importa es tu ambición, tu deseo de alcanzar el poder.

Él continuó en silencio.

—Ahora comienzo a comprender, Nicky. La de cosas que llegué a tragarme como una tonta —añadió ella—. Jamás pensaste en divorciarte de Ekaterina para casarte conmigo. Eso hubiera estropeado tus planes. Su padre ocupa un lugar demasiado alto en el consejo y demasiado cercano del Politburó.

Él la observó.

—No acabas de dar en el blanco, Sofía. Te faltan unos detalles. Lo analicé bien y decidí que podía utilizarte para conseguir lo que quería, porque lo de nuestro matrimonio quedaba totalmente descartado. Ellos saben demasiadas cosas de ti y no tienes muy buena fama, que digamos. Los de arriba jamás te mirarían con buenos ojos.

Ella estuvo unos momentos inmovilizada delante de él; luego, sin decir palabra, tiró de la maletita que guardaba en el armario. Por un instante pareció cambiar de idea, y se puso el traje de lino que él ya le había visto el día de su llegada a La Habana. Puso la maleta sobre la cama y la abrió. Inspeccionó la parte abierta, que se extendía entre los dos, y la volvió a cerrar de golpe.

—Tendrás que matarme, Nicky, porque yo me voy a México —repuso.

Él la miró con expresión desalentada.

—No hablas en serio —le dijo.

—Y yo no puedo creer que vayas a matarme.

Él permaneció rígido en la silla contigua al teléfono.

—Son órdenes. Y yo soy un soldado. No hay más remedio. —Del bolsillo del forro de su americana sacó una pequeña Beretta de color azul oscuro—. Y tú tampoco tienes muchas opciones si te niegas a regresar conmigo.

Sus ojos se entrecruzaron brevemente. Sofía dudó un instante y luego se volvió hacia la maleta. Él no llegó a oír el carraspeo silencioso del silenciador: el fogonazo

que salió de un lado de la maleta le abrió el pecho. Como tampoco oyó la tosecita suave que le partió la cara en dos como un melón, del mentón a la cabeza. El impacto de ambas explosiones, aunque silenciosas, tuvieron la fuerza de tirarlo de la silla al suelo.

Ella permaneció el tiempo necesario para grabar en su memoria la pistola que él sostenía en la mano. La sangre encharcaba el suelo y había salpicado la pared y el techo. Ella lo miró por última vez.

—Nicky, pobre Nicky —dijo en voz baja—. ¡Qué estúpido has sido! No sabías lo que Judd Crane me ha enseñado. Que siempre queda una opción.

## veintidós

—El padre del año —dijo—. Y no he follado ni una sola vez.

El doctor Sawyer se echó a reír.

—No se queje. Usted tuvo la ocurrencia. Creo que la doctora Zabiski está en lo cierto —añadió luego de un breve silencio—. Valdría la pena que llevara las cosas a sus últimas consecuencias.

—El tío Paul y su departamento se volverían locos —objetó Judd.

—Para eso están —dijo Sawyer—. Estoy seguro de que acabarán dando con la solución óptima.

Merlin apareció en la cubierta superior.

—Dentro de cuarenta minutos aterrizaremos en Ciudad de México.

—Estupendo —dijo Judd—. ¿Se sabe algo más de ella?

—Ha cogido el vuelo de Aeroméxico que llega una hora después de nosotros, aproximadamente —contestó Merlin—. Según la lista de pasajeros todavía sigue viva.

—¿Está preparada Seguridad para salvarla de cualquier clase de dificultad?

—Haremos lo que podamos —dijo él—. Hemos tenido suerte de que entraran en su habitación cuando ella se disponía a salir. Le encontraron antes que la otra policía y tuvieron tiempo de limpiarlo todo, aunque no estamos seguros de cuánto tiempo se podrá mantener el secreto.

—Si logra bajar del avión, está en terreno libre —dijo Judd.

—Según las cintas grabadas por Seguridad, él se disponía a matarla —dijo Merlin—. Lo que no sabemos todavía es cómo ella le hizo fiambre a él.

—Lo sospecho —repuso él—. Se llevó mi maleta pequeña.

Merlin le miró con fijeza.

—¿El morrito respingón de calibre treinta y ocho con silenciador, que ajustamos en el tambor numerado de la cerradura?

Judd asintió.

—Puede hacer una infinidad de cosas, pero no caminar por su cuenta. Y no estaba en mi cuarto cuando salí del hospital.

Merlin movió la cabeza en señal de admiración.

—La señora sabe pensar —dijo—. Lo cual significa que es peligrosa.

Judd se rio.

—Todas las mujeres que valen la pena son peligrosas —observó. Cogió una hoja de papel—. ¿Y qué hay de las otras? ¿De las futuras madres? ¿Se dispondrán las cosas para esparcir las separadamente por el país?

—Los de Seguridad se están ocupando de esto ahora mismo. El plan estará listo esta noche. ¿Qué ha decidido respecto a Sofia? —preguntó finalmente.

—Estoy reflexionando sobre ello —contestó Judd—. Quiero charlar un poco más con ella.



Judd miró la hora y luego la mesa del almuerzo. Eran las tres treinta y el presidente llevaba una hora de retraso. Judd se volvió hacia el ministro de Finanzas, que estaba a su derecha.

—Por lo visto, el presidente tiene asuntos más importantes que atender. No me ofenderé si desea cancelar el almuerzo.

—Nada hay más importante, señor Crane, que este almuerzo —dijo cortésmente y en perfecto inglés el apuesto ministro de Finanzas—. Lo que ocurre es que el presidente no tiene por costumbre almorzar antes de la cuatro.

Judd miró a Merlin y luego se volvió de nuevo hacia el ministro. Se puso en pie.

—Le ruego que comunique mi pesar al señor presidente y que me disculpe. Yo también tengo un horario que cumplir. Tengo importantes entrevistas mañana en Brasil y salgo hoy a las cuatro. Es decir, que tengo solo media hora de tiempo. Tal vez podríamos posponer nuestra entrevista para pasado mañana, cuando vuelva a Estados Unidos.

En el rostro del ministro de Finanzas se reflejó cierto desaliento.

—El presidente quedará altamente defraudado, señor Crane. Esperaba con ansiedad entrevistarse con usted.

—Yo también —dijo Judd—. Yo también ansío hablar con él.

—Respecto al asunto de que hemos hablado..., estoy seguro de que él desea discutir más acerca de ello con usted en persona.

—En realidad hay muy poco que hablar —dijo Judd—. Su postura nosotros la comprendemos perfectamente. Yo quiero que ustedes inviertan treinta millones de dólares en la construcción de la fábrica y del laboratorio de Fármacos Crane Mexicano. A cambio de esto, les cedo el cincuenta por ciento de la industria. Ustedes no ofrecen más que cinco millones y esperan que yo invierta el resto, veinticinco millones, que los saque de mi bolsillo. Lo cual es una estafa, señor ministro. Yo soy un hombre de negocios y no deseo convertirme en un banco más de la lista de su deuda exterior, que ya es mucho mayor de lo razonable y que dudo que jamás consigan saldar.

—Su opinión no se ajusta a la de numerosos bancos que están dispuestos a tratar con nosotros, señor —replicó con calma el ministro—. Los yacimientos petrolíferos de México son los más grandes del mundo. Qué más garantía necesitamos, aunque nuestra deuda sea de momento enorme.

—Quizá tenga usted razón, excelencia —dijo Judd—. Sin embargo, yo no soy propietario de refinerías de petróleo ni de barcos petroleros. Y esta forma de combustible no me interesa lo más mínimo. Yo observo la marcha actual de las cosas. Estamos a fines de mil novecientos setenta y nueve; México debe ya cincuenta y

cinco millardos de dólares. Al interés que aceptaron los préstamos, en los dos años de mandato que le quedan al presidente, la deuda subirá seguramente a los ochenta millardos de dólares. Para ese tiempo el mundo se habrá ya inundado de petróleo. Ya no se hablará de escasez ni de racionamiento, sino que se buscará desesperadamente la manera de salvarse de la inundación. De modo que no veo cómo van a poder saldar la cuenta.

—Pero según usted, muchos países van a encontrarse en la misma situación. Es decir, que no solo este país se tendrá que ajustar a las circunstancias, sino también muchos otros del mundo.

—Correcto —dijo Judd—. Pero yo no tengo por qué mover un dedo. Ninguno de mis bancos ni de mis empresas financieras es miembro del consorcio de prestamistas a las empresas productoras de petróleo. El futuro, a mi parecer, ya no depende ni de la producción industrial o tecnológica. Su base residirá en la informática, en las comunicaciones y en los servicios médicos.

»La primera industria que yo les propongo es médica. La inversión que yo pido es mínima, mucho menor que la de las empresas petrolíferas. Yo le aseguro que, en dos años, esos treinta millones de dólares se convertirán en un beneficio de doscientos millones. Y eso, señor ministro, solo en América Central y del Sur. La segunda industria que yo propongo ofrecerles será construida una vez asegurada la rentabilidad de la primera. Es decir, cuando estemos seguros de que la primera industria habrá funcionado sin las trabas de corrupción y deshonestidad que son plaga corriente en su país. Yo les ofrezco medios de comunicación e información electrónicos, contruidos y mantenidos en México, un complejo que fácilmente podría abarcar y controlar todo el mundo de habla hispana. Con un mercado cuyo valor sube a numerosos millardos de dólares.

»De eso, precisamente, señor ministro, quiero que hable usted con el presidente —dijo Judd para acabar.

El ministro se lo quedó mirando.

—No se anda usted con rodeos, señor Crane.

—No sé hablar de otra manera, señor ministro. El progreso solo puede ser construido sobre la base de granito de la verdad, no sobre las maderas podridas de lo ilusorio.

El ministro habló entonces con amargura:

—Su actitud es la habitual en los norteamericanos. Según ustedes, todo lo que yace al sur de Río Grande es miseria y parentela de segunda clase.

—El presidente Cáster fue a México con una rama de olivo en la mano. Les fue a ofrecer cooperación, amistad y comprensión entre las dos naciones. Su actitud pecó de simplista, me imagino, y lo reconozco, y como es sabido los milagros no existen en el campo de las relaciones entre países. Por lo menos no en nuestra época. Como respuesta no encontró más que invectivas y muecas desdeñosas e insultantes. Dígame, señor ministro: ¿qué les ofrece Castro para que corran tan contentos a

lamerle el culo? Nada, que yo sepa. Salvo subversión, disensiones, críticas violentas a su estilo de gobierno y a los principios democráticos que ustedes profesan. ¿Por qué no insultan ustedes a Fidel, señor?

El ministro no contestó.

—México tenía antaño una próspera industria azucarera. Actualmente México importa azúcar. Como también importa cacao, café y trigo. Cosechas que daban buenos rendimientos han desaparecido a causa de la fiebre de un producto enterrado en el fondo del mar y que requiere años para ser extraído, y que puede ser sustituido por otra forma de combustible antes de que comience a dar beneficios económicos.

El apuesto ministro contestó en tono decepcionado:

—Me apena constatar, señor Crane, la baja opinión que le merecen los mexicanos.

—En absoluto, señor ministro; eso no es verdad —dijo Judd—. Su pueblo me gusta y me inspira aprecio, su alegría y su generosidad, sobre todo. En mis compañías tengo empleados más de un millón y medio de mexicanos, tanto legal como ilegalmente. Los encuentro eficaces y competentes. Pero también me dan pena, a decir verdad, y sobre todo cuando veo el futuro que los espera en manos de unos jefes que no han acertado en su visión. Porque yo le aseguro que dentro de dos años, cuando suba al poder el nuevo gobierno, tendrán tanto trabajo para quitarse la mierda de la suela de los zapatos que no tendrán ni para dar de comer a su gente.

El ministro le miró con atención.

—¿Lo cree así realmente?

—Siento tener que decirle que sí. Y confío que el candor y el respeto que profeso por su pueblo haga mella en usted.

—¿Qué nos sugiere hacer entonces? —preguntó el ministro en voz baja.

Judd le miró a los ojos, afrontó su mirada sin pestañear:

—Mire: yo no soy ni político ni mexicano. Yo estoy al margen. No tengo soluciones. Yo me limito a creer en la posible grandeza de México y en su capacidad de ser el líder de toda América Central, y no el vasallo de uno que a su vez también es vasallo, ligado de manos y pies a una gente que los desprecia.

El ministro rompió su silencio con un profundo suspiro.

—¿No puede retrasar su partida?

—De verdad que lo siento, señor ministro.

—¿Regresará para entrevistarse con él de nuevo?

—Si me lo proponen, será un honor, señor ministro —dijo Judd.

—Haré todo lo posible para que así sea.

En aquel instante sonó el teléfono que tenía al lado. Contestó, escuchó un momento en silencio y luego habló en español. Volvió a escuchar, luego cubrió el aparato con la mano y se dirigió a Judd:

—La policía del departamento de inmigración ha retenido a una tal doctora Sofia Ivancich a requerimiento de la policía cubana. Exigen que no la dejen libre y que sea

devuelta a La Habana lo antes posible. Ella objeta a eso que ha venido invitada por usted, y que trabaja como empleada suya y que está de paso hacia su avión particular con un visado en orden, extendido en su país para entrar en Estados Unidos.

Judd le miró con fijeza y preguntó:

—¿Dónde se encuentra ahora?

—En las oficinas de inmigración de la sala de tránsito.

—¿Tiene la policía cubana autoridad en esta zona?

—Oficialmente, no —contestó el ministro—. Pero tenemos un pacto oficioso relativo a esos casos.

—Pero ¿que no ha sido legalizado?

—No, no es legal.

Judd le clavó de nuevo los ojos en el rostro:

—La doctora Ivancich es una persona muy importante en mi equipo de investigación médica. Se lo agradecería de veras si usted tuviera la bondad de pedirle a la policía de inmigración que la condujera y custodiara personalmente hasta mi avión. Dígales, por favor, que usted se hace responsable de su salvoconducto.

—La policía cubana ha insistido en que la señora ha cometido delitos graves.

—En territorio cubano —dijo Judd—. No en territorio mexicano, ¿verdad?

—Así es. No en México —asintió el ministro.

—El salón de tránsito es zona que todavía queda bajo la jurisdicción mexicana, tengo entendido. La policía cubana no tiene ninguna clase de autoridad ni derecho sobre ella, ¿no es cierto?

—Cierto. Está solo bajo jurisdicción mexicana.

—La doctora Ivancich trabaja con un contrato firmado especialmente entre Estados Unidos y Yugoslavia. En mi opinión, su detención causaría problemas embarazosos y muy enojosos al gobierno mexicano porque significaría agachar la cabeza y someter sus derechos jurisdiccionales a los cubanos. Y además, señor, yo tengo motivos para agradecerle muy especialmente el que usted tuviera la bondad de ejercer todo el peso de su influencia como cabeza del Ministerio de Finanzas para lograr que se cumplan mis deseos al respecto.

El ministro le echó una mirada rápida y en el acto se puso de nuevo al teléfono. No tardó mucho en colgar.

—Se hará como usted desea, señor Crane. He dado orden a inmigración de que acompañen custodiada a la doctora.

—Gracias, señor ministro.

—Subirá a su avión dentro de diez minutos.

—Se lo agradezco de nuevo, señor —dijo Judd.

El ministro sonrió:

—Permítame una pregunta, señor Crane. ¿No estudió usted en la Escuela Mercantil de Harvard?

—Así es —asintió Judd.

—Yo también —declaró el ministro, ensanchando la sonrisa—. Le felicito por su habilidad en dar en el clavo, extraer los datos importantes y expresarlos con contundencia —añadió, alargándole la mano—. Espero que llegará el día en que usted jugará la partida en mi puesto y en que yo tendré la oportunidad de disfrutar del suyo —dijo para acabar.

—Ya lo he hecho, señor.

—Entonces dígame, señor Crane: ¿ganó también desde esta posición?

—No se trata de ganar ni de perder, señor. Nosotros aprendemos a hacer las cosas de la mejor manera posible. No, señor ministro, soy yo quien le debería felicitar a usted.

## veintitrés

Las luces de la ciudad de México desaparecieron bajo la espesa capa de niebla marrón que la cubrió. Al poco rato el avión volvía a volar a la luz del sol.

—Tapada por una manta de mierda —comentó Judd mirando por la ventana.

—El zumo de naranja y la pastilla, señor Crane —dijo Bridget, dejando los dos vasos en la bandeja.

—No te olvidas nunca, ¿eh? —repuso él con sorna.

—Me pagan para eso —contestó ella. Aguardó a que él se hubiera tragado la pastilla y el zumo—. La cena será a las siete treinta —añadió—. Las luces se apagarán a las nueve.

—Que ya no estoy en el hospital —objetó Judd.

—Son órdenes de la doctora —refirió ella—. Tiene que guardar régimen dos semanas más.

—¿Y puedo follar? —bromeó él.

—Eso no me concierne —dijo ella en el mismo tono de broma—. Aunque le diré que lo veo muy mejorado. Pronto podrá arreglárselas normalmente usted solito.

—Gracias, es un consuelo —gimió él—. Pero no se quede plantada por aquí. Que jamás olvidaré cómo me negó su ayuda en momentos de gran necesidad.

Miró cómo salía de la cabina y luego se volvió hacia Eddie *el Rápido*, que estaba detrás del bar.

—Malditos coños —exclamó.

Eddie *el Rápido* abrió la boca en una centelleante sonrisa.

—Me lo dirá a mí —replicó.

—El zumo de naranja es una mierda. Prepárame una Coca cola de las mías —ordenó Judd.

—Un momento, patrón —exclamó Eddie—. No olvide la orden del médico.

—Que se joda la doctora —espetó Judd—. Tú no estás a sueldo de ella.

—¿Pero...?

—Haz lo que yo te digo.

Eddie *el Rápido* se apresuró a abrir una botella de Coca-cola y mezclarla como de costumbre. Judd tomó un sorbo. Enseguida se sintió más animado.

—Estupendo —dijo suspirando—. Los médicos no lo saben todo de la vida.

El doctor Sawyer y Merlin aparecieron en aquel instante.

—¿Todo funciona bien, señores? —les preguntó Judd.

—Estupendamente —contestó Merlin.

—¿Y Sofía? —preguntó él.

—Está bien —dijo el doctor Sawyer; luego, al notar que Judd ponía cara de no estar al tanto, miró a Merlin y dijo—: ¿No se lo dijo usted?

Merlin meneó la cabeza.

—Creí que se lo iba a decir usted.

Judd miró a los dos:

—Bueno: ¿y de qué hablan si puede saberse?

El doctor Sawyer se dispuso a hablar:

—Alguien trató de eliminarla con un silenciador cuando pasaba por la sala de espera de tránsito. Afortunadamente no era muy ducho con las armas, porque le dio en el brazo y en la parte más carnosa.

—¿Cogieron al tipo? —preguntó Judd.

—Nadie se dio cuenta de nada —dijo Merlin—. Los de Seguridad mexicana no llegaron a enterarse. La señora es muy valiente. Acabó de atravesar la sala sin decir palabra a nadie. Se tapó la herida con la mano del otro brazo, fresca como una rosa, y nadie llegó a ver ni una gota de sangre hasta que subió al avión.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Judd.

—Durmiendo en su cabina —dijo el doctor Sawyer—. Ha perdido bastante sangre, como era de esperar. Le he hecho una transfusión de un litro de plasma, vendado y dado un calmante. Ahora está bien. Dormirá unas diez o doce horas.

—Buen trabajo. ¡Pero, diablos...! —exclamó Judd—. ¿No se sabe lo que ocurrió en La Habana?

—Sí, sabemos bastantes cosas —contestó Merlin—. La señora conservó la calma y recogió todos los documentos que llevaba encima Borovnik. Los he estudiado detenidamente. Los ingresos a través de los bancos de Ahorros y Préstamos del Sur y del Oeste eran parte de un plan del gobierno cubano. Los traficantes operaron a través de ellos.

—Bueno: en buen lío nos han metido, ¿eh? —dijo Judd.

Merlin asintió.

—¿Y ahora qué? —preguntó Judd.

—Ahora también se ha metido nuestro gobierno —indicó Merlin—. El Tesoro, los de Tributación Federal, de Aduanas, el FBI y la CIA. Todo el mundo metiendo las narices en el asunto.

Judd le miró con expresión interrogadora:

—¿Y qué podemos hacer nosotros?

—Liquidarlos como podamos, a los dos bandos. Hasta el momento hubiéramos podido salirnos del desastre por cuatrocientos millones; pero ahora, con todas las instituciones al acecho, no nos saldrá por menos de seiscientos millones. No nos queda más remedio que apuntalar la cosa sacando trescientos millones de nuestro bolsillo.

Judd se apresuró a contestar con voz firme:

—Hazlo.

—Es posible que lo pierda todo —dijo Merlin.

—Es nuestra reputación y nuestro dinero —señaló Judd, y luego añadió—: El

dinero es lo de menos. Lo que me preocupa en nuestra estupidez.

Guardaron todos silencio unos minutos.

—¿Hay algo más? —preguntó al cabo de un rato Judd.

—Las chicas han sido examinadas médicamente y ninguna presenta problemas. —Comenzó a decir el doctor Sawyer—. Los del departamento legal han redactado los contratos y estos han sido debidamente firmados por las interesadas; de modo que incluso los abogados están satisfechos de la operación. Seguridad las ha colocado en diferentes casas por todo el país, y ninguna de ellas tiene la más mínima noción de que existen otras en idéntica situación, ni que nosotros tengamos nada que ver con el proyecto. No es necesario decirle que su futuro y el de sus hijos está asegurado para toda la vida. Se ha dispuesto de manera irrevocable dejar a su disposición un patrimonio. Están todas muy contentas. Dentro de seis o de siete meses tendremos una bonita cosecha de bebés y de madres felices; ni el propio Ibn Saud.

—Este tuvo hasta novecientos hijos —dijo Judd—. Pero por lo menos los disfrutó todos.

—Bueno: no se puede tener todo en esta vida —se apresuró a decir el doctor Sawyer, riendo—. Usted vive en un mundo muy diferente.

Judd guardó silencio un breve rato.

—Hay una mujer que sí lo sabe. Sofía.

El doctor Sawyer asintió.

—Lo he discutido con Zabiski. Abortará como se había previsto. Y en principio no tiene por qué enterarse de lo de las otras. Ella creerá que todas han abortado.

Judd miró por la ventana. Se veía una fina raya naranja que señalaba la lenta puesta del sol. Se acercaba la noche. Volvió a hablar sin darse la vuelta a mirarlos.

—Por lo visto han atado todos los cabos.

—Lo hemos intentado —repuso el doctor Sawyer.

—Muy bien —dijo Judd y miró a Merlin—. ¿Qué hay de la isla de Recreo?

—Los de Edificación Crane han nombrado ya un equipo para que lo estudie. El problema que tienen de momento es encontrar la gente suficientemente preparada para el proyecto, que además comprendan lo que queremos hacer. Esperan, sin embargo, terminar con este trabajo preliminar dentro de dos meses.

—¿Cuánto tardarán en edificar?

—Un año hasta que comiencen a edificar, y otro para terminar. —Merlin le miró con mirada dubitativa—. ¿Está seguro de que quiere hacerlo? Sospecho que serán más de cuarenta millones de dólares.

Judd se volvió hacia él:

—Estudiaremos el plan antes de decidir. Tenemos tiempo.

Entró Bridget.

—Es la hora. Lo siento, señores; mi paciente tiene que echar una siestecita antes de la cena.



El suave zumbido de los motores del *jet* se filtraba en su dormitorio. Abrió los ojos poco a poco. Bridget estaba de pie junto a la cama y su uniforme blanco de enfermera brillaba como el ropaje de un fantasma.

—¿Hace rato que está aquí? —preguntó él.

—Unos minutos —contestó ella—. Dormía tan profundamente que no sabía si despertarle para cenar.

—Cenar no sería mala idea —dijo él—. El almuerzo me lo perdí. No he comido nada.

—Bueno —repuso ella—. Se lo diré al cocinero.

Él se incorporó en la cama.

—Voy a ducharme y afeitarme rápidamente —dijo él—. ¿Cuándo estará hecha la cena?

—Cuando usted quiera —contestó ella.

—¿En media hora le parece bien?

—Sí.

Aguardó a que se cerrara la puerta a las espaldas de la chica y entonces pulsó el botón de la luz del dormitorio. Luego se dio cuenta de la luz roja que le hacía guiños desde el teléfono. Descolgó el auricular.

—Su madre le ha llamado desde San Francisco mientras usted dormía, señor Crane —le informó el operador de comunicaciones.

—Póngame de nuevo en contacto con ella —indicó Judd. Colgó el aparato y se fue al cuarto de baño. El teléfono sonó cuando él estaba junto a la taza del wáter. Descolgó el aparato que había en el muro.

—La señora Marlowe al habla, señor.

—Gracias —dijo él. Oyó el clic de la transferencia—. Barbara.

—Hace seis semanas que no hablamos —repuso ella—. ¿Dónde estás?

—En este momento en el wáter, a punto de mear —contestó él.

—¡Qué tonto! —dijo ella, riendo—. ¿Me refiero que por dónde andáis?

—Según la ruta de vuelo proyectado deberíamos estar sobrevolando el Amazonas, pero no estoy seguro de ello. Acabo de despertarme.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella—. ¿Te encuentras bien?

—Mejor que nunca —contestó él.

—¿Y qué pasa con el tratamiento a que te has sometido?

—Pan comido —dijo él—. ¿Cómo estáis tú y Jim?

—Muy bien —contestó ella—. Creo que estás invitado a la inauguración.

—Es cierto.

—Nosotros también —observó ella—. Me gustaría que fuéramos juntos.

—Buena idea —dijo él—. Hagamos planes.

—De acuerdo. ¿Estás seguro de que andas bien? —insistió ella.

—Sí, Barbara —contestó Judd—. Estoy superbién. Recuerdos a Jim y un beso para ti.

—Y otro muy fuerte para ti, Judd —repuso ella—. Espero con impaciencia verte en Washington. ¡Adiós!

Judd colgó el teléfono y permaneció de cara a la taza de mármol del wáter, luego pulsó el botón que llamaba al servicio.

Entró Bridget y fue hasta la puerta del cuarto de baño.

—¿Qué le pasa? —preguntó desde el umbral de la puerta.

—Mire —dijo él, señalando con el dedo—. Lo tengo tan duro que no puedo mear.

—¿Y cuál ha sido la causa? —preguntó ella.

—Acabo de hablar con mi madrastra por teléfono. De joven me solía excitar, y por lo visto todavía ahora.

Ella le miró con una media sonrisa.

—Encima, perverso e incestuoso —dijo riendo—. Tome una ducha helada. Verá con qué facilidad meará.

## veinticuatro

—Estamos a diez millas de la costa —dijo la voz del capitán por el altavoz de la cabina.

Judd pulsó el botón de intercomunicaciones.

—Que salga en la gran pantalla.

Raoul, el jefe de servicio, dio la vuelta a la gran pantalla plateada que colgaba del techo de la cabina de Judd y la desdobló para que no entrara el sol del trópico. Casi en el acto apareció en la pantalla un trozo de mar azul contra una larga raya de arena. Comenzó a desaparecer y a perderse en una vasta extensión de bosque.

—El delta del río en el centro de la pantalla —dijo el capitán.

Judd pulsó de nuevo el aparato de intercomunicación.

—Acerque el *zoom*, por favor.

—Nos encontramos a cuarenta y cuatro mil pies; puede que salga un poco granuloso —advirtió el capitán.

—No importa —indicó Judd—. Quería ver eso. Continúe recto sobre el río.

—Sí, señor. —La voz del capitán se desvaneció con un clic.

Judd observó con atención la pantalla. La imagen se hizo más grande, hasta llenarla y verse con detalle el color fangoso del enorme caudal del Amazonas. A los pocos momentos se perdió el delta por la parte inferior de la pantalla y el río comenzó a ocupar todo el espacio hasta el punto que dio la impresión de que no iba a caber.

—Las fábricas saldrán enseguida por la parte de arriba, señor —observó la voz del capitán.

—¿No podríamos bajar un poco y volar en círculo sobre ellas? —sugirió Judd.

—Tenemos espacio libre hasta cuarenta y cuatro mil pies, señor —señaló el capitán—. Se pondrán furiosos si lo modificamos.

—¡Que se jodan! —dijo Judd—. Baje a treinta y seis. Yo respondo. ¡Qué diablos! —exclamó volviéndose hacia Merlin—. Hemos venido para eso, ¿no?

Merlin no dijo nada. Tenía los ojos pegados a la pantalla.

Comenzaba a verse la primera fábrica. Columnas de humo gris oscuro subían de seis gigantescas chimeneas. Se veían largos desembarcaderos amarrados a buques de carga y una correa de transmisión que iba de un lado de la fábrica directamente a los buques.

—Es una fábrica de papel —dijo Judd.

La imagen continuó moviéndose y en la pantalla asomó otra fábrica. La imagen se había hecho más clara y se podía ver que las fábricas habían sido construidas en tierra, pero estaban fondeadas en el río de modo que la marea las podía hacer subir a la orilla.

—En esta se manufacturan tablas de madera y acabados —explicó Judd—. De los

desperdicios de la madera utilizada en la fábrica de papel.

—Increíble —repuso Merlin—. Fábricas así en el corazón de una de las selvas más primitivas del planeta.

—D. K. es un genio —afirmó Judd—. Fue idea suya. Sabía que la construcción propiamente dicha no podía hacerse aquí. Las hizo construir en Japón, las arrastró a través del océano, remolcadas por barcos y las colocó en su sitio. En una noche se efectuó la operación del fondeamiento.

Apareció la tercera fábrica en la pantalla. Detrás de ella el río no paraba de fluir, a pesar de que iba totalmente cubierto de troncos, de miles, de cientos de miles de troncos, que entrechocaban como las mandíbulas gigantescas de un monstruo prehistórico.

—En esta se prepara la madera, se le saca la corteza, se la limpia y se selecciona —explicó Judd. Señaló hacia la parte superior de la pantalla. Comenzaba a aparecer un enorme dique de cemento armado—. Otra muestra del genio de Ludwig. No necesita petróleo ni energía nuclear. Solo agua. Fuerza hidroeléctrica suministrada por la misma naturaleza. Y eso no es todo sino que además supo prever las necesidades de la naturaleza y se ha abastecido de un fondo de reserva de materia prima. Puso en práctica un programa de repoblación forestal, con el que ha logrado domar a la naturaleza para que le produzca una cosecha nueva cada veinte años.

—No lo entiendo —dijo Merlin—. ¿Por qué sintió la necesidad de hacer una cosa semejante?

—Por dos razones, me parece —puntualizó Judd—. Una, la selva le jugó una mala pasada. Él calculó que los bosques se renovaban cada veinte años. Pero la selva se mueve a una velocidad mucho más rápida, algo incontenible por el hombre. Ludwig calculó que necesitaba por lo menos diez mil hombres para contener su avanzada y que no se tragara las fábricas.

—¿Y la otra razón? —preguntó Merlin.

—D. K. en persona. El tipo ya tiene más de ochenta años y supongo que comienza a darse cuenta de que el tiempo podría hacérsele corto. —Judd quedó un instante pensativo—. ¿Cree usted que de lo contrario, de creer que era inmortal, se hubiera tomado la molestia hasta este extremo?

Merlin no contestó.

Judd volvió a pulsar el botón de intercomunicación.

—Reanude su ruta, capitán —dijo—. Hemos terminado. Gracias.

—De acuerdo, señor —contestó el capitán—. Aterrizaremos en Brasilia dentro de tres horas y treinta y cinco minutos.

Bridget entró en la cabina en cuanto Raoul hubo subido las persianas. La cabina se inundó de sol.

—Vuelve a ser la hora, señor —indicó con la bandeja en la mano.

Cogió la pastilla y se la tragó junto con el zumo de naranja.

—¿No le aburre hacer siempre lo mismo? —preguntó.

—Es mi trabajo —contestó ella. Y entonces añadió mirándole—: La doctora Ivancich se ha despertado.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó él.

—Bien —dijo ella con voz fría—. Se está vistiendo, pero el doctor Sawyer insiste en que debe llevar el brazo colgando en un pañuelo atado al cuello.

—Bajaré a verla —repuso él.

—No es necesario —continuó ella con la misma voz fría—. Su intención es subir a verle en cuanto se haya maquillado un poco.

Judd la observó con interés.

—Me parece detectar una nota de celos en su voz —dijo.

—De ella, qué va —contestó con sarcasmo Bridget—. Si es vieja y podría ser mi madre.

Dicho esto, salió de la cabina removiendo el culo en un estilo hasta entonces inusitado en la chica.

Judd hizo un guiño a Merlin.

—Bueno: la enfermera comienza a ablandarse.

Merlin se echó a reír.

—Tal vez, pero a mí me gustan más las posturas que van de arriba abajo, no de un lado a otro.

Judd sonrió:

—¿Qué hay de nuevo en el asunto de los bancos del Sur y del Oeste?

—Pues que el gobierno en pleno anda metido en ello. Lo único realmente interesante es que su socio más importante en el negocio es Castro.

—¡Mierda! —barbotó Judd con sequedad—. ¿Por qué será que todos los políticos aspiran a convertirse en hombres de negocios?

Merlin se levantó.

—¿Hay objeción a que me tumbe a dar unas cuarenta cabezadas? No he pegado ojo en toda la noche.

—Aproveche ahora que puede —advirtió Judd—. Presiento que se nos avecina un día difícil.

Esperó a que se cerrara la puerta detrás de él y llamó a Eddie, que continuaba detrás del mostrador del bar.

—Una Coca-cola.

—Enseguida, patrón.

Judd bebía a sorbos la bebida cuando entró Sofía. Se detuvo frente a la puerta como si no estuviera segura de cómo iba a ser recibida.

—Pasa, Sofía —dijo él con naturalidad y dejando el vaso en la mesa.

Ella se acercó a él y le dio un beso en la mejilla con suma ternura.

—Gracias —dijo.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, señor.

—¿No te duele nada?

—No, Judd. Me encuentro perfectamente.

Él la miró a los ojos.

—No necesitas dar explicaciones por nada, Sofía —dijo—. Somos amigos, ¿verdad?

—Sí, sí —apresuróse a decir ella—. Es lo que esperaba.

Él le señaló una silla. Aguardó a que estuviera sentada.

—Hacemos lo que creemos es nuestro deber.

—Temía que pensaras que te había traicionado —se sinceró ella.

—¿Lo pensaste de veras? —preguntó él.

Ella contestó sin vacilar:

—No.

—En tal caso no lo hiciste.

—Es una vieja historia —dijo ella—. ¿Quieres que te lo cuente?

—No hace falta —respondió él meneando la cabeza—. Lo sé todo.

—¿Y no estás enojado?

—No —contestó riendo—. Soy lo suficiente viejo para saber que viejas amistades son difíciles de olvidar.

Ella guardó silencio. Miró el vaso que él tenía delante...

—¿Ya sabes que no deberías tomar eso?

—Sí —dijo él—. Pero se trata también de una vieja amiga.

Ella guardó silencio.

—Y ahora no estás en funciones —le recordó Judd.

—Es cierto —dijo ella.

—Parece usted cansada, doctora —añadió Judd—. ¿Le apetece una dosis?

—No me vendría mal reponerme los ánimos —añadió ella. Él hizo una seña hacia Eddie *el Rápido*, quien enseguida vino con el frasquito de oro. Sofia lo cogió, pero con el brazo atado no pudo manipularlo como era requerido. Eddie le puso el frasco contra la nariz. Ella aspiró dos veces con fuerza. Eddie *el Rápido* volvió a su sitio detrás del bar.

—Me siento mejor —dijo ella. Sus miradas se entrecruzaron—. Eres un hombre extraño, Judd Crane.

Él no contestó.

—¿Crees de verdad que vivirás para siempre?

—¿Para siempre? Jamás he usado esta palabra —replicó él—. Yo la palabra que usé fue inmortalidad.

—Es lo mismo, ¿no? Cuestión de semántica —repuso ella.

—No estudié lingüística —dijo él—. Pero, en fin, sea lo que sea, espero que sí.

—Pues yo también, por ti. —Sofia hizo una breve pausa—. Tu nueva enfermera no me tiene simpatía.

—¿Qué importancia puede tener eso? —señaló él.

—Folláis juntos, claro —dijo ella.

—Pues, mira, no —repuso él.

—¿No te apetece?

—Seguramente sí —contestó él—. Pero eso tampoco tiene importancia.

—Voy a abortar la semana que viene —espetó ella.

—Ya lo sé —dijo él, asintiendo con la cabeza.

Ella le clavó los ojos en el rostro.

—Quiero tener un hijo tuyo.

Él contestó con la voz totalmente inexpresiva.

—Yo no quiero nada de eso —dijo—. Ya sabíamos que era un experimento.

—Uno de diez no significa una gran pérdida para ti —dijo ella.

—Uno de más —contestó él—. Fue un experimento y lo seguirá siendo, Sofía.

—¿Qué quedará de ti si mueres? —preguntó ella.

—Yo no moriré —dijo él—. Y si muriera, nada se perdería.

Ella estuvo callada un momento.

—¿Puedo volver a tomar una dosis? —preguntó.

Él llamó a Eddie *el Rápido* con la mano, sin contestar a la mujer. Se puso a beber despacio del vaso de Coca-cola y observó cómo tomaba dos dosis por los dos orificios de la nariz. Ella se volvió a mirar al cielo.

—El cielo está muy azul —dijo.

—Como siempre a cuarenta y cuatro mil pies —indicó él.

Ella le miró.

—Tengo miedo. No quiero morir —dijo.

—No morirás.

—Tú no los conoces —añadió ella—. No son como tú. En el mundo en que viven, están convencidos de que yo los he traicionado. Y son gente incapaz de olvidar una cosa así. Tarde o temprano me matarán.

—Es fácil que crean que has desaparecido —dijo él—. En América muchos han logrado ocultarse sin que ellos consiguiesen jamás descubrirlos. Han dado por perdidos algunos de sus más importantes hombres de ciencia, recuerda.

—Es posible —repuso ella—. Pero de mí se acordarán siempre. Mi crimen no ha sido meramente el de traición, sino que además he asesinado a una persona que estaba solo a un escalafón del Politburó.

Sofía cogió un cigarrillo de la caja que había encima de la mesa y lo encendió. Aspiró con fuerza el humo.

—Nunca se me ha dado bien correr. Será mejor que regrese.

Él asintió.

—De acuerdo.

Ella le miró.

—¿No te importa que muera?

—No morirás —replicó él—. Te olvidas de una cosa importantísima. De que te

necesitan.

—¿Para qué? —le preguntó ella, mirándole sorprendida.

Él sonrió.

—Brezhnev. Tu paciente.

Ella no dijo nada.

—¿Crees tú que van a poner en peligro su vida solo porque tú mataste de un tiro a un infeliz que era el yerno de un burócrata del Politburó? Andropov, el de la KGB, no es nada tonto. Aunque solo pudieras prolongar la vida de Brezhnev un par de años más, ya le valdría la pena. Es el tiempo que necesita para afianzar su posición y ser el sucesor de Brezhnev.

Ella le miró a los ojos.

—¿Estás convencido de eso?

—Te lo puedo garantizar —dijo él—. Industrias Crane tiene contactos muy importantes con el Politburó.

## veinticinco

Brasilia era una ciudad recién construida, tan nueva que todavía no se sentía el latir de su corazón. Las calles eran espaciosas y estaban muy limpias, los edificios modernos, de cemento armado y cristal. Incluso los coches y los autobuses, movidos por un combustible hecho de alcohol etílico y de cereales, no ensuciaban la atmósfera, que permanecía azul.

La reunión se celebraba en una sala con un gran ventanal, a veintidós pisos de altura, y daba a las avenidas principales de la ciudad. Ellos estaban sentados alrededor de una mesa ovalada de roble, en cómodas sillas de alto respaldó y forradas con una piel fina, de guante, teñida del mismo color que la mesa.

Judd había sido colocado frente al presidente de la delegación brasileña, en el extremo opuesto y más alejado de la mesa, a ambos lados estaban Merlin y el doctor Sawyer. El presidente de la delegación también estaba entre dos de sus hombres.

Hablaban todos en inglés, aunque Judd detectó un ligero deje alemán en la voz del presidente.

—Doctor Schoenbrun —dijo—. Si lo he comprendido bien, el señor Ludwig ha invertido medio millardo de dólares en el proyecto.

El doctor Schoenbrun asintió.

Judd le miró atentamente:

—¿Y qué quieren de mí?

El acento alemán del doctor Schoenbrun se notó ligeramente más que antes al contestar:

—Respecto a este proyecto, señor Crane, no le necesitamos para nada.

Judd ocultó su sorpresa guardando completo silencio, aunque una serie de ideas se le agolparon en la cabeza.

—Nuestras negociaciones con el señor Ludwig han llegado a buen fin —reanudó el presidente—. El gobierno brasileño se hará cargo totalmente del proyecto. El señor Ludwig está de acuerdo con la parte de beneficios que se le ha asignado y con el bajo tipo de interés a largo término que se le ha propuesto. El rédito principal será acordado a su tiempo según las circunstancias económicas del momento.

—Felicidades, doctor Schoenbrun —dijo Judd—. En mi opinión ha logrado contribuir de una manera muy importante a la economía de su país.

—Gracias, señor Crane. —El doctor Schoenbrun se permitió una leve sonrisa de autosatisfacción.

—Me imagino, entonces, que quieren proponerme algo distinto —dijo Judd—. De lo contrario, ¿por qué me habrían invitado a venir?

—Ciertamente, señor Crane —repuso el doctor Schoenbrun—. Pero ante todo debo pedirle disculpas por haberle engañado respecto a nuestras verdaderas

intenciones. El mundo tiene demasiadas orejas, y para nosotros era de una importancia vital mantener el secreto de nuestras conversaciones.

—De acuerdo —dijo Judd.

—Me refiero a sus Fármacos Crane —explicó el doctor Schoenbrun—. Esta clase de industria es la más floja de nuestra economía. Le confesaré con toda franqueza que ya hemos hecho propuestas a otros complejos. Primero a Hoffman-LaRoche, pero esta compañía ha decidido instalarse en Costa Rica. Luego a Bayer Chemical Weltgeschaft, pero se dedican solamente a productos del mantenimiento del hogar y la parte más pesada de la producción la prefieren mantener cerca de ellos.

Judd le miró para preguntar:

—¿Du Pont? ¿Monsanto?

—Quizá hubieran estado interesados —contestó el doctor Schoenbrun—, pero les preocupa la cuestión de los derechos humanos suscitada por el presidente Cáster. Sospechan que acabarían teniendo demasiados problemas.

—Es decir que Crane era el último de la lista, ¿verdad? —dijo secamente Judd.

—Físicamente, es verdad —contestó con franqueza el doctor Schoenbrun—. En realidad, no, en absoluto. En un aspecto, sobre todo, siempre hemos estado más próximos de ustedes que de los demás.

—¿A qué se refiere? —preguntó Judd.

El doctor Schoenbrun le miró a los ojos desde su extremo de la mesa.

—Medicina nuclear —dijo.

Al cabo de un instante, Judd pronunció otra palabra:

—Alemania.

El presidente asintió:

—Después de la guerra, muchos hombres de ciencia alemanes se refugiaron aquí. Según las condiciones impuestas por los vencedores, a Alemania le estaba vedado desarrollar una industria nuclear, fuera de la clase que fuera. Brasil, en cambio, podía. Y por eso los alemanes acudieron a este país. «La industria silenciosa» la llamamos nosotros. Nadie habla de ella, pero existe. Actualmente nosotros tenemos dos plantas en operación, equipadas con los aparatos y el instrumental más moderno, que abastecen de electricidad a Brasilia, Rio y Sao Paulo.

—Bajo dirección y con personal alemán —dijo Judd.

—No solo alemán —se apresuró a replicar el doctor Schoenbrun—. Entre nosotros hay numerosos norteamericanos y franceses.

—¿Tienen la bomba? —preguntó Judd, mirándole atenta mente.

—No —contestó el doctor Schoenbrun—. Pero la podríamos fabricar si nos interesara.

—Más bombas atómicas no es negocio que me interese —dijo Judd.

—A mí tampoco —contestó el doctor Schoenbrun—. Tenemos una instalación en especial que creo que le interesará.

—¿De qué se trata?

—En la meseta de un volcán apagado de los Andes, a mil kilómetros al norte del complejo de Ludwig, hemos construido un generador nuclear. Exactamente a trescientos metros debajo del cráter. La idea de Ludwig fue abastecerse de la energía de este generador para su industria. Luego se retractó y nos quedamos sin el dinero suficiente para completarlo debido a la crisis financiera. De momento está ahí, sin funcionar, aguardando a que se lo trague la selva.

—¿Qué me propone hacer con ello? —preguntó Judd.

—Se me ha ocurrido que usted podría aprovecharlo para construir un centro de medicina nuclear. Nosotros ya hemos invertido tres millardos de dólares. Se lo damos a cambio de un millardo. Dos millardos más y tendrá la planta más moderna del mundo. Y lo que todavía es más importante: totalmente secreta y alejada de miradas intrusas. Por eso la llamamos Xanadú.

—¿Y de dónde voy a sacar el personal para hacerla funcionar?

—Este problema ya lo hemos solucionado. Tenemos el personal seleccionado y listo para ponerse a trabajar.

Judd reflexionó un momento:

—Es una posibilidad interesante. ¿Cuándo podré verlo?

—Cuando usted quiera —contestó el doctor Schoenbrun.

Judd se puso en pie.



—Escalofriante —comentó Judd hablando con el doctor Sawyer mientras Bridget le servía el zumo de naranja con la pastilla—. No piden más que tres millardos de dólares.

—Una ganga —repuso riendo el doctor Sawyer.

—En comparación, México es un paraíso de integridad. Esa gentuza solo busca un bocado del mercado más corrupto del planeta.

—¿Quiere eso decir que no va aceptar su proposición?

—Claro que la aceptaré; mejor dicho, entraré en negociaciones con ellos. Posiblemente no conseguirán lo que quieren, exactamente, pero les daré lo suficiente para que se sientan seguros conmigo. Para negarse a algo, a veces es necesario hacer el juego —añadió con voz hosca.

El doctor Sawyer guardó silencio unos minutos.

—¿De dónde habrán sacado los aparatos? Las instrucciones y las señales están en inglés. Pero no pueden ser americanas. El presidente Cárter es muy estricto en estas cuestiones.

—Me apuesto cualquier cosa que de Francia —dijo Judd. Y, al ver la expresión de incredulidad del doctor Sawyer, añadió—: No sea ingenuo. A pesar del tratado de no proliferación entre Francia y Estados Unidos, y con otros países occidentales con plantas nucleares en su suelo, cuando es cuestión de dinero, Francia siempre encuentra una trampa.

—Nuestros amigos —dijo con sarcasmo el doctor Sawyer.

—Con amigos de esta clase, no se necesitan enemigos. —Judd miró por la ventana y pulsó el botón que le ponía en comunicación con el capitán.

—¿Estamos llegando a Río?

—Ya lo hemos pasado. Estamos a doscientas sesenta millas, señor Crane —contestó el capitán.

—Dé la vuelta. Pida espacio libre. Pasaremos la noche en la ciudad —dijo Judd. Miró al doctor Sawyer—. Tengo ganas de divertirme un poco.

—La orden es acostarse a las nueve y media —le recordó el doctor.



Ruido de risas despertaron a Bridget. Abrió los ojos en su dormitorio oscuro. Las agujas fosforescentes del reloj señalaban las tres y treinta. De su ventana alcanzó a ver tres o cuatro muchachas bajando del automóvil que acababa de aparcar junto al avión. Riendo siguieron a Judd y al doctor Sawyer hacia el ascensor.

Bridget se dio una vuelta en la cama. Mantuvo los ojos abiertos; ya no oyó nada más. Su habitación estaba en la parte posterior del avión. Cerró los ojos y trató de volverse a dormir.

Eddie *el Rápido* tenía doce líneas largas de cocaína sobre la superficie bruñida como un espejo de la mesa. Las risas de las chicas subieron de tono después de aspirar con las cañas.

—Es una locura —dijo el doctor Sawyer—. Es la primera vez que hago eso. ¿Cuál quiere usted?

—Las quiero a todas —indicó riendo Judd—. Ahora mismo. Lo tengo tan duro y tan tieso que me parece que podría clavarlas a todas contra el suelo sin dificultad.

El doctor Sawyer le miró intrigado.

—Pero no olvide que tiene que andarse con cuidado.



—¿Por qué no tienes un orgasmo, Judd? —preguntó Sylvia, jadeando—. Tienes el pene tan duro que me duele el coño y ya no siento nada.

Las otras dos chicas estuvieron de acuerdo con murmullos de fatiga.

—¡Yo igual! ¡En mi vida había sentido un pene tan duro! —dijo una de ellas. Otra insistió:

—No hay manera de que se ponga blando. Se te mete dentro como un tubo de acero. Hace daño hasta que sientes el divino placer.

Judd miró a la chica número cuatro.

—¿Y tú?

Ella vaciló un momento:

—¡Me lo paso divinamente incluso cuando tengo la impresión de que estoy sangrando!

Él se incorporó entre las chicas.

—Lo siento de veras —dijo—. No quería haceros daño, os lo prometo. Quizá haya tomado demasiada cocaína.

—Normalmente el exceso de cocaína lo pone blandito —sugirió Sylvia.

—Las drogas hacen efectos distintos según las personas —observó Judd. Saltó de la cama y se cubrió con una bata—. Es tarde. Deberíais marcharos. Y la próxima vez espero que os resulte más agradable —añadió él.

Sylvia le miró.

—Pero si todavía lo tiene duro —dijo—. Tenemos la sensación de haberle estafado.

—No, sois todas muy hermosas —señaló Judd—. No ha sido una estafa. Me ha gustado mucho estar con vosotras.

—¿Volverá por nosotras pronto? —preguntó Sylvia.

—En cuanto pueda —contestó él.

Las chicas se apresuraron a vestirse. Judd llamó a Eddie.

—Acompáñalas.

Judd las besó a todas en la mejilla y las acompañó hasta la puerta.

—No lo olvide, Judd —dijo Sylvia—. Hasta pronto.

—No os olvidaré —contestó él.

Se encaminó despacio hacia la puerta de su dormitorio. Por el rabillo del ojo vio cómo Eddie *el Rápido* ponía un billete de mil dólares en la mano de cada una de las chicas. Cerró la puerta y se quitó la bata. La erección estaba aún más dura que hacía un momento y comenzaba a dolerle de verdad. Corrió a la ducha y abrió el grifo del agua hasta que salió helada.

El doctor Sawyer entró en el salón de Judd. Eddie *el Rápido* limpiaba el bar.

—¿Está el señor Crane en su dormitorio?

—Sí —contestó Eddie.

—¿Estará aún despierto?

—Acabo de oír la ducha —contestó Eddie.

El doctor Sawyer llamó a la puerta del dormitorio.

—¿Se puede? —preguntó.

La voz de Judd llegó muy apagada:

—Sí.

Sawyer abrió la puerta. Al principio no vio nada; las luces del cuarto estaban muy bajas, casi apagadas del todo. Finalmente sus ojos lograron ajustarse a la semioscuridad.

Judd estaba sentado en un sillón, con los pies contra el suelo, el cuerpo doblado como un paquete sobre sus brazos que apretaban con fuerza la zona de la ingle. Tenía la cabeza agachada, el mentón apoyado en el pecho.

—La chica... —comenzó a decir el doctor Sawyer, pero se interrumpió en el acto al darse cuenta del estado de Judd.

—¿Qué le pasa?

Judd levantó la mirada.

—No lo sé. —Hablabla con dificultad, la voz parecía provenir de muy lejos, como si no saliera de él—. Me parece que estoy en un lío gordo.

El médico palpó el graduador de la luz. La habitación se iluminó. Entonces vio la cara de Judd, pálida y sudada, el sudor que produce el dolor. Los ojos azules se habían puesto casi negros. Apresuróse a examinarlo de cerca. Tocó con la mano la frente de Judd. El sudor era frío.

—¿Puede ponerse en pie? —preguntó sin tratar de ayudarlo a levantarse.

—Creo que sí —contestó Judd.

Poco a poco comenzó a desenroscarse y a enderezar el cuerpo. Puso con cuidado las palmas de las manos sobre los brazos del sillón y se levantó presionando contra estos. Tenía los labios blancos y apretados con expresión patética; los orificios de la nariz aleteaban con pesadez como si necesitaran aire; goteaba de sudor. Logró enderezarse a medias, luego se detuvo.

—No puedo más —dijo con voz extrañamente tranquila.

—Pues déjelo —repuso el doctor Sawyer—. Yo le ayudaré. —Le pasó los brazos por los sobacos—. Le transportaré lentamente hasta la cama. No se asuste. No será nada.

—No estoy asustado —repuso Judd con una risotada hueca—. ¿No sabe que soy

inmortal?

El médico le tendió sobre la cama. Llamó a Eddie *el Rápido* por la puerta que había quedado abierta.

—Llame a la enfermera y dígame que venga con mi botiquín y con la bolsa del instrumental de primeros auxilios. Llame también a la doctora Ivancich, que venga enseguida. Y ordene a Raoul que nos traiga la botella de oxígeno portátil.

—De acuerdo. —Eddie *el Rápido* no perdió ni un segundo.

El médico se arrodilló junto a la cama.

—Dígame dónde le duele.

Judd le miró a los ojos.

—Comenzó en el pene, luego los huevos se me pusieron como piedras y el pene se puso tan duro por la parte de dentro que tuve la sensación de que me atravesaba el culo. Después el dolor comenzó a extenderse por todo el cuerpo. Por ambos lados de la ingle hasta el riñón y la vejiga, que también se me han puesto duros. Tenía ganas de mear, pero no he podido. Tengo el pene como una piedra, y la orina, también.

—Bueno: trate de relajarse —dijo el médico—. Le vamos a medicar.

Judd hizo una mueca:

—Me imagino que la juerga de esta noche no me ha probado.

—Tal vez no —dijo el médico—. Pero la idea era divertida. Seguramente se ha excedido.

—Doctor Sawyer. —Bridget estaba detrás suyo.

—Prepara un gota a gota intravenoso —ordenó el médico—. 7 Veinte miligramos de Valium, cinco centímetros cúbicos de morfina en una solución salina de treinta minutos.

La chica asintió y se puso a trabajar con el botiquín de urgencias. Con rapidez montó el soporte para la ampolla, luego mezcló el Valium y la morfina en el líquido. Finalmente conectó el tubo a la botella, ajustó la aguja en el cabo y puso la botella en el soporte.

—¿Inyecta usted, doctor?

—Sí. Aguanta el brazo —dijo.

La chica manifestó su conformidad. El médico metió la aguja dentro de la vena. Se puso a dar unos golpecitos rápidos al brazo de Judd. La enfermera miró al doctor Sawyer.

—La botella de oxígeno también está aquí.

—Por las ventanas de la nariz —ordenó él—. Comenzaremos con dos litros por minuto durante una hora.

—Sí, señor —dijo ella.

Él cogió su maletín mientras ella iba a ocuparse del oxígeno. Lo abrió y sacó el termómetro electrónico. Tenía la fiebre muy baja. En cuanto a la presión, las luces se encendieron marcando 102 sobre 70.

Judd lo vio. La inyección intravenosa comenzaba a surtir efecto. Esbozó una

sonrisa.

—¿Qué esperaba, doctor? —preguntó sarcásticamente—. Lo más probable es que tenga toda la sangre del cuerpo atascada en los huevos.

—Si quiere, lo compruebo —dijo riendo el doctor Sawyer—. Por lo que me cuenta son lo suficiente grandes para ello.

Judd miró a Bridget.

—Si lo hace ella.

La enfermera no contestó.

—A que nunca vio un pene como este —dijo Judd—. Por mucha experiencia que tenga en este tipo de casos.

—No fanfarronee —replicó ella con su acento de campesina—. He visto algunos que, en comparación, el suyo parece el de un recién nacido.

Entró Sofía.

—Siento haber tardado tanto. Es difícil vestirse con el brazo atado. ¿Qué ha sucedido?

—Priapismo agudo —dijo el doctor Sawyer.

Ella miró por sobre su hombro hacia Judd. Judd sonrió.

—No está mal, ¿eh?

Ella se echó a reír.

—Fantástico. Me he enamorado.

Judd se giró hacia Bridget con cara risueña.

—¿Ve? Por lo menos las hay que saben apreciarme.

Bridget no se dignó sonreír.

—Claro, ella sí.

—¿Qué tal se siente ahora? —apresuróse a preguntar el doctor Sawyer para disimular la rivalidad que asomaba entre las dos mujeres.

—Mejor —dijo Judd—. Por lo menos ahora creo que podré orinar.

—Vaya por una botella, enfermera —ordenó el doctor Sawyer.

—Hielo le iría bien —dijo Bridget.

—Usted es la experta —asintió el doctor Sawyer—. Como usted diga.

Bridget salió del cuarto. Judd se dirigió a Sofía.

—Bésame un poco, por lo menos —dijo.

—Me da miedo —contestó ella—. Te podría causar más problemas.

Judd miró al doctor Sawyer. El gota a gota le hacía realmente efecto.



Estaban sentados alrededor de la mesa del salón de Judd cuando entró Bridget, que salía del dormitorio, y cerró la puerta.

—Duerme —anunció.

—Muy bien —dijo el doctor Sawyer—. ¿Se nota algún cambio en su estado?

—Muy poco —contestó ella—. Ha podido orinar un poquito, pero al parecer

incluso en sueños le duele.

—Acabo de hablar con el urólogo del hospital de Florida. Ha dicho que sería oportuno que le exprimiéramos la glándula de la próstata.

—En Devon tuve a mi cuidado varios enfermos como él —dijo ella—. No se podía hacer nada hasta que bajaba un poco el embotamiento; entonces podíamos provocar la eyaculación. Y con eso se lograba que la presión se aminorara hasta que el paciente recobraba su flaccidez habitual.

El doctor Sawyer se volvió hacia Sofía:

—¿Qué le parece si le damos una inyección de Compazina?

Sofía asintió:

—Seguramente le ayudará a calmarse y, por lo menos, no le puede hacer daño, aunque no surtiera efecto.

—¿Cuánto falta para que termine el gota a gota? —preguntó el médico.

—Unos quince minutos —contestó Bridget.

—Bueno. Le daremos la Compazina en cuanto termine —indicó el médico.

—¿Quiere que continuemos dándole oxígeno, doctor?

—Sí.

—De acuerdo. —Y Bridget regresó al cuarto de Judd.

Sofía se dirigió al doctor Sawyer.

—¡Qué chica más extraña! ¿Por qué se habrá especializado en dolencias del pene? —preguntó.

Sawyer sonrió.

—Quizá pasó la infancia metida en un coche manoseando penes.

Merlin sonrió, pero Sofía no dio muestras de entender. Merlin se dirigió al doctor Sawyer.

—¿Qué quiere que hagamos ahora? —preguntó—. ¿Nos quedamos o nos vamos a casa?

—Regresemos —dijo el doctor Sawyer—. Estaré más tranquilo cuando esté en manos de los especialistas.

—Lo cual crea otro problema —notó Merlin—. Un problema que concierne a la doctora Ivancich.

—¿Cuál? —preguntó Sofía.

—Seguridad nos ha informado de una repentina invasión de cubanos en nuestra zona. De extraños que no sabemos qué quieren. Suponemos que la buscan a usted.

—Me lo temía —dijo Sofía—. Ya se lo advertí a Judd.

—Lo sé —repuso Merlin—. Judd me encargó que organizara otro plan de viaje para usted.

—¿Lo ha hecho? —preguntó ella.

—Sí. El carnet de identidad, el pasaporte, todo. De ahora en adelante usted viajará como la esposa de uno de nuestros agentes del departamento de Seguridad, que nos acompaña en el avión. De aquí se dirigirá hacia Dallas con Varig; de Dallas a

Washington con Líneas Aéreas de América. Poseemos una clínica en las afueras de la ciudad. Se inscribirá en ella bajo otro nombre. Judd la visitará cuando vaya para asistir a la inauguración.

Sofia vaciló un instante.

—Supongo que no me queda más remedio, ¿verdad?

—Si quiere vivir, así es —dijo Merlin.

Ella asintió con un lento gesto de la cabeza.

—¿Dispondrán lo del aborto para este tiempo?

—Sí, señora.

Ella se humedeció los labios que se le habían secado de repente.

—Judd no me va a dejar en la estacada ahora, ¿verdad?

—De haber sido esta su intención, lo habría hecho en México —contestó el doctor Sawyer—. No es su estilo de juego.

—Se trata de microcirugía —dijo el urólogo, doctor Orrin, en voz baja—. Es una técnica que originariamente se utilizó para trasplantes de retina, tan avanzada como la del transbordador espacial Columbia respecto al aeroplano que los hermanos Wright hicieron volar en Kitty Hawk.

—¿La han experimentado ya? —preguntó Judd.

—Con personas no, y con animales, tampoco —dijo el doctor—. Ha sido preparada especialmente para usted. Pero ha sido verificada varias veces por el ordenador. Es imposible que salga mal.

Judd guardó silencio unos instantes y luego se dirigió al doctor Sawyer.

—¿Qué opina usted?

—Lo he reflexionado y he hablado de ello con la doctora Zabiski, en comunicación telefónica con Yugoslavia. Los dos estamos de acuerdo en que es perfectamente factible y que no puede tener efectos nocivos para nuestro programa.

—Yo no lo veo claro —dudó Judd.

El doctor Sawyer se echó a reír.

—Es usted un poco raro. Ha arriesgado su vida con unos experimentos peligrosísimos. Con cada uno ha corrido el riesgo de morir, y, en cambio, duda frente a este. Sospecho que a lo que le da usted más importancia, incluso que a su propia vida, es al pene.

Judd se dirigió al urólogo.

—¿Qué otra opción queda?

—El método antiguo. Cortamos la vena por la que circula la sangre que riega los capilares del pene. Con esto el problema queda definitivamente solucionado, pero también queda impotente para el resto de su vida, y la operación es irreversible —contestó el doctor Orrin—. Es su pene y su decisión.

Judd miró la diminuta plaquita de tamaño ligeramente mayor que el de la cabeza de un alfiler.

—¿Eso es todo? —preguntó—. ¿No hay que cambiarlo nunca? ¿No es necesario cambiar las pilas?

—Eso es todo —asintió el doctor Orrin—. Funciona movido por la electricidad de su propio sistema nervioso. La microplaquita es de titanio y los órganos del cuerpo no la rechazan. Reemplaza las funciones físicas de la pequeña parte del nervio que ha sido dañada por el tratamiento nuclear y seguramente su duración es indefinida, lo cual no deja de ser muy importante.

—¿Funcionaré como una persona normal?

—Usted volverá a ser una persona normal en todo, señor Crane. Nosotros nos limitamos a trasplantar un nervio artificial de su sistema. La erección será normal, el

orgasmo y la eyaculación también, y el embotamiento sanguíneo también.

—¿Cuánto tardaré a tener una erección? —preguntó Judd.

El doctor Orrin se rio.

—Depende de usted, señor Crane. Yo no puedo prever las circunstancias de cuándo volverá a follar.

Judd también rio.

—¿Cuánto tarda la operación?

—La operación en sí, siete minutos, porque tenemos que llegar hasta muy cerca de la próstata. Si todo va bien, estará curado y restablecido completamente a las treinta y seis horas.

Judd miró al doctor Sawyer y luego al urólogo.

—Mañana por la mañana —dijo. Aguardó a que el urólogo hubiera salido de la habitación—. ¿No es irónico que la primera parte de mi cuerpo que alcanza la inmortalidad sea el pene? —dijo.



—¡Harlem, cariño! —gritó Eddie *el Rápido* señalando con el dedo desde la ventanilla del helicóptero que los trasladaba del aeropuerto de Newark hasta Nueva York.

—¡Harlem! ¡Estamos de vuelta en casa!

Judd se echó a reír. Estaba de muy buen humor. Y solo hacía tres días que le habían operado. El médico había acertado. No le dolía nada.

—Veo la estatua de la Libertad —exclamó Bridget, muy excitada—. ¡No puedo creerlo! ¡Estoy en Nueva York!

—¿Es la primera vez? —le preguntó Judd.

—Sí.

—Tendrá tiempo de sobra para verlo —dijo él—. Nos quedamos dos días antes de marcharnos a Washington para asistir a la inauguración de Reagan.

—¿A mí también me da dos días libres? —preguntó Eddie *el Rápido*—. Me gustaría ir a ver a mi abuelo y a unos amigos.

—Concedido —dijo Judd. Se dirigió a Bridget—: Usted también tiene dos días libres.

—¿Está seguro de que no me necesitará? —preguntó ella.

—¿Para qué? —dijo él, sonriendo—. Estoy curado.

Merlin habló desde el otro lado del pasillo:

—No se olvide que nos esperan en el despacho dentro de una hora.

—Seremos puntuales, descuide —dijo Judd—. Eddie acompañará a Bridget hasta su apartamento en el otro coche.

El tráfico de Nueva York resultó tan caótico como de costumbre. Aunque el despacho se encontraba a treinta manzanas del helipuerto, tardaron treinta y cinco minutos en llegar.

Llegaron a las once menos cuarto, quince minutos antes de la hora concertada. Judd subió a su despacho, al mismo que ocupara su padre. Cerró la puerta y alzó los ojos hacia su retrato. Oyó mentalmente cómo su padre le decía: «¡*Hola, hijo!*»

En voz baja él contestó:

—*Hola, padre*. Ya ves: no ha cambiado nada. Como tú querías.

«*No ha cambiado nada*», dijo el eco de su voz, y sin embargo, tuvo la impresión que oía la voz de su padre diciendo: «*Sí, todo es diferente.*»

Judd guardó silencio, con la mirada fija en el retrato.

El eco prosiguió: «*Pero así debe ser, hijo. Es un nuevo mundo. Tu mundo.*»

—También es tu mundo, padre —contestó Judd, susurrando—. Es obra de los dos. Sin ti nunca hubiera surgido.

El eco había desaparecido. Judd fue a la mesa de trabajo, miró por las ventanas que daban a la ciudad, luego se giró de espaldas a ellas y se sentó. El sillón de alto respaldo y estilo antiguo crujió bajo el peso de su cuerpo. Aquel sillón también había sido el de su padre. Descolgó lentamente el auricular del teléfono y pulsó el botón de la secretaria.

—Crane al habla —dijo a la máquina—. Pido disculpas por desconocer su nombre.

—No necesita disculparse, señor Crane. —La voz sonó eficaz y cortante y del todo conocida.

—¡Madre! —exclamó Judd, riendo.

—Estamos en una oficina, señor Crane; no se toleran familiaridades —contestó ella con voz inexpresiva—. Llámeme Barbara, si lo prefiere.

Judd dejó el auricular sobre la mesa y se encaminó a la puerta, la abrió y la sorprendió todavía con el aparato en la mano.

—¡Barbara! —gritó, alzándola en sus brazos.

Ella le dio un beso entre risas.

—Judd —dijo.

Él la llevó en brazos a su despacho.

—Hace poco he tenido la sensación de que volvía a ser un niño —le contó.

Él se había sentado a la cabeza de la pequeña mesa como solía hacer su padre. Barbara estaba a su derecha y Paul, su tío, a la izquierda. Merlin se había colocado al lado de Barbara, y dos abogados, de aspecto muy solemne, estaban al otro lado del tío Paul; en frente había una secretaria equipada con esteneotipo, que completaba el grupito.

Judd sonrió.

—Cada día te pareces más a Burl Ives —dijo—. ¿Por qué no te recortas la barba y los rizos de la nuca, y dejas ya de parecer un *hippie* entrado en años?

—Porque me gusta así —contestó Paul—. Y puestos a meternos en cuestiones personales, tú ¿por qué no respetas la tradición? Tu padre no se olvidaba nunca de ponerme delante una botella de Glenmarangie.

Judd sonrió misteriosamente y cogió una botella del suelo. La puso enfrente de Paul, con un vaso tallado a la antigua.

—Ahora comprendo por qué no podemos permitirnos tenerte despedido por demasiado tiempo. ¿Qué haríamos de esta enorme botella de Glenmarangie? ¿Contento? —preguntó.

—Sí —contestó Paul. Abrió la botella y se sirvió. En el acto vació el vaso—. Ahora hablemos de negocios.

—Te escucho —dijo Judd.

—El asunto de los bancos del Sur y del Oeste nos ha provocado serios problemas —comenzó Paul—. Sé de fuentes absolutamente fidedignas que el Comité de Bancos Federales está decidido a atacarme sin piedad en cuanto se haya celebrado la fiesta de la inauguración y se reanuden las sesiones del Congreso. Están ya preparando citaciones para ti y para los funcionarios, actuales y antiguos, para que comparezcáis en sesiones especiales.

—Bueno, pero no nos pueden hacer nada —indicó Judd—. De hecho hemos sido nosotros los que hemos forzado al gobierno a meterse en el asunto.

—La verdad no juega en estos casos —dijo Paul—. Se trata de una cuestión política y en política lo que cuenta son los titulares de los periódicos. La verdad queda enterrada en la letra pequeña del final de la página.

—¿Qué nos aconsejas?

—Tenemos amigos —dijo Paul—. Pidamos su ayuda. Ahora es cuando la gente ha de dar la cara y demostrar con hechos quiénes son.

—De acuerdo —repuso Judd—. Empieza ya.

—Costará dinero, mucho dinero —replicó Paul.

—El dinero es para eso —puntualizó Judd. Hizo una breve pausa—: ¿Qué otras noticias buenas tienes?

Paul se sirvió otro vaso de whisky.

—No es ni bueno ni malo —dijo. Apuró el vaso—. Tenías tú razón. Brasil ha conseguido el material nuclear de uno de nuestros amigos en el campo nuclear. También sabemos que al equipo presidencial de transición le importa un bledo el asunto. Los militares se sienten muy a gusto con los brasileños. Creen que pueden contar con Brasil para luchar contra la Unión Soviética en todo momento.

—Estupendo para nosotros —dijo Judd—. Haremos el trato con Brasil.

—¿Y con México? —preguntó Paul.

—Con México también. Aunque de otra clase. América Central se establecerá como un mercado aparte.

—Muy razonable —asintió Paul—. Ahora queda solo un asunto y la reunión podrá darse por terminada.

—¿Y es? —preguntó Judd.

—Lo de la isla Crane por cuarenta millones de dólares es una locura —dijo Paul—. Yo estoy totalmente en contra y no pienso retractarme. Sobre todo teniendo en

cuenta que tú afirmas que no es más que una estación provisional hasta que Xanadú haya sido construido. ¿Qué importa esperar un año o dos? Es dinero en saco roto.

—Lo que cuenta es el tiempo, no el dinero —dijo Judd—. El proyecto de la isla Crane tiene luz verde. ¿Algo más? —preguntó mirando a los asistentes sentados en torno de la mesa.

—Nada de mucha importancia —repuso Paul—. Solo hacerte saber que los rusos han estado de acuerdo con tu sugerencia de eximir de toda responsabilidad a la doctora Ivancich, y te están muy agradecidos.

—La reunión ha terminado —indicó Judd. Se puso en pie y fue a dar un beso a Paul—. Gracias.

—¡Vaya modo de dar por concluida una reunión! —exclamó el tío Paul—. Todavía no he terminado la botella de whisky.

—Te la puedes llevar metida en una bolsa de plástico —sugirió Judd.

## veintiocho

Paul los invitó a comer a la acostumbrada mesa de junto a la piscina del restaurante Las Cuatro Estaciones. Barbara y Judd ocuparon las sillas que estaban al lado del agua que con suaves burbujas se alzaba hasta el borde de la límpida piscina verde. Jim, el marido de Barbara, estaba a su lado y Paul al lado de Judd.

Sin decir una palabra, el camarero dejó un vaso de whisky con hielo delante de Paul.

—Salud —dijo alzando el vaso. Y entonces les preguntó si querían beber algo.

Paul Kovi y Tom Margittai hicieron aparición con una botella fría de champaña rosado, Cristale 75, antes de que nadie tuviera tiempo de pedir otra cosa.

—El favorito de *madame* —dijo Paul, y, con una cortés reverencia, besó la mano de Barbara.

—Se ha acordado —dijo Barbara sonriendo—. Es usted muy atento. Gracias.

—La echamos de menos —indicó Tom. Y dirigiéndose a Judd—: Y a usted también.

—No paro mucho en la ciudad —explicó Judd—. Tengo que ganarme la vida trabajando.

—Naturalmente —repuso Tom sin convicción.

Paul se dirigió a Judd.

—No sé cómo te las arreglas, pero pareces más joven que hace tres años. ¿Cuál es tu secreto?

Judd se rio.

—Acostarse temprano, levantarse temprano... Ya sabes.

Los dos *restaurateurs* sonrieron y después de hacer otra reverencia se marcharon al comenzar Oreste la ceremonia de descorchar el champaña. Judd lo probó e hizo señal de aprobación. Oreste llenó las copas en forma de tulipán.

—*Bon appétit* —les dijo y se marchó.

Judd levantó su copa.

—A vuestra salud.

—A la tuya —contestó Barbara afectuosamente.

Paul le dijo:

—A pesar de los problemas que han surgido, la máquina sigue funcionando. Sumándolo todo, la Fundación Crane, las otras pequeñas fundaciones, tus valores al final del año llegarán a más de quinientos millardos de dólares.

—Eso es solo una cifra —replicó Judd—. En el mundo no existe tanto dinero. Y de haberlo, no entiendo por qué te quejas de que gastemos tanto en el proyecto de la isla.

Paul indicó con un gesto que quería otro whisky doble.

—Tal vez tengas razón —añadió—. A pesar de mi pesimismo y vacilaciones, siempre acabas saliéndote con la tuya.

—Gracias, tío —dijo Judd—. No esperaba oír eso de ti.

Uno de los que atendían la mesa uniformados de gris se acercó a ellos con un teléfono en la mano:

—Señor Crane, una llamada para usted.

Al ver la señal de conformidad de Judd, conectó el hilo con un enchufe escondido en el tronco de un árbol de detrás de la silla de Judd.

Judd rebuscó en sus bolsillos. Estaban vacíos.

—Tío Paul, dale tú una propina —dijo.

Paul gruñó, se metió la mano en su bolsillo y sacó un billete de cinco dólares que entregó al camarero.

—Vaya: no me sorprende que tengas tanto dinero.

Judd habló al auricular:

—Crane al habla.

—Judd —dijo la conocida voz de la doctora Zabiski a su oído—. Merlin me ha informado de su paradero.

—¿Y usted dónde se encuentra? —preguntó Judd.

—En el aeropuerto JFK —contestó ella—. Es urgente que nos veamos.

—¿En la estación de qué línea? —preguntó Judd.

—Pan American.

—No se mueva —dijo Judd—. Llegaré dentro de treinta minutos. —Se levantó de la mesa inmediatamente—. Tendréis que perdonarme de que no me quede a almorzar con vosotros. Algo muy especial acaba de surgir.

Los otros le conocían lo suficiente para saber que era inútil protestar o preguntar nada.

—¿Te veremos para cenar? —preguntó Barbara.

—No lo sé —respondió él—. Ya te llamaré.

Los saludó con la mano y se marchó. El chófer le esperaba con el coche en marcha en la Park Avenue. Judd saltó por la puerta lateral y fue directamente del edificio Seagram al interior del automóvil.



El coche llegó en veinticinco minutos a la rampa de acceso al aeropuerto. Judd se apeó del coche y subió corriendo la rampa. Ella le esperaba junto a la puerta. A sus pies había dos maletas pequeñas. Él le dio un beso en la mejilla, cogió las dos maletas y la condujo al coche. El chófer les abrió la puerta y se dispuso a colocar las maletas detrás.

—No, deje —repuso ella—. Las quiero tener a mi lado.

—Sí, señora —dijo el chófer, volviendo a poner las maletas en el suelo. Volvió a su sitio delante del volante y preguntó por encima del hombro:

—¿A dónde, señor?

—Al apartamento de la Quinta Avenida —contestó Judd.

—Puede que no nos dé tiempo —objetó la menuda doctora—. Tengo que recoger a Sofía y llevármela a Moscú esta noche.

—Entonces llévenos a la entrada de los aviones particulares de La Guardia —dijo Judd. Pulsó el botón de la ventana para aislarse del compartimiento del chófer, y se giró hacia la doctora—. Ahora podemos hablar —dijo—. Aquí no nos oye nadie, no hay micrófonos escondidos.

Fila sacó un cigarrillo y lo encendió nerviosamente:

—He venido a decirle muchas cosas; no sé por dónde empezar.

—Una a una —sugirió él.

Sus ojos castaños se dulcificaron.

—Tengo cáncer —dijo—. Dos meses de vida. Quizá menos.

Los ojos azul cobalto de Judd buscaron los de la mujer.

—¿Es seguro?

—Sí —afirmó ella con tono tranquilo y muy profesional—. Hace tiempo que lo sé. No me queda mucho tiempo.

—Lo siento.

—No —dijo ella—. He vivido muy bien. Usted creía que todavía no había cumplido los setenta años. La verdad es que tengo setenta y dos.

Él no dijo nada.

Ella fumó en silencio.

—A lo siguiente. No quiero que mi trabajo y mis investigaciones vayan a parar en poder de los rusos. He dejado casi todos mis papeles en los archivos para despistarlos. —Señaló las dos maletas—. El trabajo completo se encuentra en el interior de estas maletas. Cintas, microfilms y libretas con notas. Seguramente falta algo. Y aunque está codificado a mi manera, no muy profesionalmente, confío en que su ordenador lo descifre todo sin problemas. Yo solo le pido que no pierda nada y que no lo use para hacer disparates; que no sea egoísta con ello y piense en el bien general de la humanidad.

Él asintió.

—Perdone un instante —dijo y cogió el teléfono. Marcó dos números. Una voz contestó:

—Aviación Crane.

—Judd Crane al habla. Llego dentro de veinte minutos aproximadamente. Quiero que preparen el *jet*, Falcón Veinte. Ruta despejada en dirección a Langley Field, Washington. Dos pasajeros parten, tres regresan.

—Sí, señor Crane —contestó la voz.

Judd colgó el teléfono y se giró hacia ella.

—No llamo a Sofía con anticipación. No quiero correr ningún riesgo. Alguien puede seguirla.

—Comprendo —dijo ella. Apagó el cigarrillo—. No sé cómo lo ha hecho, pero la verdad es que los rusos la han eximido de toda culpa o responsabilidad. Tengo órdenes de acompañarla personalmente hasta el lado de Brezhnev.

—¿Qué le pasará cuándo él muera? —preguntó Judd.

—No lo sé. Espero que crean que sabe suficientes cosas de mi trabajo para permitirle que lo continúe. Yo preferiría que pudiera venir a trabajar con usted, pero eso escapa a nuestro control.

—¿Es decir que usted luego regresa a Yugoslavia?

—No. Yo me quedaré en el Hospital Maxim Gorki de Moscú.

—¿No nos volveremos a ver?

—No.

Él calló.

—¡Mierda! —dijo al cabo de un momento—. La echaré de menos.

—Y yo a ti, Judd Crane —añadió ella—. Nunca había conocido a un hombre como tú. —Puso la mano sobre la suya. Era suave, frágil, pequeña—. Las viejecitas también se enamoran.

Él se llevó la mano a los labios.



En Langley Field le esperaba otro coche, junto a otros dos llenos de agentes de seguridad. Uno de estos se puso en el sitio del chófer. Ellos se metieron en el coche, los agentes también, en los asientos de delante, y él llamó por teléfono a la clínica. La telefonista le conectó casi inmediatamente con Sofia.

Él no dio su nombre ni mencionó el de ella.

—Estoy a treinta minutos de la clínica —dijo—. No hagas maletas, ni te lleves nada contigo. Ponte solo un abrigo y sal como si fueras a dar un paseo. Dos calles más abajo de la clínica hay el centro comercial de la esquina de Langley con Arlington. En la misma esquina hay un gran supermercado. Entra y siéntate al lado del puesto de los helados, lo más cerca posible de la ventana para que podamos verte desde la calle. ¿Comprendido?

—Perfectamente. —La comunicación se cortó con un clic.

Media hora después él entraba en el supermercado. Ella estaba sentada junto al puesto de los helados. Él se sentó a su lado.

—La doctora Zabiski te espera dentro del coche —dijo.

—Creo que me siguen —refirió ella.

—¿Dónde?

—Allí, en la entrada de la tienda de regalos de enfrente. Un hombre fornido con un abrigo oscuro. Le he visto varias veces en la clínica.

Judd asintió. Se llevó el botoncito que tenía en la mano al oído.

—¿Ha oído? —Esperó unos segundos—. Bien —dijo—. Liquídalo.

Se levantó y dejó un billete de cinco dólares en el mostrador. El coche avanzó lentamente, mientras ellos dos se dirigían hacia la salida del comercio. El coche se detuvo y abrióse la puerta de detrás. Judd empujó rápidamente a Sofía. Ella entró volando en el coche, Judd detrás, la puerta se cerró inmediatamente. Él la obligó a tirarse sobre la banqueta a la vez que miraba por la ventana hacia la calle. El coche había arrancado.



Estaban de pie en la sala de espera de las líneas Aeroflot de la estación de Pan Am. La luz roja hacía guiños indicando a los pasajeros que subieran a bordo del avión.

Judd se dio la vuelta hacia la menuda doctora. No dijo nada y la besó tres veces. Dos en ambas mejillas y la tercera en la boca.

—Es usted la mujer más magnífica que he conocido —dijo.

—Buena suerte, Judd Crane —repuso ella—. Que tus sueños se conviertan en realidad.

Se encaminó hacia la puerta y se metió por el corredor. Él la miró hasta el final. Luego se volvió hacia Sofía.

Ella le miró, con los labios trémulos; los ojos se le arrasaron de lágrimas.

—Estoy triste porque quería tener un hijo tuyo —refirió.

—Mejor que no —añadió él.

Ella meneó la cabeza.

—No estoy segura —dijo.

Él no contestó.

Ella respiró hondamente:

—¿Te volveré a ver?

—Así lo espero —contestó él.

—¿Lo dices sinceramente? —preguntó ella.

—Sí —respondió él—. Tú significas algo muy especial para mí. Espero de veras que nos volvamos a ver.

Ella le abrazó y dio un beso.

—Te amo, Judd Crane —dijo—. A mi manera, muy especial, te quiero mucho.

Se dio la vuelta y corrió hacia la puerta.

Él se quedó mirando hasta que desapareció. Luego se encaminó hacia la salida y a donde estaba el coche.

El chófer le esperaba con la puerta abierta.

—Señor Crane, la señora más joven ha dejado esta nota para usted —dijo entregándole una hoja de papel doblada.

Judd la tomó y subió al coche. El automóvil se apartó de la acera y él desdobló la hoja de papel. La leyó aprisa.

*Para Judd:*

*Recuerda.  
La vida es para los vivos.  
La inmortalidad para la historia.  
Con amor,*

*Sofía*

**Libro Segundo**  
**EL DESCUBRIMIENTO**  
**(1983-1984)**

El rayo de luz del sol reflejado por los espejos solares formaba una columna que se disparaba contra el cielo azul.

—Es allí —dijo el doctor Sawyer señalando desde la ventanilla del helicóptero—. La isla Crane.

Sofía guiñó los ojos, se puso las gafas de sol.

—Es grande —notó—. Más grande de lo que me había imaginado.

Sawyer asintió:

—La isla tiene casi treinta kilómetros de largo y veinte de ancho. El punto más ancho pasa por el centro —explicó—. El entorno provisional de Judd, como lo llama él, no quiere llamarlo su casa, es una cúpula geodésica construida totalmente de células de energía generada por espejos solares. Tiene poco menos de un kilómetro de diámetro y se levanta tres pisos sobre la tierra, y cuenta con dos más bajo ella.

Sofía le miró.

—¿Y su plan es vivir allí? —preguntó.

Sawyer asintió:

—No por mucho tiempo, pero ya hace nueve meses que está. Que yo sepa no ha vuelto a poner los pies en el continente.

La mujer encendió un cigarrillo y espiró el humo por la nariz.

—Alcatraz —pronunció con expresión meditabunda.

Sawyer la miró interrogativamente.

—¿No es el nombre de la isla en que los norteamericanos encierran a los prisioneros para que no puedan escapar? ¿Algo parecido a la isla del Diablo de los franceses?

—La comparación no se me había ocurrido.

—La idea fue de Zabiski, ¿verdad? —preguntó ella.

—Comenzó con ella —contestó él—. Pero no creo que llegara a prever hasta qué punto él lo iba a convertir en realidad.

Sofía sacudió la cabeza.

—La vieja estaba loca. Al final estaba completamente loca. Yo la visité el día en que murió. Me miró y me dijo: «Vivirá eternamente. Le he dado todos los datos para ello.»

»—¿Qué datos, doctora? —pregunté.

»—Todos —contestó ella—. Pero tiene que hacerlos encajar. Está todo muy fragmentado y disperso. Yo no lo he conseguido. Pero él tiene el instrumental necesario. Los ordenadores. Son capaces de pensar un millón de años en un segundo. Mi vida no ha sido tan larga para pensar tanto. Sí, Judd tiene en su poder el instrumental necesario. Logrará hacer lo que yo no he conseguido. ¡Ya verás!

»—¿Entonces por qué no ha comunicado su ciencia al resto del mundo? ¿Por qué solo lo comparte con Judd? —le pregunté yo.

»Me miró y dijo:

»—Porque yo amo a ese hombre. Y él es la única persona de la tierra de quien me puedo fiar. El mundo lo utilizaría para enriquecerse y alcanzar más poder. Él ya tiene todo eso. No necesita nada, solo tiempo.

»Cerró los ojos y se durmió.

Sawyer la miró y preguntó:

—¿No volvió a hablar con ella?

—No —contestó Sofía—. Yo tuve que regresar a mi trabajo. El primer ministro salía de viaje y yo tuve que acompañarle. Aquella misma noche murió ella.

—¿Fue la noche que llamó por teléfono a Judd? —preguntó él.

Ella le miró con expresión de desconcierto.

—La única persona con quien hablé fue con el primer ministro. Con Judd no he hablado desde que nos despedimos en el aeropuerto de Nueva York. De eso hace más de tres años.

—Bueno, pues alguien se lo dijo —replicó Sawyer.

—No sé quién debió ser —repuso ella—. Judd me dijo una vez que tenía contactos importantes con el Politburó.

—No me extraña —indicó Sawyer—. Judd cuenta con una red de conocidos por todo el mundo.

—Lo creo —añadió ella. Hubo un ruido y las luces que indicaban ajustarse los cinturones y no fumar se encendieron. Sofía apagó el cigarrillo—. Yo me encontraba en Bangladesh cuando llegó su mensaje.

—¿Le sorprendió?

Ella asintió.

—Yo estaba segura de que solo Andropov y la KGB conocían mi paradero desde la muerte de Brezhnev.

—¿Saben que ha venido aquí?

—Lo más seguro es que sí. Saben todo lo que hago, me parece.

—Pero ¿no han hecho nada para impedirselo?

—No —contestó ella—. Se pondrán en contacto conmigo cuando quieran... o cuando me necesiten.

La voz del piloto del helicóptero sonó por los altavoces de la cabina.

—En ese instante aterrizamos en la heliplataforma. Eddie *el Rápido* los espera.

Sofía sonrió.

—Eddie —dijo—. Me alegra verle de nuevo



—La Corriente del Golfo pasa a veinte kilómetros del este de la isla —dijo Eddie, dándose la vuelta en el asiento, sin dejar el volante del Land Rover con aire

acondicionado—. El agua está siempre caliente, incluso en invierno. Los indios que vivían aquí una pequeña tribu de seminolas, lo llamaban el «Río Sagrado».

—¡Qué interesante! —bromeó Sofía—. ¿Y cómo lo llamas tú?

—Una lata —contestó sonriendo Eddie.

Ella miró a la estrecha carretera.

—¿No te gusta estar aquí?

—No.

—¿Y qué piensa de todo ello el señor Crane?

Él la miró expresivamente.

—Como no habla, no lo sabemos.

—¿Es cierto que ha estado nueve meses aquí sin salir nunca?

—Por lo que yo sé, sí —contestó Eddie—. Pero yo me voy a casa una semana al mes.

El coche viró y tomó por un sendero que conducía a una casa pequeña. Eddie paró. Hizo un gesto.

—Esta es tu casa. En la isla hay doce casitas para los invitados.

Ella permaneció en silencio un momento.

—De repente me han entrado ganas de aspirar una dosis. Hace tiempo que no lo pruebo.

—Ya te comprendo —dijo él, mirándola a los ojos y sacando el frasco de oro y la cucharita que llevaba sujetos con una cadenita también de oro. Lo destapó y se lo dio.

Las manos de ella temblaron un poco, luego logró calmarse y tomó dos tomas. En ambos orificios de la nariz, dos veces. Le miró y dijo:

—Me siento mejor.

—Estupendo —dijo él, volviendo a coger el frasco y la cucharita.

—Estoy asustada —confesó ella.

Él no dijo nada.

—¿Ha cambiado mucho? —preguntó ella.

—Todavía se droga —contestó Eddie con una sonrisa— o sea, que no ha cambiado del todo. —Se apeó del coche y fue a abrirle la puerta—. Vamos —le dijo—. Te enseñaré la casa.

La puerta de entrada se abrió al acercarse ellos dos. Un hombre negro vestido con chaqueta blanca apareció en el umbral, y a su lado había una atractiva negra con una blusa y falda gris y delantal blanco.

—Te presento a Max, el mayordomo, y a su esposa, Mae, la cocinera y camarera —dijo Eddie—. Esta es la invitada, la doctora Ivancich —añadió dirigiéndose a la pareja de negros.

—Mucho gusto —dijo la pareja al unísono—. Bienvenida.

—Gracias —contestó Sofía. Miró hacia el recibidor. A un lado vio una sala de estar muy espaciosa, y enfrente había el comedor. Una escalera subía a los dormitorios del piso de arriba.

Eddie *el Rápido* se volvió a ella.

—Te cuidarán bien, ya verás. Pide lo que quieras sin cumplidos. —Sonrió—. La nieve está en el cajón del medio de tu cómoda.

—Has pensado en todo —dijo ella.

—Yo no..., el señor Crane —se apresuró a decir él—. La cena será a las nueve. No te vistas demasiado. Max te acompañará en coche.

—¿Habrá otros invitados? —preguntó ella.

—No. Solo el señor Crane y tú —contestó él.

—¿El doctor Sawyer?

—A las seis regresa al continente.

Sofía miró el reloj de pulsera. Eran las tres treinta. No dijo nada.

—Tómate las cosas con calma, doctora —dijo Eddie *el Rápido* en voz baja—. Tranquila. Báñate. Duerme un poco. No olvides que el viaje ha sido largo y debes de estar cansada. Cuando te levantes, empólvate la nariz, nada más, ya verás qué bien te sientes.

Ella asintió:

—De acuerdo. Gracias.

—Coja las maletas de la señora —dijo Eddie dirigiéndose a Max. —Luego se dirigió a Sofía—: Recuerda —le dijo sonriendo—: yo estoy aquí.

Judd iba con un mono de *jogging* y bambas. Una fina capa de sudor recubría su rostro moreno. Indicó con un gesto al doctor Sawyer que tomara asiento mientras él terminaba de hablar por teléfono.

—Al diablo con este jodido banco —dijo—. No quiero oír hablar más de él. Di a los de Justicia que firmaré el decreto de consentimiento.

La voz de Merlin se oyó por todo el cuarto:

—¡Son doscientos millones de dólares! —Parecía escandalizado.

—Más bien barato —dijo Judd—. ¿Cuánto calcula que me va a costar a mí si tengo que pasar el resto de mi vida contestando estúpidas preguntas ante comités del Congreso?

—Pero podemos vencerlos —dijo Merlin.

—Me importa un bledo —indicó Judd—. Ya he perdido cuatro años en este asunto. Si Transatlántico lo quiere comprar, allá ellos.

—Usted es el amo —dijo Merlin. De pronto se echó a reír—. Igual tiene razón. Nostradamus predijo que este año iba a ser muy malo para las instituciones financieras.

Judd se rio también:

—Bueno, pues que no deje a David Rockefeller en el candelero.

—Le echo de menos, la verdad —dijo Merlin—. ¿Cuándo va a salir de ahí?

—Pronto —contestó Judd—. Me he prometido a mí mismo que lo voy a probar durante todo un año. Faltan solo tres meses.

—Sea bueno —dijo Merlin.

—Lo intentaré —contestó Judd. Colgó el aparato y se dirigió al doctor Sawyer—. Corría cuando vi el helicóptero. Llegué al despacho justo a tiempo para pescarlos en la pantalla mientras bajaban las escaleras. Me pareció que tenía buen aspecto.

—A mí me pareció que había perdido peso —dijo Sawyer.

—Desde la pantalla eso no se notaba —indicó Judd. Cogió un cigarrillo y lo hizo dar vueltas entre los dedos. Bajó los ojos—. ¿Le ha dicho Sofia qué hacía en Bangladesh?

—No, no me ha dicho nada —contestó Sawyer—. ¿Por qué lo pregunta?

Judd arrojó el cigarrillo a la papelería sin haberlo encendido.

—Son conjeturas, solamente, pero creo que lo sé —dijo—. Sospecho que la vieja solo me dio una parte de sus papeles. El resto los debió entregar a Sofia. Nuestras notas datan de cuando comenzó a trabajar en Fuente de Ponce León, mil novecientos cincuenta y tres hasta el final. En muchas hay mención de papeles escritos anteriormente.

—Leí las notas —dijo Sawyer—. No tuve esta impresión.

—Porque todavía no estaba traducido —contestó Judd—. Las escribió en urdu, la lengua menos escrita de entre las lenguas indias. Cita a un *swami* que se encontraba en la parte de la India que más tarde se convirtió en Pakistán, y que ahora es Bangladesh. La mención se refiere a unas conversaciones con el maharishi Raj Naibuhr. «La inmortalidad del hombre solo puede conseguirse cuando su paz interna se une con la de su medio ambiente físico.» Seguramente esa fue la razón por la que me pidió que construyera esta isla.

—¿Cree usted que Sofia encontró las notas?

Judd sonrió:

—Si las encontró en Bangladesh, fue un milagro. El maharishi se ha trasladado a tierras más frondosas.

—¿Ha muerto?

Judd se echó a reír.

—No. Se ha vuelto rico. Es el maharishi que fundó una universidad en las montañas de San Bernardino con más de dos mil estudiantes. Compró además una gran extensión de terreno al norte de Malibú, en California.

—¡Un momento! —exclamó Sawyer—. ¿Se refiere a ese que sale en la televisión?

—El mismo —contestó Judd—. Y yo le aseguro que es tan difícil de conseguir una entrevista con él como con el presidente de Estados Unidos o el primer ministro de Rusia.

—¿Cree que Sofía puede tener acceso a él?

—Así lo espero —dijo Judd—. Tal vez a través de alguna cosa en las notas que le dio la vieja le aproximará a él. Además, al maharishi le gustan mucho las mujeres, sobre todo las jóvenes..., aunque esto el público no lo sabe, ni sus alumnos tampoco.

—No puede ser tan joven —dijo Sawyer.

—Ha cumplido los setenta años, creo, aunque dicen que está en el año mil de su reencarnación.

—No está mal —se rio Sawyer.

—Sospecho también que la vieja le medicó, que fue uno de sus pacientes.

—Más interesante todavía —sugirió Sawyer—. ¿Qué piensa que hacía Sofía en Bangladesh, entonces?

—No tengo ni idea —contestó Judd—. Pero lo preguntaré. —Echó una rápida mirada al doctor—. ¿No le gustaría quedarse a cenar con nosotros?

Sawyer meneó la cabeza negativamente.

—Prefiero regresar a Florida. Estoy de problemas hasta la coronilla. Yo soy médico de profesión, no entiendo de negocios. El Centro de Investigación Médica Crane y Fármacos están perdiendo un montón de dinero, como tres millones mensuales. Si eso dura mucho tiempo, necesitaremos una buena inyección de capital, o comenzamos a suprimir gastos enseguida... Podríamos vender alguna de las empresas.

—Estoy seguro de que puede arreglarlo —dijo Judd.

—Gracias —dijo Sawyer—. Le agradezco que deposite tanta confianza en mí, pero yo no soy como usted. Mi cabeza no está capacitada para este tipo de cosas.

—Los ordenadores le suministran los datos. No le veo la dificultad.

—Para usted es fácil, pero para mí, no —contestó Sawyer—. Para mí los ordenadores se limitan a ofrecer información. Y yo tengo que tomar las decisiones. ¿Cómo inferir las decisiones óptimas de un mero *printout*?

Judd guardó silencio un momento.

—Si lo dice en serio, reduzca las empresas al nivel que le sea más manejable para usted.

—Yo no me creo con el derecho de hacer tal cosa. Es propiedad suya y es usted quien debería tomar la responsabilidad.

—Le apoyo totalmente en todo lo que haga —dijo Judd—. Térelo todo por la borda, si le apetece, y yo no protestaré. Le aseguro que me importa todo un carajo.

—Siento mucho que piense así —observó Sawyer—. Usted es un hombre especial, Judd Crane, capaz de dar muchas cosas al mundo.

—Me siento muy viejo. He jugado a todos los juegos y todos me aburren.

—Pero si todavía no ha cumplido cincuenta años —dijo Sawyer—. Si siente eso, ¿por qué cree que se va a sentir más joven y menos aburrido alcanzando la inmortalidad? A mí más bien me parece lo contrario..., se sentirá aún más aburrido y más viejo. La vida no consiste únicamente en sobrevivir, sino en dar y compartir.

—No sabía que se le daba la filosofía —observó Judd con sequedad.

—Yo tampoco —dijo Sawyer—. Es lo que comienzo a descubrir. De todos modos, mi campo es la medicina. Ya no sé lo que pienso ni cuál debería ser mi función.

—Me parece que está cansado —dijo Judd, mirándole con atención—. Tómese unas vacaciones.

Sawyer se rio con ironía.

—No son vacaciones lo que me hace falta. Yo le necesito a usted —dijo con simple franqueza—. Le necesito a mi lado, a mis espaldas, compartiendo, inspirándome. Sin usted no soy la persona que podría ser.

Judd no dijo nada.

—Y no soy yo solo el que siente eso —dijo Sawyer—. Merlin, Barbara y otros sienten lo mismo que yo...

Judd le atajó con voz inexpresiva.

—Tres meses más —dijo—. Necesito estos meses para decidir qué camino tomo. ¿No pueden concederme este tiempo?



—Aquí fuera no hay vida casi —dijo Sofia—. Tengo la impresión de que estamos en otro universo.

Sawyer estaba de pie al pie de la cama, y la miraba incorporada contra las almohadas.

—Es un universo distinto —dijo—. El universo de Judd.

Ella le observó en silencio unos segundos, luego apartó la manta y, desnuda, atravesó el cuarto hacia donde estaba el batín de seda. Se lo puso apresuradamente y se acercó a él.

—¿Tiene tiempo de tomar una taza de té conmigo? —preguntó.

Él asintió. Sofia descolgó el teléfono. Inmediatamente se oyó la voz de Max:

—Diga, doctora.

—¿Puede traernos un té?

—Desde luego. ¿Le gusta el Orange Peykoe zelandés? —preguntó él.

—Perfecto.

—¿Galletas o pastelitos?

—Solo té —contestó ella.

—Gracias, doctora. —El teléfono hizo clic y se cortó la comunicación.

Ella se giró hacia Sawyer:

—¿Salimos a la terraza?

Él la siguió al balcón sin decir nada. Miró cómo cerraba la puerta.

—¿Cree usted que la habitación está intervenida? —preguntó.

—Sí. Con micrófonos y detectores a base de video.

—¿Lo sabe a ciencia cierta? —preguntó él.

Ella meneó la cabeza negativamente.

—Entonces ¿por qué lo cree? —insistió.

—Intuición —dijo ella—. Si yo fuera él, lo habría hecho. No me extrañaría que incluso la terraza estuviera intervenida.

Él la observó un momento silenciosamente.

—Es posible. Ya no le conozco como antes.

—¿Ha cambiado? —preguntó ella.

—Sí. Y no. No sé en qué consiste. Por eso quería hablar con usted antes de irme de la isla. Usted es médico. Quiero que le observe atentamente y me dé su opinión.

Max llamó a la puerta de la terraza, entró con la bandeja del té: una tetera, un jarro de agua caliente, un jarrito con leche, un plato con rodajas de limón, un tarro de miel y azúcar. Lo dejó sobre la mesita de plástico de la terraza.

—¿Algo más, doctora? —preguntó.

—No, gracias —dijo ella. Sirvió el té al marcharse él y cerrar la puerta. Aguardó a que hubiera salido del cuarto antes de reanudar la conversación. Le dio una taza de té—. Usted es su médico de cabecera —dijo ella—. ¿Por qué cree que yo puedo darme cuenta de más cosas que usted? Le conoce de hace muchos más años.

—Hoy es el primer día que le veo desde que se instaló en la isla. Hasta hoy nuestros contactos han sido solo por teléfono y a través de la hoja que el ordenador nos envía semanalmente con los datos de su estado físico.

—¿Quiere eso decir que está bajo los cuidados de otro médico? —preguntó ella.

—No. Varias enfermeras supervisan las máquinas con las que está conectado para el examen médico.

—¿La irlandesa, Bridget, todavía está con él?

—No —contestó él—. Esta le dejó en Nueva York al poco tiempo de marcharse usted.

—¿Conoce las enfermeras? —preguntó ella.

—Personalmente no —contestó él—. Aunque he sido yo quien las contrató, por supuesto. En realidad, son más técnicos e ingenieros médicos que enfermeras. Saben más de máquinas que de medicina.

—¿Tiene una copia del último *printout*?

Él se sacó una hoja doblada del bolsillo interior y se la dio. Ella le dio una rápida ojeada. Enseguida levantó los ojos y dijo:

—Muy interesante. Todas sus funciones físicas han sido retrasadas. El corazón late más lentamente, la presión de la sangre es inferior, la temperatura también. Y, en cambio, la capacidad de sus pulmones se ha incrementado, a pesar de que la respiración es más lenta. La sangre y la orina son normales. —Le devolvió la hoja—. Según esta hoja, está en óptimo estado físico. ¿Qué le preocupa?

Él le lanzó una mirada por sobre la taza de la que bebía.

—La cabeza —dijo—. Antes nunca se aburría. Ahora no le interesa nada.

—Tal vez necesite un psiquiatra, en vez de un médico como yo —sugirió ella.

—Es posible —contestó él—. Pero es usted la única de quien me fío. —La miró a los ojos—. ¿Está dispuesta a ayudarme?

Ella sostuvo su mirada.

—No veo en qué puedo ayudarle, pero lo intentaré.

Sawyer expresó su conformidad.

—De la única cosa que estoy seguro es de que tenemos que obligarle a volver al mundo, a este mundo. Sospecho que la clase de inmortalidad que él busca no es más que otra forma de decrepitud.

A los pocos minutos de haberse marchado Sawyer, llamaron a la puerta suavemente.

—Pase —dijo ella alzando la voz.

Entró la camarera con una caja muy grande en la mano.

—El señor Crane le ha enviado eso —dijo la mujer.

Sofía miró la caja. Era de modisto. Christian Dior. Se volvió a la camarera.

—Tenga la bondad de abrirla —dijo.

—Sí, señora. —Le dio un sobre pequeño—. Eso también es para usted.

Sofía abrió el sobre. Dentro había una tarjeta con el nombre de Crane impreso; por la otra cara había unas líneas escritas a mano. «Compré esto para ti, pero te marchaste y no pude dártelo. Espero que esta vez no haya llegado tarde. Cariñosamente, Judd.»

La caja ya estaba abierta. Sofía sacó el vestido. Era una túnica larga, de seda blanca, con dos tirantes por el hombro izquierdo y dos cortes a ambos lados, del dobladillo de abajo hasta casi las caderas.

—Es muy bonito —dijo Sofía—. Pero no me cabrá. Es demasiado estrecho.

—Pruébeselo, doctora —indicó la camarera—. Si hay que ajustarlo un poco, Max seguramente se lo podrá hacer.

—No sé —repuso Sofía con voz incierta.

—No perderá nada probándoselo —insistió la camarera.

Sofía vaciló unos segundos.

—Espere —observó. Entró en el cuarto de baño, colgó el vestido de un clavo e intentó metérselo por la cabeza—. No puedo hacerlo pasar por los hombros —dijo a la camarera por la puerta abierta.

Mae la miró desde el umbral.

—Así no —adujo—. Póngaselo por los pies. Súbaselo.

Sofía siguió el consejo de Mae. El vestido se le ajustó como una piel. Se miró a la luna del espejo. Era una segunda piel. Los pezones se apretaban contra la tela, las caderas y nalgas parecían moldeadas por ella, y daban la impresión de que iban a reventarla. Miró a la camarera a través del espejo.

—Me aprieta demasiado —dijo—. Si me muevo un poco, se va a rasgar.

—No —dijo Mae—. La tela es elástica.

—Aunque lo sea —precisó Sofía—. No me gusta ir tan apretada. Me siento completamente desnuda.

—Al señor Crane le gusta así —sugirió Mae.

Sofía se giró para mirarla:

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—No se trabaja nueve meses con un señor sin descubrirle los gustos.

—¿Vienen a verle muchas chicas? —preguntó Sofía.

Mae vaciló y no contestó.

—Hable con franqueza —dijo Sofía—. Al fin y al cabo yo soy uno de los médicos que le cuidan, aunque también sea mujer.

—No sé... —dijo Mae.

Sofía se aventuró a decir:

—Estoy segura de que Eddie le ha contado cosas de mí.

—Sí...

—Entonces dígame lo que necesito saber —dijo Sofía—. No es que sea chismosa. El doctor Sawyer me ha pedido mi opinión sobre el señor Crane y cuantas más cosas sepa, más fácil me será ayudarle.

Mae evitó mirarla a los ojos. Los bajó al suelo enlosado del cuarto de baño.

—El señor Crane recibe cada semana a tres chicas que hace venir del continente. Normalmente se quedan aquí un par de noches y luego regresan.

—¿Siempre las mismas?

—No —contestó Mae—. Siempre distintas. No vuelve nunca la misma chica.

Sofía guardó silencio unos minutos.

—¿Y a todas les hace ponerse este tipo de vestido?

Mae asintió.

—¿Y del mismo color?

—Blanco, a todas igual. Los hace venir de París. A docenas.

Sofía calló.

—Espero que no diga nada de mí, ¿verdad? —preguntó ansiosamente Mae.

—Descuide —la tranquilizó Sofía. Se quitó la tira del hombro e hizo bajar el vestido al suelo; se lo sacó. Lo recogió y lo dio a Mae.

—¿No quiere ponérselo? —preguntó la camarera.

Sofía la miró.

—Plánchelo —dijo—. Lo decidiré cuando me haya bañado y descansado un poco. Ya la avisaré.

—Gracias, doctora.

Sofía se puso el batín y la camarera salió de la habitación. Quedóse un momento reflexionando y luego abrió el cajón del medio de la cómoda. El frasquito estaba exactamente donde le había indicado Eddie *el Rápido*. La cabeza se le despejó con la cocaína.

Cogió la tarjeta que había llegado con el vestido. Estudió con atención la letra de Judd. Le parecía muy extraño. ¿Por qué le habría mentado? No necesitaba decir nada sobre el vestido, salvo que se lo pusiera. Sawyer tenía razón. Judd había cambiado. Antes no mentía, no le mentía ni a ella, ni a nadie.



La casa era una cúpula geoide que recordaba un diamante de enormes proporciones, y

que despedía luz en plena noche. El automóvil se detuvo lentamente, Max paró el motor. Sofía le dijo desde el asiento de detrás:

—No veo por dónde se entra.

—Por allí, doctora —dijo Max con voz respetuosa—. Ya lo verá.

Al poco rato se oyó el zumbido de un motor debajo del coche. Por la ventana del lado del conductor, Sofía vio cómo se abrían dos gigantescas puertas de cristal; notó que el coche avanzaba lentamente hacia ellas.

—¿El camino y la entrada electrónicos? —preguntó.

—Así es, doctora —contestó Max—. En realidad es una plataforma giratoria. Para que los humos de los coches no entren por el sistema de filtración del aire.

Sofía miró cómo las puertas volvían a cerrarse una vez entrado el automóvil y la plataforma giratoria se paraba delante de una puerta interior. Max se bajó del coche y fue a abrirle la portezuela. Sofía también se apeó. La otra puerta se abrió y apareció Eddie *el Rápido*, que bajaba tres escalones y avanzaba hacia ella.

Le preguntó sonriendo:

—¿Ha descansado, doctora?

—Un poco —contestó ella.

—Muy bien —dijo él—. La acompañaré al apartamento del señor Crane.

—¿A qué hora vendrá Max a buscarme? —preguntó ella.

—No se preocupe por eso —replicó Eddie—. Tenemos coches y chóferes a punto a todas las horas.

El recibidor era una sala muy grande, redonda y con las paredes blancas. El suelo era de mármol también blanco, el mostrador de recepción era de aluminio con un mármol encima, blanco. El encargado llevaba una americana blanca cerrada por detrás y pantalones blancos. Sofía se fijó en el bulto del hombro izquierdo, dónde se notaba que llevaba la pistola colgada. Le pareció ver que la miraba un poco extrañado, pero se volvió en silencio y pulsó un botón del tablero de mandos incorporado en el mostrador. Sofía oyó el ruido de la puerta de la entrada al cerrarse.

En la sala había tres puertas de cristal más. Una a cada lado del mostrador de recepción, y la tercera detrás. En todas el cristal era de espejo y no se veía qué había detrás. Entre las puertas había dos estatuas. De tamaño casi natural, de mármol sobre pedestales de acero inoxidable, Apolo y Venus, o quizá Adán y Eva, mirándose eternamente más allá del tiempo.

Eddie *el Rápido* la condujo a la puerta de la derecha. Hizo un gesto al recepcionista, el cual pulsó otro botón y la puerta se abrió a los ascensores. Eddie le indicó que subiera en uno y dio a un botón de célula fotoeléctrica. La puerta se cerró y el ascensor comenzó a ascender. Sofía miró la sala de recepción hasta perderse de vista.

Entonces se giró a Eddie.

—¿Hay algo raro en mí? —preguntó—. He tenido la impresión de que el tipo de recepción me miraba de una manera extraña.

—Es por el *sari* que te has puesto —le explicó él—. Le sorprendieron los colores. Aquí normalmente todos van de blanco.

Ella le miró y se fijó que llevaba una americana larga y blanca como el recepcionista. Y que los pantalones también eran blancos.

—¿Y eso por qué?

—Le gusta al señor Crane, cree que es más higiénico. Además cree que si todos nos vestimos igual y del mismo color, evitaremos rivalidades y envidias personales.

—¿Y las visitas? —preguntó Sofía—. ¿Por eso me envió un traje blanco?

—No sabía que te había enviado uno —contestó él.

Ella notó, sin embargo, que no estaba dispuesto a contestar a todas sus preguntas. Miró por las puertas de cristal hacia las plantas por las que iban pasando. En la del primer piso también había un mostrador de recepción.

—¿Qué piso es este? —preguntó.

—El de comunicaciones, oficinas de administración comercial y ordenadores. La planta principal por la que entraste es la de los apartamentos del personal, donde se vive. Las salas de cine y de recreo en general se encuentran en el piso primero del sótano, en el segundo del sótano hay la clínica, y el inferior es donde está instalado el motor que da luz y energía a todo el edificio. El apartamento del señor Crane se encuentra en el tercer piso, el de arriba de todo. Tiene de todo: dormitorio, baño, gimnasio, sala de estar, comedor, cocina, bar y biblioteca y un despacho particular.

Ella guardó silencio un momento.

—En cierto modo es como el avión, pero más grande —dijo.

—Se parece —asintió Eddie. La miró significativamente y preguntó—: ¿Una toma?

Ella le miró a los ojos:

—¿Crees que me hará bien?

—No te hará mal —contestó él. Le dio el frasquito y la cucharilla. Ella se puso la cucharita debajo de la nariz.

—Toma una bien fuerte —le sugirió él—. Estás a punto de penetrar en un mundo muy extraño.

Ella le devolvió el frasco, y las puertas se abrieron antes de que tuviera tiempo de preguntarle por qué.

Al salir del ascensor, oyeron una cítara que sonaba dulcemente por todo el apartamento. Eddie la condujo al bar biblioteca. En él había dos sofás pequeños separados por una mesa baja. Él le indicó que se acomodara en uno de los sofás, y se dirigió al bar. Al poco rato apareció de nuevo con una gran bandeja de plata que dejó sobre la mesa. Ella bajó la vista. Vio una lata de caviar, de un kilo, rodeada de escamas de hielo. A un lado de la lata de caviar había una botella descorchada de Cristale y otra de vodka Starka helada; al otro lado había toda una serie de acompañamientos: tostadas, cebollitas, huevo duro cortado a rodajas muy finas, queso blando, mantequilla. Él la miró interrogativamente.

—Vodka —dijo ella.

El vaso, muy fino, también estaba helado. Él se lo llenó. Se lo puso en la mesa, enfrente de ella.

—El señor Crane no tardará en llegar —le dijo y salió de la habitación, cerrando la puerta.

Ella miró por las ventanas que tenía delante. La luna llena resplandecía toda blanca y trazaba un sendero reluciente sobre el mar. Era muy bonito. Tanto que no parecía de verdad. Sofía cogió el vaso de vodka.

—*Nasdrovya* —dijo la voz de Judd a través de los altavoces.

—*Nasdrovya* —contestó ella casi automáticamente a la vez que tragaba un sorbo de la bebida. Después miró por el cuarto. No había nadie.

—¿Me oyes? —preguntó ella.

—Sí.

—Después de tanto tiempo —añadió ella—, me gustaría verte.

—Yo te veo.

—Eso no es justo —dijo ella—. Yo no te veo a ti.

—¿Por qué no te has puesto el vestido que te he enviado?

—Me viene pequeño, no me cabía —contestó ella—. En tres años he engordado un poco.

Él no dijo nada.

—¿Tardarás mucho? —preguntó ella.

—No mucho —contestó él—. Junto al sofá hay los botones de la televisión.

—No necesito ponerla —dijo ella—. El resplandor de la luna sobre el mar es tan bonito que me basta. Te esperaré.

Por los altavoces se oyó un clic y la música de la cítara comenzó a sonar de nuevo. Ella volvió a llenar el vaso y a beber. De pronto sintió hambre y se comió una tostada con caviar. Al aparecer él se había comido cuatro tostadas y tomado tres copas de vodka.

Se puso de pie. La cabeza se le iba.

—Estoy un poco borracha —dijo.

Él sonrió y le dio un beso, luego la sostuvo por el codo.

—Mejor será que te vuelvas a sentar —le dijo.

—¿Qué hay dentro del vodka? —preguntó ella, mirándole.

—Nada. Te sentirás mejor si comes un poco.

—Tienes muy buen aspecto —le dijo ella. Tenía el pelo negro cruzado por finos hilos plateados y el azul cobalto de los ojos le brillaba en su cara tostada por el sol. Llevaba una camisa blanca, abierta, pantalones blancos y mocasines del mismo color.

—Tú también —dijo él.

—He engordado un poco —repuso ella—. Más hidratos de carbono que proteínas en la dieta. Ya se sabe, en Bangladesh la comida es poco variada. La base es el arroz. —Se puso caviar es una tostada—. Muy distinto a eso.

Él sonrió y se sentó enfrente de ella.

—Ya me lo supongo.

—¿Te preparo una tostada? —preguntó ella.

—No, gracias. Es demasiado salado para mí —contestó él.

—Dime: ¿cómo supiste que estaba en Bangladesh? —preguntó ella.

—Muy sencillo —contestó él—. Tu nombre apareció en una lista de encargos del hospital de Bangladesh donde trabajabas. Todos los encargos que llegan a Fármacos Crane son almacenados por un ordenador que los organiza en un índice. De ahí pasan a mi archivo personal siempre que el nombre esté conectado con otra referencia.

—Yo creí que te habías enterado a través de la KGB —dijo ella.

—No. Fue mucho más simple —replicó él.

—¿Por qué me quieres ver?

—Lo de las notas —contestó él—. La doctora Zabiski solo me dio los documentos a partir de mil novecientos cincuenta y tres. Me faltan los anteriores.

Sofia guardó silencio.

—No lo entiendo —dijo por fin—. Yo hablé con ella poco antes de que muriera y me dijo que tú lo tenías todo. Que tú tenías que descubrir las respuestas a partir de los datos.

—Se dejó algo —dijo él—. No hemos llegado a ningún resultado. A mí me dijo lo mismo —añadió él.

—A mí me dijo que te había entregado los medios para que lo consiguieras.

—Lo he estudiado detenidamente con ayuda de expertos —dijo él—. Cero.

Ella aspiró con fuerza.

—¡La muy zorra! —murmuró.

—¿A qué te refieres?

—Se ha burlado de todos. De ti, de mí y de Andropov. Lo que se debe de estar riendo en la tumba. —Le miró fijamente—. ¿No te das cuenta? Lo que quería era que volviéramos a encontrarnos. Al fin y al cabo yo soy la única experta con la que

todavía no has trabajado.

Él la miró sin decir nada.

—Y me llamaste ¿no? —preguntó ella. Sin esperar la respuesta añadió—: Hemos vuelto a la misma situación del principio. Tenemos que comenzar de nuevo.

—¿Por eso te fuiste a trabajar a Bangladesh? —preguntó él.

—En parte —dijo ella—. Pero también porque Andropov quería que me marchase de Rusia y de Yugoslavia.

—¿Debido a que Brezhnev murió igual que Mao? —preguntó él.

Sus miradas se cruzaron.

—Yo no tuve nada que ver con la muerte de ninguno de los dos.

—¿Y cómo lo sabe Andropov? Mao murió. Y tú eras su médico de cabecera. Brezhnev murió. Y tú también eras su médico. Ahora, según nos han dicho, Andropov está enfermo. Pero él no te llama para que le cuides como te llamó para que cuidaras a los otros. ¿Habrá perdido la fe en ti?

Ella no había apartado los ojos de los suyos.

—Yo no sé lo que piensa —dijo con calma—. No me confía sus secretos.

—Hace mucho tiempo Zabiski me dijo que a la larga todos mueren —continuó él—. Que no hay garantías de ninguna clase. Que ella solo podía mejorar la calidad de sus vidas.

—A mí me dijo lo mismo.

—Y, sin embargo, me indujo a creer... —la voz de él se perdió y no acabó la frase.

Sofía sonrió con dulzura:

—Quizá creyó que tú podrías conseguir lo que ella no había podido.

Llamaron a la puerta y apareció Eddie.



El comedor no era muy grande. Una mesa de cristal grueso era sostenida por patas traslúcidas de forma rectangular que recordaban finos trozos de hielo. La única luz que llegaba del techo iluminaba de colores el cristal. La mesa era redonda y para seis comensales, aunque solo estaba puesta para dos. Los tapetes sobre los que había los platos eran espejos rectangulares y la fuente de planta hacía juego con la cubertería, también de plata. Unas servilletas blancas estaban enroscadas y sujetas por sendos anillos de plata, la cristalería era de sencillo Baccarat. A la derecha de ambos platos había una vela blanca, baja, en un candelabro de Baccarat. Las sillas eran de marco de acero inoxidable, los asientos y respaldos de suave tela blanca.

Ella estaba sentada enfrente de él. Veía las ventanas a su espalda que daban a la luna que todavía iluminaba el mar. Él manipuló unos botones de debajo de la mesa y bajaron las luces de modo que la única luz fue la de las velas que se reflejó suavemente sobre sus caras.

Ella sonrió.

—Parece una escena de película.

Él se echó a reír.

—Me lo ha hecho un decorador de escenarios. Me encanta la sensación de drama. Normalmente un comedor es una pieza muy aburrida en la que no se espera que hagas otra cosa que comer. Como un establo. Aquí quise que se gratificaran también los otros sentidos.

—Nunca se me había ocurrido —dijo ella—. Me gusta.

—Gracias —contestó él—. Espero que la cena te guste igual.

—Estoy segura de que no me defraudará —observó ella.

Oyó que se abría la puerta a su espalda. Entraron dos camareras, vestidas con camisa blanca y falda muy corta, que les llegaba muy por encima de las rodillas y que contrastaban con sus negras y largas piernas. Se parecían tanto que hubieran podido ser mellizas: las dos con pelo largo que les llegaba a los hombros, una cofia triangular, ojos brillantes y dientes relucientes y muy blancos. Iban con guantes de encaje blanco. Al unísono, las dos pusieron el primer plato delante de ellos y se marcharon.

—Muy monas —dijo ella.

—Naturalmente —replicó él—. ¿Qué te esperabas?

—¿Son americanas? —preguntó ella.

—No —contestó él—. Son de Mauricio. Me las manda mi agente con un contrato de dos años. Me manda seis a la vez.

—Son muy jóvenes, ¿verdad?

—Dieciséis y diecisiete años —dijo él—. Hablan francés e inglés. Vienen con muchas ganas de aprender y de agradar.

—¿Y qué hacen cuando se termina el contrato?

—Regresan a su país y me envían otras.

—Estupendo para ti. Pero ¿qué pasa con ellas? —preguntó Sofia.

—Ellas se han educado, saben más cosas y regresan con una buena dote para casarse. Se van muy contentas.

Ella sonrió.

—Muy bien organizado, como decís en América. —Cogió el tenedor y tomó un bocado del cóctel de gambas—. Está delicioso.

—Son crías de gambas, llegan de México por avión. Llegaron esta mañana. Son las mejores —dijo él.

—Tú siempre tienes lo mejor —repuso ella.

—Lo dices con sarcasmo —observó él.

—No —replicó ella—. De verdad que no. Solo que me abruma un poco.

Él no contestó.

—Compréndelo —añadió ella—. Llego de Bangladesh. Es otro mundo.

La cena fue muy americana. Bistec de buey, al punto, no muy grueso. Puré de patatas con salsa, guisantes y ensalada. El vino francés. Montrachet con las gambas.

Château Margaux con la carne. De postres, helado de vainilla con crema de menta.

—Ya no me acordaba de que se pudiera disfrutar tanto con la comida —dijo ella mirándole, a la vez que se daba cuenta de que Judd casi no había comido; tuvo la impresión de que más que comer había esparcido la comida por el plato.

—Pues ya lo sabes —dijo él—. Café y licor en la biblioteca. —Se acercó a ella y le ayudó a levantarse de la silla. La miró de cerca—. Sigues siendo muy guapa.

—Gracias, de eso también me había olvidado —dijo ella—. Me sentí muy vieja al lado de aquellos niños.

—Aquello era distinto —dijo él—. Son niños que juegan. Tú, en cambio, eres una mujer, auténtica y muy interesante.

Un juego de café de plata había sido puesto en la mesa baja de la biblioteca, a la que regresaron terminada la cena. En ella había, además, una opaca botella de coñac con dos copas. Judd preguntó a Sofía, mientras esta volvía a acomodarse entre los cojines de uno de los sofás:

—¿Café?

—Sí, gracias.

—¿Coñac? —le preguntó luego.

—¿Te importa si continúo bebiendo Starka?

—No, en absoluto —contestó Judd, haciendo chascar los dedos. Eddie *el Rápido* entró y Judd dijo—: La botella de Starka.

—¿Y el acompañamiento? —preguntó Eddie.

Judd se dirigió a Sofía:

—Tenemos marihuana, cocaína, estimulantes, tranquilizantes, alucinógenos y todo lo que se te pueda ocurrir.

—No se me ocurre nada de momento —dijo ella—. En Bangladesh solo teníamos hachís.

—Seguro que también había opio —repuso él.

—Claro —asintió ella—. Pero era para dormir y soñar. A mí no me interesó.

—Aquí tenemos una hierba opiácea que quizá te interese —dijo él—. Te ensancha la mente como un ácido, pero te produce fantasías muy dulces, no malos viajes y, sobre todo, lo puedes controlar y no dormirte.

—Parece interesante —reconoció ella—. ¿Cuánto tiempo dura el efecto?

—El tiempo que tú quieras —contestó él—. Como te he dicho, tú no pierdes el control. Te olvidas de ello en cuanto se te pasan las ganas.

—¿De dónde la sacas?

—La hierba es sensimilla<sup>[4]</sup>. La modificamos en el sótano, en nuestro laboratorio.

—¿Tú tomas? —preguntó ella.

—A veces.

—¿Y lo demás?

—También a veces. Depende del humor.

—Zabiski siempre estuvo contra las drogas. Me extraña que no te las prohibiera. Temía que se interfirieran con su tratamiento.

—Ya me lo dijo —replicó Judd—. Pero yo tengo mis propias ideas sobre el asunto. Las drogas siempre han existido desde que la humanidad tiene una civilización. Creo que debe de haber una buena razón.

Ella guardó silencio un momento.

—¿Te apetece tomar algo ahora?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Me doy cuenta de que no estamos muy a nuestras anchas ahora, hablando juntos. Parece como si hiciéramos esgrima, sin comunicar como solíamos en otros tiempos.

—Es natural —dijo ella—. Hemos estado separados mucho tiempo. No se puede reanudar una relación así como así.

—Es cierto —reconoció él—. Para eso están las drogas.

—No me siento con ganas de tomar nada, de momento —dijo ella—. Tomaré un poco de cocaína. Con eso me bastará para animarme.

Judd hizo una seña a Eddie *el Rápido*.

—Dale a la doctora lo que pide y prepárame dos píldoras de XTC. Dile a Amarinta que suba a prepararlas.

—Sí, señor —contestó Eddie.

Ella aguardó a que hubiera salido y cerrado la puerta de nuevo.

—¿Qué efectos tiene esa píldora?

—Te pone de buen humor; la fabricamos aquí. Una especie de Elavil o de Triavil. Te hace subir un poco y te elimina el miedo.

—Tú lo tienes todo —dijo ella—. ¿De qué puedes tener miedo?

—De ti —contestó mirándola.

Ella le miró a los ojos. El azul cobalto se había transformado en negro, de repente. Sofia no dijo nada.

—Te tengo miedo —dijo él, hablando lentamente—. De tu ciencia, de las cosas que comprendes acerca de mí. De que tú sepas la respuesta y de que yo no.

Ella suspiró:

—¿Pero todavía no has comprendido que la respuesta no la tiene nadie? Nadie en el mundo.

Él se puso en pie y fue hacia la ventana, de espaldas a ella.

—Sofía —dijo—. Eso no me lo creo. No puedo creerlo. Has pasado muchos años con la vieja. Seguramente lo sabes, pero no te has enterado. —Se dio la vuelta y la miró. Al hablar lo hizo con dureza—: ¿Conoces al maharishi Raj Naibuhr?

—No.

—¿No fuiste a Bangladesh a buscarle?

—No. Nunca había oído hablar de él —contestó Sofía.

—Zabiski, sí —dijo él—. Le menciona a menudo en sus notas.

—Puede que ella sí —dijo Sofía—. A mí no me habló de él.

La puerta se abrió a sus espaldas. Sintió unos pasos suaves. Sofía se dio la vuelta. Era otra chica, de color más claro que las de antes que habían servido la cena, con el pelo castaño y los ojos verdes. Saludó con una sonrisa a Sofía y luego a Judd. Sobre sus brazos llevaba una bandeja de plata. Se arrodilló en el suelo y dejó la bandeja en la mesa. Permaneció de rodillas y alzó los ojos hacia Judd. Al hablar lo hizo con una dulce voz cantarina:

—Señor Crane, ¿se lo preparo inmediatamente? ¿O prefiere esperar un poco? —preguntó.

—Atiende primero a la invitada —ordenó con rudeza Judd.

La chica inclinó la cabeza. Vertió Starka en un vaso, y entregó el frasco a Sofía sin decir nada.

Sofía la miró.

—Yo también prefiero esperar un poco —dijo con dulzura.

Judd volvió al sofá, enfrente de ella. Miró a Sofía.

—La frustración —dijo—. A donde vaya solo encuentro frustración.

Sofía no dijo nada.

Judd se dirigió a la chica.

—Levántate.

La chica se puso en pie. Su vestido era mucho menos modesto que el de las dos chicas anteriores. Llevaba una cortísima túnica sin tirantes que exhibía la desnudez del cuerpo que pretendía recubrir.

—Amarinta solo tiene diecisiete años —dijo Judd—. Y uno de los cuerpos más bellos que jamás he visto.

Sofía sorbió lentamente su vodka.

—¿No quieres verlo? —preguntó Judd.

Ella le miró a los ojos. No expresaban absolutamente nada.

—Si quieres... —dijo.

Sin apartar los ojos de Sofía, dijo a la chica:

—Deja caer el vestido al suelo, Amarinta.

La chica se aflojó el traje por encima del pecho. El vestido se deslizó sin dificultad hasta el suelo y ella alzó los brazos con un gesto de experta, los estiró por encima de la cabeza, con las palmas juntas.

Sofía la miró. Judd tenía razón. La chica era muy bella, como una exquisita figurita de marfil.

—Date la vuelta, Amarinta —ordenó Judd—. Que la señora vea lo guapa que eres.

Sin vergüenza ni timidez, la chica hizo una pirueta, mirando a Sofía por encima del hombro. Se lamió dulcemente los labios sonrientes.

—A Amarinta le gustan más las chicas —dijo Judd—. ¿Quieres que te haga compañía durante tu estancia aquí?

Sofía apartó los ojos de la muchacha y miró a Judd.

—No te comprendo, Judd.

—Yo te conozco —replicó él—. Conozco el rubor de tu rostro cuando el coño se te humedece y comienzas a excitarte.

—¿Y crees tú que ha sido ella la que me ha excitado?

Él la miró en silencio.

Sofía afrontó su mirada.

—Claro que la chica me ha excitado. Pero ella sola no. Tú también cuentas, Judd, y estás aquí. He visto cómo te excitabas tú y cómo se te abultaba el pantalón.

De pronto dio un respingo y dejó el vaso en la mesa. La mano le temblaba. Se puso de pie. Alzó una mano y se desabrochó el *sari*. Se desenroscó despacio la seda que le envolvía el cuerpo y la dejó caer al suelo. Debajo llevaba el vestido de seda blanco apretado al cuerpo, los pezones a punto de rasgarlo. Puso la mano sobre la mancha mojada del pubis. Le miró:

—Desde que he llegado no hago más que tener orgasmos. Comencé al oír tu voz por el altavoz.

Él la miró sin hablar.

—¿Eso es lo que pretendías, Judd? —preguntó—. ¿Asegurarte de que todavía tenías poder sobre mí?

Él meneó la cabeza negativamente, pero ella le atajó:

—Si no estás seguro, Judd, eres muy tonto. ¿No sabías que desde el momento que te vi, me esclavizaste más que a cualquiera de las otras chicas que tienes a tu servicio?

—¿Esperas que me crea esta mentira? —preguntó él—. ¿Que no te has acostado con ningún otro hombre?

—Eso no lo he dicho —replicó ella, enojada—. Tú sabes más que nadie lo mucho que necesito follar. Estoy hablando de otra cosa. Mi esclavitud no es con respecto al sexo, sino a un hombre completo. ¿No te bastó con que matara a Nicky para regresar a tu lado? ¿Qué cruzara la tierra a tu llamada?

Él notó que se le arrasaban los ojos de lágrimas. Le tomó la mano.

—Perdona —dijo.

Ella meneó la cabeza en silencio.

—Olvídate de la cocaína —dijo él—. Mejor será que duermas un poco.

—No —replicó ella—. A no ser que duerma contigo.

—Seguramente no te gustará —dijo él—. Yo suelo dormir entre dos chicas. Es una costumbre china, el Ying y el Yang, para que tu espíritu se equilibre en el cuerpo mientras duermes.

—¿No podemos hacer el amor primero? —preguntó ella.

—No suelo hacerlo —contestó él—. Las chicas follan juntas y sus energías penetran en mí y me absorben.

—¿Y qué ocurre después?

—Normalmente me despierto como nuevo —contestó él.

—¿Y las chicas?

—Ellas se reponen del agotamiento durmiendo durante todo el día —contestó él.

Ella se echó a reír de repente.

—Es una locura.

—Quizá sí —repuso él—. Pero quién sabe, ¿no?

—Es verdad —reconoció ella—. Y tú, ¿cuándo follas?

—Antes de acostarme.

Ella le miró.

—Todavía no te has acostado —dijo.

Él asintió. Se dirigió a Amarinta.

—Prepáranos las píldoras.

La chica asintió y se arrodilló junto a la mesa, luego volvió a mirarle.

—Señor Crane, ¿me permite que prepare una para mí? —preguntó.

Judd miró a Sofía con expresión interrogativa.

Sofía bajó los ojos para observar a la muchacha desnuda. Era muy hermosa, reconoció. Se arrodilló a su lado y alzó los ojos a Judd.

—Bueno —accedió—. Quién sabe, quizá las dos juntas lograremos descubrir una nueva combinación de Ying y Yang para ofrecerte a ti.

Debió de haberse dormido. De pronto volvía a abrir los ojos y a incorporarse en el sofá. Una tenue luz grisácea comenzaba a iluminar el horizonte. Amarinta se movió y removió echada en el suelo, junto al sofá de enfrente, después la miró. Se llevó un dedo a los labios indicando a Sofía que guardara silencio.

Sofía hizo seña de haber comprendido y mir  por la habitación. Judd no estaba. Volvió a mirar a la chica, luego recogí el *sari* del suelo y se puso de pie.

Amarinta, con el dedo todavía en los labios, se le acercó, descalza. Toc  suavemente el brazo de Sofía, empujándola hacia la puerta.

Con el *sari* en la mano, Sofía dej  que la chica la condujera. Sin decir nada, dieron la vuelta al bar y penetraron en una habitación que ocultaba la esquina del bar y la ventana. Amarinta se detuvo a la vez que hacía una señal con la mano.

Era una habitación pequeña, de forma oblicua, con las ventanas en el techo y de forma piramidal. Debajo del ápice de la pirámide, estaba Judd sentado en la posición de la flor de loto, sobre una plataforma redonda, un poco elevada del suelo.

Sofía le miró. Judd estaba completamente inmóvil, no parecía que respirara, los ojos muy abiertos, y, sin embargo, no se daba cuenta de la luz de la madrugada.

Amarinta tiró del brazo de Sofía y la obligó a volver a la biblioteca. La condujo a través de la biblioteca hasta otro cuarto y cerró la puerta sin hacer ruido. Era un vestidor con armarios de lunas en las puertas y una bañera en el centro, llena de agua burbujeante, caliente y perfumada. Por la puerta abierta se veía un cuarto de baño enlosado, reluciente, de color de jade.

—Ven —susurró Amarinta—. Nos lavaremos y refrescaremos en el agua perfumada de flores.

Sofía siguió a la chica con pasos lentos.

— Se ba ar  Judd con nosotras?

—No —contestó la muchacha—. El Maestro viaja por las estrellas. Cuando el sol le cierre los ojos, se acostaré y dormir . Ying y Yang penetrarán en su interior y exprimir n los fluidos de su cuerpo, liber ndole de las tensiones internas y devolviéndole el equilibrio mental.

—Hemos hecho el amor con él —objetó Sofía—.  No le ha satisfecho eso?

—Sí, mucho —contestó Amarinta—. Pero no es la forma en que él se expresa.

Sofía miró con curiosidad a la chica:

— Te refieres a que no tiene orgasmos?

La muchacha bajó los ojos.

—Exactamente. Es su manera de hacerlo.

Sofía la miró sin decir nada.

—No lo entiendes —reanudó ansiosamente Amarinta—. Es su forma de recobrar

energía y preservar su esencia.

—¿Por qué se toma la molestia de hacer el amor? —preguntó Sofía, con la creciente sensación de que hablaba con una niña.

—Recoge nuestra esencia y la mezcla con la suya —contestó la chica.

—¿Así lo hace con las otras, con todas, independientemente de quién sea?

—Sí —contestó Amarinta—. Él solo se expresa mientras duerme. Luego se despierta en el acto, recobrada la fuerza.

Sofía volvió a mirarla.

—Me dijo que tú preferías a las chicas. ¿Es esa la razón?

Amarinta no contestó.

—¿Todas sienten lo que sientes tú?

Amarinta asintió.

—¿Y nunca deseáis algo más? —preguntó Sofía.

—No —contestó Amarinta con un hilo de voz—. Solo somos felices cuando servimos al Maestro.

Sofía guardó silencio un breve momento.

—Preferiría regresar a mi casita —dijo por fin.

Amarinta la miró.

—Como quieras —dijo. Abrió el armario y sacó una bata de tela de toalla que dio a Sofía para que se la pusiera. Ella se puso otra túnica de seda, tan corta como la de la noche anterior.



Se despertó en su propia cama. De detrás de las esquinas de las cortinas se filtraban unos rayos de sol. Pulsó el botón de debajo de la cama y se descorrieron las cortinas. La habitación se inundó de luz. Miró la hora. Eran las dos treinta de la tarde. Descolgó el teléfono.

—Diga, doctora —contestó la voz de Max.

—Tráigame un zumo de naranja y café, por favor.

—Enseguida. ¿Nada para comer?

—No, de momento no.

—Hay dos recados para usted. El señor Crane pide que le llame en cuanto se despierte, y el doctor Sawyer le ruega que llame a su oficina a las seis, en el Centro de Investigación.

—Gracias, Max —dijo ella—. Llamaré al señor Crane cuando haya tomado el café.

—Sí, doctora —indicó Max—. El número del señor Crane es el uno.

El zumo de naranja era dulce y refrescante, el café fuerte y caliente. Le supo a gloria, mucho mejor que los cafés flojos que solían hacer en Estados Unidos. Cuando lo hubo tomado llamó a Judd.

Contestó la voz de una mujer.

—La oficina del señor Crane.

—Aquí la doctora Ivancich que contesta a su llamada.

—Un momento, doctora —dijo la voz de la secretaria—. Ahora mismo le pondré con él.

Unos segundos más tarde el teléfono hizo un clic y se oyó su voz:

—¿Has descansado, Sofía?

—Sí —contestó ella.

—Estupendo —dijo él—. Quiero que leas las notas de Zabiski. Están grabadas. Puedes escoger el idioma que prefieras, o la copia original, de su puño y letra.

—Prefiero el original —dijo ella—. Y una copia en inglés.

—Como tú quieras. Se traspasará a un procesador con doble pantalla para que puedas tenerlas simultáneamente. Hay además unas notas aparte que también quiero que estudies. Como ya sabes, han sido ya estudiadas por varios especialistas que las han interpretado.

—Será muy útil.

—¿Cuándo quieres comenzar?

—Mañana por la mañana, si quieres —contestó ella—. Quiero estar bien despejada cuando me pongo a trabajar.

—No te preocupes. Te prepararemos un despacho.

—Gracias —dijo ella—. Quiero pedirte otra cosa.

—¿Qué es?

—Hace tres años que no te he hecho un examen médico. Y yo soy médico, ¿recuerdas? Necesitaría hacerte un examen físico para hacerme una idea de los avances conseguidos en tu estado.

—¿Llegarás a un resultado distinto del que podrías colegir de sus notas? —preguntó Judd.

—No lo sé todavía —contestó ella—. Quizá sea inútil. Pero nunca se sabe; puede que algo en tu interior aclare alguna de las cosas que intento explicarme.

—El doctor Sawyer tiene todos los datos en el ordenador.

—¡El ordenador! Con todos mis respetos por el doctor Sawyer, los datos del ordenador son datos de segunda mano. Me sentiría mucho más segura si pudiera verlo y comprenderlo por mí misma.

Judd dijo con voz contundente:

—No me parece necesario.

—Siento tener que insistir, Judd, para mí lo es.

—No —dijo él con voz cortante. La comunicación hizo un ¡clic! y se cortó. Sofía esperó un momento y luego volvió a llamar. Contestó la voz de la secretaria.

—Póngame de nuevo con el señor Crane.

—Lo siento, doctora, pero no está.

—¿Puedo dejarle un recado?

—Desde luego, doctora.

—Dígale que no creo que pueda ayudarle en nada y que deseo regresar a mi trabajo.

Un momento más tarde llamó Judd.

—Eres una zorra —dijo.

—Bueno, quizá —repuso ella con calma—. Pero soy médico y tengo mi método de trabajo.

Él guardó silencio.

—Piénsatelo —reanudó ella—. Mientras tanto voy a llamar al doctor Sawyer y pedirle que venga a ayudarme.

—¿Según tú no tiene que hacer más que eso? —preguntó él.

—No soy yo quien tiene que decirlo —dijo ella—. Es amigo tuyo. Y tu médico particular. Eres tú quién tiene que decidir.

Judd hizo una breve pausa.

—Llegaré mañana por la mañana.

—Bien —asintió ella—. ¿Te puedo ver una hora esta tarde?

—¿Para qué?

—Sería útil hacerte un análisis de sangre y de orina antes del examen médico. Ahorraríamos tiempo.

—¿Y qué más? —preguntó él con sarcasmo.

—Hay más cositas por el estilo —contestó ella—. Pero me daré por satisfecha con eso.

—Muy amable —dijo él—. ¿A las seis te va bien?

—Perfectamente —contestó ella.

—De acuerdo. Aprovecharé para enseñarte el despacho.

—Bueno. Una cosa —sugirió ella—. No me hagas ponerme otra vez uno de esos trajes blancos.

—Prométeme a cambio que no te pondrás un *sari*.

—Te lo prometo —dijo ella riendo.

—¡Qué zorra eres! —exclamó él.

—Bueno, pero te quiero de todos modos —prorrumpió ella y colgó.

Sofía se dirigió a Sawyer.

—Tenía usted razón —dijo—. Su estado físico es perfecto. Solo un detalle me preocupa..., las energías eléctricas registradas en el encefalograma son más bajas que hace un año.

—Es una diferencia infinitesimal —replicó Sawyer—. Es de esas cosas que tal vez dependan de la hora del día en que se registren.

—Lo he hecho tres veces, con intervalos de cuatro horas. No tiene nada que ver con la hora del día. La energía emitida por el cerebro es consistentemente inferior. ¿Cree que podremos convencerle de que se someta a una exploración cerebral?

—Me extrañaría mucho que se aviniera a ello —contestó Sawyer—. Significaría salir de la isla para ir a Boca Ratón. Me ha dicho que no piensa dejar la isla antes de que pase un año. Faltan tres meses para ello.

Sofía guardó silencio al manipular las clavijas del ordenador. Comparó el resultado de los encefalogramas del año pasado con los nuevos. Apretó otra clavija y una parte del resultado se agrandó de tamaño sobre la pantalla.

—Se trata de la zona alfa. Mire cómo oscilan sobre la línea del promedio. No lo entiendo.

—Lo transferiremos al ordenador del Centro de Investigación Médica y veremos qué opinan los neurólogos.

—A ver si sacamos algo en claro —adujo ella—. Pero me sentiría más segura con una exploración en regla.

—¿Qué cree que encontraría? —preguntó Sawyer.

—Es más una cuestión de intuición que de conocimientos científicos —contestó ella—. Recuerdo que usted me mencionó de su aburrimiento general y de su sensación de creciente aislamiento... Yo he detectado lo mismo en su falta de reacción personal con la gente que le rodea, incluso en circunstancias de contacto muy físico.

—¿Sexo? —inquirió Sawyer.

—Sí. Físicamente funciona y se esfuerza para funcionar. Pero por dentro no siente nada. Incluso cuando toma drogas para ello.

—A veces, las drogas tienen el efecto contrario; usted ya lo debe saber, doctora.

—No se trata de las drogas, estoy segura —dijo Sofía—. Por eso le he dicho que es más una intuición que otra cosa. Yo sé cuándo un hombre folla y folla. Es lo mismo, pero muy distinto.

—Tal vez se deba al factor de esterilidad —sugirió Sawyer—. En él varía bastante. Uno de los experimentos que hizo fue, precisamente, controlar a través de la mente su esterilidad y lograr separar la cuestión de la esterilidad de la de impotencia.

Hasta el punto que es capaz de eyacular orgasmáticamente sin perder esperma. Como usted sabe, su intención es explorar todos los aspectos, el médico, psicológico, técnico y metafísico, como el de yoga y el de control mental tántrico.

—Me parece muy bien —dijo ella—. El placer depende de la mente del hombre, no de su pene. Me gustaría saber qué ocurre en su cerebro; un examen en toda regla nos podría dar indicios.

—De momento no podemos hacerlo —puntualizó Sawyer—. Hemos de esperar a que esté dispuesto.

Sofía desconectó la pantalla del ordenador.

—En fin: es bueno saber que físicamente no ha envejecido nada desde la última vez que estuve con él. O sea, que el tratamiento ha funcionado, en algún aspecto, —aunque no sé en cuál.

Entró Judd. Les echó una rápida mirada.

—¿Satisfechos? —preguntó.

—Pues sí —balbució ella—. Físicamente estás bien.

—Ya te lo dije —replicó él, sin expresión en el tono.

—Pero me gustaría saber con más detalle qué pasa en tu cabeza —dijo ella—. Tanto física como psicológicamente.

Él la miró intrigado.

—No comprendo —dijo.

—El encefalograma registra una ligera disminución de ondas eléctricas en el cerebro.

—¿Y no es normal? —sugirió él—. Al fin y al cabo todo mi sistema funciona más lentamente.

—No lo sé —dijo ella. Le miró a los ojos—: ¿Tú cómo te sientes? ¿Te sientes tan activo como antes? A mí me ha parecido que en determinadas cosas has perdido el interés.

—La verdad es que las cosas a que tú te refieres ya no me interesan —confesó él sin rodeos—. Antes me gustaba jugar. Al juego de los negocios, del dinero, de las relaciones con la gente. Ahora me aburren. Creo que lo que hago ahora es mucho más interesante y más importante. El dinero lo puede ganar cualquiera con solo proponérselo. Yo he ganado mucho, más que nadie en el mundo, y no tengo por qué continuar probando de que soy capaz de ello. Con las mujeres, el sexo, es lo mismo. Lo he hecho todo. Ahora solo necesito hacer que la máquina física continúe funcionando.

Sofía miró a Sawyer; luego, a Judd.

—¿El amor?

—¿Emocionalmente? —preguntó él.

Ella asintió.

—Sí. Creo que tú le das importancia, física y mentalmente.

—Te crees que me falta un tomillo, ¿eh? —preguntó él con voz tranquila—. ¿Que

no siento nada?

Ella le miró a los ojos.

—No lo sé —contestó.

Judd se dirigió a Sawyer:

—¿Qué opina usted?

Él alzó las manos.

—No sé qué contestar. Ambos hablan de cosas que desconozco.

—Siento de una manera distinta —dijo Judd, sonriendo a Sofía—. Seguro que no siento tan profundamente como tú. Pero siento, a mi manera. Ponte en mi lugar. Yo voy a vivir para siempre; si es cierto, no tengo más remedio que veros a todos como seres caducos, de los que mejor es no depender excesivamente, porque dentro de veinte años, o de cien años, o incluso de más, desapareceréis, y yo seguiré viviendo con otra gente, en otra época.

—¿O sea, que tratas de no sentir demasiado porque te da miedo perder a la gente que amas? ¿Te da miedo el dolor? —Sofía tenía un nudo en la garganta.

—Es posible —contestó él, reflexionando. Aspiró con fuerza—. Quizá el amor forme parte de la condición de mortal. Mueres un poco con cada persona que amas y a la que pierdes.

Ella se reprimió las lágrimas.

—Si tuvieras hijos —dijo—, perdurarías en ellos.

—Eso no sería vivir —objetó él—. Sería como mi padre. Él no vive. Yo quiero estar vivo, no ser solo un recuerdo.

Ella se volvió al ordenador y apretó varias clavijas. En la pantalla se encendieron unos números. Manipuló otras dos clavijas y la imagen se transformó en una curva demográfica. Sin volverse a mirar a Judd, le dijo:

—De acuerdo con el cálculo del ordenador, ahora puedes vivir hasta los ciento treinta años. Es decir, que tus cuarenta y nueve años equivalen a treinta y un años. —Se giró a mirarle—. Actualmente las tablas demográficas dan un índice de setenta y cuatro. Para ti es el doble.

Él miró la pantalla y luego a Sofía.

—¿De qué me hablas? —preguntó.

—En cierto momento, la doctora Zabiski consiguió aproximarte a un índice de expectación de vida del ciento cincuenta. Y al intentar superarlo, casi te mata. ¿No te conformarías con el que has conseguido ahora, en vez de continuar haciendo experimentos que ponen en peligro tu integridad?

—Si he de morir —respondió él con sencillez—, no me importa cuándo, ni cómo. Estoy listo en cualquier momento. Lo que yo busco es alcanzar la eternidad.

—Eso no existe —dijo ella contundentemente—. El infinito no existe ni más allá de las estrellas.

Él estuvo cabizbajo unos momentos, luego se dirigió a Sawyer y a Sofía:

—Os he complacido permitiendo que me hicierais un examen físico. ¿Estás

dispuesta a comenzar el estudio de las notas de Zabiski mañana? —preguntó mirando a Sofía.

—Mañana por la mañana —replicó ella.

—Muy bien —dijo él—. ¿Cenarás hoy a las nueve?

—Sí, gracias —contestó ella.

—¿Y usted, Lee? —preguntó a Sawyer.

Sawyer meneó la cabeza negativamente:

—No gracias. He de regresar. Acepto la invitación para otro día.



Judd bebía zumo de naranja; el doctor Sawyer, un whisky con hielo, y Sofía, un diminuto vaso de vodka Starka totalmente escarchado. El timbre del teléfono que había al lado del sillón de Judd sonó cantarínamente. Lo descolgó, escuchó brevemente y lo pasó a Sawyer.

—Es de su oficina —dijo.

Sawyer cogió el teléfono.

—¿Diga?

La secretaria habla con voz compungida.

—Siento mucho tener que molestarle, doctor, pero he tenido la impresión de que se trataba de un asunto importante. Acabamos de recibir una llamada de un individuo del Departamento de Estado de Washington preguntando si la doctora Ivancich se encontraba con nosotros. Le he dicho que no.

—Muy bien —dijo Sawyer—. Además es cierto.

—Pero quieren ponerse en contacto con ella. Y me han preguntado si yo sabía dónde se encontraba. Les he dicho que no. Entonces me han preguntado por usted y yo les he dicho que estaba de viaje y que mañana le esperábamos de vuelta en la oficina.

—Muy bien —corroboró Sawyer. Dejó el teléfono y se dirigió a Judd.

—El Departamento de Estado busca a Sofía —dijo.

—¿Qué extraño! —repuso Judd—. ¿Tienes idea de por qué? —preguntó a Sofía.

Sofía se encogió de hombros.

—Se trata de vuestro gobierno. No tengo idea de cómo funciona. Muchas veces no sé ni cómo funciona el de mi país.

—¿Sacaste un visado para Estados Unidos en Bangladesh?

—No. He utilizado el visado de tiempo ilimitado que tú sacaste para mí hace años. —Calló unos momentos—. Pero al pasar por inmigración en el aeropuerto de JFK, di la dirección del Centro Médico Crane, Boca Ratón, Florida.

—Correcto —asintió Judd. Reflexionó un momento—. Habitualmente son los del Departamento de Inmigración los que se encargan de comprobar el paradero de los visitantes.

—Es lo que ha dicho ella —dijo Sawyer.

—Llámalas y pídele que trate de descubrir el nombre de la persona que ha llamado. Cuando tenga el nombre, yo pediré a los de Seguridad que investiguen su identidad. Si es alguien del Departamento de Estado, significa que algo se está tramando y quiero saber qué.

## ocho

La cena fue servida en una mesita redonda de una alcoba con ventanas de la biblioteca. Judd se dio la vuelta al entrar ella.

—Te has puesto el vestido blanco —dijo.

Ella sonrió.

—Lo han modificado un poco —contestó.

—No era necesario —replicó él—. Te hubiera podido mandar otro.

—Le tengo un cariño especial a este —indicó ella.

Él le dio una copa muy fría con vodka. Luego cogió la suya,

—*Santé*.

—*Santé*. ¿La Coca-cola de siempre? —preguntó ella, mirando la bebida que él tenía en la mano.

Judd se echó a reír.

—Yo le tengo un cariño especial a esta bebida. —La ayudó a sentarse a la mesa y después fue a colocarse en el extremo opuesto a ella—. No soy tan poco emocional como tú te imaginas.

—Lo siento —dijo ella—. No era mi intención herirte en tus sentimientos.

—No tienes por qué disculparte —repuso él—. Pero el que yo sea un soñador no quita nada a mi humanidad.

—Si no es eso lo que me preocupa —observó ella—. Humano lo eres, quizá demasiado.

—No te entiendo, chica —protestó él.

Ella sonrió:

—Ni lo intentes. Échale la culpa al hecho de que soy mujer.

—Muy bien —dijo él con cierto retintín—. Mi idea es que tomemos una cena ligera y no nos acostemos tarde. Ha sido un día de trabajo duro y mañana va a ser largo para ti.

La cena consistió en finas rodajas de pechuga de pollo con una salsa poco espesa, trozos de zanahoria cocidas al vapor y dejadas al dente, guisantes, todo eso acompañado de una ensalada con un trozo de queso de Brie. Él bebió agua y ella un poco de Chablis seco. No tomaron café.

—Excelente —dijo ella, empujando la silla hacia atrás—. He comido lo justo.

—¿Podrás dormir bien?

—Lo intentaré —contestó ella—. Si no puedo, tomaré una pastilla.

—¿Estás decepcionada? —le preguntó él, mirándola a la cara.

Ella se encogió de hombros.

—Pues no, la verdad. Ya te conozco lo bastante para saber que los detalles de la cuestión no te interesan.

—No te habrás enfadado, ¿verdad?

—No —dijo ella, alzándose de la mesa—. Tú lo dijiste un día, ¿te acuerdas? A pueblos distintos, vicios distintos.

—No, no es mi estilo —dijo él—. La frase debe de ser de Eddie.

Ella se echó a reír.

—Bueno: no importa quien la dijo. —Entonces le miró con atención—. Yo continúo interesada, ¿sabes? En follar, lo necesito.

—Amarinta... —comenzó a decir él.

Ella le atajó.

—No, no me interesa. Es a ti a quien quiero.

—Amarinta tiene un gran talento —continuó él—. Tiene unas manos pequeñas y suaves y con el puño cerrado puede entrar dentro de ti y llenarte más que un hombre.

—No, gracias —dijo ella—. Para eso tengo el vibrador. Esta noche me decido por el somnífero.

Él suspiró y se levantó de la mesa. La besó en la mejilla y la cogió de la mano.

—Ven. Te acompaño hasta el coche —le dijo.

El teléfono sonó al entrar él en su cuarto. Judd pulsó el botón del cuadro de los mandos y los altavoces de la pared hicieron clic.

—Crane al habla —dijo con voz absolutamente natural.

—Espero que no le haya despertado —pronunció la de Merlin.

—No —contestó Judd—. Aquí todavía son las once.

—Acabamos de hacer la transacción bancaria —informó Merlin—. El Transatlántico entregará mañana los quinientos millones. Al día siguiente se harán cargo ellos del resto de las operaciones.

—¿Cuentan con la aprobación del Ministerio de Justicia?

—Contamos con todos los requisitos —contestó Merlin—. Enviaremos cuatrocientos millones a la fundación. ¿Qué quiere que hagamos con el centenar que queda?

—¿A cuánto subirán los impuestos?

—A nada —dijo Merlin—. Todavía le quedan doscientos millones de pérdida personal que aducir como deducciones.

Judd reflexionó.

—Bueno: transfiera veinticinco millones a Médica Crane, como un préstamo personal y envíeme el estado de cuentas; los otros setenta y cinco millones repártalos entre mis cuentas bancarias de Suiza y de las Bahamas.

Merlin dijo con voz neutra:

—Médica Crane necesita más dinero que eso, pero usted es quien manda.

—Pues sí —dijo Judd secamente—. Es mi dinero.

Merlin no replicó.

—¿Qué más? —preguntó entonces Judd.

—Industrias Pesadas Mitsubishi nos ha hecho una oferta de un millardo y medio

de dólares por Ingenieros y Constructores Crane —dijo con voz lánguida.

—¿Cuál es su valor activo en este momento? —preguntó Judd.

—Limpias, el doble de lo que ellos nos ofrecen: tres millardos.

Judd reflexionó un momento.

—Comuníqueles que lo vendemos a cambio de dos millardos.

—Bueno: no voy a discutir con usted —dijo Merlin—. Comienzo a sospechar que se quiere deshacer de todo.

—Es posible —repuso Judd—. El dinero ha dejado de tener importancia para mí. Tengo mucho más del que necesito.

—Si aceptamos la oferta de Mitsubishi, perdemos un millardo de dólares —observó Merlin en tono escandalizado.

Judd replicó pacientemente:

—De conseguir los tres millardos, ¿cuánto nos harán pagar de contribución? —Tuvo la impresión de que realmente veía a Merlin haciendo funcionar el ordenador portátil que tenía al lado.

Merlin contestó al cabo de un breve momento.

—Entre setecientos y ochocientos millones de dólares.

—¿De qué nos sirve conseguir otro millardo en este caso? No vale la pena de rompernos el culo para que luego vengan los de la contribución a darnos la lata. Y por ese dinero son capaces de tenernos ligados cinco años. En cambio, si lo hacemos como propongo yo, está claro que hemos perdido, no se atreverán a discutir y solo perdemos, limpios, ciento sesenta millones, del capital de la fundación, y cuatro millones del mío personal.

Merlin no dijo nada.

—No se deprima —repuso con simpatía Judd—. Ya es hora de que nos saquemos de encima ciertas responsabilidades. A ver si disfrutamos un poco de la vida.

Por los altavoces llegó el suspiro de Merlin:

—Me parece que a su padre no le gustaría ver lo que está usted haciendo.

Judd replicó fríamente:

—Mi padre está muerto. Y yo tengo la impresión de haber jugado por suficiente tiempo el juego que nos montó. Todavía estoy vivo y quiero divertirme un poco.

—De acuerdo —contestó Merlin con desánimo—. Comunicaré su propuesta a Mitsubishi.

—Gracias. Buenas noches —dijo Judd.

—Buenas noches —se despidió Merlin.

Judd cortó la comunicación y atravesó el dormitorio hasta la ventana. Miró el oscuro mar. La luna había comenzado su ascenso y la luz apenas lo iluminaba. Judd comenzó sus ejercicios respiratorios. Sintió cómo los órganos del cuerpo aminoraban el ritmo de su funcionamiento.

Luego sintió, más que oyó, unos pasos muy leves en la habitación. Que llegaron hasta él. Dedos muy tenues y suaves comenzaron a desnudarlo. La camisa y los

pantalones se desprendieron volando de su cuerpo. Unas manos diminutas le condujeron a una pequeña plataforma un poco más elevada que el nivel del suelo, y de forma circular. Él no llegó a ver las manos, pero se sentó en su habitual posición de loto, de cara al cielo oscuro de las ventanas. Las luces de la habitación bajaron hasta conseguir el mismo tono que el de la luz nocturna. Una vela comenzó a brillar enfrente suyo, casi al mismo nivel de los ojos.

Él clavó la mirada en la llama hasta que su pálido resplandor comenzó a pesarle en los párpados. Dedos diminutos le bajaron los párpados, pero la luz de la vela permaneció en la retina. Los pasos se alejaron. Él se quedó solo y en silencio.

La mente recorrió todo su cuerpo. Sintió los dedos de los pies, los pies, luego las piernas. Los testículos y el pene estaban calientes y su tacto era suave, la ingle y el vientre estaban distendidos. El pecho se deslizaba con ligereza por encima de los pulmones y el suave latido del corazón resonaba en el oído de la mente.

No tardó en irse lejos; en marchar su conciencia. A unirse con la conciencia del cosmos, a formar parte de ella. La fuerza que tenía en su interior era la misma que la que existía en el exterior. En su mente y con su mente, arrancó a volar. Y se durmió en la infinita noche de su alma. Una estrella, otra, otra...

El reloj luminoso de la mesita marcaba las seis treinta. Sofía apretó el botón que había al lado y se descorrieron las cortinas. El sol ya lucía sobre el mar. Ella descolgó el teléfono.

—Buenos días, doctora —dijo Max.

—Pomelo, café, huevos revueltos con jamón. Mucho café.

—De acuerdo, doctora. Enseguida.

Ella colgó el teléfono y fue al cuarto de baño. Se roció con agua para quitarse el sueño de encima. Continuaba un poco entumecida después de la ducha con agua caliente y fría. Se ligó una toalla al cuerpo y volvió al dormitorio. El desayuno ya estaba servido.

Antes de sentarse se sirvió una taza de café. Era negro y fuerte. Lo apuró de un trago, se sirvió otra y se sentó cogiendo la cucharilla del pomelo.

Llamó el teléfono. No necesitaba levantarse de la mesa para contestar.

—Doctora Ivancich —dijo.

—Sofía —exclamó la voz de Sawyer—. Espero no haberla despertado.

—Estoy desayunando.

—He hecho un interesante experimento —dijo con voz animada—. He comparado los encefalogramas de los pasados cinco años con los resultados del *scanner* de la misma época. Los hemos convertido en una fórmula matemática y luego en un gráfico de ordenador. Y el resultado ha sido muy pareado al del *scanner*. He hecho la misma operación con los encefalogramas de ayer. Son interesantísimos, Sofía.

—Me gustaría verlos —respondió ella vivamente.

—Ya los verá —dijo él—. Ponga en marcha el televisor de su habitación. Está conectado con el ordenador central. Marque los números siguientes: 748 61 011 953. ¿Todo bien? —Y aguardó a que ella hablara.

—Ya está. Pero no sale nada.

—Abajo escriba la palabra Compuctrac.

La pantalla cobró vida. La imagen se parecía mucho a una suerte de *perscan*, colores incluidos.

—Ya lo tengo —dijo ella—. ¿Y ahora qué tengo que mirar?

—Voy a superponer el material nuevo sobre los viejos *scans*. No pierda de vista la raya azul del final.

—Ya la veo.

—Es la que indica el nivel de electricidad actual. Ahora fíjese en la correspondiente de ella que se ve en las otras cintas sobreimpresas. Se mueven con mayor rapidez, ¿verdad? Además el último *scan* de ayer da la impresión de ser más

grande.

—¿Sugiere que le ha crecido el cerebro? —preguntó Sofia con voz incrédula.

—No sé qué pensar, pero parece indicar que el peso del cerebro ha aumentado unos dos gramos. De ser cierto, se explica la relativa lentitud de los latidos. Está haciendo funcionar un número mayor de células del cerebro y, como es lógico, han tenido que generarse más células para soportar la carga.

—No acabo de comprender —dijo Sofia.

—Tenemos que andar con mucho tiento —urgió él—. Al fin y al cabo eso es solo una gráfica de ordenador. Pero se me ha ocurrido una cosa. ¿Usted sabe si Zabiski le inyectó células de su propio cerebro en la mezcla celular del tratamiento?

—No lo sé —dijo ella—. Esta parte del tratamiento la mantuvo en completo secreto. Nadie pudo verla trabajando.

—Es solo una idea —repuso Sawyer casi hablando solo consigo mismo—. Me gustaría hacerle un *scan* lo más pronto posible.

—Mostrémosle esto —sugirió ella—. A ver si está de acuerdo.

—¿Le verá hoy?

—Me imagino que sí —asintió ella—. Esta mañana comienzo a trabajar con las cintas grabadas por Zabiski. Se lo mostraré en cuanto le vea.

La pantalla se vació.

—Buena suerte —dijo Sawyer.



La luz del sol atravesaba los párpados de Judd. Abrió los ojos sin moverse de la dura cama en que yacía. La habitación le pareció borrosa; se le despejó la vista. Volvió la cabeza a un lado y vio a las dos muchachas sentadas en el suelo, junto a su cama.

Hablaron al unísono.

—Buenos días, maestro.

—Buenos días —contestó él con voz lenta.

—¿Ha viajado hasta muy lejos? —preguntaron ellas.

—Hasta muy lejos —susurró él.

—¡Qué hermoso! —dijeron ellas—. ¡Qué contentas estamos! Gracias, maestro.

Sus cuerpos desnudos, dorados por la luz del sol, relucieron al deslizarse corriendo hacia la puerta.

Él siguió tendido sin moverse en la cama. Al cabo de un breve instante le tembló el cuerpo. Pero no se movió. Le volvió a temblar. Oyó que se abría la puerta. No miró.

Amarinta, con su trajecito sin tirantes, se inclinó sobre él. Tenía los ojos húmedos y muy oscuros. Él volvió a temblar y la miró.

—Ha viajado mucho y ahora siente el frío del hielo del viaje —dijo ella—. Permítame que le caliente con mi fuego interior.

Él permaneció sin decir nada. La miró a los ojos, luego a su torso inclinado hacia

él. Vio cómo le cogía la verga erecta, y cómo con las yemas de los dedos le trazaba círculos sobre los testículos. Respiró hondamente, pero no dijo nada.

—Su fuerza es el canto duro de la palmera que se abre para que un riachuelo de amor brote entre mis dedos. —Tenía sus ojos fijos en los azules de Judd—. Se lo ruego, maestro —dijo con voz implorante—, acepte mis servicios.

Él no habló.

Ella se levantó el vestido hasta la cintura y se arrodilló en la cama, a horcajadas sobre el cuerpo de Judd. Sin soltarle el pene, se inclinó hacia atrás, sobre sus ancas, y hizo entrar la verga en su interior. En el acto las nalgas comenzaron a moverse en ritmo rapidísimo y orgásmico.

—¡Maestro! ¡Maestro! —gritó—. ¡Hágame un niño! ¡Por favor, hágame un niño!

Luego le miró a los ojos. Los de Judd continuaban lejanos y ciegos, detrás de una fina película que ella no logró atravesar.

—Maestro —dijo ella, gritando y con lágrimas en los ojos. Se apartó lentamente de él; ya no tenía la erección. Ella se arrodilló a un lado. Sus lágrimas caían ardientes en las manos de Judd.

—Siento mucho, maestro, no haberle hecho gozar.

Él la miró a la cara y le besó la cabeza.

—No te preocupes, criatura —dijo con ternura—. Gracias a ti he gozado. Soy yo quien no te hace gozar a ti.

Se incorporó en la cama.

—Prepara el baño, criatura —ordenó—. Jugaremos hermosos juegos en el agua, como si fuéramos niños.

—Pero no lo entiendo, maestro. Nunca eyacula cuando está en mi interior.

—No importa, criatura —dijo él—. La muerte solo llegará si yo le permito que entre dentro de mí.

—En mi tierra, maestro —explicó ella—, nosotros creemos que los hijos prolongan la vida.



Al entrar él en su despacho particular, sobre la mesa le aguardaba el acostumbrado vaso de zumo de naranja. Eran las once de la mañana y tenía la morena cara bañada de sudor que empapaba incluso el mono deportivo que llevaba puesto. Bebió el zumo y pulsó el botón que ponía en marcha los recados computerizados desde el ordenador central. Los recados eran de Merlin; del director de Control de Seguridad; del doctor Sawyer; de su madre, Barbara; del doctor Schoenbrun desde Brasil.

Apretó dos números más. La primera llamada era para Schoenbrun. El más importante de la lista. La llamada fue transmitida en el acto a través del satélite Crane. Miró la pantalla y vio el rostro de Schoenbrun.

—Doctor Schoenbrun —dijo.

El doctor alemán sonrió satisfecho.

—Buenas noticias, señor Crane.

—Estupendo —dijo Judd—. Me gustan las buenas noticias.

—El reactor nuclear ha sido transportado a su sitio —refirió el doctor—. Dos semanas antes de lo previsto.

—Le felicito, doctor —dijo Judd—. ¿Cuándo estará terminado?

—Dentro de dos meses, diez semanas quizá —contestó Schoenbrun—. Hay que instalar los cables y soldar el centro de la cúpula. Cuando esto esté hecho, una excavadora enterrará la instalación bajo la tierra. Árboles y arbustos crecerán encima y en menos de una semana ni la más perfecta cámara de satélite podrá detectarlo. Será como parte de la selva.

—Muy bien —dijo Judd—. ¿Y cuándo podrá apretarse el botón que encienda el reactor?

—Dentro de tres meses o de menos, tal vez. Cuando terminen todas las pruebas —contestó Schoenbrun.

—Solo yo podré ponerlo en marcha —dijo Judd.

—Por supuesto, señor Crane —dijo con voz suave el doctor Schoenbrun—. El proyecto ha sido factible gracias a usted y solo usted puede tener el honor de apretar el botón.

Judd calló en actitud meditativa unos instantes.

—El proyecto de Xanadú —se dijo como hablando consigo mismo—. Desde hace ya tres años.

—Correcto, señor Crane —asintió Schoenbrun—. Al principio confieso que no comprendí el significado de la palabra Xanadú. Pero luego lo supe al leer el poema. Su sueño es más grande que el de Kubla Khan.

—A partir de hoy quiero que me tengan al corriente semanalmente.

—Descuide, señor Crane —dijo Schoenbrun con una sonrisa satisfecha—. Nadie podrá imaginar su existencia. Es la central de energía nuclear mayor del mundo, enterrada en plena selva amazónica.

—Sin el trabajo del pionero Ludwig, el proyecto no hubiera sido factible —indicó Judd.

—Ha sido su gran talento, señor Crane, el que lo ha hecho factible. Me cuesta todavía creer que una central tan compleja haya podido ser automatizada hasta el punto que se requiera solo una persona para hacerla funcionar.

—No menosprecie su propio talento y trabajo, doctor Schoenbrun. Esperemos que el mundo tenga noticias de ello un día u otro. Que reconozca su mérito como lo reconozco yo —añadió Judd.

—Muchas gracias, señor Crane —dijo Schoenbrun. Vaciló un instante.

Judd se le adelantó, seguro de que sabía lo que iba a decir.

—Le serán transferidos cinco millones a su cuenta bancaria de Suiza, esta misma mañana. Los otros cinco millones llegarán cuando haya apretado el botón que ponga en marcha el reactor.

—Gracias, señor Crane —dijo Schoenbrun con casi una reverencia frente a la pantalla.

—Adiós, doctor Schoenbrun —se despidió Judd.

Apretó el botón y la comunicación fue cortada. Hizo pasar los otros recados por el computador y luego llamó al director de Seguridad. El director en persona acudió a la llamada.

—¿John? —dijo Judd—. Al habla Crane.

—Sí, señor Crane —contestó la voz del director de Seguridad. Era un hombre precavido—. ¿Hablamos a través del zumbador?

—Sí —contestó Judd—. Hable tranquilo.

—La doctora vuelve a estar en graves dificultades.

—Explíquese —ordenó Judd.

—Ahora está en cuatro listas —repuso John—. Rusia, Yugoslavia, China y la Mafia al servicio de Cuba. Es decir, cuatro de los más duros, cuatro ases casi invencibles.

—No lo comprendo. ¿Por qué ahora y no antes? Ha estado casi tres años en Bangladesh; allí la hubieran podido atrapar en cualquier momento sin dificultad.

—Por lo visto creen que ha huido con documentos importantes y secretos que acaban de darse por desaparecidos. Los documentos están relacionados con el trabajo de Zabiski, me imagino.

—Se debe referir a los que me dio Zabiski en persona —dijo Judd.

—No, esos no. Esos los tienen controlados. Le permitieron a Zabiski que se los entregara para que, a cambio, dejara regresar a Ivancich.

Judd no dijo nada.

—¿Dónde se encuentran los otros documentos? —preguntó al fin.

—Los tiene Ivancich, supongo. De lo contrario no la perseguirían con tanto afán. Me parece que lo mejor será que rodeemos la isla Crane de vigías. No tardarán en descubrir su paradero.

—¿Lo sabe el doctor Sawyer?

—Todavía no —contestó John—. Usted es el patrón. Usted es el primero en enterarse.

—No le diga nada al doctor, de momento —dijo Judd—. No quiero que se inquiete por eso.

Luego añadió:

—Pero no le pierdan de vista. Protéjanlo en secreto día y noche. No vayan a hacerle trizas convencidos de que tiene información.

—Sí, señor. ¿Y qué hacemos con la isla?

—Cuatro helicópteros armados sobrevolándola las veinticuatro horas del día. Ocho lanchas rápidas armadas en el agua durante todo el día, también. Y veinte de nuestros mejores tiradores en tierra, también todo el día.

—Necesitamos seis horas de tiempo para prepararlo —dijo John.

—Háganlo en dos horas. Seis puede que sea demasiado tarde —urgió Judd.

A través del hilo de teléfono llegaba la escandalizada voz de Sofia.

—¡La muy bruja! ¡Nos ha tomado el pelo a todos!

La voz de Judd contestó desde el otro cabo del hilo con suma calma:

—¿Qué has descubierto ahora?

—No pareces muy interesado —indicó ella—. Me parece que no has entendido lo que trato de decirte. La vieja no te dio la respuesta completa porque no quiso que la tuvieras.

—Tan tonto no soy —dijo él—. Eso ya lo sabía. ¿Por qué piensas que te pedí que vinieras? Porque pensé que parte de la solución la tenías tú. Está en lo que robaste de los archivos rusos, ¿no es así?

—¿Cómo te enteraste de eso?

—No te preocupes por detalles sin importancia —contestó él—. Media Europa del Este te persigue. No tienes más escondite que este, junto a mí.

—¿Son las últimas noticias del Departamento de Estado?

—En parte —dijo él—. Háblame de tus notas.

—Iré por ellas. Pero no bastará. Hay un tercer archivo. Aunque sospecho dónde está.

—A ver, dime —dijo él con voz neutra—. ¿Quién los tiene?

—El indio mencionado en tus notas. Y que no sale para nada en las notas archivadas por los rusos. La cosa tiene sentido. Tus notas son completas a partir de mil novecientos cincuenta y tres. Los rusos tienen las mismas, salvo que en ellas no hay mención del indio. Y las tuyas abarcan desde mil novecientos cuarenta y cuatro, año en que se apoderaron del laboratorio experimental alemán donde ella había trabajado.

—¿Zabiski trabajaba con los alemanes? —preguntó él con sorpresa.

—Sí —respondió ella tranquilamente—. ¿Qué te creías? ¿No capturaron los norteamericanos todos los hombres de ciencia alemanes que habían trabajado en misiles y se los llevaron a Estados Unidos?

—De acuerdo, de acuerdo —repuso él con impaciencia—. ¿A qué viene todo eso ahora?

—Los rusos se la llevan, junto a otros médicos, pero nunca lograron dar con el paradero de las notas que abarcan el trabajo desde el año mil novecientos cuarenta y uno hasta mil novecientos cuarenta y tres. Ella les aseguró que habían sido quemadas, junto con un hombre de ciencia indio que los nazis consideraron que no era de raza aria. Pero yo sospecho que ella logró liberarlo, al indio, con las notas antes de que llegaran los rusos.

—Entonces ¿cómo se explica que osara hablar del indio en las notas que tengo

yo? —preguntó Judd.

—Fíjate en un detalle de la copia original. Las notas en que se menciona al indio están escritas de su puño y letra con bolígrafo, en esa rara taquigrafía que se inventó para su uso particular. El resto de las notas están a máquina o escritas con pluma estilográfica. Yo supongo que lo del indio lo añadió en el avión antes de encontrarse contigo. También me imagino que el indio no debió de ser uno de los médicos regulares del personal de laboratorio. De alguna manera él fue una pieza imprescindible para que los experimentos salieran con éxito. Por eso lo salvó.

—¿Y qué fue del resto del personal? —preguntó Judd.

—En las notas del archivo ruso que está en mi poder se mencionan numerosos experimentos que se dejaron de lado al morir los doctores que los llevaban a cabo. Tenías razón en decir que era una mujer muy desconcertante —añadió Sofía al cabo de un breve instante de reflexión.

—Fue una mujer muy entera.

—Y un genio. Solo en ti depositó su confianza.

—Pero no la suficiente para llegar hasta el final, por lo que veo ahora —dijo Judd.

—No se atrevió a reunir todas las piezas del rompecabezas en una sola mano. Era demasiado peligroso, se arriesgaba a que cayera en poder de los rusos. No se fiaba del criterio ruso, de la utilización que harían de todo ello. En cambio, de ti estaba segura, en este aspecto.

Se calló unos momentos y luego preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Por qué no intentaste ponerte en contacto conmigo antes? —preguntó él.

—Lo intenté una vez. Pero no tenía mucho tiempo y no pude dar contigo. Yo tuve que regresar. Era todavía en los tiempos en que trabajaba como médico particular de Brezhnev. Al morir él, me mandaron a Bangladesh a trabajar en unos experimentos de nutrición que se hacen en una clínica infantil. Cuando recibí tu mensaje, me marché aquella misma noche. Si hubiera esperado unas horas, me arriesgaba a que ellos interceptaran tu recado y a que me mataran sin contemplaciones. Por muy útil que les resultara ya, todavía sentían que sabía demasiadas cosas.

Él no dijo nada.

Ella sintió de súbito un gran cansancio.

—Bueno: ya no podemos hacer nada más. Más vale que regrese. Quédate con todas las notas tú. De todos modos las ibas a tener después de mi muerte.

—Prefiero tenerlas mientras tú estás viva —dijo él bruscamente—. No quiero perderte ahora.

—¿Lo dices en serio?



El teléfono hizo un clic en su oído. Sofía colgó despacio el aparato y se puso en pie.

Llamaron a la puerta suavemente.

Ella abrió su bolso y sacó una pistola, modelo especial, de morro arremangado, marca Magnum, y la sostuvo firmemente con las dos manos.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy Max, doctora. —La voz llegó muy apagada desde el otro lado de la puerta —. El señor Crane me ha mandado que le subiera el almuerzo al despacho, señora.

—Pase —dijo ella con calma—. La puerta está abierta.

La puerta se abrió y ella vio cómo él se llevaba una mano al bolsillo. En su rostro se reflejó la sorpresa causada por el arma de Sofía. Fue el último objeto con que toparon sus ojos.

La bala de calibre especialmente grueso le empujó hecho trizas contra el hueco de la puerta, le hizo chocar contra el muro del pasillo y la sangre manó a borbotones sobre la pechera blanca de su uniforme. Dio una vuelta vertiginosa, intentó agarrarse con las manos a la pared y se desplomó contra el suelo, delante de las puertas de los ascensores. El disparo resonó por el pasillo como una explosión.

Sofía permaneció en el interior del despacho. La pistola continuaba en la misma posición, sujeta firmemente con las dos manos. Oyó pasos que se acercaban corriendo a ella desde el pasillo, y vio que se abrían las puertas del ascensor.

Eddie *el Rápido*, con el Colt en la mano, salió del ascensor saltando por encima del cadáver de Max; se arrodilló a su lado al mismo tiempo que un grupo de guardias de seguridad se le acercaban corriendo. Judd iba detrás de ellos y corría hacia el ascensor.

Sintió más que vio que se abría la puerta de la esquina del pasillo.

—Detrás tuyo —gritó a Eddie *el Rápido*.

Eddie *el Rápido* se dio la vuelta de un brinco, pero Sofía se le adelantó. Apretó el gatillo de su Magnum en el instante en que apareció Mae en el umbral con la pistola, de marca Uzi, en sus manos ya muertas. El disparo volvió a oírse como una explosión por todo el corredor. Mae se desplomó de espaldas en el interior de la habitación, y la Uzi cayó con estrépito de sus manos.

Eddie miró a Mae. Luego miró a los otros.

—También le dio —dijo lacónicamente.

Judd saltó sobre el cuerpo de Max y se acercó a Sofía. Se dio cuenta de la palidez mortecina de su rostro, de la tensión congelada de todo su cuerpo. Alargó la mano y le quitó la Magnum.

—Éramos nosotros quien debíamos protegerte —dijo con voz suave.

La tensión del cuerpo de Sofía comenzó a ceder, el miedo de sus ojos a disiparse. Suspiró con alivio.

—Me figuré que no había más remedio si querías vivir para siempre, Judd —repuso sonriendo muy levemente.

—No iban por mí —sugirió él como argumento en contra.

—Las balas tienen su manera peculiar de atentar contra la vida de las personas —

refirió ella—. Hay que ir con un tiento especial.

Judd observó la Magnum detenidamente. Empujó el cierre y abrió el cilindro. Puso el cañón boca abajo e hizo caer las balas en la palma de la mano. Había cuatro y dos cartuchos vacíos. Examinó las balas.

—Muy bonitas —comentó mirando a Sofía—. Las puntas son explosivas. Es una pistola muy especial. ¿De dónde la has sacado?

—De la KGB —contestó ella—. Tienen a un hombre que se especializa en este tipo de juguete.

Él asintió como si ya lo supiera.

—¿La tienes desde hace mucho tiempo?

—Diez años —contestó ella—. Es la primera vez que la uso, fuera de las sesiones de entrenamiento.

Él dejó caer la pistola y las balas en el bolsillo de su mono. Se dio la vuelta a ver qué pasaba en el pasillo. Llamó con un gesto a Eddie.

—Volvamos a mi despacho —dijo tomando de la mano a Sofía.

Ella se metió detrás de él en el ascensor. Eddie los siguió. Judd cubrió con la mano el botón antes de apretarlo.

—¿Quién de entre vosotros es el jefe de la vigilancia de este sector?

—Yo, señor Crane —indicó un hombre alto y robusto con canas en el cabello—. Oficial Carlin.

—Limpie todo esto, oficial Carlin —dijo Judd—. Cuando haya terminado, envíeme un equipo a inspeccionar la casita. Que lleven las cosas de la doctora Ivancich a mi apartamento.

—Sí, señor —repuso Carlin—. Siento lo ocurrido, señor Crane. No nos avisó nadie del peligro. Esa gente tenía los visados de control en orden.

—La culpa no es suya, oficial Carlin —notó Judd—. Ya hablaré con los del Control de Seguridad. —Apretó el botón y se cerraron las puertas del ascensor.

—Lo siento, señor Crane —dijo en voz baja John—. Tendrá que marcharse de la isla. No podemos garantizar su defensa si permanece en ella.

Judd miró en torno suyo. Estaban en la biblioteca. Merlin se había sentado al lado del director de Seguridad, John; delante de la mesa estaba Sofía, y el doctor Sawyer se había instalado en el sofá. Eddie se apoyaba contra el bar. Judd miró hacia las ventanas, al cielo negro de la noche. El mar estaba oscuro, amenazador; la luna se escondía tras las nubes.

—No sé cómo la pareja consiguió eludir las más estrictas medidas de seguridad, pero el hecho es que lograron pasar inadvertidos —continuó hablando John—. En su casita no hemos encontrado indicios de ninguna clase. Conjeturamos que tomaron contacto con su gente de La Habana. Las huellas digitales que recogimos del FBI los han identificado como parte de la primera expedición de refugiados que Fidel envió a Estados Unidos, hace diez años. —John hablaba en tono compungido—. No alcanzo a explicarme cómo no nos dimos cuenta de ello al hacer las averiguaciones de costumbre. Pero metimos la pata y ahora solo me queda por repetir, una vez más, que lo sentimos mucho.

Judd le miró con el rostro inexpresivo.

—Necesito pasar tres meses más aquí —dijo.

—Ni que instaláramos todo un ejército en la isla, conseguiríamos estar seguros, señor —indicó John—. Ellos pueden invadirnos a cientos en una noche. La única manera de protegerse es moviéndose.

Sofía se puso en pie y miró a Judd.

—Deja que regrese —dijo—. Es a mí a quien persiguen. Si desaparezco yo, tú podrás continuar con tus planes sin que vuelvan a molestarte.

Judd la miró.

—Te equivocas —replicó—. De ser eso verdad, ¿por qué infiltraron dos de sus agentes en la isla mucho antes que nadie sospechara que ibas a venir tú? Yo siento con certeza que van a por los dos, ya sea por separado o juntos. Pero nos quieren a los dos.

—Estoy de acuerdo con el señor Crane en este punto —indicó John—. El asunto va más lejos de su persona, doctora.

—¿Aunque regresara con todas las notas? —preguntó Sofía.

—Yo no sé nada de estas famosas notas —dijo John—. Pero conjeturo que, aunque se las entregara, ellos sospecharían que no es suficiente.

Sofía se giró a mirar a Judd.

—Lo siento —dijo.

—No lo sientas —replicó Judd—. No te olvides de que fui yo quien te invitó a

venir. ¿Cuándo cree que podremos transportar todos los aparatos a Xanadú? —preguntó a Sawyer.

—¿A Xanadú? —inquirió el doctor—. ¿Está ya listo?

—No del todo —contestó Judd—. Pero podríamos darles prisa. No creo que podamos conectarlo todo ahora, pero por lo menos podríamos instalar los aparatos.

Sawyer reflexionó:

—Dos semanas para desmontarlos, una semana para el traslado, dos o tres para reorganizarlo todo en Xanadú.

—¿Un mes y medio? —preguntó Judd.

—Más o menos —dijo Sawyer.

—¿Xanadú? —repitió Sofía desconcertada.

—Ya te contaré luego —la atajó Judd—. Al construir en la isla me di cuenta muy pronto que Zabiski se había equivocado en la localización. Su cálculo fue hecho según sus propios parámetros, como es natural. Se imaginó que la isla Crane se abriría al mundo, sería accesible como lo había sido su clínica. Y que tres millas de la costa era más que suficiente para protegernos de miradas indiscretas. Se equivocó. Y yo también. Al principio.

—¿Y entonces te pusiste a construir otro complejo que reemplazara a este? —preguntó Sofía.

Judd asintió en silencio y luego se volvió hacia John.

—¿No podríamos permanecer en la isla seis semanas más? —preguntó.

—No. —La respuesta fue tajante—. Es necesario moverse. Y que nadie sepa a dónde se dirige, ni cómo, ni cuándo se va.

—¿Y qué hacemos con el instrumental? —preguntó Judd—. Aunque me marche yo, los aparatos permanecen aquí y ellos pueden pensar que estoy en la isla.

—Les haremos saber que usted se ha marchado —dijo John—. Luego tenemos que actuar con ligereza y mucha astucia. Ahora se deja ver, luego desaparece como por ensalmo.

Judd no hizo ningún comentario. Merlin dijo, alzando las manos al cielo:

—¿Y qué hacemos con las empresas, con los negocios?

—Tenemos que encontrar la manera de mantener el contacto. Mientras tanto tenemos que deshacernos de todo, salvo de lo que está relacionado con la medicina.

—Echará a perder cuatro millardos de dólares o más —sugirió Merlin.

—¿Qué pueden importarle cuatro millardos de dólares o cuatro centavos a un muerto? —replicó Judd. Se volvió a John—: Comience las operaciones. Quiero marcharme de la isla mañana mismo.

—¿Cuál va a ser la primera parada? —preguntó el director de seguridad.

—Washington, D.C. —contestó Judd—. ¿Qué mejor atalaya puedo conseguir para ver el panorama que un encuentro con el presidente de Estados Unidos?

—Me gustaría hacerle un *scan* —dijo Sawyer—. En Washington podría hacérselo. Será cosa de diez minutos, podemos hacerlo antes del encuentro en la Casa

Blanca o después, cuando regrese al aeropuerto.

Judd se dirigió a John:

—¿Hay tiempo para eso también?

John asintió.

—Podemos arriesgarnos.

—De acuerdo, entonces —repuso Judd. Mantuvo la mirada fija en Sawyer—. ¿Han terminado las pruebas de reconstrucción química de las células?

—Sí —contestó Sawyer—. El departamento de ingeniería de la ADN me ha comunicado que ha salido perfectamente. No hay manera de distinguir las naturales de las artificiales.

Sofía miró a los dos hombres.

—Comienzo a sentirme como pez fuera del agua. Estáis mucho más adelantados que nadie en el mundo —dijo.

—No —replicó Sawyer—. En Moscú están trabajando en algo muy semejante.

—No sabía nada de ello.

—Por eso te debieron de enviar a Bangladesh. Pero si te quedas por aquí cerca, te pondrás rápidamente al corriente —dijo Judd.

—Hay que tener en cuenta una cosa, de todos modos —observó Sawyer—. No son más que pruebas hechas en el laboratorio. Las células no han sido aplicadas clínicamente a los seres humanos. Solo a ratas.

—¿Vas a aplicártelas a ti mismo? —preguntó Sofía a Judd.

—De momento, no —contestó este—. Lo mantenemos como reserva, por si fallara el resto.

—Me alegro —dijo Sofía—. Has hecho demasiados experimentos contigo mismo.

Judd miró rápidamente la hora.

—Es la una. Mejor será que nos vayamos a dormir un poco. Nos volveremos a ver a las siete.

Los hombres dieron las buenas noches; solo quedaron rezagados Sofía y Eddie, en compañía de Judd. Judd se dirigió a la mujer.

—Eddie te acompañará a tu habitación.

Ella se puso en pie, se encaminó hacia la puerta y luego se dio la vuelta y preguntó:

—¿Qué piensas hacer con las chicas?

—Las mandaremos de nuevo a su país —contestó Judd.

—¿Y Amarinta? —objetó ella con voz ansiosa—. Ella te ama.

Judd la miró a los ojos.

—¡Qué remedio! —dijo—. Bastantes problemas tendremos con protegernos a los dos. No podemos permitirnos el lujo de llevarnos más equipaje que el estrictamente necesario.

—¿Equipaje, Judd? —replicó ella con voz desafiante—. Hablamos de un ser

humano.

—Ya lo sé —dijo Judd tiernamente—. Pero prefiero saber que está en su casa sana y salva, que no arriesga la vida cerca de mí. Si encontramos problemas, la primera en caer será ella. Es un ser inocente, incapaz de defenderse.

Sofía respiró profundamente.

—Le vas a hacer mucho daño. No comprenderá tus razones. Llorará.

Los ojos de Judd se oscurecieron y le devolvió la mirada sin expresión en ellos.

—Más lloraría yo si muriera por mi causa —dijo.

—Tiene buen aspecto —dijo Barbara con los ojos fijos en la pantalla del televisor—. El tiempo no pasa para él. Ya sé que ha cumplido los cuarenta y nueve años, pero no lo veo nada cambiado desde cuando tenía cuarenta.

Sofía también miraba la pantalla.

—Físicamente no ha cambiado, por dentro sí. Psicológica y mentalmente. Parece muy retraído emocionalmente.

Barbara miró cómo Judd estrechaba la mano del presidente. El presidente saludó desde la puerta y luego desapareció en el interior. Judd bajó las escaleras y afrontó el grupo de periodistas.

—Ha sido una visita personal al presidente —dijo contestando a sus preguntas—. No hemos hablado de negocios.

—¿No ha preguntado al presidente qué opina de la venta de las Compañías de Ingeniería y Construcción Crane a los japoneses? —preguntó uno de los periodistas.

—No —contestó Judd—. El presidente tampoco lo mencionó. Son asuntos de los que se ocupa mi departamento legal y el Ministerio de Justicia.

—La impresión es que está vendiendo el capital activo de su imperio, señor Crane. La comunidad financiera está muy preocupada al respecto —dijo otro periodista.

—No veo por qué ha de estarlo —replicó Judd—. Es una de las muchas decisiones que he tomado; las empresas me pertenecen a mí exclusivamente; no afectan a la bolsa ni a ningún otro sector de la comunidad financiera.

—Sus compañías son consideradas como las que más beneficios producen en el mundo —dijo el corresponsal del *Wall Street Journal*—. ¿Por qué se deshace de ellas, entonces?

Judd se dirigió a este corresponsal en concreto y dijo:

—¿Le parece excesivo si le digo que tanta responsabilidad comenzaba a pesarme? ¿Que no me dejaba tiempo para mi vida personal? ¿Que el único motivo que me mueve a deshacerme de ellas es mi deseo de llevar mi vida de acuerdo con mis deseos naturales?

—¿Qué planes tiene para el futuro? —preguntó el periodista.

—Tengo muchos planes —contestó Judd—. Pero lo primero es lo primero. Tengo que arreglar unos asuntos. Luego me dedicaré a poner en práctica mis planes.

—¿Ha hablado de ellos con el presidente?

—Ha sido una visita personal. No puedo decirles más —refirió Judd. Luego hizo una breve pausa—. No quiero continuar hablando, señores. Muchas gracias.

Cruzó el grupo de periodistas, se metió en el coche que le aguardaba y desapareció detrás de los cristales negros de las ventanillas. El automóvil arrancó

lentamente.

Barbara apagó el televisor.

—Eso es todo —dijo—. No les ha contado nada.

—No cuenta nada a nadie —indicó Sofía—. Ni a Merlin ni al doctor Sawyer.

Barbara se acercó a la cajita de la mesa en cuyo interior había las *cassettes* y las libretas de las notas.

—¿Eso es lo que te ha pedido que le entregues?

Sofía asintió en silencio.

Barbara la miró a los ojos.

—¿No crees que deberías decirle lo del niño?

Ella sacudió la cabeza en señal negativa.

—Me da miedo ese hombre, la verdad. Me da miedo lo que puede pensar si se entera. Nadie sabe qué tiene en la cabeza. Puede que esté al borde de la locura.

—Puede que el niño le obligue regresar a la realidad —replicó Barbara.

—Me da miedo arriesgarme a nada con él —confesó Sofía—. ¿Qué harías tú?

Barbara suspiró:

—Es triste. Muy triste, el chico es precioso. Tiene el mismo azul cobalto de los ojos de su padre.

Los ojos de Sofía se llenaron de lágrimas.

—Me gustaría verle. Pero no puedo, si lo hiciera no podría volver a dejarlo. —Aspiró con fuerza—. Quizá más tarde. Quizá un día Judd será capaz de comprenderlo.

Barbara asintió demostrando su acuerdo.

—¿Dónde está ahora Judd?

—No lo sé, no nos cuenta nada —contestó Sofía—. Los de Seguridad se encargarán de llevarme adonde se encuentre.

Barbara miró por la ventana del cuarto donde tomaban el desayuno y miró las luces que, cual collar de perlas, festoneaban el puente de la Puerta Dorada. Volvió a mirar a Sofía.

—¿No sabes realmente dónde está Judd? —preguntó.

—En serio que no —contestó Sofía—. Solo sé que le iban a hacer un *scan* del cerebro. Nada más. —Sofía permaneció unos segundos con expresión meditabunda—. ¿Xanadú? ¿Sabes tú algo de Xanadú?

—¿Xanadú? —repitió Barbara—. ¿No es uno de los hoteles de placer que construye la compañía? En Brasilia, creo.

—No es un hotel —dijo Sofía—. Del contexto de las conversaciones donde ha sido mencionado, se deduce que es una especie de laboratorio. En él piensan instalar algunos de los aparatos de la isla.

—De eso no sabía nada —repuso Barbara—. ¿No se lo has preguntado?

—Sí, pero siempre me ha contestado lo mismo, que a su tiempo ya me lo diría.

—Bueno: a esperar, es lo que te toca con él. Yo ya me he acostumbrado a ello. De

niño tampoco hablaba; si no quería hacerlo, no había manera de arrancarle una palabra.

El teléfono hizo una suerte de zumbido. Se oyó una voz por el interfono.

—Ha llegado el coche de la doctora.

—Gracias —dijo Barbara—. Bajaré enseguida.

Sofía la miró con ojos inciertos.

—¿Tienes una fotografía del niño?

Barbara asintió en silencio. Abrió un cajón de una pequeña cómoda. La fotografía estaba dentro de un marco de plata. Se la dio a Sofía.

Sofía la examinó detenidamente.

—Cómo ha crecido —dijo en un susurro.

—Tiene ya casi tres años —indicó Barbara—. Aunque es muy alto por la edad. Y muy inteligente.

—Se parece mucho a Judd —comentó Sofía.

—El padre debiera saberlo.

—No me lo perdonaría jamás —dijo Sofía—. Sobre todo el que haya acudido a ti sin enterarse él.

Devolvió la fotografía a Barbara.

—Quédatela —dijo ella—. Tengo más.

Sofía meneó la cabeza con tristeza.

—En mi vida no puede haber secretos. No puedo ocultar nada sin que Judd no lo descubra. Algún día, quién sabe, tal vez pronto, podré decírselo. Ahora no.

De un impulso Barbara abrazó a Sofía. La besó en la mejilla. Estuvieron un momento llorando juntas.

Sofía cogió la cajita de las notas. Procuró dominar su voz.

—Nunca podré agradecerte todo lo que has hecho por mí.

Barbara no pudo contestar. Observó cómo Sofía salía del cuarto y luego puso la fotografía sobre la mesa. Se la quedó mirando un largo rato. Se tapó la cara con las manos.



Dos agentes esperaban a Sofía junto a la puerta de la calle. Se pusieron a ambos lados de la mujer y caminaron a su paso. Otro agente los aguardaba con la puerta del automóvil abierta. Ella se metió en el coche y observó que había otros dos apostados, uno detrás, otro delante. En cada uno iban otros cuatro agentes.

Sofía se arrellanó en el asiento. Los dos hombres que la escoltaban se sentaron a su lado. El que le había abierto la puerta del coche se colocó junto al conductor después de cerrar rápidamente. Los cuatro se pusieron en marcha suavemente.

—Me llamo Brad, doctora —indicó el agente de su derecha—. Mi compañero se llama Lance. La escoltaremos en el avión de Los Ángeles.

—¿A Los Ángeles vamos? No lo sabía.

—De hecho aterrizaremos en Ontario. El aeropuerto de Los Ángeles está lleno. —Empujó la silla plegable y se sentó en ella, para mirar de cara a Sofía y por la ventanilla de detrás—. Estaremos más cómodos. ¿Son las notas? —preguntó indicando la cajita.

Sofía asintió.

—Déjela en el coche cuando baje para subir al avión —dijo el agente con voz cortante—. Será entregada al despacho.

—De acuerdo —asintió ella. Vio la señal que marcaba la dirección hacia el puente de Bay—. ¿Nos dirigimos al aeropuerto de Oakland?

—Sí —dijo él—. Nos espera un avión.

Veinte minutos más tarde, el coche entraba por la puerta de alambre de las pistas particulares. Merodearon por diversos hangares y se detuvieron frente a un reactor Lear. Ella fue a abrir la puerta del coche.

Brad la detuvo, cogiéndole la mano.

—Un momento, por favor —dijo.

Ella miró por la ventanilla. Junto al avión había un grupo de hombres que presumió serían más agentes de seguridad. Dos de los que iban en los otros coches de la escolta se apearon y hablaron brevemente con los hombres apostados. Luego uno de ellos subió al avión. Desapareció unos minutos y reapareció por la portezuela e hizo una señal a Brad.

—Podemos bajar —dijo Brad, abriendo la puerta y saliendo primero.

Ayudó a Sofía a bajarse y la siguió deprisa hasta la rampa del aparato y hasta su interior. Enseguida dio media vuelta y volvió a salir. Antes de volver a bajar dio una palmada a su compañero que esperaba a entrar, junto a la puerta. Cuando hubo bajado, Lance se metió en el interior del avión. La escalera se alzó y la puerta se cerró automáticamente.

Sofía se había sentado en el primer asiento de la pequeña cabina y miraba por la ventana. Vio cómo dos hombres de la vigilancia se metían en el coche en que había venido ella. El coche se alejó en el instante en que comenzaron a rugir los motores del reactor. Al poco rato el avión corría hacia la pista.

Sofía miró la hora. Eran las diez menos diez. La señal de abrocharse el cinturón se encendió. Se abrochó el cinturón. El avión ya entraba en la zona de despegue de la pista, cogía velocidad y comenzaba a elevarse por el cielo. Las luces de San Francisco quedaban atrás. Ella se arrellanó en la butaca; estaba cansada.

—¿Cuánto tiempo tardaremos? —preguntó.

—Una hora, más o menos —contestó Brad.

—¿Y a dónde nos dirigimos?

—No lo sé —dijo Brad—. Las órdenes son de entregarla a otro equipo de agentes.

Ella volvió a mirar por la ventana. Cerró los ojos y comenzó a adormecerse. Sintió una punzada en el antebrazo. Giró la cabeza asustada. Miró la cara de Brad.

—¿Y esto qué ha sido? —preguntó.

—No tema —contestó él con voz comprensiva—. Una inyección para que duerma mejor.

Enseguida se durmió.

sofía abrió los ojos lentamente. Al principio lo vio todo borroso, luego la vista se le despejó de golpe. Alzó los ojos y miró el azul cielo del techo, después la reluciente luz del sol de las ventanas. Antes de ver a la enfermera, supo que se encontraba en un hospital por el olor.

La enfermera era una delgada muchacha japonesa, de uniforme blanco y con una larga y sedosa cabellera que le caía hasta los hombros. La enfermera le sonrió y se puso al lado de su cama. En su gorra blanca relucía la cabeza de un alfiler.

—Buenos días —dijo con voz suave y sin acento, de tonalidad norteamericana. Descolgó el teléfono de la mesita de noche—. Doctor Walton —indicó—, su paciente ha despertado.

Se dirigió al pie de la cama y pulsó un botón. La cabecera se elevó y Sofía se encontró semiincorporada confortablemente.

—¿Se siente cómoda? —preguntó la enfermera y luego añadió—: No tema. Somos amigos. —La enfermera sonrió de nuevo—: Un vaso de zumo de piña fresco la reanimará.

Sofía miró cómo se encaminaba a la pequeña alcoba. Como sacaba de la nevera un tazón de vidrio escarchado lleno de trozos de piña. Metió la piña en un triturador de verduras y al cabo de un instante le dio a Sofía un vaso de zumo de piña muy frío.

El zumo la refrescó. A Sofía le supo bien el líquido fresco y dulzón, y apuró el vaso. No recordaba que se hubiera deshidratado hasta aquel punto. La enfermera, como leyendo los pensamientos de Sofía, repitió toda la operación sin decir una palabra y le dio otro vaso de zumo frío.

Esta vez Sofía lo bebió más despacio. A la vez que miró en torno suyo. La habitación no era la corriente de un hospital: las paredes estaban pintadas de un suave color azul, adornadas con pinturas de paisajes tropicales, las mesas eran de lucita, había sillones cómodos y una butaca diseñada especialmente para leer.

Sofía se dirigió a la enfermera:

—¿Y el cuarto de baño?

La enfermera abrió una puerta. Sofía vio los azulejos de dibujo tropical. Hizo un gesto para levantarse.

—Si se le va la cabeza —dijo la enfermera—, avísame y la ayudaré.

Sofía sacudió la cabeza.

—Me parece que no. —Se sentó en la cama, agarrándose con las manos en el borde un momento—. Puedo caminar —dijo por fin.

—Tiene tiempo de sobra para tomar una ducha, si le apetece —le dijo la enfermera—. El doctor Walton todavía estará en el quirófano unos diez minutos.

Sin sentirse del todo segura, Sofía se puso de pie y miró por la ventana a la vez

que se encaminaba con pasos lentos hacia el cuarto de baño. Afuera se veía una larga y vasta playa blanca, con una carretera que corría a lo largo, bordeada de palmeras. Y en la curva de la carretera, un grupo de rascacielos blancos. Sofía se dirigió a la enfermera.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó medio en broma—. ¿En Santa Mónica?

La enfermera hablaba con voz totalmente norteamericana, pero se reía con una risita típicamente japonesa.

—Está muy lejos de Santa Mónica —dijo con un gesto hacia la ventana—. ¿Le parece que es como Santa Mónica?

—No lo sé —dijo Sofía—. No he estado nunca en Santa Mónica.

La enfermera señaló con el dedo:

—Aquella colina que baja al mar es la Cabeza del Diamante.

—¿Estamos en Hawai? —preguntó, asombrada, Sofía.

—En Honolulu —precisó la japonesa—. Su cuarto está en el centro de la playa de Waikiki.

Sofía miró la playa unos instantes, después se volvió de nuevo hacia la enfermera.

—¿Desde cuándo estoy aquí?

—Yo he entrado a trabajar esta mañana a las siete, y usted todavía no se había despertado. —La pequeña enfermera se echó a reír—. Según la gráfica ingresó en el hospital a las dos de la madrugada.

—No me acuerdo de nada —indicó Sofia.

—La enfermera que hacía guardia esta noche me ha dicho que la trajeron dormida. —La enfermerita volvió a reírse—. Debió de ser la fiesta de despedida calculada para acabar con todas las despedidas, señora Evans.

Sofia la miró sin decir nada. ¿Conque señora Evans, eh? Bueno: sonaba bastante parecido a Ivancich.

—Una ducha me despejará —repuso con voz resuelta.

—Sí, le sentará bien —asintió la enfermera—. Mientras tanto le encargaré el desayuno. Huevos revueltos, jamón, tostada y café. ¿Le apetece?

—Mucho café —pidió Sofia—. Y muy fuerte.

La japonesita volvió a reírse.

—Nuestra especialidad es el café fuerte, señora Evans —dijo—. Café de Kona, el más fuerte del mundo. Se cultiva en Hawai.

—¿Me dará tiempo de todo antes de que aparezca el doctor?



Tomaba la tercera taza de café cuando el doctor llamó a la puerta. Abrió la enfermera. Sofia oyó su voz antes de que se dejara ver en la habitación.

—Vete a descansar un ratito, Jane —decía con voz ligeramente conocida. Te llamaré en cuanto haya terminado de hablar con la señora Evans.

El médico entró y cerró la puerta.

—¿Ha descansado, señora Evans? —preguntó con una leve sonrisa.

—¿Brad? —inquirió ella con sorpresa.

—Doctor Walton —rectificó él.

—¡Vaya jugarreta! —dijo ella—. Me han tratado como a una niña. Me lo hubieran podido advertir.

—Pensamos que estaría más segura si la inmovilizábamos, y no la dejábamos corretear de un lado para otro. Nos ahorrábamos el riesgo de un reconocimiento accidental, ya sabe. La mejor manera de convertirse en invisible es tumbándose en una camilla y tapándose con una sábana blanca. ¿No cree?

—No nos seguía nadie —objetó ella.

—Gracias a nuestro amigo —dijo él—. Él logró despistarlos. Fue seguido por un grupito de agentes con la esperanza de que a través de él darían con el paradero de usted. Por suerte, el blanco no era él, sino usted.

—¿Qué es usted: agente o médico?

—En realidad soy médico —contestó él—. Me entretengo y distraigo haciendo horas extras como agente.

—Bueno. ¿Y ahora qué?

—Trataré de explicárselo sencillamente. El gobierno de Estados Unidos ha ideado un programa especial en colaboración con el Departamento de Estado, Ministerios de Justicia y de Defensa, respectivamente. Cada uno de ellos requiere, por motivos particulares suyos, un cambio de identidad. Bienvenida al nuevo programa, señora Marissa Evans.

Sofía le miró con expresión asombrada.

—¿Ha sido nuestro amigo quien ha dispuesto todo esto?

—Sí.

—Pero ¿cómo? ¿No es un programa del gobierno?

—Su amigo es persona influyente —indicó Brad—. Y el gobierno está de acuerdo con él en que usted es persona altamente cualificada para los servicios del programa.

—¿O sea, que usted es agente del gobierno? —concluyó Sofía.

—En realidad, no —contestó él—. Dejémoslo en que es otra ocupación de las que hago para distraerme.

Ella guardó silencio un breve momento; luego se puso en pie y se dirigió a la ventana. Sin girar la cabeza, habló:

—Cuénteme más cosas sobre mi nueva identidad.

—La hemos cambiado totalmente, en el nivel físico, personal y ambiental. El cambio es cosmético, no basta. Un ademán de la mano, o un gesto al caminar, o al hablar, podría traicionarla ante un experto. De modo que le enseñaremos una forma distinta de comportamiento. Y finalmente la trasladaremos a un ambiente distinto del que está habituada, donde vivirá una nueva vida que le permitirá vivir con seguridad, sin correr riesgos. Lejos de los peligros que la amenazan en este momento.

Ella continuó hablando sin volverse para mirarlo.

—¿Quiere esto decir que no podré volver jamás a mi estado antiguo? ¿Junto a ninguna persona conocida, a nada que yo haya querido previamente?

—Exactamente —contestó él.

Entonces ella se dio la vuelta y le miró fijamente a los ojos:

—¿Qué pasaría si yo me negara a cambiar de personalidad? ¿Si dijera que me gusto tal como soy?

—No se encuentra en prisión —reconoció él—. Puede salir por esta puerta en cuanto quiera. Pero recuerde una cosa: nosotros le garantizamos la vida, mientras que los otros métodos significan correr un riesgo.

Ella permaneció callada, observándole.

—Y, por supuesto, se encontrará totalmente a solas. Nadie ni nada podrá acudir a su lado para ayudarla.

—¿Ni nuestro común amigo? —preguntó ella—. ¿Él está de acuerdo con todo eso?

—De él yo no puedo responder —contestó él—. Yo me limito a ser el portavoz del programa.

Sofía le miró a los ojos.

—Yo también soy médico de profesión —dijo hablando despacio—. Toda la vida he ejercido la profesión, intentando hacer retroceder los límites de la existencia humana. Si su programa no me permite trabajar para convertir el sueño en realidad, la vida, la seguridad, carece de sentido para mí.

—Su trabajo es una de las primeras cosas de las que tendrá que deshacerse. Sería la peor trampa mortal. Digo mortal en serio. —Guardó silencio un breve momento. Al volver a hablar lo hizo con voz suave—: La comprendo perfectamente, doctora. Pero le ruego que antes de rechazar el programa, reflexione sobre él detenidamente. En la vida hay otras cosas también muy hermosas.

Ella contestó con voz tajante:

—Para mí, no.

—Bueno: usted es quién decide —repuso él—. Pero permítame ayudarla, por lo menos. Con alguna que otra sugerencia.

—¿Cómo cuál? —preguntó ella.

—Si sale tal cual, darán con usted en menos de tres días de haber salido a la calle. Le sugiero que se haga unos pequeños cambios de cosmética. Un pequeño tirón de la piel, un retoque de la nariz y de los ojos. Revestiremos y recortaremos los dientes de delante. Le disfrazaremos los ojos con lentes de contacto oscuras, le cortaremos el pelo rubio y se lo rizaremos y teñiremos de color castaño. Le enseñaremos cómo maquillarse para no desentonar con el nuevo color de su cara. —Hizo una breve pausa—. No será la solución perfecta, pero le dará cierta ventaja. Por lo menos tendrán que fijarse un poco más en usted, para reconocerla. Sobre todo si se adapta a su nueva identidad. El cambio de *status* que le hemos hecho también le ayudará. Tiene un nuevo pasaporte, crédito de hace muchos años en un banco conocido,

tarjetas de crédito en diversos almacenes, un nuevo título de conducir. ¿Qué más quiere?

—¿Y le está permitido hacerlo a pesar de que yo me niego a seguir el programa del gobierno?

Él vaciló unos instantes antes de contestar:

—Oficialmente, no.

—¿Por qué lo hace, entonces? —preguntó ella.

—Conozco un poco su trabajo —contestó él—. Y yo la respeto. Usted es médico de verdad. Sería una desgracia terrible si su trabajo se perdiera.

Ella bajó los ojos y se miró las manos.

—Gracias, Brad —dijo—. ¿Cuánto tiempo necesitará la transformación?

—Diez días. O menos, quizá. Depende de lo rápido de la cicatrización.

Ella respiró con fuerza.

—De acuerdo. ¿Cuándo comenzamos?

—Mañana por la mañana.

Al norte de Malibú, cerca de la carretera que bordea la costa del Pacífico, hay una pequeña playa llamada la Cala del Paraíso. En vacaciones y durante los fines de semana, la carretera sin asfaltar que llega hasta ella está llena de camionetas y de coches aparcados conducidos por personas en busca del sol y de un poco de *surfing*. Hay además un pequeño restaurante para los que llevan cierta cantidad de dinero, lo que significa que normalmente solo sirve a personas de media edad, mientras que los más jóvenes prefieren disfrutar del sol y de las olas. Se llevan sus propias cestas con comida o merodean por los tenderetes de las *pizzas* y de los perros calientes que se instalan junto al aparcamiento no autorizado.

Era un sábado, por la tarde, cerca de las tres, y el sol comenzaba a pasar a la mitad occidental de la bóveda celeste, desde donde tostaba los cuerpos y encendía de resplandor la arena de la playa. En el agua no había muchos *surfers* porque apenas había olas. Por la parte del norte, en un islote rocoso que salía casi perpendicularmente del fondo del mar, parejas de todas clases estaban haciendo el amor, escondidos en los distintos huecos y rincones de las rocas. De vez en cuando sonaban los graznidos estridentes de las gaviotas por encima del murmullo de voces general, de los bañistas y de las olas que suavemente llegaban a la playa.

Del cielo llegó un ruido distinto. Los motores de un helicóptero. Los nudistas se apresuraron a ponerse los bikinis y las chicas a ajustarse los sostenes. Todos levantaron la cabeza para mirar. Un murmullo de decepción recorrió la playa al leerse la inscripción pintada en uno de los lados del aparato: «La Iglesia de la Vida Eterna.» De los altavoces llegaron palabras prometiendo vida eterna y el helicóptero sobrevoló el islote de roca. «¡La Iglesia de la Vida Eterna os ofrece paz!» Pronunciadas estas palabras, el aparato desapareció de la vista.

Los bañistas reprendieron sus actividades. Los nudistas volvieron a desnudarse, las chicas a quitarse el sostén y exhibir sus senos juveniles al sol. Una voz invisible resonó airada desde uno de los huecos del islote:

—¡Me lo has tirado todo a la cara, puerco! —Era la voz de un chico.

—Imbécil —contestó otra voz más profunda—. ¿Por qué giraste la cara?

—Porque pensé que era el helicóptero de la policía —se lamentó la primera voz. Entonces se oyó una sonora bofetada.

—Calla ya —dijo la segunda voz. La playa volvió a sus ruidos normales.



Judd, Eddie *el Rápido* y John estaban sentados en círculo mirando una pantalla de televisor de un metro y medio de ancho. Por debajo de los pies estaba el cable que la conectaba con la cámara del video y otro conectado con las lentes telescópicas; junto

a la pantalla había un micrófono que coordinaba la imagen.

El operador de la cámara de video les dijo sin girar la cabeza:

—El helicóptero aterriza. ¿Quieren que lo enfoque de cerca?

—Sí —contestó Judd. El grupo fijó los ojos en la pantalla.

Por los altavoces llegó el zumbido de las hélices del aparato que se deslizaba despacio hacia un punto marcado por un círculo que se encontraba a unos cien metros sobre el borde del islote de rocas; una tenue nube de polvo se alzó de entre las hojas de la hélice. El motor se paró y las hélices dejaron de girar. Entonces llegaron al altavoz los cantos de un grupo de jóvenes a la vez que una pequeña escalera comenzaba a desenroscarse y a descender del aparato hasta el suelo.

Primero hicieron aparición dos jóvenes altos envueltos en largas túnicas grises, que se dispusieron a bajar por la escalera. Cuando hubieron llegado al suelo, se dieron la vuelta, se arrodillaron y con la cabeza tocaron el suelo, de cara a la puerta del helicóptero. Al cabo de un instante apareció el maharishi en persona. Más alto que los dos altos jóvenes anteriores, su melena gris ondeó movida por la brisa, le acarició el rostro majestuoso, mientras él permanecía callado escuchando las voces que cantaban.

—Abra más la imagen —ordenó Judd—. Quiero ver a las chicas.

La imagen se abrió hasta llenar la gran pantalla. Había catorce chicas, vestidas con *sari* de seda natural violeta. Todas llevaban el pelo largo entrelazado con flores blancas, y en la mano una cesta de flores. Cantaban con voces muy dulces y la melodía resonaba ondulante a través de la brisa.

—*Hare Krishna, Hare Krishna.*

El maharishi, todavía en medio del hueco de la puerta, las miró y alargó los brazos hacia ellas. Habló con voz tierna y rica de tonalidades:

—La paz sea con vosotras, criaturas.

Las muchachas se arrodillaron e inclinaron las frentes hasta tocar el suelo.

—La paz que nos da el Padre —salmodiaron en coro—. El amor que nos viene del Padre.

El maharishi aceptó el saludo y les rogó que se levantaran. Entonces comenzó a descender por la escalera del aparato. Las muchachas se le acercaron corriendo y comenzaron a arrojar flores para marcarle el camino. Los dos jóvenes anteriores arrancaron a andar detrás del maharishi.

—¿Está ella? —preguntó Judd a John.

—Sí —contestó John. Y dirigiéndose al cámara añadió—: Enfoque de cerca a la chica de en medio de la derecha.

Una de las muchachas llenó toda la pantalla. Era bonita, pero muy parecida a las otras.

—¿Cómo puede estar seguro? —preguntó Judd—. Si todas son iguales.

—Fíjese bien —recomendó John.

Miraron un momento con atención y la muchacha pareció tropezar. Le cayó una

flor del pelo y, al agacharse a recogerla y volvérsela a poner, medio giró la cabeza y miró la cámara como si lo hiciera a propósito.

—Es ella —dijo John con voz inexpresiva—. Estaba seguro de que estaría en el grupo. Alana es seguramente la mejor de las muchachas con que contamos.

Judd la miró un rato más.

—¿De dónde la sacó? —preguntó.

—La encontré en el Departamento de la Policía de Nueva York; era de la secreta de un barrio. Y querían que se pusiera a trabajar en la oficina, cosa que a ella no le hacía ninguna gracia. A la chica le gusta más la acción. Por eso se vino con nosotros.

—Es joven —observó Judd.

—No tanto. Tiene veinticinco años —dijo John.

—Eso es joven —repuso Judd. Descolgó el teléfono que comunicaba con el piloto—. Vuelva a la base.

John le miró con sorpresa:

—¿No le interesa observar la casa y la finca?

—Lo tenemos ya grabado en cinta, ¿no es eso? —dijo Judd.

—Sí.



Las oficinas se encontraban ubicadas en la decimoctava planta de un edificio de cristal en pleno Century Boulevard, muy cerca de la entrada del aeropuerto de Los Ángeles. La sala de reuniones era una pieza del medio sin ventanas. En el centro de la habitación había una mesa grande, totalmente recubierta de una maqueta hecha con *papier maché* que representaba un mapa en relieve de la finca propiedad de la Iglesia de la Vida Eterna.

John iba señalando diferentes puntos con un puntero de madera.

—La escala del mapa es de dos centímetros y medio por medio kilómetro. La raya roja marca los límites de la propiedad, desde el islote hasta las puertas que dan al desvío particular de la carretera de la Costa.

»Observarán dos círculos amarillos. El mayor señala el límite del islote, donde aterrizó el helicóptero. El menor es el límite de la zona abierta, por donde están las puertas de la carretera. Las rayas amarillas son nuestros blancos de aterrizaje.

—¿Por qué no volamos las puertas y entramos por ellas? —preguntó Judd.

—Porque no es fácil —contestó John—. Hay tres pistas de barras rodadizas hechas de acero endurecido, de cinco metros de altura, que se abren en direcciones contrarias las unas a las otras, una a la derecha, la siguiente a la izquierda, hasta el final. Están electrificadas y conectadas con una alambrada colocada sobre el muro de piedra que rodea toda la finca. Están, además, colectadas con la policía y los bomberos de Malibú y de Trancas. El maharishi ha tenido mucho empeño en legalizar correctamente la situación. Y ni que decir tiene que sus relaciones con las autoridades locales son cordiales.

—¿Entonces cómo vamos a entrar? —preguntó Judd—. ¿Con paracaídas?

—No —contestó John—. Primero, porque se oirían los aviones; segundo, porque necesitaríamos volar a bastante altura para prepararlos y hacer que aterrizaran en los puntos deseados. Tenemos que acercarnos por lo bajo y en silencio.

—De acuerdo —dijo Judd—. Pero ¿cómo?

—Planeadores a mano.

—Muy buena idea —repuso Judd.

El puntero tocó un pico de la parte opuesta de la carretera de la Costa, un poco al norte del retiro.

—En este pico hay una pequeña meseta, a unos dos kilómetros sobre el islote —prosiguió John—. Sé de diez pilotos que me aseguran que pueden hacerlo.

—Pero necesitarán que el viento sople en la buena dirección —observó Judd—. Bajarán sin dificultad, pero si no logran coger la corriente del viento, no podrán alzarse.

—Tengo dos catapultas instaladas. Los catapultaremos como a un avión en un portaaviones. Se alzarán sin dificultad —dijo John con cara satisfecha—. El otro problema es el de las enormes medidas de seguridad del maharishi. Tenemos suerte en una cosa. Y es que están prohibidas las armas de fuego y cualquier otro tipo de arma. Pero sus guardias son todos cinturones negros, y hombres entrenados en las artes marciales. Además tiene doce o quince perros doberman que merodean por la finca durante la noche. Pero los perros tampoco están entrenados para matar, solo para agarrarte e inmovilizarte.

—Esas son las ventajas —dijo Judd—. Ahora venga con las desventajas.

—Cielo siempre despejado —indicó John—. Nos verán con facilidad. Necesitamos el cielo cubierto o niebla. Un poco de viento de mar y da con nosotros al suelo demasiado lejos del blanco. Además, si no hacemos callar a los perros enseguida, se dispararán los dispositivos de alarma y estamos perdidos.

—¿Cómo piensa hacerlos callar tan aprisa? —preguntó Judd.

John sacó una curiosa escopeta de mano, de cañón largo.

—Con esto se pueden disparar doce flechas automáticamente. Cada flecha es capaz de adormecer a una persona o bestia al simple contacto. Los hace dormir cuatro horas, y cuando se despiertan, tardan dos más en despejarse completamente.

Judd le miró asombrado:

—Bueno: supongamos que todo funciona. Entonces ¿qué?

—Usted estará esperando en el coche, a unos cien metros, en la carretera. Nosotros abriremos las puertas y usted entrará como si fuera el presidente en persona.

—¿Y todo esto para cuándo será?

—Depende del tiempo —dijo John—. Las previsiones meteorológicas de los cuatro días próximos no son favorables. Cielo despejado constantemente. Pero con el Pacífico nunca se sabe. Cualquier cosa puede ocurrir. En cualquier momento.

—¿Me avisará con un día de antelación?

—Es posible. ¿Por qué?

—Hace diez días que Sofia se marchó de vacaciones. Quiero ir a verla.

—No aceptó seguir el programa —dijo John.

—Ya lo sé —asintió Judd—. Dijo que no quería convertirse en otra persona. Que se encontraba bien en su piel.

—Hay que reconocer que la mujer tiene cojones —indicó John.

—Bueno: más bien tiene otra cosa —dijo sonriendo Judd.

—Tenemos que cambiar las medidas de seguridad —sugirió John.

—Haga las adaptaciones que sean prudentes —se avino Judd—. Las cartas están echadas.

## quince

Llamaron a la puerta.

—¿La señora Evans?

Sofía reconoció la voz de Judd.

—Espere un momento —dijo, volviéndose al espejo del tocador. Se retocó el maquillaje. Un poco de pintalabios; un golpecito en la cara con la esponja impregnada del polvo que hacía resaltar el tinte castaño del pelo corto y rizado. Se volvió hacia la puerta y la abrió. Se dominó para no hacer ningún gesto facial.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Judd la miró, luego sonrió con expresión de desconcierto:

—¿La señora Evans? Me parece que me he equivocado. ¿Nos conocemos?

—¡Judd! —gritó ella, riendo. Le tiró hacia sí. Se apretó a él y le besó.

—¿Me conoces ahora? —le preguntó.

—Eres inconfundible —dijo él, sonriendo. La miró con expresión admirada—. ¡Dios mío, sigues siendo muy bella! —exclamó—. Hagan lo que hagan contigo, no pueden quitarte tu belleza.

—¿Te gusta de veras?

—Sí, de veras. Y hiciste bien en no dejar que te recubrieran los dientes. Así funciona de maravilla.

—No me hagas llorar —balbució ella, intentando reírse—. Perdería las lentes de contacto. Todavía no me he acostumbrado a ellas.

Él sonrió.

—Ante todo eres mujer.

Ella asintió en silencio. Sabía por qué lo decía.

—¿Te sientes con ánimos para hablar de medicina? —preguntó Judd.

Ella le condujo a la mesa que había cerca de la ventana y se sentaron.

—¿Te apetece un jugo? —le preguntó Sofía—. Hacen un zumo fresco de piña muy bueno.

—De acuerdo.

Sofía abrió la nevera y llenó dos vasos de una botella de plástico. Levantó el vaso en ademán de brindis.

—No es Cristale —dijo con una sonrisa—. Pero ¡salud, de todos modos!

—¡A la tuya! —dijo él.

—Vamos a ver. ¿A qué has venido?

Judd se puso serio.

—Sawyer quiere que interrumpa el tratamiento por completo ahora mismo.

—¿Te ha dicho por qué?

—Los *scans* muestran que el cerebro aumenta en proporciones minúsculas.

Menos de medio milímetro en total, y no es un tumor ni nada parecido que pueda preocupar a los neurólogos. El último *scan* fue hace diez meses. El aumento de tamaño se ha notado desde aquella vez.

—¿Has sentido alguna molestia desacostumbrada o has tenido dolores de cabeza?

—No.

—¿Problemas al moverte, de orientación, de oído o de la vista?

—No —contestó él.

—¿Problemas sexuales, renales o digestivos?

—No.

Ella guardó silencio unos instantes.

—¿Tienes problemas al dormir o has sentido pérdida de poder de concentración, o fatiga física y mental?

—No.

—¿Aumento o pérdida de peso?

—Siempre peso lo mismo —dijo él.

—¿Has disminuido de talla?

Él se echó a reír.

—¡Vaya pregunta! Mido lo mismo de siempre. ¿Por qué?

—Es normal en el envejecimiento. A determinada edad el esqueleto se encoge.

—No soy tan viejo todavía —indicó Judd.

—De acuerdo —asintió ella—. Era una simple pregunta. —Guardó silencio y bebió un poco de jugo. Le miró a los ojos. Los vio límpidos y de color azul cobalto brillando contra el resplandor del sol de la ventana—. ¿Has notado si piensas más lentamente que antes?

—Todo lo contrario —señaló él—. Pienso mucho más aprisa. A veces las ideas van tan rápidamente por la cabeza que tengo que esforzarme en frenarlas para darme tiempo antes de que se conviertan en actos.

—¿Ahora, por ejemplo? —preguntó ella.

—No sé a qué te refieres.

—¿Me ves tal como soy ahora? —te preguntó—. ¿O me ves como era antes del cambio cosmético?

Él la miró.

—Estás siempre igual.

—Cierra los ojos —le ordenó Sofía—. Haz una descripción de mí —le pidió una vez tuvo los párpados bajos.

—Mides un metro sesenta y cinco o sesenta y ocho, pesas cincuenta y seis kilos, tienes el pelo rubio, los ojos grises, los senos miden noventa y cinco, la cintura sesenta y cinco más o menos, las caderas noventa y cinco o un poco más...

—Bueno: está bien —le interrumpió ella—. Ahora abre los ojos y describe lo que ves.

Él la miró con sorpresa.

—Pareces otra. Tienes el pelo corto y de color castaño. Los ojos castaños. —La voz tomó un tono desconcertado—. Pero ¿por qué pensé otra cosa?

—Hiciste una descripción de tu recuerdo —observó ella—. No de lo que habías visto.

Él guardó silencio un momento.

—¿Es malo eso?

—No. Es normal —contestó ella—. Todos vemos primero lo que recordamos. Tardamos un poco en sustituir los recuerdos por la realidad.

—Ya había creído que pensaba más aceleradamente que antes.

—Es posible —dijo ella—. Pero tu nueva visión de mí es aún demasiado reciente y has echado mano de los recuerdos. Si volvieras a cerrar los ojos, probablemente me verías como soy ahora.

Él cerró los ojos y los mantuvo así en silencio.

—Tienes razón —dijo despacio—. Yo creí que lo que hacía era una cosa muy especial —dijo al volverlos a abrir.

—Pareces decepcionado —observó ella.

—Lo estoy —confesó él—. Creí que había llegado más lejos que nadie.

—Es cierto. Lo has conseguido en cierta manera, y en cierta manera no. No olvides que sigues siendo un ser humano.

—¿Para siempre? —preguntó él—. ¿Viviendo de mis recuerdos?

—Seguramente —dijo ella—. A no ser que vivas eternamente. En este caso es necesario que encuentre la manera de borrar los recuerdos; de lo contrario, recargarás excesivamente el cerebro.

Él la miró fijamente:

—¿Por eso me crece el cerebro? ¿Para poder almacenar y manipular un número mayor de recuerdos?

Ella le miró a los ojos.

—No lo sé. Pero me imagino que no. Desde el punto de vista biológico y antropológico, el cerebro humano es el resultado de una evolución de millones de años. No se sabe de ningún cerebro humano normal que haya cambiado por una mutación. —Calló un instante—. Recuerda una cosa importante: el cerebro trabaja dentro de los límites del cráneo humano que lo encajona. Y los huesos no se estiran ni dilatan.

Él dejó de mirar su cara y fijó los ojos en la pared del fondo.

—Recuerda también —prosiguió Sofia— que el tamaño del cerebro no guarda relación con los poderes mentales de la persona. El cerebro de una vaca es mayor que el de una persona.

—Sawyer quiere que me interne en el hospital de Boca Ratón.

—Sería lo más sensato.

—No tengo tiempo —objetó él.

Ella le miró con expresión asombrada.

—Pero ¿qué le importa el tiempo a un hombre que quiere vivir eternamente?

Él no contestó.

—Tengo la sensación —reanudó Sofia— que llevas algo entre manos que ni Sawyer ni yo sabemos.

Él continuó sin decir nada.

Sofia intentó hacer una conjetura:

—¿Está Xanadú relacionado con el proyecto de ingeniería de células químicas de ADN?

—No te pases de lista —dijo él con voz inexpresiva. Pero tampoco dio muestras de haberse irritado—. Te lo contaré a su tiempo.

Ella encogió los hombros resignadamente.

—¿No te vas a ir a Boca Ratón?

—No —contestó él.

—¿Qué piensas hacer entonces?

—Quiero hablar con el maharishi personalmente.

—¿Has concertado día y hora?

—No he dicho nada de eso —dijo él—. Entraremos a la fuerza.

—Me gustaría acompañarte —repuso ella.

—De hacerlo, te descubrirán —dijo él.

—¿Y qué? Ya os he dicho que vuestro programa de cambio de identidad no me interesa.

—Un día u otro te descubrirán.

Ella le miró a los ojos.

—Eso no me preocupa —aseguró—. Mi curiosidad profesional es lo que realmente importa en mi vida. Es posible que el individuo tenga en su poder la pieza del rompecabezas que nos hace falta.

—¿Vale la pena arriesgar la vida por eso?

Ella le miró sin pestañear.

—Yo personalmente no deseo vivir eternamente, Judd.

Él no se inmutó.

—Sospecho que mi visita ha sido un acto totalmente egoísta.

—No te preocupes por eso —dijo ella con ternura. Yo te amo. Y de no haber venido tú, hubiera ido yo a buscarte.

## *dieciséis*

El teléfono de la mesita de noche sonó vigorosamente. Sofía contestó.

—La señora Evans.

—El doctor Walton —contestó la voz del otro lado—. ¿Su amigo todavía está en su habitación?

—Sí —contestó ella—. ¿Alguna dificultad?

—No estoy seguro. Eddie acaba de venir a verme. Piensa que nos persiguen.

—Un momento, que se pondrá él.

Judd cogió el teléfono.

—¿Qué hay?

Estuvo un momento escuchando en silencio; luego se dirigió a Sofía:

—Acércate a la ventana y dime si ves una camioneta blanca cinco coches más atrás del mío.

Sofía miró a la calle.

—Sí. Ya lo veo —dijo.

—¿Lleva unas letras pintadas?

—«Lavandería de la Isla» —leyó ella.

—¿Algo más? ¿Algún número de teléfono?

—No veo nada más —contestó ella.

—Apártate de la ventana. Aunque los cristales son transparentes solo de un lado, no quiero correr riesgos innecesarios.

Judd volvió a hablar al teléfono.

—Lavandería de la Isla. ¿Sabe algo de ellos?

—Es la primera vez que oigo su nombre —contestó Brad—. Nosotros utilizamos Waikiki. Eddie dice también que dos hombres entraron en recepción al meterse usted en el ascensor, y que todavía no se han marchado.

—¡Mierda! —exclamó Judd.

—¿Los eliminamos? —preguntó Brad.

—No, eso nos delataría —contestó Judd. Reflexionó un momento—. Utilicemos el viejo truco del sombrero. El enfermo será un sombrero.

—Entiendo.

—¿Cuánto tiempo necesita para prepararlo? —preguntó Judd.

—Quince minutos —contestó Brad, cortando la comunicación.

Judd miró a Sofía.

—Lo siento muchísimo.

—¿Por qué?

—He infringido mis propias reglas. Di orden de que nadie debía trasladarse cerca de donde tú estuvieras, para no ponerte en peligro, y ahora voy yo y lo estropeo todo.

Sofía le miró.



La enfermera japonesa se inclinaba al lado de Brad y le ayudaba a vendar la nariz de Judd. El médico tiraba de la venda sin forzar, pero con firmeza.

—Pon más esparadrapo, Jane.

La enfermera cogió el carrete del esparadrapo y con gestos de experta lo desenrolló por encima de la nariz y de la cara de Judd hasta cubrirle enteramente el centro de modo que no se le reconociera.

—¿Está bien así, doctor? —preguntó.

Brad miró a Judd.

—¿Cómo se siente?

—Como si tuviera la nariz embotada —contestó.

—Es esa mierda de la calle que ha estado tomando —comentó Eddie con una carcajada—. Ya se lo dije yo que acabaría con una nariz de plástico.

—¡No me hace reír! —dijo Judd con sarcasmo, pero sonriendo.

Jane se volvió a Sofía.

—Ahora usted, señora Evans.

Sofía la miró desconcertada.

—Creí que conmigo habían terminado —dijo.

—Quirúrgicamente, sí —replicó la japonesa—. Pero faltan unos retoques para acabarlo como es debido. Por ejemplo en los brazos y las manos. Y en el escote.

Sofía se miró las manos.

—No veo nada irregular en ellas —dijo.

—Póngalas contra su rostro —indicó Brad—. Están blancas, no del mismo tono que la tez de la cara. Llamaría peligrosamente la atención a cualquiera que realmente estuviera interesado en usted.

Sofía le miró en silencio.

—Jane tiene un tinte corporal y lo maneja muy bien. No tomará mucho tiempo —añadió Brad.

—Con dos pasadas habrá bastante, señora Evans —dijo Jane—. La primera se deja diez minutos, luego toma una ducha y se lava bien. Cuando esté seca se aplica la segunda y se seca con un secador de cabello. El color permanecerá en la piel por lo menos durante dos meses, aunque se duche veinte veces al día.

Sofía se dirigió a Judd:

—¿Tenemos tiempo para eso?

—¡Qué remedio! —contestó él.

Sofía indicó a la enfermera que estaba dispuesta a hacerlo y se fue con ella al cuarto de baño.

—Comencemos —dijo.

La enfermera cogió un gran botiquín y cerró la puerta del cuarto de baño.

—Desnúdese, haga el favor señora Evans, y desmaquíllese bien.

Con gestos rápidos, Sofía se desnudó y pasó un algodón mojado por la cara. Luego se volvió a la enfermera.

—¿Y ahora qué?

—Muy bien —repuso la muchacha con una sonrisa—. Ahora métase en la ducha. Póngase la gorra y cierre bien los ojos —añadió con un pulverizador en la mano—. El tinte le picará un poco al principio, pero ya pasará. No se vuelva de espaldas a mí hasta que yo no se lo diga.

—Bueno —dijo Sofía cerrando los ojos. Oyó el tenue silbido del pulverizador y un ligero escozor en la piel. El escozor le recorrió el cuerpo, hasta llegarle a los pies. Al cabo de un momento, la sensación desapareció.

Notó que la enfermera le tocaba con el brazo.

—No abra los ojos —le dijo la chica—. Yo voy a guiarla para que cambie de posición.

Sofía sintió que la chica se movía a la vez que le daba la vuelta.

—Ahora separe un poco las piernas. Agárrese con las palmas de la mano a la pared para no caerse.

—No me voy a caer —replicó Sofía.

El escozor empezó de nuevo, esta vez por el cuello, hombros y espalda y, finalmente, en las piernas. Sintió el chorro contra la parte trasera de las piernas, luego en los muslos, por la parte de dentro, y las pantorrillas.

Oyó la risita de la japonesa.

—Lo siento mucho, señora Evans, pero no tengo más remedio que rogarle que abra las nalgas porque por ahí tiene la piel muy blanca.

—No puedo en esta posición —objetó Sofía.

—Inclínese un poco hacia adelante —sugirió la japonesa.

—¡Demonios! —exclamó Sofía—. Aquí duele de veras.

—Perdón —dijo la chica—. Era necesario. Ahora ya está, descanse.

Sofía sonrió al notar el embarazo de la japonesa. Se enderezó, se giró de cara a la enfermera y salió de la ducha. Se miró en la luna del espejo.

—¡Estoy amarilla! —gritó.

La chica se rio.

—Muy japonesa —dijo—. No se alarme. La próxima pasada le quedará normal, blanco oscurecido.

Judd estaba solo al regresar ella del cuarto de baño, seguida de la enfermera que llevaba el gran botiquín en la mano.

—Vuelvo enseguida, señora Evans —dijo—. Voy por su ropa y la ayudaré a maquillarse si lo necesita.

—Ya me las arreglaré yo sola —repuso Sofía. Se giró a mirarse en el espejo del tocador. Se puso pintalabios. Por el espejo vio a Judd observándola con una mirada rara. Se dio la vuelta y le preguntó:

—¿Algo va mal?

—Cada vez que te miro, te veo distinta —observó Judd.

—Es el color —aclaró ella—. No estás acostumbrado a él. Ahora es dorado.

Él no dijo nada.

—Me recuerda un poco la tez de Amarinta —dijo. Se soltó un poco la túnica blanca de seda que llevaba excesivamente pegada al cuerpo—. Pero estoy un poco más oscura que ella.

Él dejó de mirarla.

—Termina de maquillarte —urgió casi con dureza—. Ya tendríamos que estar listos para marchar. —Cogió el teléfono y marcó el número del despacho de Brad—. ¿Ha llegado Valerie Ann? —preguntó.

Se oyó la voz de Brad crujir por el hilo.

—Eddie acaba de llegar con ella a recepción. Quiere dar tiempo a los mirones a que la vean bien antes de meterse en el ascensor. Vendré con ellos en cuanto estén aquí.

—¿Quién es Valerie Ann? —preguntó Sofía.

—Una de las azafatas de mi avión —contestó él—. Tú vas a reemplazarla. No quiero correr más riesgos: no vaya a ser que se figuren que tengo una mujer extra en el avión.

—¿Y qué pasará con esta chica?

—Se quedará aquí unos días y luego regresará a casa en un avión corriente. —Se acercó a la ventana—. La camioneta todavía está aquí.

—No crees que sea una coincidencia —dijo Sofía.

—Estoy seguro de que no —contestó él—. Mientras estabas en el cuarto de baño hemos averiguado lo de la matrícula. Es falsa.

Llamaron a la puerta y entró la enfermera con una maleta pequeña y un bolso. Le dijo a Sofía:

—En la maleta he puesto la ropa que llevaba cuando llegó. Y su bolso.

—Déjalo sobre la cama —observó Judd—. No lo necesita para nada.

—Como usted quiera, señor —dijo Jane. Dejó las dos cosas sobre la cama y se dirigió a Sofía—. ¿Puedo ayudarla en algo, señora Evans?

—No, puedo hacerlo yo sola.

Judd la atajó:

—Le agradecería que se quedara en el cuarto, señorita. Es posible que tengamos que hacer unas modificaciones.

Al cabo de un breve momento Brad entró, con Eddie detrás y una chica negra de piel clara que iba con uniforme de azafata. La muchacha tenía unos ojos vivos e inteligentes, los labios gruesos y anchos. Se fijó en la nariz vendada de Judd, pero no dijo nada.

—Gracias por darse tanta prisa, Valerie Ann —añadió Judd—. Necesito pedirle un favor muy grande.

—Usted manda, señor Crane —replicó Valerie Ann.

Judd hizo un gesto.

—Le presento a la señora Evans.

La chica negra miró a Sofia.

—Encantada —dijo cortésmente.

—Mucho gusto —contestó Sofia.

—He de pedirle que le entregue el uniforme que lleva —repuso Judd— para que la señora Evans pueda regresar segura conmigo al avión.

La azafata los miró a los dos.

—El uniforme no será problema, señor Crane, pero como hermana no sirve —añadió.

—No entiendo —dijo Judd.

—Las chicas negras son muy diferentes de las blancas —señaló Valerie Ann—. Para comenzar necesita más tizne en la cara, en el cuello y en la garganta; luego tienen que engordar los labios, hacerlos más anchos. Aunque seguramente lo más importante de todo es el modo de caminar. Los culos de las negras tienen una *mesa* más grande que las hace moverse de forma diferente. Hay que ponerle un postizo en el culo. Como se ve en los anuncios de Fredericks en Hollywood.

Judd miró a Brad.

—¿Qué dice a eso?

Brad puso cara de desconcertado.

—Una cosa es el maquillaje, otra el culo.

—Yo lo arreglaré —dijo la enfermera. Se puso colorada—. Las japonesas normalmente tienen el culo bajo. En Tokio venden postizos de culo en las lencerías.

—¿Ah, sí? —exclamó Judd.

Jane se puso todavía más colorada.

—Sí, señor Crane. Yo me pongo uno cuando me visto para estar elegante.

—Vivan las Naciones Unidas —dijo riendo Eddie—. O sea que las apariencias también engañan. *Vive la différence!*

## *diecisiete*

Todavía con la túnica de seda blanca puesta, la misma que había llevado Sofía, Valerie Ann se acercó a la ventana y miró a la calle.

—No pueden tardar en salir —dijo.

Jane se puso a su lado frente a la ventana.

—¡Ahora salen! —exclamó.

Vieron a Eddie abriendo la portezuela del coche. Con paso rápido por la acera, Judd se metió en el coche seguido de Sofía y luego de Brad. Eddie saltó al interior sin soltar la portezuela, que se cerró en el acto. Casi instantáneamente el coche arrancó hacia el centro de la calle.

—Se han ido —dijo Jane.

Valerie Ann se giró a preguntarle:

—¿De qué va?

—No tengo ni idea —contestó Jane—. Pero esas cosas son normales aquí. El doctor Walton es uno de los mejores cirujanos de estética que hay en el mundo, y acuden muchos pacientes exigiendo ser cambiados hasta no poder ser reconocidos.

Valerie Ann se sentó a la mesa.

—¿Hay algo de beber que no sea zumo de piña?

—Hay vino blanco en la nevera —indicó Jane.

—Sácalo. ¿A qué esperas? —dijo Valerie Ann.

Jane sacó la botella de la nevera y la puso en la mesa con dos vasos.

—No es un vino muy bueno —aseguró en tono de excusa, descorchando el tapón de plástico.

—No me quejo —dijo Valerie Ann con una sonrisa—. Ahora solo nos falta tabaco y un par de tomas.

Jane llenó los vasos, sacó un paquete de cigarrillos de un bolsillo y un frasco de medio gramo. Al tapón del frasco iba ligada una cucharilla con cadena. Lo puso todo en la mesa.

—Es todo de farmacia —repuso—. Directo del dispensario.

—Celebrémoslo —dijo Valerie Ann riendo.

Al cabo de unos minutos estaban cómodamente arrellanadas en sendos sillones. Jane gesticulaba con el encendedor en la mano hacia la azafata.

—Ha sido un día muy movido.

Valerie Ann dejó salir una columna de humo de entre los labios y bebió un poco de vino.

—Me ha gustado tu médico. ¿Tiene prejuicios contra las negras?

Jane se rio a su modo japonés:

—No, en absoluto. Pero eso no cambiará nada.

—A ver si lo convenzo —dijo Valerie Ann.

—Es lo que querrían la mitad de las enfermeras del hospital. Pero no hay manera.

—¿Muy recto el tipo? ¿No mezcla el placer con el trabajo? —preguntó Valerie Ann.

—¡Qué va! Homosexual de los más convencidos.

—¡Mierda! —dijo Valerie Ann con voz decepcionada—. Ya es mala pata. Todos los que me gustan son maricones.

—Tu patrón es raro —adujo Jane.

—Sí, lo es —dijo Valerie Ann.

—¿Te has acostado con él?

—No. Es gélido —observó la negra—. No sé qué le verá a la señora Evans. No es muy joven que digamos.

—Quizá le gusten las mujeres mayores —replicó Jane con una risita.

Valerie Ann sonrió.

—Tengo la nariz un poco torcida. ¿Crees que tu médico me la podría arreglar? Por lo menos que no haya sido una pérdida de tiempo completa.

Jane se echó a reír.

—¡Diablos! —exclamó de pronto Valerie Ann, dándose una palmada en la frente—. Ahora recuerdo que esta semana había quedado con ir a ver a mi hermana que está en un retiro de la Iglesia de Vida Eterna. ¿Y ahora qué hago yo en Hawai? ¿Puedo llamar a Los Ángeles y decirle que no voy?



Brad y Eddie se habían sentado en las sillas plegables del coche, a ambos lados del armarito que contenía el bar, el televisor y la radio. Sobre el armario había un teléfono. Brad se dirigió a Judd y Sofía haciendo un movimiento de la mano.

—Sepárense un poco. Me tapan la vista de la ventanilla.

Brad miró por la ventanilla de detrás y luego se giró hacia el chófer.

—Vaya al aeropuerto por la carretera vieja, pasando por detrás del centro comercial.

—De acuerdo —contestó el conductor.

Brad se volvió de nuevo a la pareja.

—Nos siguen —dijo. Apretó un botón del armarito y comenzaron a hacer guiños una hilera de luces rojas.

—Hablan por un teléfono móvil —dijo—. A ver si podemos intervenirlos.

Pulsó el detector automático de ondas de frecuencia.

Eddie se dirigió al chófer.

—Pásame el estuche de la trompeta que dejé en el asiento.

El conductor le dio una caja negra y dura. Eddie la puso sobre sus rodillas e hizo saltar los cierres de ambos lados.

Brad le miró asombrado.

—¿Ahora va a ponerse a tocar la trompeta?

Eddie *el Rápido* sonrió:

—¿No sabe que con la música se apaciguan las fieras?

Abrió el estuche y sacó un cilindro negro de unos cuarenta centímetros de largo y doce de diámetro. Ajustó dos asideros para los brazos, uno a cada lado del cilindro, una caja de metal plana y rectangular en un agujero expreso para ello que había debajo del cilindro.

—Bonito, ¿eh? —dijo.

Sin esperar a que le respondieran, pulsó el botón que abría el capote del automóvil por la parte de los pasajeros. Alzó el cilindro y lo pasó por la abertura, lo enderezó y lo ajustó a los bordes. Luego miró por una flecha que había en el lado inferior de la caja de metal. Ajustó los asideros. Por fin se giró con una sonrisa a mirar a Brad:

—Mire por aquí.

Brad miró por la pequeña apertura. Vio la camioneta blanca con precisión en la intersección de los dos brazos de la cruz de la lente telescópica.

—Es un periscopio —dijo Brad.

—¿Por qué necesitamos un periscopio si lo vemos todo perfectamente por la ventanilla?

—Porque no es solo un periscopio —dijo Eddie, ofendido—. ¿Cree que iba a perder el tiempo con un juguete así?

—Bueno, ¿qué es entonces?

—Es un modelo en miniatura réplica del arma antitanque sueca que compraron las fuerzas armadas de Estados Unidos. Es un cohete diminuto que se dispara con aire comprimido y da con precisión al blanco desde unos ciento cincuenta metros de distancia. Cuando dispara suelta explosivos del tipo incendiario en cantidad suficiente para convertir la camioneta en una bola de fuego, y reducirla a polvo luego. —Y, con una mirada sarcástica a Brad, añadió—: Conque un juguete, ¿eh?

Brad le miró en silencio y luego sonrió:

—¡Vaya, Eddie, qué vicioso!

—No me gusta que la gente se permita ciertas bromitas con nosotros —dijo Eddie. Sacó el frasco con la cucharilla de oro—. ¿Quién quiere?

—Yo no tomo —dijo Brad.

—A mí no me iría mal —repuso Sofia.

—Pues, ¡hala! —contestó Eddie, pasándole el frasquito—. Pero con cuidado, que entra mucho aire por el agujero del techo.

Sofia giró la cara hacia el rincón, se protegió con las manos y aspiró.

—Magnífico —dijo, devolviendo el frasco a Eddie.

Brad habló con voz excitada:

—¡Lo hemos conseguido! —Y conectó el altavoz.

Se oyó una voz de hombre con claridad, aunque con ruidos.

—Te lo aseguro. No hay otra mujer en el coche, solo la azafata negra que vino del avión.

Se oyó otra voz, pero los ruidos no dejaron entender qué decía. La voz del primer hombre volvió a oírse claramente.

—No sé para qué la mandó llamar. A lo mejor para que se la chupara durante el trayecto. ¿A mí qué me cuentas? Tal vez necesitaba que le cogieran de la mano. Ya te he dicho que ha salido con la nariz vendada. Quizá se la ha revestido de plástico por dentro. Como sabes, es un vicioso de la coca.

—¡Joder con el tipo! —exclamó, indignado, Eddie—. ¡Los; voy a hacer saltar por el aire!

Judd alargó la mano.

—Espera, escucha.

—Bueno —decía el hombre—. Yo regreso. Corto.

Las luces del tablero se apagaron. Brad volvió a mirar por la ventanilla. La camioneta blanca frenaba y daba media vuelta de regreso a la ciudad.

—Se han marchado —dijo Judd con un suspiro de alivio.

Se dio la vuelta para seguir mirando por la ventanilla. La camioneta se alejaba a gran velocidad.

—Dame, voy a tomar yo también —indicó a Eddie—. Y desmonta tu juguete con cuidado.

—Descuide —dijo Eddie—. Pero con la venda en la nariz no podrá hacer nada de bueno. Coja una paja.

—¡Al diablo! —exclamó, irritado, Judd. Comenzó a sacarse el vendaje.



Judd se había sentado a la mesa y estaba callado mientras despegaba el avión. Sofía miró por la ventana y vio cómo sobrevolaban la isla en círculo, a la vez que se alzaban cada vez más.

Era tarde y el sol había comenzado a ponerse; a su luz todo el paisaje tomaba un color dorado, incluso la espuma blanca de las olas contra la playa.

—¡Qué bonito! —dijo Sofía, suspirando.

Él la miró. Tenía aspecto deprimido y de no querer hablar.

Sonó una campanita, se apagó la señal de los cinturones. Judd se desabrochó el suyo y se puso en pie.

—Me voy a mi cabina —dijo—. Cuando te apetezca cenar avisa a Raoul.

—¿Y tú? —preguntó ella.

—No tengo hambre —contestó y se marchó. No giró la cabeza a mirarla al pasar por la puerta y a lo largo del corredor hasta su cabina. Se metió dentro y cerró.

Eddie salió de detrás del bar y fue a ella. Sofía volvió a mirar por la ventana.

—Anochece muy deprisa —comentó.

—Entramos en la noche volando —dijo Eddie—. Cuando lleguemos a San

Francisco serán las nueve de la mañana.

—¿Allí es de donde arrancamos?

Él sacudió la cabeza negativamente/

—No, continuamos. Pero tú te bajas porque hay cambio de personal en el avión.

El amo se imagina que eso será suficiente para tenerte a salvo.

Le dio un sobre grande de cuero cerrado con cremallera que puso sobre la mesa.

—Dentro está todo lo que necesitas. Tengo orden del amo de explicarte lo que tienes que hacer.

Abrió el sobre y vació su contenido sobre la mesa. Sofía vio un pasaporte, una tarjeta de crédito, un talonario, un permiso de conducir. Todo a su nombre: Marissa Evans. Incluso las fotos eran las correctas. Había una cartera con cien billetes.

—Son cinco mil dólares —dijo Eddie.

—Muy bien. ¿Y qué tengo que hacer? —preguntó ella.

—Muy sencillo. El autobús del personal te dejará en el centro de San Francisco. Caminas unas manzanas, lo suficiente para asegurarte de que no te sigue nadie. Si sospechas que te siguen, llama al número de teléfono escrito en la primera hoja del pasaporte. Llama y di dónde te encuentras. Estarás en comunicación con los de Seguridad. Te reconocerán y te llamarán por tu nombre.

—¿El de señora Evans? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Y si no lo hacen o no pueden venir?

Eddie puso una pequeña pistola automática de calibre 25 en la mesa.

—Las balas tienen las cabezas explosivas. Les vuelas el cerebro y sales volando. Vuelve a llamar a Seguridad.

—¿Y si no puedo escapar?

—Te he visto en acción —dijo él—. Podrás.

Ella calló un momento.

—Y luego ¿qué hago?

—Entra en un almacén y cómprate ropa y una maleta. Paga al contado. Tira el uniforme de azafata en una papelería tapada y vete a la agencia más cercana de alquiler de coches. Escoge un coche de tamaño mediano. Vete a Los Ángeles por el paso U-S-5 y atraviesa la ciudad hasta la salida de Marina Del Rey. Ve hasta el hotel del Club de la Ciudad de Marina. Tendrás habitación reservada.

—¿Y si me pierdo? —preguntó ella—. No conozco Los Ángeles.

Él se rio.

—Se lo preguntas a un policía.

Ella sonrió:

—¿Cuánto tardará el viajecito?

—Si vas a ciento veinticinco por hora, de siete a ocho horas —contestó Eddie—. Si todo va según el plan, por la tarde llegarás a la carretera. Aunque te pares para hacer gasolina y almorzar, deberías llegar al hotel entre las ocho y media y las nueve.

Cena en tu cuarto y espera a que te llamen.

Ella calló un momento, luego lo volvió a meter todo dentro del sobre.

—Necesito ayuda —le dijo, mirándole.



Sofía no pudo menos de recordar el consejo de Eddie cuando despierta, sin poder dormir, en plena noche, no tenía otra cosa que hacer que mirar la oscuridad en que estaba sumida su cabina. Sacó un cigarrillo, lo encendió y aspiró el humo con fuerza.

—¡Diablos! —dijo, exhalando el humo.

Miró qué hora marcaba el reloj de la pared. Hacía tres horas que volaban. Hacía una hora que intentaba dormirse. Volvió a fumar y finalmente descolgó el teléfono y llamó a la sala común.

Al cabo de un breve momento, contestó la voz de una azafata.

—¿Dígame?

—¿Está ahí el señor Crane?

—No, señora Evans —contestó la chica—. No ha salido en todo el rato de su cuarto.

—Gracias —dijo Sofía y colgó. Clavó los ojos sobre la puertecita que daba acceso a la escalera que conducía al cuarto de Judd. Se puso en pie despacio, se enrolló una gran toalla al cuerpo y subió por la escalera de caracol.

Llamó a la puerta.

—¿Estás despierto? —susurró.

Su voz le llegó como un eco lejano:

—Entra.

Abrió la puerta despacio. Tardó un poco en acostumbrarse a la pálida luz roja de la cabina. Adivinó a Judd sobre la cama, sentado en posición de loto, y de espaldas a ella.

—Tumbate —dijo él con la voz como un eco lejano.

Ella fue a la cama y se tumbó detrás suyo. Le miró, pero Judd era más una sombra que una realidad. Le tocó el hombro suavemente.

—¿Estás bien? —preguntó.

La voz sonó repentinamente dura:

—Quiero follar contigo.

Ella no contestó.

Él se puso de pie sobre la cama. Ella le miró. A aquella luz rojiza la erección tenía un aspecto grotesco, parecía inmensa. Su voz sonó airada:

—Es lo que deseas, ¿no es eso?

Ella cerró los ojos.

—No —dijo sacudiendo la cabeza. Pero la voz fue sofocada por el cuerpo de Judd al abalanzarse sobre ella. Sofía tuvo la impresión de ser partida en dos al penetrarla él. Luego, casi en el acto, él tuvo un orgasmo que provocó una cascada de esperma.

Judd gritó como si agonizara, luego se desplomó sobre ella, tratando de recobrar el aliento.

Al cabo de un momento, ella le tocó la cara con los dedos de la mano. La sintió mojada de lágrimas.

—Judd —susurró.

Judd habló con voz apagada contra su hombro.

—Amarinta ha muerto —dijo—. Tú dijiste que lloraría. Se ha suicidado.

Sofía no dijo nada, luego le apretó el rostro contra su pecho.

—Lo siento, amor mío. —Se echó a llorar—. Te lo ruego, cariño, no me hagas más daño.

## dieciocho

Sofía se despertó en la oscuridad y se giró hacia él. Él no estaba. Se incorporó y encendió la luz. El reloj de la pared marcaba las 9.30 de la mañana, *Pacific Coast Time*. Saltó de la cama, fue a la ventana y subió las persianas. Hacía sol; guiñó los ojos.

Miró hacia abajo y vio a Eddie *el Rápido* caminando muy deprisa hacia un helicóptero, que esperaba a unos metros de distancia. Vio cómo se metía en su interior con Judd y se cerraban las puertas. Las hélices se pusieron a girar en el acto; a los pocos minutos el aparato despegaba. Se quedó mirando hasta que lo vio desaparecer; entonces bajó a su cuarto.

Se sentía decepcionada, como si la hubiera defraudado. La noche anterior había tenido la sensación de algo nuevo en él, de algo que no la había hecho sentir antes. Tal vez era solo un sentimiento. No estaba segura de lo que sentía, quizá era un sentimiento de Judd que de alguna manera se lo había transmitido. Se metió en la ducha. Era hora de ponerse en marcha.

Raoul la esperaba en el salón.

—Buenos días, señora Evans.

—Buenos días —contestó ella.

—Todavía tiene tiempo de desayunar, si le apetece —dijo Raoul.

—Café solamente, gracias —pidió ella. Él comenzó a alejarse y ella le dijo—: ¿Ha dejado el señor Crane un recado para mí?

—No, señora Evans, lo siento —dijo sacudiendo la cabeza.

—Está bien —murmuró ella, tratando de sonreír—. No lo esperaba.

—Eddie ha dejado un paquetito para usted —indicó Raoul.

Sofía le miró asombrada. Él le dio un sobre blanco y se marchó. Se apresuró a abrirlo; en él había un tubo de cocaína y una cucharilla de plata, con una nota.

La leyó enseguida: «No te amilanes. E. R.»



El despacho que Judd ocupaba en el edificio de oficinas de la ciudad de Crane no se parecía en nada al de su padre en Nueva York. El de Crane era una simple habitación, amueblada al estilo moderno, con plástico y formica de color blanco. Era un despacho para trabajar, no para impresionar a las visitas.

Unos tableros largos que iban del techo al suelo, a modo de postigos, aislaban el cuarto del mundo exterior.

Judd apenas pudo disimular su sorpresa cuando vio a Barbara, Paul Gitlin, Sawyer y Merlin aguardándole en el despacho. Lanzó una mirada ligeramente irritada hacia Merlin:

—No sabía que había convocado una reunión de ejecutivos.

—Lo siento —dijo nerviosamente Merlin—. Es un asunto importante.

Judd fue a sentarse en su silla de costumbre, detrás de la mesa escritorio.

—¿Qué es importante?

Merlin le miró y luego se volvió hacia Paul.

—Explíqueselo usted, señor Gitlin.

—¿Tío Paul? —dijo Judd.

Paul no tenía, aquel día, la botella de whisky enfrente suyo.

—Trataré de ser breve —comenzó a decir—. No puedes deshacerte del complejo industrial de Crane así por las buenas y como te dé la gana. Es una estructura muy complicada, con lazos y vínculos difíciles de desvincular. No se puede volver a juntar el huevo roto.

Judd se lo quedó mirando un momento.

—Es mío, ¿no? —dijo por fin.

—Sí —contestó Paul—. Pero eso implica unas responsabilidades. Por ejemplo, con el gobierno tienes una serie de contratos y de palabras dadas. Lo cual no te permite deshacerte de ciertas empresas y entregarlas a compañías con las que él no está de acuerdo. Las normas de seguridad del gobierno son estrictas. Para comenzar, no puedes deshacerte así como así de Aeroespacial y Aeronaves Crane, de Ordenadores Crane, de Microindustria y Microconductores Crane, de Láser Crane...

Judd le interrumpió:

—Dime ¿qué me dejan vender?

—Todas las industrias de turismo, por ejemplo —indicó secamente Paul—. Los hoteles, las cadenas de juegos, televisión por cable doméstica o los cines, las compañías editoras, la productora cinematográfica.

—Es decir, las que no ganan tanto —replicó Judd—. Las que cuesta vender porque no se encuentra comprador.

—No del todo —repuso Paul—. No les importaría que vendieras Terrenos y Construcciones Crane, Servicios Financieros Crane y cosas parecidas. Tengo una larga lista de ambas cosas si te interesa.

Judd guardó silencio. Recorrió con los ojos la fila en semicírculo de los asistentes.

—Lo único que me interesa conservar es el grupo médico y de ingeniería biológica —puntualizó.

—Eso no sería problema —continuó Paul—. Sospecho que de todos modos el gobierno tampoco te permitiría que lo vendieras.

—¿Qué me aconsejas, asesor?

—Que te quedes —dijo Paul—. Las cosas marchan. ¿A qué viene zarandear la barca ahora?

Judd le miró fijamente:

—Porque estoy harto y aburrido.

—No tienes más remedio que quedarte —repitió Paul—. Es tu criatura, tú la has

hecho y tú debes mantenerla.

Judd se calló.

—¿No podría nombrar un delegado?

—¿Como a quién? —preguntó el abogado—. Nadie conoce los entresijos del complejo industrial como tú. Sería un desastre.

—¡Mierda! —exclamó Judd—. Soñaba con instalarme en Xanadú.

—Otro de tus sueños —dijo Paul—. Como el de la isla Crane, apenas habías comenzado a construir y ya comenzaste a hablar de Xanadú como alternativa. Sabes la cantidad de dinero que nos ha costado lo de la isla, ¿no? Lo de Xanadú va a costar veinte veces más.

—Era mi dinero —replicó Judd—. No he tocado ni un céntimo de la fundación. Solo he gastado mi dinero.

—No es eso de lo que me quejo —comentó el abogado—. Solo quiero recordarte que tiraste el dinero para nada, y el dinero es el dinero, sea de quien sea. Y ahora va a ser lo mismo con Xanadú.

Judd le miró con frialdad:

—¿Algo más que decirme?

Judd vio que bajaba los ojos. Se volvió hacia Merlin.

—Venda todo lo que nos dejen vender —dijo.

—Significará otra pérdida de treinta o cincuenta millardos —observó Merlin.

—¿Limpios después de los impuestos?

—No —contestó Merlin—. Limpios, cuatro millardos, tal vez. Pero es mucho.

—Se lo devolveré a la fundación —repuso Judd—. Pondré las pérdidas a mi cuenta.

—Su capital personal quedará reducido a menos de la mitad —notó Merlin.

—Todavía tendré más del que necesito —replicó Judd. Miró a la mesa—. ¿Más quejas o motivos en contra?

—Solo una pregunta —objetó Paul—. ¿Quién llevará el cotarro cuando te vayas tú? —preguntó con los ojos todavía fijos en la mesa.

—Sawyer se ocupará de la parte de medicina —dijo Judd—. Merlin del resto. Entre los dos, están seguramente más enterados que yo del asunto.

—¿Y si no quieren?

—No les queda otro remedio —dijo Judd medio en broma—. La culpa es tuya. Redactaste los contratos de tal manera que están ligados de por vida a mí.

—Ningún contrato del mundo puede obligar a una persona a trabajar en algo si no quiere. ¿Qué harás si se niegan? ¿Presentar querella?

Judd sonrió. Después miró al resto del grupo.

—¿Os proponéis dejarlo?

Ellos no contestaron.

Judd se dirigió de nuevo a Paul.

—No sucederá —dijo—. Son más que empleados, son amigos. Barbara se puso

de pie:

—Siento decirte, Judd, que estás equivocado. Lo que haces es un error y además es injusto. Descargas tu responsabilidad sobre los amigos. Yo no puedo aprobar una cosa así, no me gusta, y a tu padre tampoco le hubiera gustado.

Judd la miró a los ojos.

—Mi padre ha muerto. Cuando estaba vivo era importante lo que pensase. Pero ahora ya no. Es mi vida y lo que yo decido lo que importa ahora.

Ella se lo quedó mirando un breve instante, luego recogió sus cosas, apartó la silla y se marchó. Judd miró a los demás.

—¿Quién más desea marcharse? —preguntó.

No hubo contestación. Se dirigió entonces al abogado.

—Ve a hablar con ella —dijo—. No quiero que se marche enfadada.

—Habla con ella tú —dijo Paul—. Es tu madre, no la mía. Encontró a Barbara sentada en un rincón de la sala de recibo, con un pañolito en los ojos. Judd se sentó silenciosamente a su lado.

—Lo siento. No quería disgustarte —dijo.

Ella hizo un esfuerzo por dominarse. Pero no pudo hablar. Él se dio cuenta, por primera vez, de cuán frágil se había convertido con el paso de los años.

—Barbara —le dijo cogiéndole la barbilla y haciendo que su cara girara hacia él—. Te pido perdón.

Ella habló con voz medio ofendida y medio herida.

—No estoy enfadada, Judd, no es eso —contestó con voz ronca—. Es que comienzo a darme cuenta de lo tonta que he sido.

—¿Y todo porque no quiero más el negocio? —preguntó Judd.

—No, no —dijo ella—. Porque he visto demasiadas veces cómo tiras por la borda las oportunidades que se te ofrecen de ser feliz, y solo por ir en pos de un sueño loco.

—No es un sueño, y tampoco es una locura —indicó él—. Estoy muy cerca de convertirlo en realidad.

—A costa de una pérdida que se acrecienta a cada hora que pasa —dijo ella—. No hablo solo de dinero. De poder. Sino de todo lo que tienes en la vida, la gente que te tiene afecto.

Él guardó silencio.

Ella buscó su mirada.

—No comprendes de lo que estoy hablando.

—Sé lo que quiero —replicó él.

—No, no lo sabes —dijo ella con ternura—. Te has convertido en un perfecto egoísta. Tu padre fue egoísta en cuanto al dinero, pero encontró espacio en su interior para amar a tu madre, a mí, a su hijo. Tú no tienes tiempo interior para sentir afecto hacia nadie.

—Yo no soy mi padre —cortó Judd—. No tengo por qué ser como él.

—Quizá sí, Judd, quizá sería lo mejor que te parecieras más a él —dijo Barbara

con dulzura—. ¿Por qué no lo intentas?

—Ya lo he intentado, ¿qué te crees? —repuso él—. ¿Qué me dieron los otros a cambio? Nada para mí. ¿Qué más podía hacer yo por ellos?

—¿Has pedido nunca a nadie algo para ti personalmente? —preguntó ella en voz baja—. ¿A Sofía, por ejemplo?

—Para ella yo no significo más que un experimento más, un descubrimiento científico.

—Te equivocas —objetó ella—. Tal vez fue así al principio, pero luego ha resultado otra cosa. Ella te ama.

Él la miró en silencio.

—Si no te quisiera, no habría tenido tu hijo —dijo Barbara—. Y no te lo hubiera ocultado. —Apartó los ojos de él y dejó que las palabras flotaran en el aire.

Judd la obligó a mirarle.

—¿Sofía ha tenido un hijo? —preguntó con dureza.

Barbara no contestó.

—¿Un hijo mío? —repitió—. ¿Por qué no me lo ha dicho?

—Porque te tenía miedo —contestó ella—. No quería utilizar al niño como una carta a que jugar.

—No te creo —dijo él con voz airada—. De ser verdad, ¿dónde lo ha ocultado todo este tiempo?

Barbara le miró a los ojos.

—En mi casa —indicó hablando despacio—. Y el niño es tuyo, Judd, no cabe duda. Se te parece tanto. Tiene tus ojos. El mismo color azul cobalto.

Él apretó los labios.

—No es mi hijo —dijo con voz siniestra—. Fue uno de los experimentos de inseminación artificial de la Zabiski. Fueron todos un fracaso. Sawyer me dijo que lo arregló para que todas las mujeres abortaran. Y Sofía también.

—Eso ya lo sabía. Sofía me lo contó. Pero también me dijo que ella no abortó. Porque ella no fue parte de la experiencia científica de Zabiski. Zabiski estuvo de acuerdo en que ella y tú tuvierais un contacto con inseminación natural.

—Me mintió, entonces —repuso Judd amargamente—. Desde el instante en que nos encontramos en el aeropuerto cuando se marchó a Rusia con la vieja. Probablemente su plan fue tener el niño en Rusia.

—No fue así —dijo Barbara—. No sé cómo lo organizaron, pero el hecho es que un buen día Sofía llamó a mi puerta, a mi casa de San Francisco. Al día siguiente ingresaba en una clínica y tenía un niño, y cinco días después cogía el avión para Rusia.

—¿Y qué hiciste del bebé? —preguntó él.

Ella le miró a los ojos.

—Era tu hijo —prosiguió con voz inexpresiva—. Hicimos lo que debíamos hacer. Lo adoptamos y lo cuidamos y lo queremos.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —preguntó él con amargura.

—¿Qué hubieras hecho si te lo hubiéramos dicho? ¿Lo hubieras querido?

Él no dijo nada.

—Sospecho que no —dijo ella.

—¿Quién más está enterado? ¿Paul, Sawyer?

—Nadie más —contestó ella—. Solo Sofia, Jim y yo. Los papeles que certifican su nacimiento están escondidos para que nadie los vea.

—Eso no cambia nada —comentó él con voz resuelta y sin expresión—. Para mí es como si no hubiera nacido. Voy a hacer mi vida según lo tengo planeado.

Ella se puso en pie y lo miró.

—Te compadezco, Judd —repuso con dulzura, pero con firmeza, se dio la vuelta y salió del recibidor sin girarse a mirarle.

—Nos hemos adelantado tres semanas al plan —dijo Sawyer—. La unidad de refrigeración del cultivo de clones está siendo cargada en el avión en este preciso momento. Yo subiré al avión cuando despegue de Atlanta.

—Creí que nos íbamos a encontrar en Boca Ratón —indicó Judd—. Y que partíamos juntos.

—Prefiero no alejarme demasiado tiempo del cultivo —señaló Sawyer.

Judd le escudriñó con severidad:

—Bueno. Le conozco desde hace tiempo. ¿Qué le preocupa?

—El alemán —contestó Sawyer—. Está metiendo la nariz donde no debiera. Él no tenía más que poner a punto el reactor nuclear y tener preparada la central para funcionamiento. Pero ahora fisgona por los laboratorios médicos. Y no para de hacer preguntas sobre las unidades de la terapia de refrigeración nuclear.

—Quizá quiere estar seguro de que la central tiene suficiente capacidad energética —sugirió Judd.

—Bueno —dijo Sawyer—. Las preguntas sobrepasan esto. Quiere saber para qué son las unidades. No me fío de él.

Usted es el jefe, doctor —repuso Judd—. Téngame al corriente.

—Preferiría que los de Seguridad volvieran a comprobar sus antecedentes. Quién sabe lo que se nos puede haber escapado. Todavía no me he repuesto del susto que nos dieron aquellos dos de la isla.

—De acuerdo —dijo Judd—. Lo diré a Seguridad.

Miró por la ventana. Desde aquella altura, a nueve mil metros, solo se veían nubes espesas. Descolgó el teléfono que tenía al lado y llamó al personal de vuelo.

—Díganme las condiciones meteorológicas de la costa de Los Ángeles.

La voz del capitán se oyó por el auricular:

—Cubierto por toda la zona a dos mil quinientos metros, a las nueve de la mañana, y para las diez se espera una capa más espesa y niebla. Niebla del tipo puré de guisantes. Se sospecha que a medianoche tendrán que cerrar el aeropuerto de Los Ángeles.

—Gracias. —Judd apretó otro botón del teléfono.

—Seguridad —dijo una voz.

—Aquí les habla el señor Crane —manifestó—. Quiero comunicar con el director.

Al cabo de un momento se oyó otra voz. Era John.

—¿Ha oído la previsión del tiempo? —preguntó Judd.

—Sí —contestó John—. Esperábamos que nos llamara. Podremos esta noche, espero.

—Dentro de cuarenta minutos aterrizaremos en Los Ángeles.

—Le esperaremos listos para la acción, señor.

—Recojan a la señora Evans por el camino.

—De acuerdo, señor.

—Bueno: hasta dentro de media hora —dijo Judd. Miró a Sawyer—. ¿Cómo va a Atlanta?

Sawyer sonrió alevosamente:

—Soy ahora el presidente de Médica Crane, ¿no es así?

—Correcto —dijo Judd.

—Los presidentes no van en vuelos comerciales —dijo Sawyer—. Un CI Dos me espera en el aeropuerto.

Judd se echó a reír.

—Aprende rápido —dijo—. Es el setecientos siete más nuevo que tenemos.

Sawyer asintió riendo:



Al acercarse la noche las nubes eran casi negras. El coche se desvió de la carretera y entró en el campo que había en la meseta que servía de pista de despegue de los planeadores. Judd se apeó del coche. Vio que se acercaban John y otro hombre desconocido.

—Señor Crane, le presento a Mark Davidson, el director de la unidad de paracaidistas y planeadores.

Davidson no era un tipo alto, tenía el cuerpo fornido, las espaldas muy anchas y fuertes. El apretón de manos fue el que correspondía a su físico.

—Va a ser tan divertido como cuando descendimos sobre Nam.

—Quiero que sea divertido, precisamente —dijo Judd, recalcando las palabras—. Que quede bien claro que no quiero muertes, nada de matar, ni en autodefensa.

—Descuide, señor Crane —intervino Davidson—. Sabemos lo que tenemos que hacer. Nos hemos entrenado especialmente para este trabajo.

—Estupendo —dijo Judd y alzó los ojos al cielo—. ¿Qué opina?

Davidson miró al cielo, hacia la parte del mar.

—La oportunidad parece buena. Si no se levanta viento inesperadamente, podremos despegar pronto.

Judd alargó una mano con dos dedos cruzados.

—Buena suerte.

—Venga a la cabaña —sugirió Davidson—. Le mostraré nuestros planes.

Judd se dirigió a John:

—¿Han recogido a la señora Evans?

—Lo están haciendo en este momento, señor —contestó John—. Llegará dentro de media hora.

—Bien. —Judd siguió a Davidson al interior de la barraca de las operaciones. Se

detuvo en el umbral a mirar un planeador que avanzaba con la corriente. El piloto estiró los pies hacia el suelo y tocó tierra. Dobló un momento las rodillas, se sacudió las alas de los brazos hasta que se desprendieron, y volvió a enderezar el cuerpo. Judd se dirigió a Davidson.

—Es fascinante —dijo—. Parece un pájaro posándose.

—Es la misma técnica, señor —comentó Davidson.

—Quiero probarlo yo —ordenó Judd.

—Se lo enseñaré con mucho gusto —dijo Davidson—. Tal vez cuando terminemos esta operación.

—No, luego no —apremió Judd—. Ahora mismo.

Davidson le miró asombrado:

—¿Está bromeando, señor? No hay tiempo para aprender la técnica.

—¿Cuánto falta para que anochezca? —preguntó Judd.

—Una hora y media, más o menos.

—Hay tiempo de intentarlo —instó Judd.

Davidson miró a John consternado. John se volvió a Judd.

—Yo soy el responsable de su seguridad —dijo—. Y si se pone a volar por el cielo como un pájaro, no puedo garantizarle la entrada a la finca.

Judd se encogió de hombros, dio media vuelta en silencio y se encaminó hacia la parte trasera de la cabaña de operaciones, donde había un hangar. Las alas de los planeadores estaban ahí, junto con los paracaídas de seda. En conjunto parecía una bandada de murciélagos gigantescos listos a desplomarse del techo a la menor señal. Judd miró hacia el extremo del islote de roca donde estaban las pistas de despegue, desde donde las catapultas apuntaban el morro hacia el mar. Junto a ellas se veía un grupo de voladores vestidos de negro, con tazas de café en la mano, sentados en círculo. No les habló.

John se puso a su lado:

—No siempre el patrón puede hacer lo que le place, señor. Son los gajes de la responsabilidad.

Judd se encogió de hombros, luego regresó hacia la cabaña donde aguardaba Davidson.

—Tal como ha dicho usted, cuando termine eso —comentó con voz triste.

—Será un honor, señor —dijo Davidson—. Entre y le explicaré el plan de las operaciones.

Dentro, sobre la mesa, había una maqueta hecha de *papier maché* del terreno en cuestión. Davidson cogió un pequeño puntero:

—Esta colina, la más alta de la maqueta, es donde nos encontramos ahora. Esta otra, más baja y cerca de la costa, es nuestro objetivo. Entre las dos colinas corre la carretera de la costa. La distancia entre las dos es de cuatro mil doscientos metros. La altura de nuestra plataforma de catapultas es de dos mil seiscientos metros, la altura del objetivo es de doscientos metros. Una vez lleguemos al cielo, hemos de lograr

una media de descenso de dos mil cuatrocientos metros, durante este recorrido. La caída va a ser dura. Pero estamos bien entrenados.

Los ojos de Judd estaban fijos en la maqueta.

—¿Cómo verán qué hay en tierra a través de la niebla?

—Ya lo hemos previsto —dijo Davidson. Extendió una sábana de plexiglás sobre la maqueta. Era opaca y Judd no pudo ver nada a través de ella. Davidson le dio unas gafas.

—Póngaselas, señor.

Judd se las puso. Volvió a mirar la maqueta, y pudo ver unas señales rojas que en forma de flechas apuntaban hacia el objetivo.

—Gafas de noche infrarrojas —indicó Davidson—. Hemos aparcado veinte coches a lo largo del camino, con flechas rojas pintadas sobre el capot.

Judd se quitó las gafas y se dirigió a Davidson.

—Le felicito —dijo—. Lo ha previsto todo.

—Gracias, señor —contestó Davidson.

—Salvo un detalle —puntualizó Judd.

Davidson puso cara de desconcertado.

—¿Quién dirige la operación? —preguntó Judd.

—Yo, señor —contestó Davidson—. Yo soy quien va en cabeza.

Judd meneó la cabeza con expresión meditabunda, luego sonrió:

—Pues a ver si se pinta el culo de rojo; de lo contrario, sus hombres le perderán de vista y se extraviarán en el camino.

Davidson sonrió y de pronto se echó a reír.



Judd fue caminando hasta el borde de la colina. La niebla corría aceleradamente. Era más espesa cerca de la costa, pero comenzaba a cubrir la carretera, convirtiendo los faros de los coches en cabezas de alfiler pálidamente encendidas. Miró la hora que marcaba su reloj de pulsera. Faltaban unos minutos. Davidson se puso a su lado.

—Me parece que seremos puntuales, señor —dijo—. Los hombres se están poniendo los trajes.

Judd se dirigió hacia John:

—¿Dónde diablos está la señora Evans? Hace rato que pasó la media hora, John.

—No se preocupe, señor —dijo John—. Eddie va acompañado de dos de sus mejores hombres. Llegará a tiempo.

Volvieron a entrar a la barraca. John señaló con el puntero a una casa de forma de estrella de cinco puntas y luego a las otras que formaban un círculo a su alrededor.

—Alana dice que el maharishi vive en la habitación central de la casa de la estrella. Cada punta de la estrella tiene una cortina de distinto color que da al centro. Y este se abre cuando celebra audiencia. Se sienta de cara a la sala, de espaldas a la cortina corrida de detrás de la que aparece. Nunca es la misma cortina, cada color

tiene su propio significado, relacionado con los distintos planos de la vida. El color de esta noche es el rojo, el color del plano de la sangre. Las audiencias se celebran a las diez en punto.

—Bueno: por lo menos sabemos dónde lo vamos a encontrar —comentó Judd.

—Detrás de cada cortina hay dos guardias apostados —reanudó John—. Es decir, que, una vez solucionado el problema del exterior, nos queda por afrontar el del interior. No quiero correr riesgos. He dispuesto que se nos adelanten dos coches con mis mejores hombres, siete especialistas.

—¿Y qué hará la chica mientras tanto? —preguntó Judd.

—Estará en la puerta de la entrada, nos la abrirá.

—Hay dos guardias vigilando —indicó Judd—. ¿Qué hará con ellos?

John sonrió:

—Es una chica muy lista. Se irá a la entrada desnuda. Y volando. Cuando digo volando quiero decir con un globo en la cabeza, de mentirijillas, claro. Pero no habrá hombre capaz de resistirse ante un cuerpo volando de esta manera. En cuanto se abra la puerta de la garita, ella arrojará dos bolas de cristal y quedarán fuera de acción instantáneamente. El gas se evapora en cinco segundos y entonces abrirá la puerta. Los dos primeros hombres en entrar son expertos en electrónica y se encargarán de desconectar el sistema de alarma. Y nosotros entraremos a la finca. Alana nos conducirá a la punta de la estrella, frente a la espalda de nuestro hombre.

—Desnuda y volando, espero, ¿eh? —dijo Judd con una sonrisa.

John no sonrió.

—No, señor. Tenemos un mono listo para que se abrigue.

En aquel momento llegó un coche a la puerta de la cabaña. Entró Eddie *el Rápido* acompañado de Sofía.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —les dijo Judd como saludo.

Eddie alzó las manos al cielo con ademán de impotencia:

—¡Las mujeres! ¡No hay quien las entienda! ¿Sabe dónde la encontré? En una peluquería.

Judd miró a Sofía severamente. No dijo nada.

Sofía le sonrió.

—Vi una fabulosa peluca de pelo largo. Negra. ¿No te gusta?

Judd pareció que se atragantaba, luego recobró la voz y dijo:

—Estás como una camarera de barra del hotel Marina del Rey.

—Muy americana, ¿verdad? —dijo ella.

—Sí, mucho —asintió él—. Ahora preparémonos. Tenemos que irnos enseguida. La cogió del brazo.

—Volvamos al coche.

Se quedó de pie junto a la portezuela. Se le acercó Davidson:

—Es la hora, señor.

—Buena suerte —dijo Judd.

Miró cómo Davidson se acercaba a la catapulta, y se ajustaba las alas con aspecto de murciélago. Davidson puso los pies en posición sobre la catapulta. Se produjo como una ráfaga y el cuerpo desapareció en la niebla que colgaba del borde de la meseta. A Davidson le siguieron los otros, que se precipitaron como él en la niebla.

Cuando perdieron de vista el último planeador, Judd se metió en el coche.

—Vamos —dijo—. La cita es dentro de veinticinco minutos.

Dos coches habían ya pasado por las puertas medio abiertas cuando avanzó el de Judd. Este abrió la portezuela y se apeó.

—¿Por qué se han parado? —preguntó.

—Nos han jodido —dijo John—. No se nos ocurrió que los resortes de apertura de las puertas estuvieran combinados rotativamente. Se abrió la entrada del centro, pero la lateral se cerró enseguida. Los expertos en electrónica están intentando solucionar el problema.

—No pierdan tiempo. Vuélenlo —ordenó Judd.

—Si hacemos esto tendremos a toda la policía de California persiguiéndonos —susurró uno de los expertos.

John se dirigió de nuevo a Judd:

—No hay manera de abrir las otras puertas. Están con un seguro que si se abre pone en funcionamiento el sistema de alarma.

—Pasemos por la brecha de sesenta centímetros que ha quedado abierta. Vamos, a caminar —dijo perentoriamente Judd.

—Son dos kilómetros hasta la casa —objetó John—. Y no estamos seguros de haber reducido a todos los guardias y perros de la finca.

—Vayamos, pase lo que pase —repuso Judd.

—Más vale que usted espere en el coche, señor Crane. No quiero que le pase nada.

—No quiero esperar y correr el riesgo de que desaparezca el maharishi. Si es tan listo como me figuro, debe tener un cuarto de seguridad y una ruta secreta para salir. Nuestra única oportunidad es llegar a él lo más aprisa que podamos. ¡A correr!

John asintió y se dirigió a los hombres que esperaban junto a la entrada.

—¡En marcha! —gritó.

Los hombres pasaron por la brecha de entre las puertas y comenzaron a correr en dirección de la casa. Eddie *el Rápido* y Sofía se pusieron en marcha tras los talones de Judd. John hizo un gesto al pasar junto a la garita del guardia. Salió Alana acabando de ajustarse el traje que le acababan de dar.

—¡Mierda! —exclamó dirigiéndose a John—. Ha sido por mi culpa. Debí figurármelo.

—Ya está hecho —dijo John—. Ahora hagamos lo que podamos. —Se giró hacia los dos hombres—. Vosotros no os alejéis del lado del señor Crane. No quiero que le suceda nada malo.

Se pusieron todos a correr por el camino. Alana iba en cabeza. A los pocos metros encontraron algunas de las alas de los planeadores extendidas en el suelo. Cerca de ellos había dos tipos tumbados junto a unos dobermans que también estaban tendidos

durmiendo apaciblemente.

Sofía se asustó al verlos y tocó el brazo de Judd.

—No pasa nada —la tranquilizó él—. Los hemos adormecido con flechas drogadas. Dormirán unas horas, y cuando se despierten solo tendrán dolor de cabeza.

—Debieras haberme advertido que me pusiera zapatos planos —dijo Sofía—. Con esos tacones no puedo correr.

—Basta de hacerte la tonta —cortó Judd—. Corre descalza.

Sofía se deshizo de los zapatos de un puntapié y pudo correr a su misma velocidad. Pasaron por delante de más tipos y más perros dormidos. Cerca de ella había las alas de los planeadores rotas.

A los pocos minutos Sofía jadeaba penosamente.

—No puedo más —dijo—. No puedo respirar. No estoy hecha para estos trotes.

—Ponte esto debajo de la nariz —le sugirió Eddie, dándole dos cápsulas blancas, recubiertas de una rejilla, en la mano.

—¿Y de qué me van a servir excitantes de amilo de nitrato? —dijo ella—. Me tumbarán al suelo y comenzaré a tener orgasmos.

—No son excitantes —le aclaró Eddie *el Rápido*—. Son un estimulante especial que hacemos en el laboratorio. Sueltan oxígeno comprimido mezclado con cocaína. —Rápidamente se disparó una dosis contra la nariz—. ¡Yupi! ¡Soy Superman! —gritó.

Sofía le imitó. Inmediatamente sintió una corriente de energía por todo el cuerpo. De pronto ya no tuvo dificultad en respirar. Se sintió como si pudiera correr los cinco mil metros de una olimpiada.

Miró en dirección a Judd, que corría deprisa, seguido, sin aparente problema respiratorio. Sofía se preguntó si lo hacía naturalmente o si también había tomado una de aquellas cápsulas milagrosas. Hizo una nota mental de que se lo preguntaría cuando todo hubiera terminado.

Al llegar cerca del final del sendero, les salieron varios hombres de negro al paso, que habían estado ocultos entre las matas del margen. Se les adelantó Davidson.

—¿Qué ha sucedido? Llegan tarde —dijo hablando a John.

—Tuvimos problemas en las puertas —contestó este—. ¿Cómo os ha ido a vosotros?

—Bien —contestó Davidson—. Me parece que los hemos adormecido a todos. Puede que queden más en el interior de la finca, pero teníamos orden de esperarlos aquí.

—Bien —repuso John. Luego preguntó a Alana—: ¿Por dónde entramos?

Alana indicó con un gesto hacia la segunda punta de la estrella.

—No se olviden de una cosa. En cuanto pisemos las escaleras de cemento de la casa, se encenderán los faros.

—De acuerdo —dijo John. Se dirigió a sus hombres—. Que se aposten dos hombres a la entrada de cada punta de la estrella. Tres en la entrada de las casas de la

circunferencia. Cuatro hombres a la entrada de las perreras. Y no dejen salir a nadie de las casas. Que no puedan salir, como en una encerrona.

Se volvió a Judd.

—Yo me adelanto con tres hombres. Actuamos los primeros, en cuanto comencemos, el resto ha de tomar su posición. —Miró en torno—. ¿Comprendido? —Nadie contestó. Se volvió a Judd—. Ahora le toca a usted.

Judd asintió.

—Me parece bien. Vamos.

Antes de que comenzaran a correr hacia la casa, se encendieron los faros que la iluminaban, convirtiendo la noche en día.

—¡Joder! —exclamó—. ¿Y ahora qué?

Alana señaló un enorme doberman que estaba con las orejas alertas. En el acto oyeron un fino ruidito. El perro se dirigió hacia una esquina de la casa, se detuvo de pronto, levantó una pata, se meó tranquilamente en un tiesto de geranios, y se tendió con calma a dormir.

Alana llegó la primera a la puerta. La abrió. Judd la siguió inmediatamente, John y el resto entraron detrás. Avanzaron pisando con la mayor suavidad posible el piso de mármol, y la chica los condujo hasta una cortina de cuentas rojas. Abrió la cortina por uno de los lados.

Judd miró, vio al maharishi de espaldas. Delante de él había dieciséis o veinte chicas sentadas en la posición de loto, con la mirada clavada en el gurú a quien parecían estar adorando.

Judd hizo una señal silenciosa a los hombres, indicándoles que se colocaran en posición de apresar al gurú. Cuando lo hubieron hecho, Judd atravesó la cortina.

A los dos pasos se sintió agarrado por detrás, entre dos brazos que le sujetaban por el pecho como dos barras de hierro, y le levantaban al aire.

Una voz le dijo al oído:

—¡Cálmate! Si te resistes, no morirás, pero quedarás paralizado para el resto de tu vida.

Judd intentó solo recobrar la respiración que había perdido al sentirse alzado del suelo. Luego oyó un tenue ruidito metálico; los brazos que le sujetaban se fundieron como si hubieran sido de metal.

Oyó otra voz, profunda y tranquila, que le decía:

—Señor Crane.

Vio al maharishi que se volvía despacio a mirarle.

—Hace tiempo que le esperaba. Más tiempo del que usted se supone, seguramente.

Judd miró cómo el maharishi se ponía en pie. Era más alto de lo que parecía, tal vez porque estaba sobre una plataforma o debido a su delgadez de asceta, y a la túnica que le colgaba de los hombros hasta los pies calzados con sandalias.

Se giró hacia las chicas, que habían comenzado a ponerse en pie, un poco

nerviosas al darse cuenta de la intrusión. Parecían listas para huir corriendo, aunque inseguras de qué dirección tomar. El gurú les habló con calma.

—No temáis nada, criaturas —les dijo—. Recobrad vuestra calma interior. Esos hombres no os pueden hacer daño. Vienen a verme como amigos, en busca de conocimiento.

Las chicas se tranquilizaron y volvieron a sentarse en postura de loto. El gurú se volvió a Judd:

—Sería mejor para nuestra conversación si ordenara desaparecer a sus hombres. La proximidad de tantos extraños rompe la calma y nos interrumpe la meditación. Aquí concebimos la vida como algo que abarca desde un pasado sin término hasta el infinito.

Bajó de una tarima y caminó hacia Judd. Tenía los ojos amarillos y atigrados, y miraban con agudeza.

—Tenemos mucho que hablar, hijo mío —añadió.

—Sí —dijo Judd.

—Pero ahora he de descansar —dijo el gurú—. Ya no soy lo joven que era antes. No funciono tan bien como es debido si no duermo. Calculo que su grupo tardará seis horas en despejar; la finca y a que todo vuelva a la normalidad. Le agradecería que me permitiera descansar y se aviniera a que comenzáramos nuestra charla al ponerse el sol exactamente.

Judd guardó silencio, incierto sobre las intenciones del tipo.

—Le prometo que no le engaño. Nos encontraremos como le he prometido —dijo el maharishi.

Judd sintió una cosa familiar en presencia de aquel hombre. No pudo disimular su sorpresa. Clavó la mirada en los ojos amarillos como el topacio que tenía delante.

—Yo le conozco a usted —dijo con voz fría.

—Es usted persona muy observadora —contestó el gurú—. Usted conoció a mi hermana.

—Zabiski —exclamó—. ¡Claro!

—Era mi hermana mayor.

—Ahora lo entiendo —dijo Judd—. Pero...

—Todo le será explicado —comentó el gurú—. Mi hermana fue un genio. Hablaremos de ello cuando nos encontremos al ponerse el sol. Ahora he de descansar.

El gurú se puso en pie.

—Descanso mejor con dos chicas, una a cada lado. Equilibra el Ying y el Yang que hay en mi interior.

Judd no dijo nada.

—He oído decir que tú has encontrado la misma suerte de equilibrio. Si lo deseas, podemos ayudarte.

Judd respiró profundamente.

—Gracias —dijo—. Esta noche prefiero estar solo y bucear en mí mismo.



Las habitaciones de los forasteros se encontraban en casas separadas, situadas alrededor de la central. La casa era pequeña, y las habitaciones también. Una sola cama estrecha y una silla. Una cómoda de madera con cuatro cajones. El cuarto de baño constaba solo de una ducha y un armario de madera para colgar la ropa. El wáter, sin tapadera, estaba debajo de una ventana abierta en el techo. Las paredes de la habitación estaban pintadas de blanco, sin decoración ni cuadros. No había teléfono o radio.

Eddie miró a Judd.

—Tiene más sitio en la parte de detrás del coche que aquí —le dijo.

—No te quejes. Ya nos arreglaremos.

—¿Cómo? —preguntó Eddie—. He echado el ojo sobre unas niñas, pero en estos cuartos no se cabe.

—Si de verdad lo deseas, encontrarás la manera —comentó Judd—. Quizá una de las chicas te invitará a su cuarto.

—Eso sería un milagro —murmuró Eddie con cara de fastidio—. Está lleno de guardias con caras monstruosas y perros gigantescos. No me verán ni la punta de la nariz. Y ya no digamos mi pito, que ya no es muy grande, que digamos.

—Acuéstate. Mañana tenemos que levantarnos temprano.

Eddie se hizo a un lado para dejar pasar a Sofia.

—¿Qué opinas? —preguntó inmediatamente a Judd.

—¿De qué? —preguntó él.

—Del hermano de Zabiski. ¿Le crees?

—¿Por qué no?

—Es extraño —refirió ella—. Nunca había oído hablar de que existiera tal persona; en cambio, él sabe muchas cosas de nosotros.

—¿En qué piensas?

—El único que sabe tantas cosas de nosotros es Andropov.

—¿Sugieres que trabaja para los rusos? —preguntó él mirándola asombrado.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo sé que no me fío de nadie. Quizá trabaje directamente para el Comité Central del Politburó. Son todos viejos, incluso Andropov. Y no les importaría alargar su vida y su poder.

—No sé qué decir a eso —indicó Judd—. Los de Seguridad me aseguraron que todos, el FBI y los de la IRS, trataban de echarle la mano encima.

—Tengo miedo —dijo ella.

Eddie *el Rápido* entró corriendo en el cuarto.

—¡Gol! ¡Gol! —gritó.

Judd se lo quedó mirando.

—¿Se acuerda de Valerie Ann, la azafata que sacamos del avión? —preguntó—. Acabo de topar con su hermana. Es una de las chicas que viven aquí y está cien veces mejor que su hermana.

Se marchó sin darles tiempo a contestar nada. Entonces Judd miró a Sofía.

—Puede que por eso nos esperara el maharishi —dijo.

—Quizá —repuso ella—. Pero tengo miedo.

Judd guardó silencio un momento.

—No puede pasamos nada hasta mañana. Trata de dormir.

—¿Te importa que pase la noche contigo? —preguntó ella mirándole fijamente.

—¿En eso? —dijo él, señalando la estrecha cama.

—Dormiré en el suelo —indicó ella.

## veintiuno

Sofia se despertó de un sobresalto sola en la estrecha cama. Se giró, miró hacia el otro lado. Judd estaba sentado en el suelo, inmóvil, con las piernas cruzadas en posición de loto. Con los ojos abiertos hacia ella.

—Buenos días —dijo.

—¿Has estado así toda la noche? —preguntó ella.

Él asintió.

—No era necesario. Te hubiera hecho sitio en la cama.

Él sonrió.

—Pensé que sola estarías más cómoda. Además, estoy muy acostumbrado a esta postura. ¿Te duchas conmigo? —dijo poniéndose en pie.

—¿Habrá sitio para los dos? Me encantaría si es posible.

—Vamos, ya veremos —dijo él.

El agua era helada. A ella se le cortó la respiración.

—¡Cristo! —gritó temblando.

Él se abrazó a ella.

—¿Mejor así?

—Mucho mejor —contestó ella. Le miró a la cara—. No te entiendo, Judd.

—No hay misterio. Estoy cachondo —dijo sonriendo.

Ella sintió su falo endurecido contra el vientre.

—Estupendo —susurró.

Él pasó los brazos por debajo de las rodillas de ella y la alzó. Ella le pasó los brazos al cuello y se colgó contra su torso.

—¡Dios! —exclamó al sentir que él entraba dentro de ella—. ¡Qué duro estás!

Él la miró a los ojos.

—Es como te gusta, ¿no? —susurró con voz ronca.

—Me encanta —dijo ella casi sin aliento—. Me encanta. Quiero guardarte dentro de mí toda la vida. —Comenzó a temblar orgásmicamente—. ¡Ay! ¡Que me viene!

Judd apretó con mucha fuerza las manos contra su costado de modo que ella no pudo seguir moviendo el cuerpo.

—Ve despacio —le ordenó él con voz dura—. No tengo el control de otros tiempos y no quiero correrme demasiado pronto.

Ella se estuvo quieta y agachó la cabeza para besarle en la boca.

—Mi amor —susurró—. ¡Mi hermoso amor!

—¡Sofía! —dijo él con la voz asombrada—. No sé qué me pasa.

Ella sintió que se le arrasaban los ojos de lágrimas.

—Quién sabe, Judd —dijo con ternura—. Quizá te estés enamorando.

Él empujó la verga contra ella casi con furia.

—¡No! —exclamó duramente—. ¡Eso no! ¡No puedo permitírmelo!

Ella sintió que su orgasmo estallaba dentro de sí y se movió al ritmo del suyo. Mantuvo los labios pegados a los de él.

—El amor no obedece las reglas de nadie —dijo.



La biblioteca del maharishi estaba cubierta de libros del suelo hasta el techo, pero no tenía ni una silla, sillón o sofá. Sobre la alfombra había varios cojines esparcidos. Llevaba el pelo largo atado a la nuca, la cara despejada, e iba con un caftán de algodón violeta. La barba cuidadosamente peinada. Estaba sentado con las piernas cruzadas sobre un cojín y les hizo entrar con un gesto.

Los miró detenidamente al entrar ellos. Eddie fue el último.

—Siento mucho decirle —dijo a Judd— que me sentiría más cómodo si estuviéramos solos, los dos y la chica.

Judd asintió, mirando hacia Eddie, el cual vaciló un instante.

—No te preocupes —le dijo Judd—. Aquí no puede pasarnos nada.

Eddie salió. El maharishi apretó un botón que tenía junto al cojín. Cerróse la puerta. Miró a Judd y le dijo:

—Gracias.

Judd se sentó sobre un cojín al lado del maharishi. Miró a Sofía mientras escogía su cojín y luego se dirigió al gurú:

—El fénix renace de las cenizas del fénix, como el Dalai Lama renace en el instante de la muerte del Dalai Lama.

El maharishi no dijo nada.

Judd le miró a los ojos.

—Usted no es la misma persona con que hablé anoche —dijo.

El gurú asintió lentamente.

—Es cierto. Mi padre ya me ha advertido que usted es persona muy observadora.

—Deseo solo hablar con su padre.

El gurú estuvo de acuerdo.

—Mi padre vendrá enseguida.

Apretó otro botón de al lado del cojín.

Una de las paredes recubiertas de libros se corrió a un lado y apareció otra habitación. Amueblada de forma más convencional. A una mesa escritorio de caoba y sándalo estaba sentado el maharishi. Él también iba vestido al estilo convencional, con traje blanco, camisa y corbata, y un turbante de seda blanco en la cabeza. Se puso en pie y se inclinó.

—Señor Crane, doctora Ivancich —dijo.

Judd se puso en pie y saludó con la cabeza.

—¿Su hijo, maharishi? —preguntó—. ¿O su clon?

—Mi hijo y mi clon —respondió el maharishi—. Es uno de mis hijos, o de mis

*clones*, como los llama usted. —Sonrió—. ¿Qué son los hijos del hombre sino clones de su simiente?

—He venido a por ciencia —comentó Judd—. No en pos de filosofías.

—Son la misma cosa, hijo mío —repuso el maharishi—. Veo que se parece a mi hermana. Ella también solo creía en la ciencia, no en la verdad dentro del hombre.

—Sin embargo, usted no objetó a que hiciera experiencias con usted —dijo Judd astutamente.

—Yo fui el primero —dijo el maharishi—. Y, por tanto, el primero en descubrir que la ciencia por sí sola no es nada.

—En usted ella confió ideas que nadie más en el mundo sabe —manifestó cortésmente Judd.

—Pero nuestras creencias eran muy distintas —indicó el anciano—. Al final ella me dijo que usted era el único heredero de su ciencia. —Sacó una libreta encuadernada de piel y la dio a Judd—. Aquí están las notas que tomó desde mil novecientos treinta y cinco hasta el cuarenta y cuatro.

Judd miró la libreta y la hojeó. Estaba escrito en tinta, parcialmente, pero gran parte en lápiz. Miró al maharishi.

—¿En alemán?

—Sí. Fueron escritas secretamente por la noche, en el laboratorio del campo nazi.

—¿Trabajó para ellos?

—Como todos —contestó él—. ¡Qué remedio! Trabajábamos o moríamos.

Judd dio en silencio la libreta a Sofía. Se volvió de nuevo al anciano.

—¿Qué clase de trabajo hacían?

—Estudios sobre la longevidad. Por orden directa del Führer. Él quería vivir eternamente, como el Tercer Reich. —Suspiró y miró a Judd—. A fines del cuarenta y cuatro sabíamos que Alemania había perdido la guerra. El pánico se apoderó de todos nosotros, de los prisioneros y de los guardias. Entonces llegó la orden de que las notas tenían que ser destruidas. Y liquidadas todas las personas relacionadas con los experimentos.

»Mi hermana resistió. Gracias a la tez morena que yo había heredado de la segunda mujer de mi padre, que era india, me puso en la carretera por la que avanzaban los ingleses. Ella se vistió de campesina, y se encaminó hacia la frontera rusa. En su ropa llevaba el pasaporte ruso de su madre. Y nos separamos. Así por lo menos uno de los dos podría sobrevivir.

—¿Qué tipo de experimentos había hecho con usted? —preguntó Judd.

—Los mismos que hizo consigo misma. Una forma de terapia celular —contestó el anciano.

—¿Como la de Niehans? —preguntó Judd—. Pero ¿de dónde sacaron el número suficiente de feto de oveja?

El anciano le miró con fijeza.

—No había ovejas —dijo.

Judd se quedó mirándolo. Guardó silencio unos instantes.

—¿Son eso las notas tomadas durante estos experimentos?

—Sí —contestó el maharishi.

—Yo creía que había descubierto una forma de autoclación. Que no utilizó fetos humanos.

—Eso también —dijo el anciano—. Pero fue solo una parte del conjunto. —Aspiró con fuerza—. La voluntad humana de sobrevivir es más fuerte que nada, más fuerte que la ética.

Judd continuó mirándole en silencio.

El anciano no se inmutó.

—No se escandalice —dijo—. Usted también tendrá que hacer la misma elección.

—Espero que no —repuso Judd con voz resuelta—. La tremenda ventaja de la ingeniería genética del ADN hace que su tipo de experimentos sean innecesarios. Hemos conseguido crear una serie de células humanas en el laboratorio que no pueden distinguirse del original. Incluso células capaces de autorrecomponerse en caso de avería y las hay que pueden reproducirse si no hay forma de recomponerse.

—¿Está usted diciéndome que han descubierto el secreto de la vida? —preguntó el anciano.

—Todavía no. Pero estamos cerca —refirió Judd.

El anciano guardó silencio un momento; sacudió la cabeza con escepticismo.

—Me entristece —dijo—. El secreto de la vida pertenece a los arcanos del Creador.

—Tal vez el Creador sea el hombre —sugirió Judd.

El maharishi lo miró a los ojos.

—Ahora es usted el que filosofa —dijo.

—¿Le cuesta más pensar esto que avenirse a ciertos experimentos de su hermana? —preguntó Judd.

—Ya le he dicho que no siempre estuve de acuerdo con las ideas y los métodos de mi hermana —repitió el anciano.

—Sin embargo, se avino a que le tratara como un conejito de indias.

—También hizo pruebas consigo misma —insistió el maharishi. Hizo una breve pausa. Parecía fatigado—. Todo eso fue hace muchos años. Es ahora cuando debemos pensar.

—De acuerdo —dijo Judd.

—En estas notas hay muchas cosas poco claras y que no se entienden. Incluso en su lengua. Espero que con las notas que están ya en su poder se aclaren un poco. Deseo que pueda llegar a comprender sus ideas y descubrimientos como un conjunto. —Se inclinó hacia ellos—. Yo ya soy viejo. Me gustaría ayudarlos en este trabajo si puedo. Deseo comprender mejor el trabajo y el sueño de mi hermana.

Judd se volvió a Sofía:

—¿Crees que llegarás más lejos con la ayuda de este hombre que tú sola?

—Sí —contestó Sofía—. Él es una pieza única de toda la historia.

Judd miró al anciano.

—¿Le importaría que trabajáramos aquí? —preguntó—. Instalaremos los aparatos que sean necesarios para la complejidad del estudio. Tendremos que conectar con el ordenador central.

—No tengo nada en contra —dijo el anciano.

—Entonces lo haremos —repuso Judd mirando a Sofía—. Parece lo más sensato. Además, aquí estarás más segura.

—¿Y adónde vas tú? —preguntó ella.

—Tengo muchas cosas que hacer —contestó él—. Estaremos en contacto constante. Nos reuniremos en cuanto hayas terminado.

El maharishi se puso en pie.

—Gracias, hijo mío, y que la paz te venga con tus descubrimientos. —Calló para luego añadir—: Estoy cansado y he de descansar.

—Gracias, profesor —dijo Judd.

—Veo que sabes algunas palabras de hindú —dijo sonriendo—. Gurú en inglés significa profesor. —Levantó la mano con ademán de bendecirlos—. Paz y verdad. —Se encaminó hacia la puerta y salió.

Judd se volvió al más joven, todavía sentado en su cojín.

—Su padre es un hombre extraordinario —dijo—. ¿Me permite preguntar cuántos años tiene?

—Naturalmente, señor Crane. Es eterno —añadió rápidamente.

## veintidós

A seis mil metros sobre el nivel del mar, la nieve cubría los picos de la cordillera andina, ya fuera invierno o verano. Judd, sentado en el asiento de copiloto del nuevo Crane VTOL, de peculiares alas en forma de X, contemplaba la cruz que arrojaba su sombra sobre el blanco de la nieve.

—Es magnífico, señor Crane —comentó el piloto.

—Sí, Tim. En Florida no se ve nieve así —dijo Judd.

—Me refiero al avión, señor Crane —indicó el piloto—. Se mueve como un águila de verdad. Nunca había volado en un aparato así.

—Ya lo sé —dijo Judd.

—Si el Ministerio de Defensa no le encarga seiscientos de este modelo, es que se han vuelto locos —continuó Tim—. Yo he volado en todos los tipos de aviones. Desde el primer Harrier hasta el último. Y este los sobrepasa a todos.

—Los comprarán —aseguró Judd. Miró la cresta que se alzaba sobre la meseta—. Ya hemos llegado.

—Cinco minutos más —dijo el piloto.

Judd se giró hacia la parte del fondo de la cabina. Eddie *el Rápido* estaba solo, ocupando uno de los seis asientos para los pasajeros.

—¿En qué piensas? —preguntó Judd.

—En que si pudiéramos importar esta nieve en Estados Unidos ganaríamos millardos de dólares —contestó Eddie.

—Tú siempre pensando en comer —dijo Judd, riendo.

—Debe de hacer mucho frío —comentó Eddie.

—Veinte bajo cero.

—Eso es mucho —dijo Eddie.

Judd se volvió de nuevo al piloto.

—Anuncie nuestra llegada. Quiero aterrizar en el cráter, no en la plataforma.

—Sí, señor Crane —asintió el piloto. Se giró hacia el tablero digital de la radio. Hubo un crujido y luego habló al micrófono—: Buscamos Radio Xanadú. Radio Xanadú.

Una voz contestó por el altavoz:

—Xanadú, aquí Xanadú; te oímos. Estamos en radar. Os encontráis a siete mil cien metros nordeste. Coeficiente veintiuno coma veintiuno, cero, noventa y tres coma veinticinco. Responde.

—Entendido, Xanadú. Conectamos. —Puso el orientador automático.

—Aquí el señor Crane, a bordo de Crane VTOL Seis. Solicita aterrizar en el cráter.

—Eres muy grande, Crane VTOL Seis —ladró el de la radio—. No hay sitio para

ti aquí abajo.

Judd habló por el micrófono que llevaba colgado al cuello.

—No nos ha oído bien, control. Soy Judd Crane y quiero que nos hagan sitio, y no me importa cómo.

La voz del altavoz cambió de tono al contestar con respeto:

—Perdón, señor. Un momento, señor: desplazaremos los helicópteros a la meseta.

—Gracias, control —dijo Judd y desconectó su micrófono—. Imbécil —murmuró para sí.

A los diez minutos, el VTOL descendía en picado al cráter como si de un ascensor movido por cables se tratara. En su interior esperaban listos para apearse, en sus abrigo de piel, forrados con plumas de ave, los tres pasajeros. Una ráfaga de aire helado les indicó que podían dirigirse a la puerta. El piloto apretó un botón y se desplegó la escalera del aparato.

El primero en bajar fue Judd. El doctor Sawyer le recibió con una sonrisa desde el interior de su pelliza.

—Bien venido a Xanadú, a la cumbre del mundo.

Judd le estrechó la mano afectuosamente. Detrás de Sawyer estaba el doctor Schoenbrun. Le alargó la mano.

—Bien venido, señor Crane.

—Guarezcámonos del frío —sugirió Sawyer.

Le siguieron. Judd se fue fijando en todo silenciosamente: en los hombres que subían a los helicópteros que eran trasladados a la meseta, a los que se metían en el ascensor construido en una ladera de la montaña. Por sus bolsas de vuelo adivinó que iban a subir a bordo del gran C-5s que había visto hacía un momento en posición de despegue. Sawyer abrió una gran puerta de acero; entraron al calor del edificio.

—Dos semanas —dijo Sawyer sin disimular su satisfacción—. En dos semanas estará listo.

—Sí, señor Crane —asintió el alemán—. Está listo. Por la mañana aprieta el botón y el reactor nuclear comienza a generar calor.

—¿Cuánto tiempo tardará en funcionar al límite de su capacidad? —preguntó Judd.

—Una semana —contestó Schoenbrun—. En cuanto alcance su máxima capacidad, se apaga y se enciende automáticamente. Se vigila a sí mismo por medio de robots y su vida es infinita.

—¿Y si funciona mal? —preguntó Judd.

—Es casi imposible —dijo el alemán—. Porque no consta de piezas móviles; es pura energía atómica. Además, porque si funcionara mal se arregla automáticamente a sí mismo. Le aseguro, señor Crane, que es la máquina de movimiento perpetuo más perfecta del mundo.

—Quiero estar seguro —dijo Judd—. Mi vida depende de ella.

—La máquina funcionará. Se lo garantizo. Pero no le garantizo su vida —

contestó severamente Schoenbrun.

—Mañana a las siete en punto —ordenó con sequedad Judd.

El alemán le miró desconcertado.

—¿Cómo, señor Crane? —preguntó.

—Apretaremos el botón —dijo Judd. Se dirigió luego a Sawyer—: Me voy a mi apartamento a ducharme. ¿Cenamos juntos esta noche?

—Será un placer —contestó Sawyer.

—¿Doctor? —preguntó al alemán.

—Encantado, señor Crane —contestó juntando los talones.

Sawyer esperaba sentado en el sofá con un vaso de whisky en la mano. Judd salió de la ducha. Esperó a que Judd se hubiera enrollado una toalla a la cintura y le preguntó:

—¿Se siente bien?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Ningún dolor de cabeza?

—No. ¿En qué piensa? —preguntó Judd.

—Estoy intrigado por el aumento de células en su cerebro. ¿Qué dijo Sofía?

—Que esperáramos. Ella tampoco lo entiende.

—Quiero hacerle otra serie de *scans*, encefalogramas, etcétera —dijo Sawyer—. Me tranquilizaría si el *scan* mostrara que el proceso no continúa.

—¿Qué teme? —preguntó Judd.

—Usted nunca me contó toda la verdad —contestó Sawyer mirándole a la cara—. Sospecho que le inyectaron células producidas por clonación.

—¿Bueno y qué? —dijo Judd—. Me siento perfectamente. No ha habido efecto contraproducente.

—El aumento de células puede conducir a una situación peligrosa. Tumor o cáncer. No se sabe.

—Me encuentro bien. Hablemos de otra cosa —ordenó Judd.

—Salud —dijo Sawyer alzando el vaso—. Hace dos semanas que estoy aquí. Póngame al corriente de las cosas de ahí fuera. ¿Vio al maharishi?

—Sí —contestó Judd.

—¿Consiguió lo que quería?

—En parte —contestó Judd—. Tenía las notas que buscábamos. Descubrimos que es hermano de la Zabiski. Que trabajaron juntos en un laboratorio alemán hasta el final de la guerra. Sobre longevidad.

Sawyer no dijo nada.

—La vieja fue la primera en experimentar la terapia celular en el mundo. ¿Sabe qué tipo de células usó?

—Lo sospecho —dijo Sawyer—. De feto humano.

—¿Por qué lo piensa? —preguntó Judd.

—Por la manera en que insistió en inseminar artificialmente a todas aquellas

chicas. Con una hubiera sido suficiente para saber si era capaz de producir un niño normal. Pero doce chicas era excesivo.

—Las chicas abortaron, sin embargo —indicó Judd.

—Usted no tuvo la culpa —comentó Sawyer—. Eso lo organicé yo. No pude soportar la idea de lo que se proponía hacer la vieja. Las personas todavía no están para convertirse en animales de laboratorio, digo yo. Y no me importa lo útil que fue el tiempo que la doctora trabajó con los nazis.

—¿Sabía que tenía un hijo? —preguntó Judd.

—¿Quién? ¿Usted? —La sorpresa de Sawyer parecía sincera.

—Con Sofía —prosiguió Judd—. No sé cómo se las arregló, pero no abortó como las otras. Y se trasladó de Rusia a Estados Unidos para dar a luz.

—¿Desde cuándo lo sabe? —preguntó Sawyer.

—Me lo dijo Barbara el día de la última reunión en San Francisco.

—¿Lo ha hablado con Sofía?

—¿Para qué? —dijo Judd, sacudiendo la cabeza negativamente—. No es responsabilidad mía y no voy a cambiar mi vida por eso.

—¿Qué será del niño? —preguntó Sawyer.

—Barbara cuida de él. Dice que está bien.

—¿No siente curiosidad? Por ver si se le parece...

—Barbara me dijo lo que había que saber —le atajó Judd—. Que tiene los ojos como yo. No me interesa, la verdad.

Sawyer se levantó para servirse otro whisky.

—Es usted un hombre extraño, Judd. No hay quien le entienda.

—¿Qué importa eso! —dijo sonriendo Judd—. Después de cenar, ¿tendremos tiempo de visitar los laboratorios del cultivo?

—Sí, si lo desea —contestó Sawyer.

—Me interesa muchísimo —comentó Judd.

—Ahora, antes de cenar, me gustaría tomarle la presión y comprobar el funcionamiento del corazón, si no le importa. Por la altitud.

—Haga lo que le parezca —dijo Judd.

Sawyer cogió un pequeño botiquín y lo abrió.

—He traído mis aparatos portátiles para hacer los chequeos. ¿Se ha drogado hoy?

—No —contestó Judd.

—Tumbese en el sofá —ordenó Sawyer. Conectó los electrodos, leyó con atención la cinta, desconectó los cables y le tomó la presión en el brazo, derecho e izquierdo, en las pantorrillas.

—Tome la de la *picha* —sugirió Judd.

—No, que me explotaría el aparato —contestó Sawyer, sonriendo—. Bueno: parece que está en perfecto estado de salud. Todo normal.

—¿Se siente mejor, doctor? —preguntó bromeando Judd.



La cena fue sencilla. Filete con salsa de champiñones, patatas al horno, judías verdes y zanahorias. Luego ensalada con Brie francés. Para beber, vino de Burdeos, Château Mouton Rothschild 76. Y café.

El doctor Schoenbrun mostró su satisfacción con una sonrisa especial.

—Un buen jefe de cocina es la cima de la civilización —sentenció.

—No sabía que era filósofo, doctor —indicó Judd, sonriendo.

—La filosofía comienza en el estómago, no en la cabeza —prosiguió el alemán.

—¿Está satisfecho de su trabajo, doctor? —preguntó Judd, sorbiendo café.

—Mucho, señor Crane —contestó el doctor Schoenbrun—. Mañana se marchará el resto del equipo. Solo permanecerán los técnicos imprescindibles. Unos siete hombres, no más, necesitamos para un mínimo de medidas de seguridad. Y en tres meses, no necesitaremos ninguno.

—Estupendo —dijo Judd—. Le felicito, doctor. Nadie hubiera trabajado mejor ni más aprisa.

El alemán sonrió con orgullo.

—Espero con ilusión la mañana —dijo.



A las once Judd se encontró con Sawyer en el ascensor que los descendió a la planta del laboratorio. Entraron al cuartito de recepción; había un guardia sentado frente a una mesita.

Sawyer le condujo a un pequeño vestidor, se desnudaron y se metieron en la ducha, uno después de otro. Luego se pusieron ropa blanca recién desinfectada, gorras de quirófano y guantes de goma.

Entre el vestidor y el laboratorio había otro cuartito. Sawyer cerró la puerta y apretó un botón de la pared. Por el ventilador entró una ráfaga de ozono. Al instante se abrió la puerta del laboratorio. Esperaban dos técnicos. Sawyer los saludó en silencio.

—Les presento, a Judd Crane —dijo. Iban con uniforme unisex y Judd no pudo ver si eran hombre o mujer—. El señor Bourne y la señora Payson —continuó Sawyer presentándolos. Se saludaron sin estrecharse las manos.

Sawyer condujo a Judd a los cajones de plexiglás que recubrían la pared. En cada cajón había un número, según un sistema. Frente a las paredes había tres mesas de acero con ruedas sobre carriles. Sobre cada mesa había el brazo de un robot que abría los cajones a la orden que llegaba de un ordenador. Junto al brazo del robot había un microscopio electrónico de tres lentes listo para proyectar la imagen sobre una gran pantalla del ordenador.

—De momento funcionamos con seiscientas veinticuatro baterías que trabajan en intervalos de cuatro horas. Cuando se ponga en marcha el generador, las baterías se desconectarán automáticamente. ¿Qué más quiere ver? —preguntó Sawyer.

—Las células de cortex —respondió Judd.

Sawyer hizo un gesto hacia los técnicos. Ellos se apresuraron a manipular unas clavijas del ordenador. Una de las mesas arrancó a moverse a lo largo de la pared; de pronto se detuvo. El brazo robótico se alargó y llegó al banco de células correspondientes, donde esperó el tiempo suficiente para abrir un cajón y colocarlo debajo del microscopio. El técnico encendió la pantalla grande.

Al acto se apagaron todas las luces del laboratorio. Judd miró a la pantalla. La imagen estaba partida en dos. Por la parte superior de la pantalla se encendían unos números. Una de las series numeradas iba antecedita de la letra C.

—C indica clon —aclaró Sawyer—. La otra serie indica que son reales.

Judd miró un rato en silencio; luego habló.

—No veo la diferencia entre las dos.

—No hay ninguna —indicó Sawyer—. Por lo menos que pueda verse. Pero es una similitud meramente externa. No sabemos si funcionan igual.

—A la fuerza —dijo Judd—. Si son exactas.

—No necesariamente —replicó Sawyer.

Judd le miró interrogativamente.

—Conocemos la obra del Señor —dijo Sawyer en voz baja—. Pero la del hombre todavía es un misterio.

## veintitrés

Judd se apeó del aparato Nautilus del gimnasio empapado de sudor. Aspiró con fuerza antes de coger el vaso de zumo de naranja que le daba Eddie. Luego se lo bebió a grandes sorbos.

—¡Uf, qué bien! Estaba deshidratado —dijo al terminar.

—Tengo otro —repuso Eddie.

—Más tarde —dijo Judd, sentándose en un sillón.

—Hay dos cosas que no me gustan de este sitio —indicó Eddie—. Primero, que no puedes salir porque te hielas. Segundo, que no hay mujeres.

Judd se echó a reír.

—No es divertido —dijo Eddie seriamente—. Yo que me había figurado que pasaría el resto de mi vida zampándome las sobras que usted me deja por ahí.

—Lo siento —respondió Judd sonriendo—. Me debo de estar haciendo viejo.

—No es eso, señor Crane —contestó Eddie—. Es que se aburre, piensa en otras cosas.

—Hace solo una semana que llegamos —le recordó Judd.

—Parece mucho más —dijo Eddie, meneando la cabeza.

—Bueno: mañana se acabó la sequía —anunció Judd—. Llegan Sofía y el maharishi, y él siempre viaja acompañado de una docena de muchachas.

—Espero que vengan más vestidas que en California. De lo contrario se pondrán moradas —dijo Eddie *el Rápido*.

—Tenemos abrigo de pieles en el avión listos para ellas —explicó Judd.

—Piensan en todo —comentó con expresión admirada Eddie—. ¿Quién más viene?

—Sawyer y Merlin, de Florida. El doctor Schoenbrun de Rio. El reactor va a ser puesto en marcha mañana.

—Será un día grande.

—Así lo espero —contestó Judd.

—Comienzo a sospechar que se está apegando a la doctora Ivancich —sugirió Eddie astutamente.

—Es solo una relación de trabajo —replicó Judd, empeñado en no reconocer sus verdaderos sentimientos.

—Bueno: follar un poco no hace mal a nadie —reconoció Eddie—. Tomemos unas dosis de coca para entrenamos.

—Hazlo tú. Yo he de esperar a que la doctora me haga un chequeo.

—Tómese entonces otro zumo —le dijo Eddie, alargándole un vaso—. Necesitará refuerzos.

—¿A qué viene eso? —preguntó Judd.

—Conozco a la doctora. Está loca por usted. Es capaz de sorberle el seso con tanto follar —dijo riendo, y salió del gimnasio.



El teléfono sonó mientras se estaba secando. Lo cogió.

—Su madre le llama, señor —dijo la voz del telefonista.

Judd apretó el botón de la línea directa.

—¿Barbara? —preguntó.

—¿Dónde estás, Judd? —preguntó con voz que sonaba nerviosa.

—En Xanadú. ¿Qué ha ocurrido?

—Han secuestrado al niño —contestó Barbara con voz temblorosa—. Volvía con la niñera del parque y dos hombres se apearon de un coche, la tumbaron al suelo y se fueron con el niño. Han dejado una nota.

—Léela —dijo con calma Judd.

«Sabemos quién es el niño —comenzó a leer con dificultad Barbara—. Y quiénes son el padre y la madre. No le haremos daño si llegamos a un acuerdo con ellos.»

—¿Nada más?

—Nada más —dijo ella.

—¿No dijiste que nadie más sabía de la existencia del niño?

—Eso creí, Judd —dijo ella sollozando.

—¿Cuándo fue todo? —preguntó Judd.

—Hará unas dos horas.

—¿Qué hora es en San Francisco?

—Las cuatro de la tarde —contestó ella—. He tardado casi dos horas en encontrarte. —Comenzó a llorar de nuevo—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Has llamado a John, de Seguridad?

—Todavía no.

—Hazlo inmediatamente. Él mandará unos agentes y se pondrán a trabajar enseguida. —Judd calló un momento reflexionando—. Si la niñera tiene más datos, asegúrate de que informa con todo detalle a los de Seguridad.

—¿Y Sofía? Se lo debiera decir.

—Ya me ocupo yo. Tú conserva la calma. Si dicen que quieren llegar a un acuerdo conmigo, no tocarán al niño. Te lo prometo.

—¿Me llamarás en cuanto sepas algo? —preguntó ella.

—Sí. Y tú igual.

—Te lo prometo —dijo ella con un suspiro.

—Toma un calmante y descansa —repuso él con voz tranquila—. Todo acabará bien.

Colgó y llamó a Seguridad.

John se puso al teléfono enseguida.

—¿Se han marchado de Los Ángeles Sofía y el maharishi? —preguntó Judd.

—Hace cinco horas —contestó John.

—Mi madre le llamará muy pronto. Le dará los detalles de lo sucedido. Asegúrese de que trabajan con toda precisión. Póngase en contacto con los de la CIA. Investigue si hay algún movimiento nuevo entre los agentes rusos. Un secuestro, por ejemplo. No de un espía, sino de un niño de tres años.

—Entendido, señor —dijo John sin rastro de emoción en la voz.

—¿Sabe algo más del doctor Schoenbrun? Sospecho que está metido en el secuestro.

—En nuestras fichas no hemos encontrado nada, señor —explicó John—. Lo de costumbre. Ha asistido a diversos simposios de física nuclear en los países escandinavos, Alemania, Japón. Nada especial... con científicos de todo el mundo, Rusia incluido, claro.

—¿Sabe si ha ido a Berlín Este?

—Dos veces. Con un autobús de turistas.

—¡Mierda! —Reflexionó brevemente—. Compruébelo con Mossad. A ver. Los del Servicio Secreto israelí son tan cabrones que están dispuestos a compartir información con sus aliados siempre que olfatean algún beneficio para ellos.

—Buena idea, señor. Lo haré. ¿Cómo están de seguridad por ahí?

—Estamos bien —dijo Judd—. Ahora ocúpese de lo del niño.

Judd colgó y llamó a Eddie.

—¿Qué manda, patrón? —dijo Eddie *el Rápido*.

—Primero, coca; luego, Coca-cola —indicó Judd.

Aspiró un par de veces y sorbió del vaso de Coca-cola.

—¿Cuántos de esos ATW suecos tienes? —preguntó a Eddie.

—Una docena. ¿Los va a necesitar?

—No se sabe. Ponlos a mano, por si acaso —contestó Judd con indiferencia.

—Está bien. ¿Algo más?

—Las pistolas de manga, de calibre veinticinco automática, ¿cuántas?

—Dos. Una para cada uno de los dos —contestó Eddie.

—Bueno —dijo Judd y sorbió un poco más de Coca-cola—. A partir del momento de la llegada de los invitados, no te separes de mí.



A medianoche llamó el teléfono que comunicaba directamente con el departamento de Seguridad y que tenía al lado de la cama. Contestó:

—Señor Crane, soy yo, John. Tenemos información.

—Diga, estoy despierto —dijo Judd.

—No sabemos quiénes son los secuestradores, pero hemos localizado a tres pasajeros, dos hombres y un niño de tres años en un avión del Canadian Pacific de San Francisco a Montreal. En Montreal, el grupito ha subido a un avión cubano que se dirigía a La Habana. Del aeropuerto de La Habana nos han informado que está

cerrado y que se han tomado especiales medidas de seguridad. Corre el rumor de que un pez gordo ruso está al caer.

—¿No podemos interceptarlos allí?

—Demasiado peligroso. Pero Mossad nos ha comunicado una cosa sorprendente. El doctor Schoenbrun no está en Rio, sino en Caracas. Sabemos también que tiene dos pasajes de más, uno para él, de Caracas a Rio. Y el muy hijo de puta, uno de los pasajes es para un niño de menos de cinco años.

—¿Por qué no los atrapan en Rio?

—No tenemos gente —contestó John—. Mossad tampoco, dice que en su oficina solo tienen a mujeres.

—Ya nos encargamos nosotros, entonces —dijo Judd—. Estoy seguro de que traerán el niño aquí.

—Puedo mandarle un batallón de hombres para mañana a medianoche —dijo John.

—Demasiado tarde. No importa. Ya nos apañaremos.

—Lo siento mucho, señor Crane. Hemos vuelto a meter la pata.

—Ya se sabe: gajes del oficio, John —dijo Judd colgando el teléfono. Estuvo largo rato, reflexionando y finalmente llamó al control de la torre.

—Les habla el señor Crane —dijo—. Quiero que saquen todos los helicópteros del cráter y los suban a la meseta. En el cráter solo ha de quedar el VTOL. ¿Está claro?

—Sí, señor Crane.

—Cualquier avión que quiera aterrizar, que lo haga en la meseta. No quiero que nadie aterrice en el cráter. Ni el doctor Schoenbrun.

—Entendido, señor.

—Infórmeme en cuanto un avión pida asistencia por radio. Y de cuántas personas van a bordo y su identidad, ¿comprendido?

—Sí, señor.

—Y a partir de las ocho de la mañana, infórmeme a cada hora de cuántos vuelos han detectado por la zona. No quiero que nadie nos caiga o espíe por sorpresa. ¿Comprendido eso también?

—Sí, señor Crane. Si no hay nada nuevo esta noche, nos pondremos en contacto con usted mañana a las ocho. Adiós, señor.

Judd colgó el teléfono y apagó la luz. Nada había funcionado. No pudo dormir. Dio mil vueltas en la cama hasta que entró la luz gris de la mañana en la habitación.

## veinticuatro

¿Y las chicas? —preguntó Eddie, mirando la pantalla donde se veían a los pasajeros descendiendo por la escalera colocada contra el 707 que acababa de aterrizar a un lado de la pista de la meseta.

—No seas impaciente —dijo Judd. Él también sentía curiosidad. Sofía ya había salido. Bajó detrás de los dos hombres que escoltaban al maharishi. A los pocos minutos aparecieron otros tres hombres en la puerta del aparato. Finalmente salieron las chicas. Eran siete.

—No sabía que venían con guardaespaldas —comentó Eddie.

—Es muy viejo —observó Judd—. Necesita que le ayuden.

Eddie continuó mirando silenciosamente la pantalla del televisor.

—La doctora no tiene buen aspecto. Va muy estirada.

—Debe de ser el frío —sugirió Judd. La observó con detenimiento. Eddie tenía razón. Había algo raro y desacostumbrado en ella.

—Acompáñalos a sus cuartos —ordenó a Eddie—. Cuando esté instalada Sofía avísame.

—¿Dónde estará? —preguntó Eddie.

—Bajo un momento al generador nuclear. El doctor Schoenbrun ya ha bajado con Merlin y Sawyer. El generador se pondrá a funcionar en cualquier instante. Quiero verlo.

—Me dijo que me pegara a su culo —protestó Eddie.

—Será solo unos minutos. De momento no pasará nada —dijo Judd.

—Bueno, usted manda —observó Eddie—. ¿Tiene la pistola en la manga?

Judd alargó el brazo. La pequeña automática apareció en su mano.

—¿Bien?

—No lo hace mal —dijo Eddie—. Volveré enseguida.

Judd salió del ascensor que había parado en la plataforma de observación que circundaba al generador a trescientos metros bajo la superficie del cráter. Schoenbrun estaba sentado en un taburete alto, con los ojos fijos en el tablero del instrumental. Junto a él estaban de pie Merlin y Sawyer con expresión arrebatada.

El alemán oyó la puerta del ascensor y los pasos de Judd sobre la plataforma de acero. Sin apartar los ojos del tablero dijo:

—Llega justo a tiempo, señor Crane. Dentro de treinta segundos se pondrá a funcionar el generador.

Judd se puso a su lado sin decir nada. El contador iba marcando los segundos en descenso: 25, 24, 23. Las luces del circuito que señalaban el paso a la energía generada automáticamente todavía estaban rojas. Miró hacia abajo, por las ventanas de cristal, el generador. Los técnicos uniformados de blanco salían de la planta del

generador y abrían la puerta que conducía a la escalera de la plataforma. El contador iba descendiendo: 15, 14, 13, 12.

Abrióse otra puerta de la parte de enfrente de la plataforma y aparecieron los técnicos. En silencio se fueron colocando para observar y quedaron con expresión fascinada mirando el generador. Nadie hablaba. No se oía ningún ruido de máquina. Solo los tenues clics del contador.

Sawyer se volvió hacia Judd y alzó las manos, con los dedos en cruz. Merlin vio el gesto y lo imitó. Judd sonrió y levantó el pulgar.

Cinco, cuatro, tres. Todos aspiraron y contuvieron el aliento. Dos, uno, cero. Las luces del circuito pasaron de rojo a verde. Los técnicos lanzaron un grito y se pusieron a aplaudir.

Judd también aplaudió. Sonrió al alemán.

—Felicidades, doctor Schoenbrun. —Le alargó la mano.

El alemán se la estrechó juntando los talones.

—Estoy muy contento —dijo—. Felicidades y gracias a usted, señor Crane.

Merlin parecía desconcertado.

—Yo no he oído nada —dijo—. Ningún motor, ninguna palanca, nada.

—Ha tenido suerte, señor Merlin —dijo el doctor Schoenbrun—. De haber oído algo, no lo hubiera podido contar.

—Vengan a mi despacho a celebrarlo con una copa —indicó Judd.

—¿Me permite que me quede un poco más, señor Crane? —pidió el alemán—. Quiero estar con mi criatura un ratito.

—Por supuesto, y de nuevo, felicidades —dijo Judd. Se encaminó al ascensor seguido de Sawyer y de Merlin.

—Tres millardos de dólares —comentó Merlin.

—Barato —dijo Judd—. Hubiera costado el doble si no hubiéramos encontrado la planta nuclear construida y pagada, la mitad por Ludwig y la otra mitad por el gobierno.

—No comprendo por qué se pararon antes de terminar —repuso Merlin.

—Simplemente porque Ludwig no le vio posibilidades de sacar beneficio, y al gobierno se le terminó el dinero. Brasil debía ochenta millardos y no podía conseguir más crédito. Los bancos y el Fondo Monetario exigían severas medidas de austeridad. Se pusieron muy contentos al ofrecerles yo la compra por un millardo de dólares y poder reducir la pérdida.

—¿Es su plan quedarse a vivir aquí? —preguntó Merlin.

—Sí —contestó tajantemente Judd.

—Convénzale de que no funcionará. No podrá vivir eternamente —rogó Merlin a Sawyer.

—No puedo —observó Sawyer—. No hay modo de saberlo con seguridad.

—Ya veremos —dijo Judd.

Eddie apareció en el despacho.

—Todos instalados —refirió—. Pero hay una cosa extraña. Creí que el maharishi no permitía llevar armas a sus hombres.

—Pues es cierto —adujo Judd.

—Hay una cosa que no va —insistió Eddie—. Sus hombres van armados hasta los dientes. Con Uzis automáticas.

—¿Has hablado con Sofía?

—Imposible. Una chica me ha dicho que no se encontraba bien y que se iba a dormir enseguida —continuó Eddie—. Pero eso también me pareció raro. Me miró y no me reconoció. Iba volada o algo parecido.

Judd reflexionó.

—Puede que esté enferma. Voy a llamar y mandaré a Sawyer que la vea.

Descolgó el teléfono en el momento en que entraba el doctor Schoenbrun.

Contestó el maharishi:

—¿Diga?

—Soy Crane. Me han dicho que Sofía está enferma. Mandaré un médico.

El maharishi habló con voz tranquilizadora:

—No es necesario. Tiene un simple resfriado. Y el vuelo la ha cansado.

—Un antibiótico podría hacerle bien —sugirió Judd. Apretó el botón que encendía la pantalla Intertel. Apareció el rostro del maharishi. Judd puso el foco automático. Sofía estaba en la cama, detrás del gurú, con dos guardias apostados a cada lado.

—Con dormir un poco tendrá bastante —añadió el maharishi—. Las notas han sido transcritas y puestas en ordenador. Estaremos listos en cuanto usted diga.

—Esperemos a que Sofía se encuentre mejor —repuso Judd—. Llámeme usted.

Colgó y antes de poder hablar, preguntó el alemán con voz asustada.

—¿Sabe quién es ese hombre? —dijo—. De la KGB —añadió—. Hace tiempo que sabemos de él, pero nunca lo habíamos tenido tan cerca.

—¿Por qué habla en la primera persona del plural? —preguntó Judd.

—Hablo de Mossad —dijo Schoenbrun—. No trabajo para él exactamente, aunque he colaborado con ellos un par de veces. En lo de Eichmann, por ejemplo. Los de la KGB intentaron echarle el guante, pero nosotros nos adelantamos.

—¡Mierda! —exclamó Judd—. ¿Cree que Sofía trabaja con él?

—No conozco a la chica —respondió Schoenbrun.

—Yo creo que no —dijo Eddie—. Me parece que la han drogado.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sawyer.

—Lo primero usted y Merlin se marchan —dijo Judd.

—¡Ni hablar! —protestó Merlin.

—No tienen más remedio —dijo Judd—. Sin usted y Sawyer todo el complejo industrial Crane se derrumbaría.

Judd llamó a la torre de control:

—¿Ha repuesto gasolina el CI Dos?

—Sí, señor Crane.

—Prepárenlo para despegue inmediato. —Colgó el teléfono y les dijo—: En marcha.

Sawyer y Merlin no se movieron.

—¡En marcha he dicho! —gritó Judd—. Tienen demasiada responsabilidad para meterse en ese lío. —Miró al doctor Schoenbrun—. Y usted también, doctor. Esta no es su guerra.

—¡Cómo que no! —gritó el alemán—. Tengo parientes que hace veinte años que tratan de salir de Rusia.

—¿Y con quién se encontró en Caracas? —preguntó Judd.

—Con mi mujer y mi hijo, venía de Suiza. Al chico le operaron allí. Aquí no tenía ni los médicos, ni el instrumental.

Judd le observó.

—Además —añadió el alemán—, esta es mi criatura. Yo construí el reactor.

Judd se dirigió a Merlin y Sawyer:

—Bueno. Váyanse ustedes solos. Una vez en el aire, me pondré en contacto con ustedes cada dos horas.

Los dos hombres estrecharon la mano de Judd y salieron. Judd dijo a Eddie:

—Acompáñalos. Asegúrate que no quedan rezagados por algún pasillo.

## veinticinco

Judd encendió la pantalla del Intertel y conectó con la cámara que cubría toda la meseta desde la torre de control. CI Dos apareció en la pista. Inmediatamente se elevaba al cielo. Lo miró un momento, luego notó que en la pista entraba otro aparato. Llamó a la torre de control:

—¿Qué es ese avión?

Antes de que el control pudiera contestar, se oyó a Schoenbrun:

—Es el mío. Hago regresar a los técnicos a Rio. El reactor ya se ha automatizado. Pueden volver a sus casas.

—B-737 para Rio —dijo la voz del control.

—De acuerdo, control —dijo Judd—. ¿Más aviones en el campo?

—Dos helicópteros y el setecientos siete que acaba de llegar con el último grupo.

—¿Dónde están los pilotos?

—En la casa de servicio del campo, señor.

—Asegúrese que tienen gasolina todos los aparatos.

—Sí, señor.

Judd colgó el teléfono. Entró Eddie y dijo:

—Se han marchado.

—Bien —dijo Judd y marcó el número del jefe del personal—. Soy el señor Crane. ¿Cuánto personal nos queda?

—Lo tengo en el ordenador, señor —contestó el hombre—. Cuatro guardias, ocho en el departamento de mantenimiento doméstico, diez en comida, tres en averías, cuatro en control del aire, ocho de aviación, tres técnicos de laboratorio, y dos en personal, incluido yo. Cuarenta y dos en total.

—¿Van armados los guardas?

—No, señor. Solo tienen el deber de vigilar las idas y venidas de los empleados y de los invitados. No son guardias de seguridad.

—Alerte a todo el mundo para una posible evacuación de emergencia —dijo Judd.

—¿Sí, señor Crane? —replicó el individuo—. Yo me llamo Jack Somer, soy de la oficina central de Seguridad y voy armado en caso de que me necesite, señor.

—Quédese en su sitio de momento —dijo Judd—. Gracias. Me pondré en contacto con usted. —Colgó y se volvió a Eddie y al doctor Schoenbrun—. Sospecho que Sofía ha sido drogada, y el maharishi no se pondrá en contacto con nosotros hasta que no se le despeje la cabeza.

Los otros dos le miraron silenciosamente.

—Sospecho que hemos sido engañados a fondo —dijo y llamó a la oficina central de Seguridad para hablar con John.

—El maharishi nos ha engañado, nos ha dado gato por liebre y nosotros hemos caído en la trampa. ¿Cuántos hombres puede apostar en su retiro de Malibú ahora mismo?

—Veintidós, veintitrés —dijo John.

—El niño debe estar allí —indicó Judd—. Así fue como ha arrastrado a Sofía hasta aquí.

—¿Invadimos la finca? —preguntó John.

—Vayan con helicópteros. Y hagan volar todo lo que se les ponga en el camino. Infórmeme en cuanto puedan de si he acertado o no.

—Descuide —contestó John.

Judd colgó el teléfono.

—Vayamos a almorzar mientras esperamos —les dijo a los dos.

El maharishi tardó una hora en llamarlos.

—Sofía está mucho mejor, señor Crane —dijo—. ¿Nos encontramos pronto?

—Naturalmente —repuso Judd—. Yo puedo ir a buscarle a su cuarto y le acompañaré a hacer un recorrido por Xanadú. Le interesará ver el generador nuclear y el laboratorio de clonación celular artificial, ¿no es así?

—Me interesa mucho, señor Crane.

—Voy en cinco minutos —indicó Judd—. Me acompañará el doctor Schoenbrun. Él ha hecho toda la instalación y puede contestar a sus preguntas.

Colgó y se volvió hacia Eddie.

—Tú sube a la torre de control. Carga cuatro de tus ATW y espera a que te llame.

—No me hace gracia dejarlo solo —observó Eddie.

—No estoy solo —replicó Judd. Se dirigió al doctor Schoenbrun—. ¿Sabe disparar una pistola?

—Sí —contestó el doctor.

—Dale tu pistola de la manga —ordenó a Eddie—. Y enséñale cómo funciona.

Mientras Eddie *el Rápido* enseñaba al alemán el funcionamiento de la pistola, Judd llamó al director de personal.

—Jack —dijo, llamándole por su nombre de pila—. Me voy a buscar al maharishi a su habitación. Luego lo acompañaré a visitar el generador y el laboratorio. Terminaremos en mi despacho, me figuro. Trate de no perdernos de vista a través de la pantalla. Si sospecha que el personal corre peligro serio, evacúe inmediatamente a todo el mundo. No haga nada para protegernos ni al doctor Schoenbrun, ni a mí. De momento nosotros no tenemos importancia. ¿Lo ha comprendido?

—Sí, señor. No le perderé de vista —contestó Jack.

—¿Listo? —preguntó Judd a Eddie.

Eddie *el Rápido* asintió.

—Vamos —dijo Judd.

Salieron al pasillo. Judd esperó a que Eddie se metiera en uno de los ascensores, luego se metió con el alemán en otro. Se bajaron en la planta de los invitados y se

dirigieron al cuarto del maharishi.

La puerta fue abierta por uno de los guardaespaldas del maharishi. Judd entró en la habitación, el doctor Schoenbrun le siguió.

—La paz sea contigo, hijo mío —fueron las palabras de salutación del maharishi.

—Y contigo, maestro —contestó Judd sonriendo.

Apareció Sofía del cuarto contiguo. Judd la abrazó y la besó en la mejilla. Tenía la cara fría.

—¿Te sientes mejor, Sofía?

—Mucho mejor —contestó ella desmayadamente—. He tenido la gripe o algo parecido.

—Podrías haberte quedado en la cama —sugirió Judd—. No hay prisa. Podemos aplazar la entrevista hasta mañana.

Judd tuvo la impresión de que Sofía miraba con terror al maharishi que estaba detrás de Judd.

—No —contestó en voz baja—. Estoy mejor. De verdad.

—Les presento al doctor Schoenbrun —dijo con un gesto hacia el alemán—. Gracias a él fue posible hacer la instalación.

El doctor se inclinó ceremoniosamente. Estrechó la mano de Sofía y del maharishi.

—Es un honor —repuso.

—Si está dispuesto, podemos seguir al doctor —dijo Judd al maharishi.

—Si no les importa —siguió el maharishi—, preferiría dejar lo del reactor para otro día. Ahora veamos el laboratorio. Demasiado caminar fatigaría a Sofía.

Judd disimuló una sonrisa al mismo tiempo que el alemán tenía dificultad en disimular su decepción. El generador era su creación personal. Pero el alemán supo estar a la altura.

—No faltaba más —dijo con rigidez.

En silencio los condujo a los ascensores. El ascensor se llenó a tope al entrar también uno de los guardaespaldas del maharishi.

Judd cogió la mano de Sofía. Estaba fría y húmeda. La sostuvo al salir del ascensor. El guardia del laboratorio le saludó. Entraron en el vestuario.

—El laboratorio está perfectamente aislado —explicó Judd—. Por eso hemos de cambiarnos de ropa y ponernos un traje de quirófano.

—¿No podemos verlo a través de una ventana? —preguntó el maharishi.

El doctor Schoenbrun miró a Judd. Este asintió.

—Hay una ventana de cristal doble en el pasillo —dijo el doctor.

—Avisaré a los técnicos que proyecten uno de los cultivos de células en la pantalla —dijo Judd—. Y usted podrá verlo desde la ventana.

—Me parece bien —repuso el maharishi.

En silencio miraron los cultivos proyectados en la pantalla. Judd miró al maharishi, y a Sofía, mientras les explicaba que la pantalla estaba dividida en dos

partes para indicar la diferencia entre las células reales y las artificiales. El maharishi miraba muy interesado, mientras que Sofía parecía sumida en una indiferencia absoluta.

—Volvamos a mi despacho —sugirió Judd— y veamos qué se ha descubierto de las notas de su hermana.

Se dirigieron en silencio al ascensor. Judd preguntó a Sofía:

—¿Estás segura que podrás aguantar? Lo podemos aplazar para mañana.

—No —dijo ella casi con desesperación—. Estoy bien. De verdad.

Judd no dijo nada más y los acompañó hasta su despacho. Les indicó un rincón en que acomodarse. Sofía y el maharishi se sentaron en un sofá. Los dos guardaespaldas se apostaron detrás de ellos. Schoenbrun se sentó a un lado, en ángulo recto a ellos dos, y Judd en una silla delante.

—¿Les apetece un té? —preguntó.

—No. Estamos bien —contestó el maharishi.

—¿Dónde está el lavabo? —preguntó Sofía.

—Yo te acompaño —indicó Judd levantándose.

Sofía le siguió.

—Por aquí —le dijo junto a la puerta, pasándole dos cápsulas de oxígeno con coca en la palma de la mano.

Volvió a su sitio y se sentó.

—¿Qué le ha parecido Xanadú? —preguntó.

—Una cosa extraordinaria —contestó el maharishi.

—Cuando esté terminado, será totalmente automático —explicó Judd—. Podré vivir aquí completamente solo. Tendré comida, descanso, ejercicio, todo tipo de comunicaciones, sin ayuda de nadie.

—Asombroso —dijo el maharishi.

Sofía regresó del lavabo. Judd la miró. Tenía los ojos más claros y alerta. Se sentó de nuevo al lado del maharishi.

—¿Qué han descubierto en las notas? —preguntó Judd.

—Sofía es la persona más indicada para explicárselo —dijo el maharishi.

—No mucho que ya supiéramos o hubiéramos deducido por nuestra cuenta —dijo Sofía—. Ahora sabemos a ciencia cierta que utilizó feto humano para sus experimentos de terapia celular. Más tarde lo combinó con feto de oveja y otros animales. El principal problema con que se encontró fue que muchos sujetos no toleraban las inyecciones de células. Muchos murieron de *shock* anafiláctico, a pesar de fuertes dosis de antihistamínico y cortisona.

—Eso ya lo sabíamos. ¿En qué nos es útil eso? —preguntó Judd.

—Ahora se comprende por qué nos urgíó a que trabajáramos en ingeniería genética para crear clones de células humanas artificialmente —explicó Sofía.

—Pues ya lo acaban de ver. Lo hemos conseguido. Estamos en el comienzo de la inmortalidad. De ahora en adelante el hombre puede vivir eternamente.

—Me interesa mucho la fórmula con que ha conseguido eso —dijo cortésmente el maharishi.

—Es mía, solo mía —dijo Judd, sonriendo—. No pienso decírsela a nadie más.

—Eso está muy mal, hijo. Debes compartirla con todo el mundo —dijo el maharishi.

—A la mierda el mundo —exclamó con una risotada Judd—. No debo nada a nadie.

—No estoy de acuerdo con eso, su hijo depende de usted.

—Yo no tengo ningún hijo —negó Judd.

—El que Sofía dio a luz.

—Es su hijo —repuso Judd—. Yo no tengo parte en él.

—Basta de juegos —dijo el maharishi mirándole a los ojos.

—No juego a nada —exclamó con firmeza Judd.

El maharishi guardó silencio un momento.

—Una llamada por teléfono y el niño morirá.

Judd acercó el teléfono y se lo ofreció.

—Ahí lo tiene.

Los guardaespaldas sacaron las ametralladoras. El maharishi volvió a hablar:

—Mataremos también a Sofía y el niño que lleva en el vientre.

—¿De veras? —le preguntó Judd a Sofía.

—Sí —asintió ella con los ojos arrasados de lágrimas.

—¡Qué estúpida eres! —dijo él.

—Te lo ruego, Judd —le imploró ella—. Dale la fórmula. No tiene tanta importancia.

—Para mí, sí —dijo fríamente Judd.

—Aunque se la des, continuas teniéndola. Serás inmortal como deseas.

—Serás estúpida —dijo él con una carcajada—. En cuanto consiga la fórmula, nos matará. Él tampoco quiere compartirla con nadie.

Sonó el teléfono. Judd contestó. El maharishi alzó la mano.

—Quiero oír la conversación.

Judd apretó un botón y se oyó la voz por todo el cuarto.

—¿Señor Crane? —dijo la voz excitada de John.

—Sí, John —contestó Judd.

—Acertó. Tenemos al niño. Sano y salvo. Muerto de impaciencia por volver con su abuela.

—Que vaya a su lado enseguida —dijo Judd.

—¿Algo más, señor?

—No, John. Nada por el momento. Gracias. —Judd colgó—. Ha perdido una carta —dijo al maharishi.

—Nos quedan otras —contestó el anciano. Llamó a sus guardaespaldas con un gesto. Estos se movieron. Una explosión resonó por toda la habitación. El doctor

Schoenbrun cayó de espaldas atravesado por las balas.

—A ver si se convence que vamos en serio —dijo con frialdad el maharishi—. La próxima en caer será Sofía. A no ser que me dé la fórmula.

Judd miró a Sofía. Estaba pálida, con los labios apretados en su esfuerzo por dominar el miedo.

—Tengo la fórmula, pero es muy complicada y la tengo en el ordenador central.

—¿No puede transferirla hasta aquí? —preguntó el anciano.

—Sí —contestó Judd.

—Hágalo —ordenó el maharishi. Las ametralladoras apuntaban a Sofía.

—Bueno —dijo Judd resignadamente.

Se dirigió al ordenador que tenía en la mesa escritorio. El anciano y un guardaespaldas le siguieron. El otro se quedó junto a Sofía. Judd puso en marcha el ordenador y lo conectó con el central. Una luz verde iluminó la pantalla.

Judd escribió a máquina el código de acceso: «ADN HCC ENG. PROJ. FORM.»

—¿Qué significa? —preguntó el maharishi.

—Fórmula del Proyecto de Ingeniería de Clonación Celular Humana de ADN.

—Es un código restringido —contestó el ordenador—. Dé su número de autorización.

—¿Puede hacer una copia aquí mismo? —preguntó el maharishi.

—Sí —dijo Judd señalando una máquina grabadora que había adosada contra la pared—. Hay que apretar el botón de arriba y el que indica copia.

—Hágalo —dijo el maharishi al guardaespaldas.

Al girarse el anciano, Judd hizo un rápido movimiento. Apretó una varilla. Transmitir, borrar, adelante y atrás. Luego se puso a escribir el código de autorización: «JCl-1-02-102-jCl.»

—Reconocido —contestó la máquina. Y al cabo de un breve instante aparecieron las siguientes palabras en la pantalla: «Comienza Transcripción. ADN HCC ENG. PROJ. FORM.»

—¿Funciona la impresora? —preguntó el maharishi al guardaespaldas.

—Sí, señor —contestó el tipo—. Veo las palabras en la pantalla.

El maharishi miró la pantalla que Judd tenía delante. Los números y la letras que componían la fórmula comenzaron a aparecer en una línea y pasaron despacio hasta comenzar una segunda.

—¿Cuánto tardará en completarse? —preguntó el anciano.

—Tres horas y tres cuartos —contestó Judd.

—¿No se puede acelerar?

—Sí, pero entonces no podrá leer nada.

—¿Cuánto tardará acelerado?

—Doce o catorce minutos.

—Acelera —ordenó el anciano.

Judd apretó el botón de Transmisión Acelerada. La imagen reaccionó y se

convirtió en una nebulosa de cifras y letras. Judd miró en dirección a Sofía. El guardaespaldas continuaba junto a ella, con la pistola automática contra su espalda.

—¿Está bien el niño? —preguntó ella, mirándole fijamente.

—Sí. Ya has oído a John. Debe de estar ya en camino para San Francisco para reunirse con Barbara.

—Gracias a Dios —murmuró con un suspiro.

Judd miró en silencio la pantalla.

—No sé si podrá entenderlo —dijo al maharishi.

—Yo quizá, pero tenemos especialistas.

—Ya —replicó Judd—. ¿De qué les ha servido hacer eso? —preguntó mirando el cadáver del doctor alemán.

—¿Lo del doctor judío? Hace tiempo que lo conocemos —comentó el anciano—. Estaba condenado. Y así le hemos convencido que vamos en serio.

—Supongo que con el maharishi de verdad hicieron lo mismo —dijo Judd, volviendo a mirar la pantalla.

:—Hace seis años de eso —dijo el anciano—. Su hermana no llegó a saber que comunicaba con un muerto. ¿Cuánto falta? —preguntó mirando la hora.

—Cuatro minutos —indicó Judd.

—Llame a la torre de control y ordene que preparen el avión en la pista de despegue, con la puerta abierta y la escalera automática bajada. Que pongan un Land Rover en marcha junto a la puerta del ascensor de la plataforma y sin conductor.

Judd llamó a la torre de control y repitió la orden.

—Que llamen de la torre cuando todo esté listo —dijo el anciano.

—Llamen cuando esté —ordenó Judd y colgó. El contador de la grabadora comenzó a hacer clic. De pronto sonó una campanita y la pantalla cambió de tipo de letra: «Transf. terminada. Transf. terminada.»

Judd abrió la grabadora, sacó la cinta y se la dio al maharishi. Miró al viejo abriendo una maletita y guardándola en su interior.

—Abra la puerta —ordenó el maharishi.

Judd se dirigió a la puerta y la abrió. Tres guardaespaldas aguardaban afuera.

—Ahora salgan: primero, la chica; luego, usted.

Judd miró cómo Sofía salía. La miró y dijo:

—Dios nos observa. Tranquilízate.

Llamó el teléfono. Judd contestó. Era la voz de Eddie que llamaba de la torre.

—Todo listo, señor.

—Ya está —dijo Judd, colgando.

—Siga a la chica —ordenó el maharishi—. Subiremos juntos en el mismo ascensor.

—Tenemos que abrigarnos si salimos al exterior —dijo Judd.

—No van a necesitarlos por mucho tiempo —dijo fríamente el maharishi.

Subieron a la meseta en silencio. Al abrirse la puerta les golpeó una ráfaga de aire

helado. El maharishi hizo un gesto a uno de sus hombres y empujó a Judd y a Sofía hacia adelante.

El Land Rover estaba en su sitio, el motor en marcha. El 707 estaba en posición de despegue con la puerta y escalera abiertas.

Dos de los guardaespaldas se adelantaron a Judd y a Sofía y miraron en derredor.

—No se ve a nadie —dijeron al maharishi.

El anciano salió del ascensor.

—Vosotros alzad las manos si queréis conservar la vida. Caminad hacia el coche.

Se pusieron a caminar, el frío les helaba el cuerpo. El guardaespaldas los empujó. Al estar cerca del coche, el maharishi saltó al interior. Otro de los hombres saltó al asiento del conductor. Los demás empujaron a Judd y a Sofía al suelo y saltaron sobre sus cuerpos tras los talones de sus compañeros.

El Land Rover arrancó y Judd se dio la vuelta para mirar a los dos guardias que tenían las pistolas alzadas. Se arrojó sobre Sofía, alzó su pistola de la manga y disparó. Un guardia cayó al suelo.

El Land Rover estaba ya a cien metros de ellos. El otro guardaespaldas los apuntaba con la pistola. Judd dio un respingo y trató de pegarse al cuerpo de Sofía para protegerlo.

Entonces se sintió una inesperada ráfaga de aire y un cohete ATW pasó silbando encima de ellos. Se oyó un «pin» muy tenue seguido de una tremenda explosión. Judd se agarró a Sofía y miró el Land Rover que se había convertido en una bola de fuego. Oyó otro silbido, otra explosión que hizo añicos la bola de fuego.

Judd alzó a Sofía y se puso a correr con ella hacia el ascensor. Al instante apareció Eddie acompañado de unos hombres.

—Abrigad a Sofía —gritó Judd.

Los hombres comenzaron a atenderla. Eddie le miró.

—¿Está bien, patrón?

—Sí —dijo jadeando Judd.



A la mañana siguiente Judd y Eddie *el Rápido* miraban a las chicas del maharishi subiendo a bordo del avión, por la pantalla del Intertel.

—¡Mierda! —dijo Eddie—. Y pensar que no me he comido ni una rosca.

—*C'est la vie* —repuso Judd.

Llamaron a la puerta. Eddie fue a abrir.

—¿Puedo entrar? —preguntó Sofía. Llevaba un abrigo de pieles colgado del brazo.

Sin esperar respuesta entró y fue hacia Judd.

—Lo siento —dijo.

—No lo sientas —contestó él—. Todo ha acabado bien.

—No, no es cierto.

—No te entiendo —dijo él.

Ella sacó una caja de Kleenex y se la dio.

—No funcionará —replicó—. Como no funcionó para Hughes.

—Sigo sin entenderte —dijo él.

—Nada de lo que has hecho aquí, de los aparatos que has instalado, es como el Kleenex —dijo ella—. Aunque te pases la vida aquí solo, no vivirás eternamente, sino que simplemente te morirás aislado del mundo.

Él no contestó.

—Adiós, Judd Crane —dijo ella con los ojos arrasados de lágrimas—. A tus hijos les hablaré de tu vida.

—¿Por qué te despides? —preguntó él, mirándola con asombro.

—Me voy con el resto, ¿no?

—Yo no he dicho eso —contestó él—. Por ti he borrado las cintas. Por ti desconecté los laboratorios. He trasladado Xanadú al centro de investigación de medicina nuclear de Industrias Crane, que se llamarán Doctor Schoenbrun. ¿Y ahora quieres abandonarme?

—Yo no he dicho eso —dijo ella, comenzando a llorar.

—Espera, entonces —prorrumpió él con dulzura, cogiéndola de la mano—. Espera y regresaremos juntos a casa.



HAROLD ROBBINS. Francis Kane o Harold Rubin, más conocido por su seudónimo Harold Robbins (Nueva York, 21 de mayo de 1916 - 14 de octubre de 1997), fue un escritor estadounidense de literatura popular, autor de 25 *best-sellers* que vendieron 750 millones de copias y fueron traducidos a más de 30 idiomas.

Al nacer recibió el nombre de Francis Kane, pero quedó huérfano y recibió el nombre adoptivo de Harold Rubin, cuando pasó su infancia en un orfanato. Fue educado en el Instituto George Washington y después de dejar la escuela, trabajó en diversos oficios. Dotado para el comercio, ya a la edad de veinte años había ganado su primer millón de dólares vendiendo azúcar para una multinacional. Sin embargo a principios de la Segunda Guerra Mundial, había perdido su fortuna y se mudó a Hollywood para trabajar en los estudios Universal.

Su primer libro, *No amaras a un extraño* (1948), estaba basado en su propia vida en el orfanato y en las calles de Nueva York y creó gran polémica y controversia por sus gráficas explicaciones sobre la sexualidad. Lo escribió para ganar una apuesta de 100 dólares con un directivo de Universal Pictures y demostrarle que era capaz de escribir un guion más interesante que lo que se hacía en ese momento en la meca del cine. Resultó ser un *best-seller* de gran tirada al que le siguieron más de 20, muchos de los cuales fueron llevados al cine con el correspondiente éxito taquillero.

Robbins aprovechó su experiencia en Hollywood para escribir *Los vendedores de sueños* (1949), basado en la industria cinematográfica, desde sus inicios hasta la era sonora.

Su novela de 1954, *Una lápida para Danny Fisher*, fue adaptada al cine en 1958 con el título *King Creole*, que fue protagonizada por Elvis Presley.

Probablemente su novela más conocida fue *Los insaciables*, que estaba inspirada en la vida del magnate Howard Hughes. En 1995 se publicó su continuación, *The Raiders*.

Robbins se casó cinco veces. Desde 1982 necesitó usar una silla de ruedas, lo cual no impidió que siguiera escribiendo.

Pasó mucho tiempo viviendo en la Riviera francesa y en Montecarlo, hasta que murió por problemas respiratorios el 14 de octubre de 1997. Tenía 81 años. Desde su muerte han aparecido varias novelas inéditas terminadas por otros autores.

# Notas

[1] Comienzo y final del poema «Kubla Kan», de Coleridge. Traducción de Marta Bertold.

In Xanadu did Kubla Khan  
A stately pleasure-dome decree:  
Where Alph, the sacred river, ran  
Through caverns measureless to man  
Down to a sunless sea.  
So twice five miles of fertile ground  
With walls and towers were girdled round:  
[...]  
That sunny dome! those caves of ice!  
And all who heard should see them there,  
And all should cry, Beware! Beware!  
His flashing eyes, his floating hair!  
Weave a circle round him thrice,  
And close your eyes with holy dread,  
For he on honey-dew hath fed,  
And drunk the milk of Paradise. <<

[2] *Qualudes* es el nombre popular de la metacualona, un estupefaciente sedante-hipnótico similar en sus efectos a un barbitúrico. Tiene un efecto similar a una intoxicación alcohólica sin recordar los acontecimientos acaecidos. <<

[3] Para traducir la voz inglesa *billion*, se ha empleado la palabra 'millardo', que es el número equivalente a mil millones ( $10^9$ ). Se trata de evitar la confusión entre el billón español ( $10^{12}$ ) y el *billion* inglés ( $10^9$ ) <<

[4] *Sensimilla* es una planta de marihuana hembra que no ha sido polinizada, para evitar que produzca semillas. Se caracteriza por sus altos niveles en THC, el principal constituyente psicoactivo del cannabis. <<